

# NO HAY SALIDA



PATRICIA GIBNEY

UN CASO DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

D.J.57

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.**

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



# CONTENIDOS

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

*Dedicatoria*

Martes 9 de febrero de 2016

Día uno: miércoles 10 de febrero de 2016

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28

Día dos: jueves 11 de febrero de 2016

Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44

Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50

Día tres: viernes 12 de febrero de 2016

Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Capítulo 59  
Capítulo 60  
Capítulo 61  
Capítulo 62  
Capítulo 63  
Capítulo 64  
Capítulo 65  
Capítulo 66

Día cuatro: sábado 13 de febrero de 2016

Capítulo 67  
Capítulo 68  
Capítulo 69  
Capítulo 70  
Capítulo 71  
Capítulo 72  
Capítulo 73  
Capítulo 74

Capítulo 75  
Capítulo 76  
Capítulo 77  
Capítulo 78  
Capítulo 79  
Capítulo 80  
Capítulo 81  
Capítulo 82  
Capítulo 83  
Capítulo 84  
Capítulo 85  
Capítulo 86

Día cinco: domingo 14 de febrero de 2016

Capítulo 87  
Capítulo 88  
Capítulo 89  
Capítulo 90  
Capítulo 91  
Capítulo 92  
Capítulo 93  
Capítulo 94  
Capítulo 95  
Capítulo 96  
Capítulo 97  
Capítulo 98  
Capítulo 99  
Capítulo 100

Epílogo

*Carta al lector*  
*Agradecimientos*  
*Sobre la autora*

# **NO HAY SALIDA**

**Patricia Gibney**

Libro 4 de la inspectora Lottie Parker

**Traducción de Luz Achával**

**para Principal Noir**



# NO HAY SALIDA

V.1: octubre, 2019

Título original: *No Safe Place*

© Patricia Gibney, 2018

© de la traducción, Luz Achával Barral, 2019

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2019

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Rights People, Londres.

Diseño de cubierta: Nick Castle Design

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

[info@principaldeloslibros.com](mailto:info@principaldeloslibros.com)

[www.principaldeloslibros.com](http://www.principaldeloslibros.com)

ISBN: 978-84-17333-70-6

IBIC: FH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.



# NO HAY SALIDA

**No hay nada más peligroso que un rostro familiar.**

Un grito corta el aire en un entierro en el cementerio de Ragmullin. Encogido en el fondo de una tumba abierta yace el cuerpo semienterrado de una joven. La inspectora Lottie Parker debe encargarse de la investigación y enseguida sospecha que podría tratarse de Elizabeth Byrne, una joven desaparecida pocos días atrás al volver del trabajo en tren desde Dublín.

Poco después, otras dos mujeres de Ragmullin desaparecen, y Lottie y su equipo creen que un asesino en serie anda suelto. Además, las desapariciones son muy parecidas a la de un caso sin resolver de hace diez años.

Bajo presión por parte de su nuevo jefe y de la prensa, Lottie tratará de resolver el caso, pero ¿logrará hacerlo antes de que haya más víctimas?

«Con más de un millón de ejemplares vendidos, Gibney es uno de los mayores fenómenos literarios del año.»

*The Times*

**El nuevo fenómeno del thriller internacional**  
**Más de un millón de ejemplares vendidos**  
**Best seller del *Wall Street Journal* y del *USA Today***

*Para Marie, Gerard y Cathy,  
con amor*

## Martes 9 de febrero de 2016

### 3.15 de la madrugada

Sus pies descalzos se pegaban a la escarcha, pero aun así corrió. Creyó estar gritando, pero de su garganta no salía ningún sonido. Su codo chocó contra el granito, el dolor era mínimo comparado con el miedo.

Se arriesgó a mirar por encima del hombro y descubrió que, a su espalda, estaba tan oscuro como la negrura que se extendía ante ella. Se había desviado sin querer del camino y ahora estaba perdida entre la piedra caliza y el granito. Sintió las frías rocas cortándole las plantas de los pies y trató de subir el bordillo que intuía que debía de estar allí, pero se golpeó el dedo del pie y cayó de cabeza en el siguiente surco.

Con la mente vacía de todo pensamiento excepto ponerse a salvo, se arrastró hasta ponerse de rodillas, que le sangraban, y escuchó. Silencio. No se oían ramas quebrarse ni hojas moverse. ¿La había dejado en paz? ¿Había abandonado la caza? Ahora que había parado de correr, la joven tembló violentamente en la noche helada. Una luz al pie de la pendiente que había a su derecha captó su atención cuando examinaba el horizonte cercano. Un enclave de *bungalows*. Sabía exactamente dónde estaba. Y en la distancia, vio el tono ambarino de las farolas. La salvación.

Echó un vistazo apresurado a su alrededor. Tenía que huir, y rápido. Contó hasta tres en silencio, preparándose para la carrera final hacia la salvación.

—Ahora o nunca —susurró, y, sin preocuparse por su desnudez, se alzó, lista para correr como una pantera. Fue entonces cuando vio el aliento suspendido en la noche helada.

Sintió el brazo del hombre rodear su garganta, aplastándole la tráquea, y su cuerpo desnudo contra la chaqueta de él. El olor dulce a suavizante de ropa mezclado con el agrio aroma de la ira le colmó las fosas nasales. Con una última inyección de adrenalina, golpeó con el codo hacia atrás y lo clavó profundamente con todas sus fuerzas en el plexo solar del hombre. Un jadeo escapó de la boca de este a la vez que aflojaba el brazo, y la joven se encontró libre.

Gritó y corrió, chocando y golpeándose contra el granito, saltando rocas heladas y bordillos bajos, y cayó rodando por la colina, todavía gritando, hacia la luz. Casi había llegado. Oía el sonido de las botas del hombre que se acercaban.

No, por favor, Dios, no. Tenía que salir del camino. Viró hacia la izquierda, zigzagueando, y casi había llegado al muro cuando el suelo desapareció bajo sus pies. Cayó y se hundió dos metros en la caverna, mientras piedras y terrones rodaban con ella.

Notó un dolor insoportable en la pierna y lanzó un grito agonizante. Sabía que lo que había oído no era madera rompiéndose, sino el hueso de su pierna izquierda haciéndose añicos con la caída. Se mordió los nudillos con fuerza, intentando no hacer ruido. No podría encontrarla allí, ¿verdad?

Pero cuando levantó la vista al cielo nocturno cubierto de estrellas titilantes que pregonaban más heladas, el rostro del hombre apareció en el borde del agujero. Todo rastro de esperanza se esfumó cuando la primera palada de tierra cayó sobre su cara.

Y mientras lloraba gruesas lágrimas saladas que se mezclaban con la tierra, comprendió con terrible claridad que iba a morir en la tumba de otra persona.

**Día uno**

**Miércoles 10 de febrero de 2016**

# 1

Lottie Parker despertó con el llanto de un niño. Abrió un ojo y espió el reloj digital: las cinco y media de la mañana.

—Oh, no, Louis. Es plena noche —gimió.

Su nieto, con poco más de cuatro meses y medio, aún no dormía más de dos horas seguidas. Apartó el edredón y fue al dormitorio contiguo al suyo. La lucecita nocturna arrojaba una sombra borrosa sobre su hija de veintiún años, que dormía. Katie tenía una almohada sobre la cabeza y el edredón subía y bajaba al ritmo de su respiración. Louis dejó de llorar cuando Lottie lo levantó de su cuna. Cogió un pañal y un biberón con leche de fórmula de la mesita de noche y dejó a su hija sumida en sus sueños.

De regreso en su dormitorio, Lottie cambió a Louis, lo cogió en brazos y le dio de comer. Sintió el corazón del bebé latiendo contra su pecho. Había algo muy tranquilizador en ello y, al mismo tiempo, la devolvía a la realidad. Adam lo habría adorado. El corazón de Lottie se encogió al pensar en su marido, muerto hacía ya cuatro años. Cáncer. El vacío que había dejado se negaba a ser llenado.

Rozó el cabello suave y oscuro de su nieto con un beso, y cuando el bebé se movió y se apartó el biberón de la boca, Lottie hizo una mueca al sentir el dolor en la parte alta de la espalda. Sabía que no podía permitirse estar de baja. Aunque las cosas en Ragmullin estaban insoportablemente tranquilas por el momento, no permanecería así por mucho tiempo.

Lottie hizo eructar a su nieto y este la miró sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa.

Un buen presagio para el día que comenzaba.

O eso esperaba.

## 2

Mollie Hunter se acomodó en su asiento. Colocó la bolsa con el ordenador en la mesa, luego enrolló su bufanda de algodón, la apretujó contra la ventanilla y apoyó la cabeza. Sus párpados se cerraron y bloquearon el inminente avance del amanecer. Unos auriculares transportaban música suave a sus oídos, silenciando el murmullo de los demás viajeros, camino a sus puestos de trabajo. Mientras el tren salía de la estación de Ragmullin, volvió a caer en el sopor del que se había alzado hacía media hora.

Sus sueños resurgieron al ritmo de las ruedas, y sonrió inconscientemente.

—¿Qué es tan divertido?

Mollie oyó la pregunta a través de la neblina del sueño, y abrió un ojo. No había visto que nadie se sentara frente a ella. Pero allí estaba el hombre. Otra vez. Por segunda mañana consecutiva, había ignorado los otros asientos vacíos y ocupado aquel, justo enfrente de ella. Lentamente, volvió a cerrar los ojos, decidida a no hacerle caso. No es que fuera feo. Parecía bastante corriente, aunque su boca mostraba una sonrisita petulante. Parecía tener algunos años más que los veinticinco de Mollie. Una imagen mental destelleó tras sus párpados cerrados. Entonces, despertó por completo y lo miró fijamente.

¿Quién diablos era?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

¡Menuda cara tenía! Había un protocolo no escrito en el tren suburbano de las seis de la mañana. Nadie molestaba a nadie. Todos estaban en el mismo aprieto. Despiertos a todas horas, medio dormidos, preparando café a toda prisa y sirviéndolo en termos. Teléfonos, auriculares, portátiles y Kindles eran los únicos accesorios de esta tribu. Así que ¿por qué diablos no cerraba la boca y la dejaba dormir? Cuando llegaran a Maynooth, el vagón comenzaría a llenarse y



podría ignorarlo por completo. Pero, por ahora, no podía.

Los ojos del hombre eran de un azul frío. Su pelo estaba oculto bajo un gorro de punto. Llevaba las uñas limpias. ¿Se habría hecho la manicura? Por un momento, Mollie se preguntó si sería profesor. O tal vez funcionario o banquero. No conseguía descifrar si llevaba una americana de traje o un suéter debajo de la chaqueta acolchada, pero sabía por mañanas anteriores que llevaba tejanos. Azules, con un pliegue planchado en el centro de la pernera. Dios, ¿quién seguía haciendo eso? ¿Su madre? Pero parecía demasiado mayor para seguir viviendo con su madre. ¿Una esposa, tal vez? No llevaba anillo. ¿Y por qué pensaba en eso siquiera? Un estremecimiento de inquietud le agitó los hombros, y de inmediato sintió miedo de él.

Cerró los ojos y permitió que la música invadiera su consciencia y que el resoplar del tren la consolase, esperando que el sueño la ayudara a pasar los próximos setenta minutos. Y entonces sintió el pie del hombre tocándole la bota. Abrió los ojos de golpe y apartó la pierna como si le quemara.

—¿Qué diablos haces? —graznó. Las primeras palabras que pronunciaba desde que se había despertado aquella mañana.

—Lo siento —dijo él, con sus ojos penetrantes como dardos azules. No apartó el pie.

Mollie supo por el tono de su voz que no lo sentía en absoluto.

\* \* \*

Grace pensó que era bastante mono. La manera en que molestaba a la mujer que solo quería dormir. No pudo evitar sonreírle. Él no se fijó en ella. Nadie lo hacía. Pero a ella no le importaba. De verdad que no.

Enroscó los dedos en sus mitones de aspecto infantil y encogió los hombros hasta que le tocaron las orejas, deseando poder fingir que dormía. Pero nunca se le había dado bien fingir. «Lo que ves es lo que hay». Eso es lo que su madre siempre decía sobre ella. Y ahora se veía obligada a vivir con su hermano durante un mes. Aunque no es que estuviera demasiado en casa. Gracias a Dios, porque era terriblemente quisquilloso.

Miró el asiento vacío junto a ella para asegurarse de que su bolso seguía allí. Nadie se sentaba nunca a su lado a menos que no quedaran más asientos libres. «No muerdo», quería decir, pero nunca lo hacía. Solo sonreía con su sonrisa de dientes separados y asentía. Normalmente, el gesto de cabeza los tranquilizaba.

«Parece que soy una asesina en serie por la manera en que me miran algunos», pensó. No podía evitar sus movimientos ansiosos, constantes, y no le importaba lo que nadie pensara, de una u otra manera.

«Yo soy yo», quería gritar.

Permaneció con los labios apretados.

### 3

—¡Chloe y Sean! ¿Tengo que quedarme afónica cada mañana? ¡Arriba, ahora!

Lottie se apartó de las escaleras y sacudió la cabeza. Más que mejorar, las cosas empeoraban. Al menos la próxima semana empezarían las vacaciones de mitad de trimestre y podría escaparse al trabajo sin desgarrarse las cuerdas vocales.

Vació la lavadora. La cesta de la ropa sucia estaba aún medio llena, así que metió otra carga y encendió la máquina, luego arrastró la ropa mojada hasta la secadora. Hubo una época en que su madre, Rose Fitzpatrick, solía ayudarla haciendo parte de las tareas domésticas, pero la relación era más tensa que nunca, y ahora Rose no se encontraba bien.

Lottie bebió su taza de café a sorbos y permitió que le aplacara los nervios. Se tragó tres calmantes y trató de masajearse la zona de la espalda donde la puñalada se curaba lo mejor que podía. Heridas físicas aparte, sabía que las cicatrices emocionales estaban incrustadas en su psique para siempre. Mientras observaba la mañana helada, se preguntó si debería llevarse un jersey para mantener el frío a raya. Vestía una camiseta negra de manga larga, con los puños raídos, y un par de tejanos negros ajustados. Había tirado sus fieles botas Uggs la semana pasada y llevaba los botines negros de Katie.

—Toma, madre —dijo Chloe al entrar en la cocina—. Creo que vas a necesitar esto hoy.

—Gracias. —Lottie cogió la sudadera azul que le ofrecía su hija de diecisiete años. Se fijó en que Chloe se había maquillado con una base pálida y sombra de ojos oscura con rímel negro. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño alto.

—Sabes que no se te permite ir maquillada a la escuela.

—Lo sé. Y no voy maquillada. —Chloe tomó una caja de copos de maíz y comenzó a metérselos en la boca.

—Y eso es brillo de labios. Vamos. No querrás meterte en problemas.

—No lo haré. No es maquillaje. Solo un poco de brillo para proteger mi piel del aire frío —dijo Chloe mientras se quitaba migas de copos de maíz de los labios pegajosos.

Lottie sacudió la cabeza. Era demasiado temprano para discutir. Enjuagó su taza en el fregadero.

—Te lo advierto en caso de que tus profesores se den cuenta.

—Sí, claro —dijo Chloe, poniendo mala cara.

«Tan parecida a su padre», pensó Lottie.

—Me preocupo por ti.

—Deja de preocuparte. Estoy bien. —Chloe recogió su mochila y fue hacia la puerta.

—Puedo llevarte en coche, si quieres.

—Gracias, iré caminando.

La puerta principal se cerró ruidosamente. Lottie no estaba del todo convencida de que su hija estuviera bien. Aún la exasperaba que la llamara «madre». La ponía de los nervios, y Chloe lo sabía. Por eso lo hacía. Solo en momentos de extrema ternura la llamaba mamá.

—Me encantaría comerme una tortita —dijo Sean al entrar en la cocina y le tendió la corbata del colegio.

—Sean, ¿cuántos años tienes? —Lottie se pasó la corbata por el cuello y comenzó a hacer el nudo.

Su hijo puso los ojos en blanco.

—Me muero de ganas de cumplir quince en abril. Quizá entonces dejas de tratarme como a un niño.

—Te he enseñado millones de veces cómo hacerte el nudo. —Le devolvió la corbata.

—Papá nunca aprendió a hacerlo. Recuerdo que siempre le hacías el nudo.

Lottie sonrió melancólicamente.

—Tienes razón. Y lo siento, pero no tengo tiempo de hacer tortitas. Has visto demasiadas series estadounidenses. —Le apartó el pelo de los ojos y le apretó el hombro afectuosamente—. Te veo luego. Pórtate bien en la escuela.

Lottie se subió la cremallera de la sudadera, cogió el bolso y el abrigo y escapó hacia la puerta.

—¿Hay alguna posibilidad de que me lleves en coche? —dijo Sean.

—Si te das prisa.

Esperó mientras su hijo sacaba un yogur de la nevera y una cuchara de un cajón.

El chico cogió la mochila y dijo:

—¡Cuando quieras!

Lottie gritó escaleras arriba:

—Hasta luego, Katie. Dale a Louis un beso de mi parte. —Luego, sin esperar a que su hija mayor contestara, salió por la puerta detrás de su hijo.

Otra mañana normal en casa de los Parker.

## 4

El tren paró en la ciudad universitaria de Maynooth. Nadie se apeó. No era algo inusual en el primer tren suburbano de la mañana de Ragmullin a Dublín. No, los estudiantes universitarios llenarían el tren de las siete. Aun así, el andén estaba lleno. El vapor del café subía en el aire helado y las personas que iban de camino al trabajo subían arrastrando los pies, acercándose los unos a los otros en busca de calor y asientos.

Mollie tenía la esperanza de que el hombre sentado frente a ella se bajase. Pero no iba a ser tan afortunada. Como las otras mañanas, el hombre iba hasta Dublín.

Lo estudió otra vez, con los brazos doblados y el rostro vuelto hacia la ventanilla. Aunque había apartado los ojos, los sentía fijos en ella. «Puaj», pensó con un escalofrío. Se frotó los brazos con las manos intentando mantener el frío a raya. Pero la sensación era algo más que las puertas abiertas aspirando el aire de fuera. El frío emanaba del hombre sentado frente a ella.

Lo observó apartar la vista de la ventanilla y sonreír. Los delgados labios rosados se curvaron en las comisuras sin que la sonrisa alcanzara los fríos ojos azules, con sus pupilas oscuras como alfileres.

—¿Estudiaste en la universidad de Maynooth? —preguntó el hombre.

La voz se le clavó en el corazón. Sonaba diferente de antes. Inquisitivo y a la vez acusador. Mollie negó con la cabeza y tragó saliva.

—¿A qué universidad fuiste? —indagó él.

Tendría que decirle que se fuera al carajo. No era asunto suyo. Joder, ni siquiera sabía quién era. Ese tío no la conocía. ¿O sí? Arrugó el ceño y lo miró de reojo. ¿Había en él algo vagamente familiar? No, concluyó. Nada.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —Otra vez esa sonrisa. Una mueca que no era una sonrisa en absoluto.

Mollie se mordió la mejilla por dentro y deseó bajarse del maldito tren. Alejarse de él todo lo posible. «Estás siendo irracional», la advirtió su voz interior. «Solo quiere ser amable, charlar». Pero nadie charlaba en el primer tren suburbano de la mañana.

Quiso cambiarse de sitio y miró a su alrededor, pero el tren comenzaba a llenarse y tal vez tendría que quedarse de pie. Miró al otro lado del pasillo y le llamó la atención una mujer joven sentada junto a la ventanilla opuesta. Había un asiento vacío a su lado. ¿Debería sentarse allí? ¿Parecería raro teniendo en cuenta que aún había un asiento vacío justo a su lado? Pero no conocía al hombre, así que, ¿qué más daba?

Se puso la bolsa negra del ordenador contra el pecho y se levantó; cogió la bufanda antes de que tocara el suelo. Fue lentamente hasta el pasillo y se dejó caer junto a la joven. Pero incluso mientras exhalaba con alivio, sintió el aire frío disiparse para ser reemplazado por el calor de la rabia muda.

Miró hacia delante sin ver, con la esperanza de que la chica no tratara de entablar conversación. No tuvo tanta suerte.

—Me llamo Grace, ¿y tú? —La joven mostró una sonrisa de dientes separados.

Mollie gruñó y cerró los ojos con fuerza. Definitivamente, era una de esas mañanas.

\* \* \*

Dos filas más atrás, el hombre hundió la barbilla en su bufanda. Miró a la chica levantarse de delante del hombre charlatán y molesto y sentarse junto a la joven de los dientes separados. Era bueno que estuviera nerviosa. El chico la había distraído. La había asustado. Sonrió dentro de su bufanda de lana. Estaba haciendo exactamente lo que él quería.

Si esa otra puta no se hubiera escapado, no la necesitaría. Pero siempre le había gustado ir un paso por delante de sí mismo. Eso decía su madre.

El pensar en su madre hizo desaparecer su sonrisa, y metió las manos más profundamente en los bolsillos mientras el temblor comenzaba a sacudir sus articulaciones. Hacía frío, y la calefacción no siempre funcionaba en el tren, pero ahora estaba realmente congelado. Sacudió la cabeza para quitarse la

imagen de su madre y reemplazarla con la chica que sujetaba el portátil contra el pecho. Se había dejado la chaqueta abrochada y el hombre se preguntó qué llevaría debajo. ¿Se cambiaba de ropa al llegar a la oficina? Sabía mucho sobre ella, pero no sabía qué hacía una vez atravesaba las puertas del insulso edificio de oficinas en la calle Townsend.

El tren paró y arrancó en todas las molestas estaciones suburbanas y el vagón se calentó considerablemente con la multitud apretada. El pasillo estaba ahora lleno de gente empuñando bolsos y teléfonos, y el aire estaba saturado de olor a pies y a sudor. Estaba tan abarrotado que ya no podía verla. Cerró los ojos, conjurándola en su memoria y con un dedo imaginario acarició su lacio pelo oscuro mientras se tocaba a través del bolsillo del abrigo. No tendría que esperar mucho más. Esa tarde volvería a verla.

El tren se meció y resopló, aceleró y luego frenó mientras entraba en la estación Connolly de Dublín. Un aire de anticipación se elevó con el aliento caldeado de los pasajeros mientras se preparaban para bajar. Tenía por delante un largo día de pensar en ella, de esperarla. Pero valdría la pena. A las seis y media de la tarde, sería suya.



## 5

En la comisaría, la inspectora Lottie Parker subió las escaleras y recorrió el pasillo. Su despacho renovado estaba al fondo del área general. La última pieza del rompecabezas que había supuesto tres años de renovaciones y ampliaciones. Incluso tenía una puerta que se cerraba como Dios manda. Pero no se acostumbraba, así que se sentó en su antiguo escritorio en la oficina principal. El sargento Mark Boyd estaba sentado frente a ella en el abarrotado espacio que compartía con los detectives Larry Kirby y Maria Lynch.

—Puedo usarlo yo, si tú no quieres —le dijo Boyd guiñándole el ojo, señalando la oficina vacía detrás de ella.

—Jamás de los jamases —dijo Lottie—. Es un buen lugar al que retirarme cuando me apetece; para cerrar la puerta y gritar en paz.

—Gritas aquí fuera la mayor parte del tiempo. Somos inmunes a tus arrebatos. —Ordenó las hojas de una carpeta y la cerró.

—¿Qué has dicho, Boyd?

—Solo digo en voz alta lo que todos pensamos —murmuró.

—Sé cuándo sobro. —Recogió su bolso de cuero gastado, se lo acomodó en el hombro, desfiló hasta su nueva oficina y cerró la puerta tras ella.

En su escritorio, apretó unas teclas y el ordenador volvió a la vida con un ruidito. Abrió la página que había inspeccionado el día anterior, clicó y amplió la fotografía de Elizabeth Byrne, de veinticinco años. No se había clasificado como una desaparición porque aún era demasiado pronto. Pero era una semana tranquila en Ragmullin, así que le había encargado a Boyd que echara un somero vistazo a la posible desaparición de Elizabeth.

Apoyó la barbilla en la mano y estudió el retrato mientras miraba los

brillantes ojos de la joven. Se maravilló ante el brillo de su pelo caoba, colocado detrás de la oreja y que colgaba seductoramente sobre un ojo castaño. De forma instintiva, su mano fue hasta sus propios mechones enredados. Necesitaba hacerse el color y cortárselo. Le faltaba una semana para cobrar, pero aun así no podría permitirse los más de ochenta euros que costaba.

—¿Hay algo más que quieras que haga respecto a Elizabeth Byrne? —Boyd estaba de pie en la puerta, a medio entrar.

—No muerdo —dijo ella, tratando de evitar sonreír.

—¿En serio? Pensé que te estabas afilando los dientes hacía un momento.

—No te hagas el listillo, Boyd. Ven y siéntate.

El sargento cerró la puerta y se sentó en la silla de tela gris que Lottie había colocado en un ángulo estratégico para asegurarse de que no viera lo que estaba haciendo. Que, para ser sincera, no era gran cosa.

—¿Has conseguido algo de las cámaras de seguridad? —preguntó.

Boyd pasó las páginas del expediente que tenía sobre las rodillas haciéndolas crujir. Sus ojos examinaron una de las hojas y colocó una imagen en blanco y negro frente a ella.

—Sabes que no es oficial —dijo.

—Lo sé.

—Aún no han pasado cuarenta y ocho horas.

Lottie asintió.

—Tú solo dime lo que tienes por ahora.

—¿Por qué estás de tan mal humor esta mañana?

—¡Boyd! Solo dime qué diablos estoy mirando.

Su compañero se encogió de hombros y se inclinó sobre el escritorio.

—Esto es una captura de pantalla de la cámara de seguridad de la estación de trenes. Tomada cuando Elizabeth compraba su billete semanal, el lunes a las 5.55 de la mañana, antes de subir al tren a Dublín. Trabaja en el Centro de Servicios Financieros, es gerente de un banco alemán. Según sus compañeros, estuvo allí todo el día y salió a las 16.25 para coger el tren de las 17.10 de regreso a Ragsmullin. Le he pedido ayuda a un amigo de la comisaría de la calle Store. Ha rastreado las grabaciones de las cámaras de la estación Connolly, pero de momento no la ha encontrado.

—¿Hay cámaras en todos los andenes?

—Principalmente en las líneas DART, los trenes de cercanías. Aparte de eso, están centradas en el vestíbulo general y las taquillas.

—Maldición.

—Eso es muy suave viniendo de ti.

—Estoy intentando soltar menos tacos. Katie dice que se lo voy a pegar al pequeño Louis.

—Ah, por el amor de Dios —se rio Boyd—. ¿Algún indicio de que vaya a volver a la universidad?

—¿Tú que crees? —Lottie sacudió la cabeza—. Está empecinada en ir a Nueva York para verse con Tom Rickard, el abuelo de Louis.

—Eso puede ser algo bueno.

Lottie reflexionó sobre las palabras de Boyd y recordó el trauma que había sufrido su familia el año anterior con la muerte del único hijo de Rickard, Jason, el novio de Katie. Unos meses más tarde, Katie, que por aquel entonces tenía diecinueve años, descubrió que estaba embarazada de Jason. Aplazó la universidad y ahora todo su tiempo se iba en cuidar de su hijo.

Lottie tenía que admitir que el pequeño Louis era un gran tónico para el resto de la familia. Chloe y Sean lo adoraban. Pero Katie lo estaba pasando mal, y seguía rechazando tercamente la ayuda que Lottie le ofrecía. Le había sacado el pasaporte a Louis e insistía en que iría a Nueva York. Aún no habían hablado del coste. Tal vez esa noche. Tal vez no.

—Puede que un viaje le siente bien —dijo Lottie—. Pero no estoy segura.

—Te da miedo que no quiera volver a casa, ¿es eso? —preguntó Boyd, frunciendo el ceño con seriedad.

Lottie lo observó mientras se echaba atrás y cruzaba los brazos sobre su camisa azul planchada y su immaculada corbata azul marino. Llevaba el pelo canoso corto, como de costumbre, y su delgadez era casi excesiva, pero sin llegar a ello. Los cuarenta y pico le sentaban mejor que a ella, tenía que admitirlo. Le gustaba discutir con Boyd y sabía que él sentía algo por ella, pero su vida era demasiado complicada para embarcarse en nada serio.

—No estoy segura de nada de lo que tiene que ver con mis hijos —dijo.

—Sobre la marcha, ¿no?

—Eso. —Cogió la imagen de la cámara de vigilancia antes de que Boyd comenzara a hacer preguntas incómodas—. Una chica de veinticinco años desaparece sin dejar rastro del tren de las 17.10 de Dublín a Ragmullin un lunes por la tarde. ¿Estamos seguros de que subió al tren?

—Era pasajera habitual. He hablado con algunas personas que salieron de la estación ayer por la tarde. La mayoría dijeron que la habían visto pero no

estaban seguros del día, pero dos personas juraron que subió al tren. La recordaban de pie en el pasillo antes de conseguir un asiento después de Maynooth. Pero ninguno de esos testigos puede decirnos nada más, porque ambos bajaron en la siguiente estación, Enfield.

—Pero Elizabeth nunca llegó a casa —dijo Lottie.

—Exacto.

—Puede que también bajara en Enfield.

—Las cámaras de seguridad de la estación de Enfield confirman que no fue así.

—Volvamos entonces a la estación de Ragmullin. Tienes una imagen de ella por la mañana en la cámara de seguridad. ¿Qué hay de la tarde?

—Todas las cámaras están enfocadas hacia las taquillas o el *parking*, pero sabemos que no tiene coche, así que debió de ir caminando a la estación el lunes por la mañana.

—Puede que se quedara en el tren y acabase en otra parte.

Boyd negó con la cabeza.

—He comprobado todas las estaciones hasta Sligo, donde finaliza el trayecto, y no hay pruebas de que estuviera a bordo aparte de los testigos que creen haberla visto antes de Enfield.

—Los medios llamarán a esto «la chica que desapareció del tren». —Imprimió la fotografía y se la dio a Boyd—. Dime lo que ves.

—Una mujer joven, con el pelo por los hombros. Un montón de pecas en la nariz, ojos marrón oscuro y labios gruesos. ¿Puedo decir que es bonita?

—¡Boyd! Te estoy preguntando sobre su personalidad. —Lottie sacudió la cabeza exasperada.

—Solo es una fotografía, no soy vidente.

—Inténtalo.

El detective suspiró.

—Parece bastante sensata. No tiene *piercings* ni en la nariz ni en la ceja. No hay tatuajes visibles, aunque solo se le ve la cara. Los ojos parecen claros y brillantes. Probablemente no tome drogas.

—Eso es lo que yo pensé. ¿Ha aparecido algo en sus redes sociales?

—Nada desde el domingo por la noche.

—¿Qué decía?

—Solo una publicación de Facebook con un GIF de un gato con pinta de

agobiado en el que ponía: «Por favor, no me digas que mañana es lunes. Por favor».

—¿Crees que se ha fugado?

—Vive con su madre y esta ha dicho que todas sus cosas siguen en su habitación.

Lottie se levantó y cogió la chaqueta y el bolso.

—Vamos. Echemos un vistazo por su casa y veamos si podemos descubrir algo.

—Aún no han pasado cuarenta y ocho horas —replicó el sargento.

—¿Eres un loro? Porque te repites mucho.

—Elizabeth es una adulta. Creo que te estás precipitando un poco con esto.

—Oh, por el amor de Dios, deja de quejarte. Es mejor esto que estar fuera con este frío que pela persiguiendo a flipados del *tunning* o intentando conseguir información sobre peleas ilegales.

—Que Dios me ayude —murmuró el detective.

Lottie abrió la puerta y miró por encima del hombro cómo Boyd se alzaba despacio y la seguía. Cuando pasó junto a ella, captó su olor a jabón y tuvo que contenerse para no cogerlo de la mano. No podía hacer nada que pudiera poner en peligro la feliz tregua que vivían en aquel momento.

—¿Por qué tanta amargura? —preguntó el detective.

—No es asunto tuyo —dijo Lottie con una sonrisa, y atravesó la oficina principal y dejó a su paso el tintineo de los radiadores enfriándose. En el pasillo, se encontró cara a cara con el comisario Corrigan.

—Precisamente venía a buscarte. A mi despacho, ahora.

Lottie se quedó mirando su corpulencia con la boca abierta. Últimamente se había portado bien. ¿O no?

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Boyd, que retrocedió a su despacho.

—Nada. Espero. —Cruzó los dedos mientras seguía a Corrigan por el pasillo.

\* \* \*

—Siéntate, Parker. Sabes que me pone nervioso verte saltar de un pie al otro.

—No estoy... —Lottie cerró la boca, plegó la chaqueta colocándosela sobre el brazo e hizo lo que le ordenaba su jefe.

El comisario Corrigan acercó su silla al escritorio. Con su barriga adecuadamente acomodada, golpeó con un bolígrafo sobre la madera y la miró. Lottie ahogó un jadeo cuando vio cuánto había empeorado su ojo. El verano pasado lo había llevado cubierto con un parche, y antes de Navidad había dicho que estaba mejor. Mejor que qué, nadie lo había preguntado, pero Lottie pensó que ahora parecía haberse deteriorado considerablemente.

—¿Quieres parar de mirarme el ojo? —dijo el comisario, que se lo frotó agresivamente y consiguió que se enrojeciera y lagrimeara aún más.

—Lo siento, señor.

—Bueno, de hecho, esta es una de las razones por las que te he llamado. —Hizo una pausa—. Tuve que visitar a otro especialista. No le gustó lo que vio. Me mandó a hacerme un escáner. Encontró un puto tumor sobre el nervio óptico. Y... —Su voz se quebró y se puso en pie. Lottie lo miró ir hacia la ventana. Mierda, esto eran malas noticias. Y sentía que aún faltaba lo peor.

—Voy a tener que dejar el trabajo una temporada.

—Lo siento.

—¿Quieres parar de decir que lo sientes? No es culpa tuya. Una de las únicas cosas, podría añadir, que no es culpa tuya por estos lares. —Se dio la vuelta y Lottie vio cuánto le molestaba tener que dejar el trabajo—. He contactado con la oficina principal y enviarán a un sustituto temporal. No hacen falta entrevistas ni esas mierdas.

—¿De verdad? Pensaba que era obligatorio hacer entrevistas para las sustituciones, incluso las cortas.

—No tengo ni puta idea de cuánto durará mi ausencia. Mi mayor preocupación es sacarme este puto tumor de la cabeza.

—Lo entiendo. Lo siento, señor.

—Joder, ¿quieres parar?

—Lo sien... —Lottie se detuvo antes de volver a decirlo. Si no iban a hacer entrevistas, ¿no tendría que asumir ella el trabajo de comisaria temporal?

—Y antes de que digas nada más, no vas a ser tú quien me sustituya. Aparentemente, tu fama de cagarla ha llegado a oídos de mis superiores, por mucho que me esfuerzo en mantener nuestras investigaciones en un ámbito local. —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Y cómo te encuentras desde que has vuelto al trabajo? Mejor, espero.

No hablaba solo de su salud física. La herida que había sufrido a manos de una asesina había sido el catalizador de unas revelaciones increíbles sobre la

historia familiar de Lottie. Revelaciones con las que aún no podía lidiar.

—Estoy bien, señor. Estar un mes en casa me ha vuelto majara, pero ahora me siento genial. —Cruzó los dedos esperando que no ahondara más.

—Eso es bueno.

—¿Quién va a reemplazarlo, señor? ¿Alguien que yo conozca?

—El inspector David McMahon.

Lottie se levantó de golpe de la silla y dejó caer la chaqueta y el bolso.

—No puede hablar en serio. ¡McMahon! Virgen santísima, deme un respiro.

—Se contuvo a duras penas para no dar una patada al suelo como una niña revoltosa—. Si él viene, yo me voy.

—Harás lo que te diga, y no dirás nada. Te vas a comportar, coño. ¿Me has oído?

—Señor, no puede permitir que pase esto. Seré el hazmerreír del distrito. Es absurdo tener a un forastero de Dublín sustituyéndole a usted cuando yo ya estoy aquí. Está fuera de lugar. Está... está....

—Está hecho. No hay más que decir. —Corrigan se dio la vuelta para volver a mirar por la ventana—. Espero que no me decepciones. Confío en que te comportes.

—No tengo cinco años, señor.

Corrigan volvió a darse la vuelta.

—Si te soy sincero, a veces me haces dudar.

Lottie recogió sus cosas del suelo. ¿Qué iba a hacer ahora? Esto era un desastre. Se detuvo junto a la puerta.

—Espero que la cirugía sea un éxito, señor. Y prometo que intentaré portarme bien mientras no esté.

—Ahora sí que sueñas como si tuvieras cinco años. Pero gracias. Y, por favor, haz que McMahon se sienta bienvenido —añadió—. Aunque ambos sabemos que es un capullo.

Fuera, en el pasillo, Lottie se apoyó contra la fría pared. McMahon. ¿Qué había hecho para merecer esto? Necesitaba salir de la comisaría y reflexionar sobre las implicaciones de las malas noticias.

Se puso la chaqueta y fue a buscar a Boyd.

## 6

Boyd atravesó apresuradamente la comisaría y salió por la puerta principal, pero Lottie no tuvo tanta suerte. Un tumulto en la recepción la advirtió de que siguiera caminando, pero la curiosidad hizo que echara un vistazo rápido justo en el momento en que la mujer joven que gritaba se volvió para mirarla.

—¿Usted, la de ahí! Tiene pinta de que me va a escuchar. ¿Puedo hablar con usted un momento? —La joven tenía un voluminoso cabello rubio, con raíces negras, recogido en un moño alto. Unos aros enormes colgaban de sus orejas y un niño descansaba en su brazo y se chupaba el pulgar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lottie mientras se maldecía en silencio por no haber sido lo bastante rápida como para desaparecer detrás de Boyd.

La mujer, vestida con tejanos ceñidos y botas de cuero negro hasta las rodillas, fue hacia ella.

—Esa imbécil que hay detrás del mostrador no quiere anotar nada de lo que digo. ¿Puede pedirle que lo escriba? Sé que una vez está escrito, tienen que investigarlo.

Lottie señaló el banco de madera junto a la puerta principal y le indicó a la mujer que se sentara. Asintió con complicidad mirando a la guarda Gilly O'Donoghue, a quien parecía haberle tocado cargar con el muerto de atender la recepción.

—¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre no tiene nada que ver con esto. ¡Solo quiero denunciar lo que he oído, pero nadie me escucha!

—Estaré encantada de escuchar lo que tenga que decirme, pero si quiere que la tome en serio, necesito saber su nombre y su dirección. —Lottie sacó una



libreta y un boli de su bolso.

—Si le digo eso, definitivamente no me va a creer. —La mujer abrazó al niño con fuerza.

—Póngame a prueba.

—Está bien. Veamos los pocos prejuicios que tiene. Mi nombre es Bridie McWard, y vivo en el campamento nómada.

—Vale, Bridie —dijo Lottie con calma—. ¿Qué quería decirme?

La mujer se removió inquieta en el asiento duro, aparentemente desconcertada por que Lottie estuviera dispuesta a escucharla.

—Al pequeño Tommy le está saliendo un diente, ¿sabe?, y se despierta a todas horas. Y el lunes por la noche fue especialmente malo. El diente ya ha salido, pero ha sido un cabroncete todo el fin de semana. Lo siento. Supongo que no sabrá nada de bebés llorones.

—Ahí se equivoca. Continúe.

—Como he dicho, el lunes por la noche fue una pesadilla. Me hizo levantarme como unas tres veces, y fue entonces cuando lo oí.

—¿Oír qué?

—Los gritos. Como le he dicho a la señora cabeza hueca de allí. —Señaló a la garda O'Donoghue.

Lottie sonrió para sí misma. Bridie no podía estar más equivocada. Gilly O'Donoghue era una de las policías jóvenes más brillantes de la comisaría.

—Continúe —dijo.

Bridie la miró.

—¿Sabe dónde está el campamento? El alojamiento temporal. Temporal los cojones. Lleva ahí veinticinco años. Yo nací allí, y mami ha vivido en una caravana en el campamento toda su vida, antes incluso de que construyeran las casitas. Nos crio a los ocho, sí señor, hasta que tuvo que irse al asilo. Yo soy la más joven. Ahora tenemos la casa. ¿Temporal? Ni hablar. Como sea, vivo justo al lado del cementerio.

—Lo sé —dijo Lottie.

Acudía a menudo al cementerio para visitar la tumba de Adam, aunque no tanto como antes. Tendría que ir pronto y dejar unas rosas rojas por San Valentín. Adam probablemente se retorcería en su tumba riéndose de ella. Nunca le dieron importancia a San Valentín mientras estuvo vivo.

Bridie siguió hablando.

—Hay un muro alto entre las casas y el cementerio. Y el lunes por la noche,

bueno, realmente era el martes por la mañana, oí unos gritos que venían de detrás del muro. Pensé que los muertos se habían levantado para perseguirnos. Era como una *banshee*, un espíritu femenino que anuncia la muerte de un familiar. Mami me dijo que la oyó una vez, hace años. Saqué a Tommy de su cuna y me volví para despertar a Paddy, mi marido. Excepto que Paddy no estaba allí. A veces hace eso. Se va a visitar a amigos y se olvida de volver a casa. Sé que me habría dicho que era una mujer estúpida y que me volviera a la cama, pero ¿cómo me iba a dormir otra vez con Tommy despierto y alguien gritando en el cementerio? Estaba cagada de miedo. Aún lo estoy, para serle sincera. —Se mordió el labio y bajó la cabeza, como si estar asustada fuera un crimen.

Lottie se quedó quieta con el boli en el aire; el único sonido que se oía era el del pequeño Tommy chupándose el pulgar con fuerza.

—¿Oyó un grito?

—Usted me cree, guarda, ¿no es cierto?

—Soy la inspectora Parker, y sí, Bridie, me creo que oyera algo. Pero no sé qué. ¿Por qué no vino ayer a denunciarlo?

—Pues es que tenía que ir a lo de las ayudas. A firmar.

—Claro. ¿A qué hora de la noche del lunes oyó esos gritos?

—Lo sabía. No me cree. —Bridie se puso en pie de golpe—. En cuanto he dicho dónde vivía y mencionado las ayudas. Piensa que solo quiero hacerle perder el tiempo. Pues bien, Su Alteza inspectora, puede pensar lo que quiera. He estudiado. Hice el examen de acceso a la universidad y conseguí un trabajo. Luego me casé, tuve a Tommy y dejé el trabajo. Así que tengo que ir a firmar.

—Siéntese, Bridie. —Lottie esperó un momento mientras Bridie se dejaba caer de nuevo en el banco—. Posiblemente esté sacando esa conclusión de mí por la manera en que la han tratado en el pasado. Pero la creo. —Observó a la mujer acariciar el pelo de su hijo con los dedos cargados de anillos dorados y se mordía el labio. ¿Estaba decidiendo qué decir a continuación?

—No vi nada —dijo Bridie al final—. Nuestras ventanas están justo al lado del muro. Pero los gritos no estaban muy lejos. Venían de alguna parte al otro lado del muro. Era una mujer. Estoy segura. Normalmente hay mucho silencio por las noches. A menos que haya una pelea en el campamento, o las sirenas de las ambulancias yendo al hospital. Pero el lunes por la noche estaba helado y silencioso. Entonces oí esos gritos. El reloj marcaba las tres y cuarto. Recuerdo ver los números rojos cuando me levanté con Tommy.

—¿Cuánto duraron los gritos? —Lottie ya había decidido que Bridie había oído a unos adolescentes haciendo el tonto, corriendo entre las tumbas para tocar las narices y cagándose de miedo en el proceso.

—No mucho. Fue un estallido corto, seguido otra vez por el silencio.

—¿Y definitivamente era una mujer?

—Sí. ¿Va a ir allí y echar un vistazo?

—Enviaré a alguien a investigar. No se preocupe. Probablemente serían unos adolescentes jugando por allí.

—No envíe a nadie. Vaya usted. Me fío de que usted investigará como es debido. Y he oído a chavales allí antes. Esto era diferente. Esto era auténtico terror.

Con un suspiro, Lottie metió la libreta en el bolso.

—Veré qué puedo hacer.

—Prométamelo. Entonces lo sabré.

—¿Sabrá qué?

—Si me promete que irá a investigar usted misma, la creeré. —Los grandes ojos de Bridie le rogaban.

—De acuerdo, de acuerdo. Iré a echar un vistazo yo misma. Pero ya es miércoles, así que no sé de qué va a servir.

—Me sentiré mejor. Y sabré que Tommy está a salvo. ¿Lo promete?

—Lo prometo. —Lottie pensó en cruzar los dedos para cubrir una mentira, pero no lo hizo. La sinceridad de Bridie le tocó la fibra sensible, y quiso hacer lo que la joven le pedía.

—Hay un funeral dentro de un rato. Será mejor que vaya antes de que empiece.

—Iré tan pronto como pueda.

—Muchas gracias, señora inspectora. En cuanto la vi, supe que usted era una dama.

Bridie arrojó a su hijo y, con un chirrido de sus botas de cuero, salió por la puerta y se marchó.

—¿Así que ahora eres una dama? —se rio Gilly.

—Pensé que era evidente —dijo Lottie.

## 7

Lottie le dijo a Boyd que aparcara frente al muro del cementerio, bajo la cámara de seguridad. Estaba fija en un punto, una advertencia para los posibles ladrones de coches de que siguieran su camino. Las viejas puertas de acero por las que entraban los vehículos estaban cerradas con una gruesa cadena.

Lottie se dirigió hacia la puerta lateral con Boyd trotando detrás suyo. El cementerio estaba sumido en un silencio siniestro.

—Creer en las *banshees*, ¿verdad? —dijo Boyd.

—¿Quiénes?

—Los nómadas. Creer en maldiciones y hadas y toda esa mierda.

—¿Y acaso tú no?

Lottie caminaba apresuradamente mirando a su alrededor, en busca de cualquier rastro de una mujer gritando casi dos días después de que Bridie McWard hubiera oído el sonido. Se preguntó fugazmente si tendría algo que ver con la desaparecida Elizabeth Byrne, pero descartó la idea por ridícula.

Estaba a medio camino, cuesta abajo, y se detuvo cuando un hombre con una chaqueta de obra amarilla salió de detrás de un árbol.

—¿Puedo ayudarles? —Llevaba una pala en una mano y unas tijeras de podar en la otra.

—Dios, me ha dado un susto de muerte —dijo Lottie.

—Lo siento, señora. Parece perdida. Mi nombre es Bernard Fahy. Soy el encargado del cementerio. —Se puso las tijeras bajo la axila y le tendió una mano mugrienta—. ¿Buscaban alguna tumba en concreto?

—Soy la inspectora Lottie Parker, y este es el sargento Boyd.

Lottie retiró la mano, cubierta de barro. Miró la cara amarillenta del hombre

y se fijó en que el blanco de sus ojos era también de ese color.

—¿Ha habido algún alboroto por aquí últimamente?

—¿Alboroto? Oh, ahora lo pillo. Esa cotorra cotilla del campamento nómada ha ido a contarle historias sobre *banshees* gritando en mitad de la noche. —Su risa era ruidosa y estridente, y asustó a los pájaros posados en el árbol desnudo sobre su cabeza. Agitaron las alas y salieron volando como una enorme nube negra en el frío cielo azul—. Bridie está tan loca como la vieja Queenie, su madre. Y también es una McWard. Está metida en toda esa mierda de brujería, ¿sabe qué quiero decir?

—¿Investigó usted las afirmaciones de Bridie sobre los gritos? —Lottie, inmóvil en el aire helado, se frotó las manos para que no se le congelaran.

—Si tuviera que investigar todo lo que denuncia esa gente, no conseguiría cavar ni una tumba y tendría un montón de cadáveres sin enterrar metidos en los ataúdes junto a la basura de la entrada.

—¿Me está diciendo que no lo investigó?

—Pues claro que no. ¿No es eso lo que acabo de decir?

Lottie sacudió la cabeza mientras trataba de descifrar su crítica conversación.

—¿Qué ha hecho estos últimos días? —preguntó.

—Cavé una tumba el lunes para la vieja señora Green, del centro de la ciudad. Noventa y un años tenía. La familia estaba esperando a que llegara uno de los nietos de Australia. La enterrarán hoy, al lado de su difunto esposo. —Señaló un montón de tierra al pie de la colina—. Esto ha estado muy tranquilo, para serles sincero. Pero en esta época del año, con el frío helado, puede estar segura de que habrá unos cuantos más que estirarán la pata antes de que acabe la semana.

—¿No vio nada fuera de lo común? ¿Ningún botellón, o adolescentes corriendo entre las tumbas?

—¿Con este tiempo? No, ese follón es cosa del verano. En invierno, los jóvenes están en casa bebiéndose la ginebra de sus padres. Jugando en el ordenador o viendo Netflix. Hace demasiado frío para su piel joven.

Lottie estudió el rostro de Fahy, con su barba incipiente, mientras este se sacaba las tijeras de debajo del sobaco y volvía a colocárselas en la mano. Tenía la cara picada, Lottie supuso que de acné juvenil, y unos mechones de pelo se le escapaban por debajo del gorro de punto negro alrededor de las orejas. Sus ojos eran inescrutables. Lottie no podía leer lo que había escrito en ellos, y se

preguntó si realmente quería hacerlo.

—Echaremos un vistazo rápido, si no le importa.

—Adelante. —El hombre volvió por donde había venido.

Al llegar al final de la colina, Boyd dijo:

—No me da buena espina.

Lottie se encogió de hombros y miró hacia las casas del campamento nómada detrás del alto muro. El humo se elevaba formando remolinos y, entonces, como apartado por una fuerza invisible de aire helado, se dispersó en líneas rectas y volvió a caer.

Era imposible que Bridie McWard hubiera podido ver nada al otro lado del muro ni siquiera en pleno día, menos aún en mitad de la noche. Mientras Lottie examinaba las lápidas en medio de la fría neblina, entrevió la tumba de granito de Adam, en el terreno elevado a su izquierda.

—Adam está enterrado allí arriba, ¿no?

Lottie dio un salto.

—Joder, Boyd. Por un momento me había olvidado de que estabas aquí.

—No pretendía asustarte. Pero con este clima, el cementerio es un poco tétrico.

—Es tétrico en sus mejores días.

La inspectora giró a la izquierda junto al muro, y se detuvo frente a la tierra recién removida que Fahy había señalado. La tumba abierta estaba cubierta con tablones de madera.

—La nueva residencia de la señora Green, supongo —dijo.

—Dermot Green. —Boyd leyó la inscripción—. Murió en septiembre de 2001, a los ochenta años. Sí, diría que es aquí adonde va. A descansar junto a su difunto marido.

—Algún día serás un gran inspector —dijo Lottie, riendo.

Boyd también rio. El sonido pareció volver a ellos y Lottie se estremeció.

Los recuerdos del día que enterraron a Adam inundaron su mente. Su cuerpo yacía en una caja de madera, con una cruz chapada en oro en la tapa, sepultado para siempre en tierra sagrada... Se sacó las imágenes de la cabeza y miró la zona alrededor de la tumba de los Green. La hierba fuera del bordillo estaba aplastada, presumiblemente por Fahy y sus obreros al cavar la tumba. Lottie caminó lentamente por el sendero y se detuvo junto a una lápida a tres parcelas de las de los Green.

—Boyd, mira esto. —Se arrodilló—. ¿Es eso sangre?

Boyd se inclinó y ambos miraron las gotas de rojo parduzco que manchaban los guijarros blancos que adornaban la parcela.

—Eso parece. —Boyd sacó una bolsa de pruebas del bolsillo de la chaqueta —. Pediré que lo analicen.

—Hazlo.

Lottie se puso en pie y miró a su alrededor. Parte de la hierba también estaba aplastada. Supuso que podría ser de la helada, o porque alguien hubiera visitado a sus seres queridos allí enterrados, o incluso el encargado. ¿O era algo totalmente distinto? ¿Y por qué estaba esa mancha que parecía sangre lo bastante cerca del campamento nómada como para que se pudiera oír un grito?

Comenzó a pensar que, después de todo, tal vez Bridie McWard no había oído a una *banshee*. Parecía más probable que alguien realmente hubiera gritado mientras corría por el cementerio la madrugada del martes.

Se volvió hacia Boyd y dijo:

—¿Has acabado?

—Sí.

—No me gusta la sensación que tengo. Vamos a charlar otra vez con don simpático.

\* \* \*

La oficina del encargado se encontraba dentro del cementero, justo al lado de la entrada principal. Las ventanas estaban cubiertas con mallas metálicas y la forma del tejado recordaba a la que se encontraría en una vieja iglesia de pueblo.

—En su día esto fueron dormitorios —dijo Bernard Fahy.

Se había despojado de la chaqueta de obra y arrastraba los pies por el pequeño despacho. Llevaba un delgado jersey debajo de un mono al menos dos tallas demasiado grande. Su pelo debía de haber sido rubio en otra época, pero se había vuelto amarillo. Lottie sospechaba que a causa del humo de los cigarrillos.

—¿Vive alguien aquí en este momento? —La inspectora se quedó mirando el suelo desnudo de cemento y luego las paredes agrietadas.

—Ni un alma, excepto por las de los que están enterrados a dos metros bajo nuestros pies.

—¿En serio?

—No literalmente. —Se rio, el mismo sonido duro que había asustado antes a los pájaros.

Lottie sintió que se le erizaba la piel. Miró al hombre alto, delgado. Era difícil determinar su edad porque tenía la piel muy dañada por el clima.

—Hace quince años que trabajo como encargado del cementerio, y podría decirle un par de cosas de lo que pasa por aquí. No se lo creería.

—Creo que sí —dijo Lottie. No estaba aquí por los recuerdos. Quería respuestas—. Si alguien quisiera entrar en el cementerio de noche, ¿es difícil?

—La entrada principal está cerrada con llave, a menos que tenga que venir un coche fúnebre, pero la puerta lateral está abierta día y noche. Y cualquiera podría saltar el muro si tuviera ganas. Se arroja mucha basura de manera ilegal. Trabajo para el ayuntamiento y no me hacen caso. ¿Han visto el montón de bolsas negras ahí fuera? Imagino que ustedes no podrán hacer nada, ¿no?

Lottie negó con la cabeza.

—Lo siento. —Abrió el bolso y sacó la fotografía de Elizabeth Byrne—. ¿Ha visto alguna vez a esta mujer?

Fahy tomó la foto y pasó una uña sucia por la cara de Elizabeth.

—Una chica guapa. ¿Qué ha hecho?

—Ella no ha hecho nada. —Lottie le arrancó la foto de la mano y la limpió—. Estamos intentando localizarla.

—No la encontrará aquí, a menos que esté muerta y enterrada —dijo con una risita.

—¿La ha visto?

—No para de hacerme las mismas preguntas. Debe de ser difícil prepararse para ser poli. No, nunca he visto a esa chica. —El hombre cogió la chaqueta—. Y si no le importa, el funeral de la señora Green se celebra en unos minutos.

—Si Bridie, o quien sea, le dice algo más, hágamelo saber, por favor. —Lottie le tendió una de sus tarjetas.

—Lo haré. Si le digo la verdad, me puso un poco nervioso con sus historias de miedo. Ya empezaba a creérmelas. —Levantó la vista y miró las ventanas en forma de diamante, perdido en sus pensamientos, antes de añadir—: ¿Está segura de que no quiere investigar eso de los desechos ilegales?

—Estoy segura.

—Si atrapo a los responsables, van a acabar muertos y enterrados —dijo Fahy.

Lottie empujó a Boyd para que saliera delante de ella y caminaron hasta la



salida.

—Ese tío me da muy mal rollo —dijo Boyd.

—Muerta y enterrada —dijo Lottie—. Espero que no.

## 8

Boyd arrancó el coche, comprobó el retrovisor y se preparó para dar marcha atrás.

—Espera un momento —dijo Lottie, que colocó la mano en el volante para detenerlo—. Por la carretera viene el cortejo fúnebre. Será mejor que seamos respetuosos y esperemos a que entren.

—Tú mandas. —El sargento apagó el motor.

Lottie se recostó en su asiento y observó a Fahy abrir las puertas de hierro forjado. Estas se movieron lentamente hacia dentro y el coche fúnebre, que contenía un sencillo ataúd de pino adornado con un ramillete de lirios, pasó junto a ellas y entró en el cementerio. Ocho coches permanecieron fuera de la verja y aparcaron al otro lado de la carretera.

Un sacerdote vestido con un abrigo negro y una estola púrpura sobre los hombros descendió del primer coche. Caminaba ligeramente encorvado, como si llevara un peso invisible sobre los hombros.

«Mierda», pensó Lottie.

—¿Ese es quien creo que es? —dijo Boyd.

—Vamos —contestó la inspectora, ignorando lo obvio. El padre Joe Burke había regresado—. Hay poca gente, podemos sumarnos.

—Ya tenemos suficiente trabajo sin necesidad de colarnos en el funeral de una extraña.

—Joder, Boyd, ¿es que nunca vas a cerrar el pico? —Lottie remarcó sus palabras cerrando la puerta de golpe y siguió a la comitiva de unas treinta personas colina abajo hasta el lugar del descanso final de la señora Green.

—Esto es ridículo, si me permites decirlo. —Boyd caminó junto a ella.

—No te lo permito. Calla. Quiero ver qué hace Fahy para ganarse el sueldo.

—Cava una tumba y luego la llena cuando la familia se va. Ya lo sabes. Estamos perdiendo el tiempo.

—¡Dios, dame paciencia! —gritó Lottie—. Vuelve al coche y espérame allí.

—No hace falta ponerse tan nerviosa. Ya que estoy aquí, te puedo acompañar.

Lottie aminoró la velocidad cuando el coche fúnebre se detuvo al final de la estrecha calzada. Dos empleados de la funeraria abrieron la puerta trasera, y la familia se colocó a ambos lados para recibir el ataúd. Los hombros de Lottie se estremecieron. No había estado en un funeral desde que se celebró el de Adam, excepto por el entierro de los huesos de su hermano. Esta mujer era una extraña. Alguien con quien no tenía conexión. Debería estar tranquila. Pero no lo estaba.

Y allí se encontraba el padre Joe Burke, con su pelo más corto de lo que ella recordaba, el flequillo apartado de la frente y los ojos tan claros como zafiros. Lottie se puso la capucha de la chaqueta y se dio la vuelta. Quería verlo y al mismo tiempo no quería. «Eres pura contradicción», se dijo a sí misma. A principios del año pasado, él había sido su amigo en un momento difícil. Incluso la había ayudado con su investigación sobre el asesinato de Susan Sullivan. Pero el sacerdote había dejado Raggmullin sumido en la tristeza cuando había descubierto la verdad sobre su origen y Lottie pensaba que no volvería a verlo. Ahora había regresado. ¿Era algo bueno? No estaba nada segura.

Seis hombres, tres a cada lado, dejaron el ataúd sobre los listones de madera que Fahy había colocado en la tumba abierta. Otro hombre, vestido con una chaqueta de obra, estaba de pie junto a Fahy. Ambos se situaron al fondo de la triste reunión familiar.

Lottie observó a un hombre joven, que llevaba un traje demasiado pequeño, depositar el ramillete junto al ataúd, sobre el montón de tierra. El aroma de los lirios era evocador, y Lottie se vio trasladada una vez más al día en que había ayudado a bajar a su marido a la tierra muerta. ¿Se liberaría alguna vez de los recuerdos? Se aferraban a ella como un sudor frío.

El padre Joe salpicó un poco de agua bendita y comenzó las oraciones. La pequeña multitud se le unió en un murmullo. Lottie trató de no fijarse en el cura y se encontró pensando en la sustancia que había encontrado antes en los guijarros. Estaba segura de que era sangre, pero quizá un niño se hubiera cortado la rodilla, o incluso uno de los obreros se hubiera herido al cavar la tumba.

Se arrojó más agua bendita y, entonces, seis de los dolientes, entre ellos las dos únicas mujeres en el funeral, cogieron las tiras de cuero a cada lado del agujero, se las enrollaron en las manos y, con los nudillos blancos, las tensaron. Fahy se acercó y retiró los tablones de madera, y el ataúd quedó suspendido sobre el agujero de dos metros de profundidad.

Un grito surgió del pequeño grupo, entonces una de las mujeres soltó la cuerda y cayó de rodillas. «Cuánto dolor», pensó Lottie. Contempló desde lejos cómo el padre Joe cogía a la desconsolada mujer por el codo y la ayudaba a levantarse. Fahy y su colega volvieron a colocar rápidamente los tablones de madera para sostener otra vez el peso del ataúd.

La mujer volvió a gritar y Lottie se abrió paso entre los dolientes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—¡Lottie! —dijo el cura. Se la quedó mirando con la boca abierta como si fuera a hacer una pregunta, pero la angustiada mujer comenzó a hablar.

—Hay algo allí abajo. —Señaló la tumba con la cara tan blanca como la blusa que sobresalía por el cuello de su abrigo.

Lottie miró, pero solo vio tierra.

—¿Qué ha visto?

Fahy apareció junto a ellas meneándose.

—Probablemente un pájaro, o alguna alimaña. Las tumbas nuevas suelen atraerlas. Especialmente si ya hay un cadáver viejo... —Se detuvo cuando Lottie le lanzó una mirada asesina—. Lo siento —dijo.

—Está hablando de mi abuelo —dijo un hombre rechoncho que le había pasado el brazo por los hombros a la afligida mujer.

—Haremos un descanso —dijo el padre Joe, que le hizo un gesto con la cabeza a Lottie y condujo a los dolientes hasta el sendero, donde se apiñaron junto al coche fúnebre.

Lottie sintió a Boyd junto a su hombro.

—Puede que sea el lugar de descanso de la *banshee* —dijo el sargento.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Lottie a Fahy.

—Ahí abajo no hay nada —dijo este.

Lottie se volvió hacia la mujer, que sollozaba.

—¿Qué ha visto exactamente?

—No estoy segura. Puede que me lo haya imaginado, pero cuando hemos tirado de la cuerda y el ataúd se ha levantado un poco, me ha parecido ver algo como piel sobresaliendo de entre la tierra al fondo de la tumba. Carne humana.

¡Dios santo! ¿Podría ser mi abuelo? —Sacudió la cabeza furiosamente—. Pero lleva muerto quince años.

—Quédense aquí, todos. —Lottie fue hasta Fahy, que ahora estaba junto a la tumba—. ¿Puede mover el ataúd para que eche un vistazo?

—¿Qué? No pensará bajar ahí, ¿no? —Fahy metió las manos en los bolsillos todavía más.

—Quiero que mueva el ataúd. Ahora. —El encargado la estaba sacando más de quicio que un dolor de muelas.

—Esto es intolerable —dijo el hombre.

Boyd se interpuso entre ellos.

—Creo que estás exagerando, jefa. Tendríamos que dejar que la familia enterrara a la difunta.

Lottie le lanzó una mirada furiosa antes de volver la vista a Fahy.

—Usted y su compañero van a quitar ese ataúd de en medio. Solo quiero echar un vistazo rápido y luego pueden continuar con la ceremonia.

Con un suspiro teatral, Fahy llamó a su colega. Entre los dos, colocaron un tablón extra bajo el ataúd de madera y lo deslizaron para apartarlo de la tumba.

El aire pareció enfriarse y el cielo oscurecerse cuando Lottie se inclinó sobre el borde y miró dentro del agujero.

—Mierda —dijo—. Boyd, llama a los forenses. Y también a Lynch y a Kirby. Rápido.

## 9

—¿Qué pasa con mi funeral? —preguntó Fahy mientras Boyd reunía a los dolientes y al padre Joe con los empleados de la funeraria al otro lado del coche fúnebre.

Lottie se le encaró.

—Señor Fahy, no es su funeral, es el de la señora Green, y quiero que usted y su colega vayan allí con la familia hasta que pueda acordonar la zona.

—Tenemos que enterrarla —dijo el hombre.

—Y lo harán, pero no ahora. Tengo serias sospechas de que en esa tumba hay un cuerpo que no debería estar ahí, así que le pido que se aparte.

—Muy bien. —El encargado cogió a su compañero de la manga y sacó el móvil—. Voy a llamar a mi supervisor y contárselo todo.

—Puede llamar a quien le dé la gana, pero apártese de mi escena del crimen.

Cuando se quedó sola, Lottie miró otra vez en la oscura profundidad. De una fina capa de tierra sobresalía la punta de un pie con las uñas pintadas de rosa.

\* \* \*

Una hora más tarde, la tranquilidad del cementerio de Ragmullin se vio interrumpida por un hervidero de actividad y ruido. El ataúd de la señora Lorraine Greene volvía a estar en el coche fúnebre y los empleados de la funeraria se habían llevado a los parientes. Aunque se moría de ganas, Lottie no habló con el padre Joe, pero respondió a su triste sonrisa con un gesto de la cabeza.

Por fin colocaron la cinta policial y la verja principal quedó cerrada y bajo

vigilancia. Una hilera de espectadores se posaba sobre el alto muro mientras los forenses erigían una carpa sobre la tumba abierta.

—Jim McGlynn está de camino —dijo Boyd.

—Estará encantadísimo de vernos.

Boyd se toqueteó la barbilla con cara de preocupación.

—¿Crees que es ella? ¿La chica desaparecida?

—Hay alguien ahí abajo, y no es un cadáver que lleve quince años enterrado. Así que es posible. —Observó a los mirones sentados sobre el muro—. Tenemos que volver a hablar con Bridie McWard, además de con Fahy y su colega.

—¿Adónde han ido?

Lottie señaló la hilera de pinos a su izquierda, donde Fahy fumaba un cigarrillo. A su lado estaban los detectives Larry Kirby y Maria Lynch. Cuando Lottie se acercó, Fahy dio una calada profunda y dejó salir todo el humo.

—Necesito que vaya a la comisaría y haga una declaración —dijo Lottie.

—No he visto nada y tampoco he hecho nada, antes de que empiece a acusarme. Cavé la tumba el lunes y he puesto los listones esta mañana. Solo he visto tierra ahí abajo.

—Necesitamos una declaración formal. ¿Está seguro de que no ha visto nada sospechoso en los últimos días?

—Ya se lo he dicho. No he visto nada. —Encendió otro cigarrillo, y el olor hizo que a Lottie se le revolviere el estómago vacío.

—¿Cómo se llama? —Lottie dirigió su pregunta al hombre joven y rollizo con la cara llena de acné que estaba en pie detrás de Fahy.

—Hoy es mi primer día. Estoy en un programa.

—¿Cómo se llama? ¿Está sordo? —repitió Lottie. Tenía los dientes amarillos y la piel pálida.

—Llevo un audífono. Soy sordo de una oreja. —Se señaló la oreja derecha—. Pero hoy me he olvidado de ponérmelo.

—Lo siento. —Lottie se colocó para hablarle hacia la oreja buena.

—Se llama John Gilbey —dijo Kirby. Tenía el pelo espeso de punta y la cremallera de la chaqueta se tensaba sobre su ancha cintura.

Lynch estaba apoyada contra el muro, pálida. El pelo claro, normalmente recogido en una cola de caballo, le caía sobre los hombros.

—Tiene que ir a la comisaría —dijo Lottie a Gilbey—. Es una formalidad,

no tiene que preocuparse. —Dio órdenes a Kirby para que se llevara a los dos hombres consigo.

—¿Qué quieres que haga, jefa? —preguntó Lynch.

—Haz algo útil. Ayuda a los uniformados a acordonar la verja principal.

Mientras Lynch se marchaba pisando fuerte colina arriba, una camioneta plateada de la comisaría bajó por la pendiente retumbando, disminuyó la velocidad y se detuvo. El conductor se asomó por la ventanilla.

—Vaya, pero si es el inspector Morse y el sargento Lewis. Perturbando mi mañana, como de costumbre.

—Joder, McGlynn. No te había reconocido con la ropa puesta —dijo Lottie con una sonrisita. Solo había visto al jefe del equipo forense con el traje protector, la capucha y la máscara puestas. Dos ojos verdes. Eso era cuanto conocía de él. Ahora podía ponerle cara al conjunto. Sus facciones arrugadas le indicaron que tenía unos sesenta años. Y que estaba de mal humor, aunque eso no era ninguna novedad.

—Yo te reconocería hasta en un apagón —dijo él haciendo una mueca—. ¿Qué has desenterrado para mí esta vez?

—No lo hemos desenterrado exactamente, aunque si no fuera por mi curiosidad incurable, creo que habría quedado enterrada para siempre.

—Y ya sabes lo que le hizo la curiosidad al gato, ¿no?

—McGlynn volvió a subir la ventanilla y siguió hasta la escena del crimen.

—Será terco el capullo —dijo Lottie.

\* \* \*

En quince minutos, McGlynn tuvo al equipo en sus puestos. Colocaron una escalera dentro de la tumba y el forense bajó hasta el fondo. Se hizo a un lado mientras a su alrededor caía tierra y algunas piedrecitas.

—Una capa delgada de tierra y barro —dijo mientras se agachaba. Usó un cepillo de mango corto y cerdas largas para apartarla con cuidado, trabajando lentamente, hasta que un pie surgió de la oscuridad. Las uñas estaban pintadas con esmalte rosa fluorescente. La piel blancuzca parecía fina como el papel. McGlynn apartó con el cepillo la tierra en el lado opuesto y se echó atrás cuando apareció otro pie.

—¿Puedes moverte a la zona donde debería estar la cabeza? —Lottie estaba impaciente por descubrir la identidad de la persona enterrada.



McGlynn continuó con su trabajo metódico sin contestar. Cuando desenterró la pierna, Lottie vio que estaba rota, el hueso sobresalía.

—Según mi observación inicial, es una fractura abierta de tibia —dijo McGlynn—. Ha atravesado la piel. Eso es la espinilla. Hay señales de larvas. No se ven moscas. No lleva mucho aquí abajo. Ha hecho frío y no ha llovido, así que un día, tal vez dos, como mucho.

Lottie se arrodilló sobre la cubierta protectora en el borde del agujero y se inclinó más hacia adelante, rezando para que se diera prisa.

Apareció una segunda pierna y, a medida que se desvelaba el cuerpo, se hizo evidente que era una mujer, y que estaba desnuda.

—De momento no hay otras heridas visibles —murmuró McGlynn.

Finalmente, aparecieron la cara y el pelo, y Lottie jadeó. McGlynn levantó la vista, sus ojos como esmeraldas danzaban sobre la máscara blanca.

—¿Ves lo mismo que yo, inspectora?

—¿El barro la asfixió?

—Aunque es una capa fina, no creo que se la echara encima ella misma. Informa a la patóloga forense de que la necesitamos aquí.

—Ya la he llamado —dijo Boyd—. Debería llegar pronto.

Lottie miró la boca de la víctima, llena de barro, y el pelo caoba incrustado de tierra.

—¿Quién fue la última persona que viste? —preguntó al cuerpo sin vida de Elizabeth Byrne.

## 10

Lottie dejó a Jane Dore, la patóloga forense, con McGlynn para que confirmara lo que ya sabía. Estaban lidiando con una muerte sospechosa. Envió a Lynch a buscar a Bridie McWard para que pudieran volver a interrogarla, y luego ella y Boyd regresaron a la comisaría para montar un equipo e interrogar a los trabajadores del cementerio.

El comisario Corrigan se paseaba por la sala del caso cuando llegaron.

—¿Has encontrado a tu chica desaparecida?

—Eso creo, señor, pero aún tenemos que identificarla.

—¿Has informado a su madre?

—Todavía no.

—Hazlo pronto, antes de que los medios lo esparzan por todo Twitter.

—Eso haré.

—Tengo que hablar contigo —dijo Corrigan.

Lottie siguió al comisario por el pasillo hasta el despacho de este.

—Siéntate —dijo él, y se apretujó detrás del escritorio.

—¿Quiere que le ponga al día, señor? Tengo un informe completo para la reunión de equipo por la mañana.

—No, no estaré aquí entonces, así que tendré que dejarlo en tus manos. En manos de McMahan, debería decir. Quiero comentarte una cosa.

«Oh, Dios», pensó Lottie. «Va a decirme que se está muriendo, y yo tendré que aguantar a McMahan el resto de mi vida laboral».

—¿Sí, señor?

—Elizabeth Byrne. Fue vista por última vez en el tren. ¿Correcto?

—Por lo que sabemos, sí, señor. Aunque solo tenemos la declaración de su

madre de que no llegó a casa.

—Me recuerda a un caso en el que trabajé hace diez años. De hecho, el aniversario es esta semana. Ni siquiera sé por qué lo menciono, pero la parte del tren... eso es lo que me ha refrescado la memoria. La diferencia en aquel entonces es que nunca encontramos a la joven. Y ahora me pregunto si tal vez la enterraron en una tumba que aguardaba un ataúd.

—Rebobine un poco. —Lottie trató de computar lo que Corrigan decía, pero no conseguía resolverlo—. ¿Qué mujer?

—Lynn O'Donnell. Tenía veinticuatro o veinticinco años en aquel momento. Fue vista por última vez en el tren de Dublín a Ragmullin, pero nunca llegó a casa. Fue el día de San Valentín de 2006. Busca el expediente si tienes tiempo. Probablemente no tenga nada que ver con este asesinato, pero tampoco te hará daño informarte al respecto. Estoy seguro de que los medios atarán cabos.

—Gracias, señor, echaré un vistazo al expediente. Sí que lo recuerdo. Yo trabajaba en Athlone en aquella época. —Lo miró. Se frotaba el ojo otra vez—. Y cuídese. Me pondré en contacto con usted para asegurarme de que todo va bien.

—No hace falta. Estoy seguro de que McMahon te mantendrá lo bastante ocupada.

—Temo su llegada —confesó Lottie.

—No le toques las narices, haz un buen trabajo y no tendrá motivos para quejarse. Cuento contigo para que mantengas el buen nombre de este distrito.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor.

—Buena suerte. Creo que la vas a necesitar.

## 11

—¿Recuerdas la desaparición de Lynn O'Donnell? —le preguntó Lottie a Boyd cuando llegaron a la casa de Elizabeth Byrne.

—Sí, me suena. Aunque fue hace mucho tiempo. ¿Por qué lo dices?

—Corrigan lo ha mencionado. Fue vista por última vez en un tren de Dublín a Ragmullin. Igual que Elizabeth.

—¿El comisario cree que los casos podrían estar conectados?

—No está seguro. Dice que echemos un vistazo al expediente del caso sin resolver.

—Si quieres mi opinión, es forzar mucho la imaginación.

—Le echaré un vistazo de todos modos. —Lottie llamó al timbre.

Elizabeth Byrne vivía con su madre en una casa de ladrillo rojo en la urbanización Greenway. Anna Byrne los condujo a la cocina.

—Espero que tengan noticias de Elizabeth. Acabo de calentar agua, ¿querrían tomar conmigo una taza de té? ¿Café? Hoy hace un frío espantoso.

Mientras la señora Byrne cogía tazas y bolsitas de té, Lottie y Boyd se sentaron a la mesa, un mueble de madera anticuado cubierto con un hule rojo. El fogón era un Aga de color crema, y sobre él, una olla borboteaba al fuego. Lottie echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared y pensó que hacía apenas dos horas que habían descubierto el cuerpo. A pesar de que la cocina estaba caliente, tembló.

Cuando la señora Byrne se dio la vuelta, Lottie vio las líneas de preocupación marcadas en su frente. Llevaba unos tejanos, una sudadera rosa sobre una camiseta blanca de algodón y calcetines peludos. Probablemente eran de Elizabeth, pensó Lottie. El corazón le dio un vuelco cuando pensó en dar la

noticia que destrozaría para siempre la esperanza de esa pobre mujer.

—Deje que la ayude —se ofreció Boyd, que se alzó para cogerle la taza que tenía en la mano—. Usted siéntese y yo prepararé el té.

El detective sabía cuándo usar su encanto, pero Lottie era demasiado consciente de que solo estaba retrasando lo inevitable. La señora Byrne se dejó caer en una silla.

—¿Tienen noticias de Elizabeth?

—Señora Byrne... —empezó Lottie.

—Llámeme Anna.

—Lo siento muchísimo, Anna... Siento tener que decírselo así, pero me temo que las noticias que tengo no son buenas. —Mierda, esa no era manera de decirle a una madre que su hija estaba muerta.

—¿Quiere una galleta? —Anna estaba conmocionada—. Son de jengibre. Tengo un paquete en alguna parte. —Se levantó de un salto.

Lottie le puso una mano en el brazo.

—Anna. Lo siento.

Anna se mordió el labio, tenía los ojos repletos de lágrimas sin derramar. Se llevó la mano a la boca como si tratara de contener las palabras que no quería pronunciar.

—Está muerta, ¿verdad? —Ahora se tiraba de la manga, con los ojos apretados, esquivando la mirada de Lottie.

—Lo siento profundamente.

—Dígamelo. —Las lágrimas estallaron ahora y se derramaron por las mejillas de la mujer, alrededor de su nariz, que goteaba, y por sus labios—. Dígamelo —gritó.

Lottie estiró el brazo y puso la mano sobre la de Anna Byrne.

—Me temo que hemos encontrado el cuerpo de una mujer esta mañana.

—¡No! No la creo. No es mi Elizabeth. Ella es todo lo que tengo. ¿No lo entiende? No es ella. —La histeria se mezclaba con las palabras de la mujer.

—Tenemos motivos para creer que es Elizabeth. Lo siento mucho.

El cuerpo de Anna se sacudió, y Lottie se levantó de un salto y sacó un vaso del armario. Lo llenó de agua del grifo y lo sostuvo contra los labios de Anna.

—Beba esto. Puede que la ayude. —Había dado malas noticias muchas veces antes, pero frente al dolor desnudo se sentía perdida. No sabía cuál era la manera correcta de abordarlo, aunque si alguien debería saberlo, tendría que ser

ella.

—Oh, Dios. ¿Qué le ha pasado? —Una calma frágil se asentó en la habitación cuando Anna miró directamente a los ojos de Lottie.

Esta le sostuvo la mirada.

—De momento, lo único que sabemos es que las circunstancias parecen sospechosas.

—¿La han matado?

—Aún no lo sabemos.

—¿Cómo ha muerto? La chica que han encontrado.

—No puedo decirlo por el momento, hasta después de que el examen... el examen *post mortem* esté listo.

—¡Oh, Dios bendito! —aulló la mujer.

—¿Puedo llamar a alguien de su parte? ¿Un amigo? ¿Algún familiar?

Anna ignoró la pregunta.

—¿Dónde la han encontrado?

Lottie miró a Boyd, rogando ayuda. Este negó con la cabeza lentamente.

—En el cementerio —dijo la inspectora.

—No puede ser Elizabeth. —Anna parecía resuelta en su convicción mientras cruzaba los brazos y sorbía más lágrimas—. Ella nunca va allí.

—Lo siento, Anna, sé que esto es difícil para usted, pero tenemos motivos para creer que podría ser su hija. Y necesitamos que usted confirme formalmente su identidad.

—Les dije que había desaparecido. Nadie me creyó. —La voz de la mujer era casi inaudible antes de que la elevara una octava—. Usted dijo que no podían buscarla porque había que esperar cuarenta y ocho horas. Pues bien, han pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que yo la vi. Ya pueden empezar a buscar. —Descruzó los brazos y rompió el hule con la uña. Hizo el agujero más grande y escarbó con el dedo en la madera de la mesa.

Lottie miró fijamente a Boyd. «Venga», le rogó en silencio. Era hora de que volviera a sacar su encanto.

—Anna —dijo Boyd suavemente—. Creemos que hemos encontrado el cuerpo de Elizabeth. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

La mujer asintió, y de sus ojos cayeron más lágrimas.

—Por favor, deje que llame a alguien para que venga a hacerle compañía —dijo Lottie.

—Estaré bien. ¿Quieren hacerme preguntas sobre Elizabeth? Adelante. Pregunte. Mejor que lo hagan ahora. Entonces sabrán que han cometido un error.

—Podemos hacerlo en otro momento —dijo Boyd rápidamente.

Anna golpeó la mesa.

—Pregúntenme ahora. Antes de que lo asimile de verdad.

—¿Está segura? —dijo Lottie.

La mujer asintió.

Lottie bajó la voz y habló lo más suavemente que pudo.

—Háblenos sobre su hija. ¿Cómo era? Sus amigos y...

—Ya se lo conté todo a esa guarda joven tan agradable, O'Donoghue.

—Necesitamos averiguar sus últimos movimientos. ¿Había notado algún cambio en su humor recientemente?

—Estaba igual que siempre. No paraba, yendo de un lado a otro con prisa. Nunca se queda quieta ni dos minutos. Siempre está haciendo algo. ¿Tiene hijos, inspectora?

—Sí, los tengo —dijo Lottie. La descripción que había dado Anna de Elizabeth le recordaba a su propia hija Chloe—. Tres adolescentes. Bueno, Katie ya tiene veinte años.

—Entonces ya sabe cómo es. Entran y salen de la casa a toda prisa, se cambian de ropa doce veces al día, van a discotecas. Elizabeth sale a correr los sábados y los domingos por la mañana, por Rochfort Gardens. Entre semana, tiene que ir a la estación para coger el primer tren suburbano.

Lottie pensó que ese mundo se le había arrebatado a Katie.

—¿Tiene muchos amigos?

—Unos cuantos. No se me ocurre nadie cercano. Sale con Carol O'Grady, aunque yo no lo apruebo. No es que yo sea una esnob ni nada por el estilo.

—¿No le gusta Carol?

Anna no contestó la pregunta. Dijo:

—Elizabeth es hija única, así que somos básicamente ella y yo.

—¿Novio? —preguntó Boyd.

Anna se quedó callada un momento antes de alzar la cabeza. Lo miró a los ojos.

—Le rompieron el corazón hace un año. Elizabeth estaba segura de que era el hombre de su vida. No hacían más que hablar de casarse y de pedir una

hipoteca y cosas así. Pero no apareció ningún anillo, y entonces él se esfumó.

—¿Se esfumó? —Lottie alzó una ceja interrogante.

—No de esa manera. Trabajaba en un banco en Dublín y lo trasladaron a una sucursal de Múnich. Se largó y dejó a mi niña con el corazón destrozado. Ese cabrón. Lo siento, digo tacos cuando hablo de Matt Mullin.

Lottie oyó a Boyd anotar el nombre en su libreta, y luego dijo:

—¿La ruptura tuvo un efecto negativo en ella?

—Mucho. Comenzó a salir con sus amigas todas las noches, incluso entre semana. Nunca había hecho eso antes. Le rompió el corazón, mi pobre niña. — Anna se limpió las lágrimas que le goteaban por la barbilla.

Lottie alargó el brazo y le tomó la mano.

—Ese chico, Matt, ¿sigue en Múnich?

Anna se echó hacia atrás como si Lottie la hubiera pellizcado.

—¿Cree que podría haber vuelto a la ciudad? ¿Cree que está involucrado de algún modo? ¿Ese cabrón mató a mi niña? —La rabia reemplazaba rápidamente al dolor.

—Aún no sabemos nada —dijo Lottie—. ¿Nació Matt en Ragmullin?

—Sí. Vivía en la vieja calle Dublin. Estoy segura de que pueden encontrar su dirección.

—Usted le dio a la garda O'Donoghue una lista de los amigos de Elizabeth. No recuerdo que Matt estuviera en ella.

—Él no es un amigo. He intentado olvidarme de ese tipo desde que dejó a mi niña. El año pasado, en San Valentín. ¿Se lo puede creer? Ella pensaba que la llevaba a un buen restaurante para darle el anillo. Lo que le dio fue una patada en la boca.

—Eso es horrible —dijo Lottie—. Definitivamente, me pondré en contacto con él.

—Hágalo. —Anna tenía ahora los ojos secos y brillantes de furia. Lottie se dio cuenta de que el *shock* se estaba asentando.

—¿Tuvo algún novio antes de Matt?

Anna negó con la cabeza.

—No. Lo habría sabido.

—¿Podría haber salido con alguien sin decírselo a usted?

—Como he dicho, lo habría sabido.

—El domingo pasado, por la noche. ¿Hizo algo fuera de lo habitual?



—Estaba igual que siempre.

—Pero ¿puede decirme qué hizo esa noche? —Lottie sabía que parecía cruel, pero tenía que continuar con las preguntas mientras Anna estuviera dispuesta a hablar.

—Déjeme ver. Elizabeth no fue a misa. Había dejado de ir desde que pasó todo aquello con Matt. Así que era casi la una del mediodía cuando se levantó. No fue a correr por Rochfort Gardens. Había estado en el Last Hurdle el sábado por la noche y no volvió a casa hasta las tres. Había llegado al punto en que tenía que callarme la boca. Después de todo, tiene veinticinco años. Es una adulta, como no deja de repetirme. Una adulta que todavía quiere que le hagan la cena y le laven la ropa. A veces me siento más como una sirvienta que como una madre.

—Conozco esa sensación —dijo Lottie, consciente de que Anna aún hablaba de su hija en presente—. Entonces, el domingo se levantó a la una. ¿Qué hizo luego?

—Almorzamos. Un asado. Solo nosotras dos. Mi marido, el padre de Elizabeth, murió hace ocho años. Cáncer.

Un dolor afilado se clavó en el corazón de Lottie. «La muerte te ha hecho esto. Nunca lo superaste, simplemente has aprendido a vivir con ello». Y aún estaba aprendiendo. Sintió que Boyd la miraba fijamente y levantó la cabeza. El sargento asintió, con mirada cómplice.

Lottie miró otra vez a Anna.

—¿Qué hizo Elizabeth después de comer?

—Volvió a la cama. Dijo que estaba cansada, que no la molestara. Tenía resaca, así que la dejé estar. No volvió a bajar y no la oí levantarse para ir a trabajar el lunes por la mañana. Por lo tanto, inspectora, la última vez que vi a mi hija fue alrededor de las dos del mediodía del domingo.

—¿Podemos ver su habitación? —preguntó Lottie, quien pensaba que era un poco raro que Anna no hubiera comprobado que Elizabeth estuviera bien. Por otro lado, ella misma era culpable de la misma inacción de vez en cuando.

—Es la primera puerta al final de las escaleras. —Anna recogió las tazas y las llevó al fregadero.

—Me quedaré con usted mientras la inspectora Parker echa un vistazo —dijo Boyd.

—Estaré bien. Vayan.

—¿Está segura de que no quiere que llame a alguien? —preguntó Boyd.

—Solo hagan lo que tengan que hacer.

Lottie le indicó por señas que la siguiera y subieron las escaleras.

—Un poco rara esta pequeña familia —susurró Lottie.

—Mira quién habla —dijo Boyd.

\* \* \*

—Mi primera impresión es que Elizabeth era un poco como tú —dijo Lottie a Boyd.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Esta habitación dice TOC a gritos.

—Puede que su madre la haya limpiado.

—Lo dudo, en base a lo que acaba de contarnos.

Al observar la habitación, a Lottie le impactó la simetría de todo. Pinceles de maquillaje alineados en un tarro ordenados por altura; botellas de perfume formando un pulcro círculo; pintaúñas en una fila ordenada, con los colores del arcoíris. Al final había una pequeña botella de rosa fluorescente.

Abrió el primero de los tres cajones. Ropa interior, toda doblada. Pasó la mano por debajo y la sacó vacía. El siguiente cajón contenía un secador, planchas para el pelo y cepillos. Lottie metió uno de los cepillos en una bolsa de pruebas. El último contenía un montón de bufandas de colores y calcetines.

Volvió su atención al armario mientras Boyd rebuscaba en la mesita de noche. La ropa estaba pulcramente separada en dos con un zapatero de Ikea. A un lado había faldas y chaquetas, la ropa del trabajo de Elizabeth; al otro lado, una aglomeración de tejanos, algunos con huecos y rasgaduras de diseño. Detrás, un estante lleno de camisetas de manga larga y blusas, y una selección de ropa para correr de licra. El estante superior contenía un surtido de gorros de chica, y en el suelo del armario había zapatillas de correr Nike y Adidas pulcramente aparejadas. Todo impoluto.

—Incluso limpiaba sus zapatillas —dijo Lottie. Vio a Boyd sentado en el edredón colocado con esmero, pasando las páginas de una libreta con la cubierta floreada—. ¿Qué es eso?

—Poemas de amor, por lo que parece. El señor Matt Mullin le rompió el corazón a esta chica.

—¿Algún portátil?

—No, y tampoco móvil. Debía de llevarlos encima.

Lottie pasó la mano bajo la almohada y solo encontró el pijama doblado.  
—Dios, ojalá mis hijas pudieran ver esto.  
—¿Ver qué?  
—Cómo deberían tener sus habitaciones.  
—Pero esto no es normal, ¿no crees? —Boyd hizo un gesto señalando a su alrededor—. Que una chica de veinticinco años sea tan escrupulosa.  
—Cada persona es diferente.  
—Si tú lo dices...  
Boyd se puso de rodillas y miró bajo la cama.  
—¿Hay algo? —preguntó Lottie.  
—Solo esto. —Sacó una maleta roja pequeña, como de equipaje de mano, y la abrió—. Vacía.  
—No había planeado fugarse.  
—Me llevo la libreta.  
Lottie observó mientras la metía en una bolsa de pruebas.  
—¿Sabes qué más falta?  
—¿Qué? —El detective cerró la solapa.  
—Bisutería. Mis chicas tienen cajones llenos. —Señaló una pequeña sección de cadenas de oro y plata colgadas de un soporte de plástico sobre el tocador—. ¿Por qué Elizabeth solo tenía joyas de verdad? Se lo preguntaré a Anna.  
—Creo que es más importante encontrar al exnovio. —Boyd fue hacia la puerta.  
Lottie sintió que la tensión le clavaba pinchazos de fastidio en la piel, y contó hasta cinco antes de seguirlo.

## 12

La caja de copos de maíz no estaba en el armario correcto. Donal O'Donnell sacudió la cabeza y abrió el siguiente armario. Sacó la caja y cogió la leche de la nevera, luego se sentó a la mesa y llenó el bol. Tomar el desayuno a la hora del almuerzo se había convertido en un hábito. Al coger la cuchara, se dio cuenta de que estaba sucia. Había restos de cereales pegados en el mango.

—Lo que me faltaba. —Su voz resonó por la cocina vacía—. Primero se jode la nevera, y ahora el lavavajillas. —Sabía que las desgracias nunca venían solas. ¿Qué sería lo siguiente?

Mientras se llevaba cucharadas de cereales a la boca, ignorando la leche que le goteaba por la barbilla, se dio cuenta de que la mayor desgracia ya había sucedido. Es decir, si contaba como una desventura la muerte, hacía tres semanas, de la que había sido su mujer durante cuarenta años.

Se terminó el desayuno, dejó caer ruidosamente la cuchara en el bol y lo llevó al fregadero. Luego fue al aparador y cogió una cerilla para prender la vela. Durante diez años, Maura la había encendido cada día. Durante diez años, había anhelado respuestas. Siempre había tenido esperanza. Esperanza de que su Lynn entrara por la puerta; de que un policía llamara al timbre; de que alguien le dijera... algo. Lo que fuera.

Apretó los labios en una fina línea, contuvo un sollozo y lo hizo bajar otra vez por la garganta. Pobre Maura. Se había ido a la tumba sin respuestas. Cáncer de mama, había dicho el especialista. Ya. Donal estaba cien por cien seguro de que su mujer había muerto de pena. Sonó el timbre.

Se ató los cordones antes de ir a contestar. Enderezó los hombros y quitó la cadena.

—Oh, eres tú —dijo el hombre, que se dio la vuelta y dejó la puerta abierta.

—Sí, papá, soy yo. ¿Por qué no estás en el trabajo?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Keelan? No soy tu padre. Para ti soy Donal. ¿Está claro?

Lo sacaba de sus casillas que su nuera lo llamara papá. Era una chica amable, que se esforzaba demasiado por serlo aún más. Pero él había tenido una hija y ahora no tenía ninguna. No importaba cuánto se esforzase, solo era la esposa de su hijo. Nadie podría llenar el cavernoso vacío que había quedado en su corazón después de que su Lynn hubiera desaparecido.

—Lo siento, Donal. ¿Quieres que te acerque con el coche a algún sitio? No me importa. Saoirse todavía está en el colegio. Puedo...

—¡No! —No pretendía gritar. Atenuó la dureza de su voz y dijo—: Quiero estar solo. ¿Lo entiendes? Lynn ya no está. Maura ya no está. Yo soy el siguiente. Puedes pirarte a tu casa. —Mierda, no quería enfadarse con Keelan. No era culpa suya.

La mujer estaba enjuagando el bol bajo el grifo y le temblaban los hombros. Dios, esperaba que no estuviera llorando. No podía soportar más lágrimas. Las de Maura se lo habían tragado por completo. En cierto modo, se sentía en paz por estar viviendo ahora en el silencio de su propia casa sin lamentos que atravesaran el aire.

—Puedo hacerlo yo. —Le quitó el trapo de cocina de la mano. Cuando Keelan se dio la vuelta, vio que se le había corrido el rímel—. No pretendía hacerte llorar.

—No es culpa tuya. —La mujer rebuscó en la manga y finalmente sacó un pañuelo raído. Se secó suavemente el rímel y dijo—: Es Cillian.

—¿Qué ha hecho? ¿Te ha... te ha hecho daño?

—No. Nada de eso. No me ha hecho daño físicamente, si entiendes lo que quiero decir.

—¿Qué quieres decir? Ven y siéntate.

En la mesa, Keelan dijo:

—Está diferente. Distante. Desde que Maura murió. Sé que probablemente sea pena, pero no estaba especialmente unido a su madre, ¿no es cierto?

—Es difícil decirlo. Tanto Cillian como Finn estaban muy unidos a su hermana. Tenían edades similares y estaban unidos... como amigos. Cuando Lynn desapareció, perturbó toda la dinámica familiar. ¿Sabes qué quiero decir?

—Cuéntamelo.

—Entonces eran jóvenes, veintipocos. Adoraban a Lynn y ella los consentía.

No había peleas, ni tirones de pelos. —Vio que Keelan le devolvía la sonrisa—. Creía que éramos los padres más afortunados del mundo. Pero ¿sabes qué? Creo que Maura estaba un poco resentida por la amistad que compartían. Era como si estuvieran tan unidos, ellos tres, que la dejaban fuera. A veces llevaba a... no tengo ni idea de cómo llamarlo.

—¿Celos? ¿Estaba Maura celosa?

—Realmente no lo sé. Por aquel entonces yo trabajaba muchas horas, así que no estaba demasiado en casa. Pero cuando Lynn desapareció, Maura se culpó por no haberse ocupado de sus hijos tanto como habría debido. Y culpó a los chicos por no cuidar de su hermana.

—Pero eso no tiene sentido. Todos eran adultos.

Donal golpeó la mesa. Keelan saltó. El hombre estiró el brazo para cogerle la mano, pero ella la apartó. Donal vio un atisbo de miedo en los ojos de la mujer antes de que se empañaran con las lágrimas.

—Tontita. Solo trataba de consolarte. Creo que Cillian se siente culpable por la muerte de su madre. Tal vez cree que debería haber estado más presente para tranquilizarla. Para decirle que aún tenía dos hijos. Pero nunca lo hizo. Y cada vez que aparecía por esa puerta, Maura lo atacaba. Lo culpaba, y culpaba a Finn.

—Nunca ha hablado mucho de su madre. Siempre sobre Lynn. Te lo aseguro, la única culpa que lo consume es la de no haber podido ayudar a su hermana cuando desapareció.

Donal se levantó y volvió a guardar la caja de cereales en el armario.

—Este domingo es el aniversario de su desaparición, así que dile que se pase. Dile que tenemos que hablar. ¿Harás eso por mí?

—¿No podrías llamarlo tú mismo? —Keelan estaba de pie junto a la puerta y se enroscaba la bufanda al cuello.

—Él puede dar el primer paso —dijo Donal—. Mi hijo tiene suerte de tenerte. ¿Sabes qué? Te pareces un poco a como me imagino que sería Lynn si siguiera viva. Quiero decir... —Sintió la bilis subirle del estómago a la boca. Maura no lo había dejado especular ni una vez que su hija pudiera estar muerta. Ni una sola vez en los últimos diez años. Nunca.

—Le daré el mensaje —dijo Keelan—. Y siempre hay esperanza. —Cerró la puerta al salir.

Frente al fregadero, Donal cogió el bol del escurridor y lo metió en el lavavajillas. Encendió la máquina y escuchó, para descifrar si algo iba mal con el motor. Se quedó allí de pie durante los cuarenta y cinco minutos del ciclo,

mientras el agua lo llenaba y se escurría. Se escurría como lo había hecho su vida desde el día en que Lynn había desaparecido.

## 13

Lottie bajó del coche de un salto frente a la comisaría y Boyd condujo hasta el *parking*. Estaba reflexionando sobre la información que les había dado Anna Byrne de que Elizabeth tenía psoriasis y no llevaba bisutería porque empeoraba la enfermedad cuando se le acercó una mujer. Iba vestida con una chaqueta tejana sobre una sudadera gris y vaqueros; debía de tener unos cuarenta y cinco años, pensó Lottie mientras la mujer le bloqueaba el paso a los escalones de la entrada.

—Cynthia Rhodes —dijo la mujer mientras le tendía la mano.

Lottie mantuvo la suya en el bolsillo.

—¿La conozco?

—Periodista de sucesos para la televisión nacional. Ocupé el cargo después de que mi colega fuera asesinado.

Lottie se estremeció al recordar el crimen, pero se puso la máscara de profesionalidad.

—¿Cómo puedo ayudarla, señora Rhodes?

—La actividad en el cementerio. ¿Tiene algún comentario al respecto?

—Ahora mismo no.

—Ah, vamos, deme un respiro. Soy nueva en el trabajo.

Lottie no iba a dejarse tomar el pelo tan fácilmente. Sobre todo ahora, que había reconocido a Rhodes. Un tiburón con los dientes muy afilados que había presentado un programa de televisión nocturno sobre sucesos de actualidad hacía unos cuantos años. Encargarse de los crímenes en el centro de Irlanda parecía un paso atrás en su carrera.

—¿Qué hace en Ragmullin?



—Mi trabajo, a diferencia de otros. —Sus ojos, velados por una maraña de rizos negros, lanzaron frías advertencias a Lottie. «Será mejor que tenga cuidado con lo que digo», pensó.

—Ahora mismo estoy demasiado ocupada para hablar con usted. —Lottie intentó esquivarla, pero Cynthia alargó la mano y detuvo su huida.

—No tan deprisa. Lo sé todo sobre usted, Lottie Parker. Conozco sus fracasos pasados. Sé lo de la muerte de su marido y el asesinato de su hermano, y déjeme que le diga que no siento ni una pizca de pena por usted. Si esta actividad en el cementerio es un asesinato, recuerde mis palabras, le estaré siguiendo los pasos, esperando a que tropiece y cometa un error.

—¿Ha terminado? —Lottie se alejó rápidamente de la mujer y subió los escalones.

—La estaré vigilando. Puede apostar su vida a ello.

—Y usted puede apostar la suya a que no la verá en televisión —murmuró Lottie mientras entraba hecha una furia en la zona de recepción. Introdujo bruscamente el código en la puerta interior.

—Eh, inspectora Parker —la llamó el sargento de guardia—. La requieren en la sala de interrogatorios. El detective Kirby la espera allí con Bernard Fahy.

—Mierda. —Lottie voló por el pasillo mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

\* \* \*

Kirby se levantó cuando Lottie entró en la claustrofóbica sala de interrogatorios.

—Casi hemos acabado aquí, jefa. ¿Quieres leer mis notas y preguntar algo más antes de que el señor Fahy se marche?

Lottie se quitó la chaqueta de un tirón, se hundió en una silla y le indicó a Kirby que volviera a sentarse.

—Tengo trabajo que hacer —dijo Fahy. Estaba inclinado sobre la mesa con las manos entrelazadas como si rezara.

—Yo también —dijo Lottie—. ¿Puede contarme lo que ha hecho desde el lunes? ¿Dónde ha estado?

—Su compañero lo ha escrito. —Fahy señaló a Kirby.

Kirby pasó las páginas de su libreta y dijo:

—Solo necesito hablar con su mujer para que confirme que estaba con él cuando él dice.

—¿Cree que sería tan estúpido de enterrar a una mujer en mi propio cementerio?

—Señor Fahy, solo intento comprender los hechos —dijo Lottie, aunque había pensado exactamente lo mismo. Se volvió hacia Kirby—: ¿El señor Gilbey lo corrobora?

—Gilbey ha empezado a trabajar en el cementerio hoy. Le he tomado declaración y una muestra de ADN y lo he dejado marchar. —Kirby cruzó los brazos sobre su abultado estómago.

Lottie leyó las notas antes de mirar el rostro agitado de Fahy.

—La víctima se rompió una pierna. Estaba gritando mientras trataba de huir de su atacante. Una mujer aterrorizada y desnuda corriendo por su cementerio en mitad de la noche. ¿Cómo le hace sentir eso?

El hombre sacudió la cabeza.

—Comete un gran error si piensa que he tenido algo que ver. Un gran error.

—¿Me está amenazando? —Lottie trató de contener su rabia. Cynthia Rhodes ya había dicho algo similar sobre los errores.

—Yo no he tenido nada que ver con esto. Mi mujer puede responder por mí. He estado en casa cada noche, y en el trabajo cada día. Eso es todo cuanto tengo que decir. ¿Puedo irme ya?

—Primero necesitamos tomarle una muestra de ADN.

—¿Para qué?

—Para descartarlo de nuestra investigación.

—Estoy seguro de que mi ADN está por todas partes: yo cavé la condenada tumba.

—De todos modos, ¿accederá a darnos una muestra?

—No parece que tenga alternativa.

—El interrogatorio ha terminado. —Kirby se levantó y selló el DVD.

Fahy cogió su abrigo y fue hacia la puerta.

—Deje en paz a John Gilbey. No está bien de la chaveta. —Se señaló la sien con un dedo sucio de barro—. Conozco su reputación, inspectora, y eso es lo último que voy a decir.

Cuando se hubo marchado, seguido de Kirby, Lottie se quedó sentada en el húmedo silencio de la sala y descansó la cabeza sobre las manos. Los pensamientos se enfocaban y desenfocaban. Le iría bien un Xanax. Incluso medio. Abrió el bolso y rebuscó entre los *tickets* de compra, facturas sin abrir,

llaves y monedas sueltas. Encontró un blíster con una pastilla. Tal vez no debería tomársela. Necesitaba estar alerta y centrada, especialmente con Cynthia Rhodes metiendo las narices en su caso.

Un golpecito en la puerta y Boyd entró.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿De verdad quieres que te conteste? —Escondió la pastilla—. ¿Tiene Lynch alguna novedad sobre el paradero de Matt Mullin?

—Todavía no. ¿Qué toca a continuación?

—Necesito acceder al expediente del caso sin resolver de O'Donnell y hablar con la amiga de Elizabeth. ¿Cómo se llamaba? La que no parecía caerle bien a Anna.

Boyd consultó su libreta.

—Carol O'Grady.

—¿Dirección?

—¿La busco?

—Eso ayudaría.

—Cuanto más largo se hace el día de hoy, más corta se vuelve tu paciencia.

—Boyd, consigue la dirección.

Cuando se quedó sola, con el golpe de la puerta resonando como un gong en sus oídos, se tragó la pastilla y fue a buscar agua para quitarse el sabor a tiza de la boca.

## 14

Lottie miró la casa junto a la que Boyd había aparcado. La calle Saint Fintan daba a los viejos barracones del ejército. La mayoría de las casas todavía pertenecían a las autoridades locales. Después de su encuentro con la reportera y posteriormente con el encargado del cementerio, había convocado una reunión improvisada con Lynch y Kirby en la sala del caso. Quería que encontraran a Matt Mullin. Quería toda la información sobre Elizabeth Byrne, y quería que interrogaran formalmente a Bridie McWard. Quería resultados, maldita sea.

Boyd miró la hoja que tenía en la mano y leyó:

—Carol O’Grady. Veinticuatro años. Tiene dos hermanos pequeños y vive con sus padres. —Había impreso la fotografía de la página de Facebook de la chica. Habían encontrado información sobre uno de los hermanos en la base de datos de la policía.

—Veamos qué puede decirnos sobre Elizabeth —dijo Lottie.

Salió del coche y recorrió el corto sendero hasta la puerta roja del número 36. Era la última casa de una fila de cinco adosados, y se veía bien cuidada, con las ventanas limpias y relucientes.

El timbre parecía estar roto, así que Lottie golpeó el panel de vidrio.

Un hombre joven abrió la puerta. Era la viva imagen de la chica de la fotografía. Terry, el hermano de dieciocho años sobre el que habían leído en la base de datos.

—¿Está Carol en casa? —dijo Lottie.

—¿Quién lo pregunta?

Lottie sacó la placa, se la puso frente a la cara y vio cómo su autocomplacencia se desvanecía.

—Mis disculpas —dijo, con la voz veteada de sarcasmo—. No sabía que eran los perros... quiero decir, los polis. Carol debería estar en el trabajo, pero hoy se encuentra mal. ¿Quieren que la llame?

—Hazlo y esperaremos dentro. —Lottie colocó un pie junto a la puerta, en caso de que quisiera cerrarla.

—No... no estoy seguro —tartamudeó el chico—. Mis colegas están aquí. Estamos estudiando. Para el examen de acceso a la universidad, ya saben.

—¿No deberías estar en la escuela?

—Estamos descansando.

—No os molestaremos. Solo llama a Carol.

Mientras el muchacho subía las escaleras corriendo, Lottie consideró que la puerta abierta era una invitación para entrar. Con Boyd detrás, atravesó el pequeño recibidor hasta la puerta de la cocina. Hubo una dispersión de cuerpos y recogieron algo de la mesa cuando entró.

—No hace falta que os marchéis —dijo.

Los tres chavales detuvieron su avance hacia la puerta trasera y, sin volver la cabeza, uno de ellos comentó:

—No, si ya nos íbamos.

—No os olvidéis esto. —Boyd sostuvo en alto una diminuta bolsa de maría.

—Mierda —exclamó uno de los chicos.

—Venga, largaos —dijo Boyd—. Yo os la guardo, ¿eh?

Siguieron caminando.

Lottie sonrió.

—Eso no basta ni para levantarlos dos centímetros del suelo, menos aún para hacerlos volar.

—Eh, eso es mío. —Terry había entrado a la cocina. Intentó coger la bolsita de la mano de Boyd, pero falló.

—¿Dónde está Carol? —preguntó Lottie.

—Bajará en un momento. Vayan a la habitación buena. Por aquí. —Señaló una puerta de cristal.

En el salón, Lottie se quedó en pie frente a la chimenea apagada. Boyd la siguió y se sentó en uno de los sillones con tapizado floreado.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó.

—Trabajando —dijo Terry—. Pero llegarán a casa sobre las seis, si quieren volver entonces.

—¿Dónde trabajan? —preguntó Lottie.

—¿Dónde está tu hermano pequeño? —quiso saber Boyd.

—Hacen muchas preguntas. —Terry alzó las manos.

—Es nuestro trabajo —dijo Lottie.

La puerta se abrió y entró una mujer joven vestida con una bata. Pequeña y pálida, tenía las puntas del pelo teñidas de rubio. Lottie pensó en que Chloe había querido ponerse el pelo así. *Balayage* o algo raro. Costaba casi cien euros, así que eso le había parado los pies.

Lottie sacó la placa.

—Soy la inspectora Parker, y este es mi colega, el sargento Boyd.

—Soy Carol. ¿Qué quieren de mí? —La voz de la chica era tímida.

—Hoy no has ido al trabajo —dijo Lottie sin preámbulos—. ¿Dónde trabajas? —Ya lo sabía, pero quería que la chica se relajara.

—En Rochfort Gardens. ¿Por qué quieren saberlo? Es la primera vez que faltó al trabajo en dos años. No creo que eso justifique que el ayuntamiento llame a la policía. —Se hundió en el sillón frente a Boyd—. ¿Van a decirme de qué va esto?

—Es sobre Elizabeth Byrne —explicó Lottie—. ¿Eres amiga suya?

—¿Y qué pasa si lo soy? Dudo que se haya metido en ningún lío. Ella está por encima de todo eso.

—¿Qué tal os lleváis Elizabeth y tú?

—¿Por qué quieren saberlo?

—Responde a la pregunta —la cortó Boyd.

—Vive en la zona buena de la ciudad. Pero hemos sido amigas desde el colegio. A la pedante de su madre no le gusta, pero que se aguante. Las cosas no siempre son como queremos, ¿no?

—No, supongo que no —dijo Lottie, oliendo el inconfundible aroma a maría en el aire frío de la habitación. Se sentó en el raído sofá—. ¿Cuándo viste a Elizabeth por última vez?

Los ojos de la chica se movieron nerviosamente.

—Yo la llamo Lizzie, por cierto. Su madre me llamó el lunes por la noche preguntándome lo mismo. Me gustaría saber por qué hacen estas preguntas. Me están asustando.

—No pretendemos asustarte. Intentamos rastrear los movimientos de Elizabeth y necesitamos retroceder hasta la última vez que fue vista.

—¿Rastrear sus movimientos? ¿Ha desaparecido o algo?

—Algo así. —Lottie no creía que fuera el momento adecuado para informar a Carol de que habían hallado a su amiga muerta. Primero necesitaban una identificación formal.

Carol se ajustó la bata, removi6 las manos y cruz6 las piernas desnudas a la altura de los tobillos. Trag6 saliva y dijo:

—La vi el s6bado por la noche. Fuimos al Last Hurdle. Es una discoteca. Tomamos unas cuantas copas aqu6 antes de ir al *pub*. Luego fuimos al Hurdle. Lo siento, lo estoy mezclando todo.

—Lo est6s haciendo bien. ¿Os encontrasteis con alguien? ¿Amigos?

Carol mir6 primero a Lottie y luego a Boyd. ¿Decidiendo qu6 decir? Lottie aguard6.

—Hab6a mucha gente fuera, pero nosotras estuvimos todo el tiempo juntas. Lizzie ni siquiera quer6a ir a la discoteca, pero yo insist6. He intentado animarla desde que ese capullo de Matt la dej6. Estuvimos all6 hasta las dos de la madrugada o por ah6. El taxi me dej6 en casa a m6 primero, y luego a Lizzie, porque hab6a dicho que pagaba ella. No he sabido nada de ella en toda la semana, pero no es inusual porque trabaja en Dubl6n y tiene que ir en tren. Sus d6as son largos. A veces salimos durante la semana, pero no muy a menudo.

—¿Ning6n mensaje o WhatsApp? ¿Snapchat?

—No. Nada. Como he dicho, no es inusual.

—Ese novio que tuvo, ¿qu6 sabes de 6l? —Lottie cruz6 los brazos y mir6 fijamente a Carol.

—¿Matt? Me ca6a fatal.

—¿En serio? ¿Por qu6?

—La manera en que la trataba. Mi madre dec6a que le tomaba el pelo.

—Entonces t6 no cre6as que le fuera a proponer matrimonio, ¿no?

—Ni en un mill6n de a6os. Puede que Lizzie estuviera un paso por delante de m6, pero Matt estaba un kil6metro por delante de ella. En cuanto lo trasladaron a Alemania, sali6 corriendo m6s r6pido que Usain Bolt.

—¿As6 que hace tiempo que se fue?

—Casi un a6o. ¿Por qu6 me est6n preguntando por Lizzie? Parec6a estar bien el s6bado por la noche, solo un poco m6s borracha de lo habitual. ¿Qu6 ha pasado?

—¿Crees que hab6a superado su relaci6n con Matt?

—Absolutamente. Lo odia con todas sus fuerzas.

—¿Y Matt? ¿Sabes dónde puede estar?

—¿En Alemania? —Carol se encogió de hombros.

—¿Hay alguien más en quien Elizabeth pudiera haber estado interesada?

—De verdad que me gustaría saber de qué va todo esto. —Carol cruzó los brazos y los miró desafiante.

—Contesta a la pregunta, por favor. —Lottie se puso en pie como un comandante militar llevando a cabo una orden marcial. Se le habían acalambrado las piernas en el sofá bajo.

Carol pareció encogerse en los pliegues de su bata.

—No creo que haya nadie en la vida de Lizzie. El único sitio al que va es a Dublín, a trabajar. Hablen con sus compañeros.

—Los interrogaremos tan pronto como sea posible. De momento, sabemos que fue a trabajar el lunes y que cogió el tren de las 17.10, pero, aparentemente, nunca llegó a casa. Necesitamos que pienses dónde podría haber ido el lunes por la tarde, y con quién podría haber estado.

—¿Ha desaparecido? Oh, Dios. De verdad que no tenía ni idea. Es muy impropio de ella. Ni siquiera va al centro sin decírselo a su madre. Esa mujer la mantiene cerca como si tuviera doce años.

—¿Ligó con alguien en la discoteca? —preguntó Boyd.

Carol negó con la cabeza.

—No. No estuvo con nadie, solo conmigo.

—Tus hermanos. ¿Dónde estaban el sábado por la noche? ¿Alguno de ellos le había echado el ojo a Elizabeth?

—Tiene que estar bromeando. Terry es gay, y Jake solo tiene catorce años.

Lottie se frotó las manos, sintiendo el frío de la habitación.

—Si se te ocurre algo, ¿nos lo dirás?

—Lo haré. Su madre debe de estar loca de preocupación. ¿Por qué no me dijo que Elizabeth había desaparecido cuando me llamó? Iría a verla, pero no me soporta.

—Puede que ahora no sea un buen momento —dijo Lottie. Con o sin confirmación oficial, decidió dar a Carol las malas noticias—. Carol, lamento tener que decirte esto, pero creo que necesitas saber que hemos encontrado un cuerpo esta mañana. Tenemos motivos para creer que es el de Elizabeth.

—¿Qué? ¿Qué dice? —La chica se levantó de un salto y volvió a derrumbarse sobre la silla—. No puede hablar en serio. Oh, Dios, es en serio,



¿verdad?

—Lo siento.

—No puedo creerlo. ¿Un cuerpo? ¿Ha sido un accidente? ¿Dónde? ¿Cómo...? Oh, Dios mío, ¿la han asesinado?

—Aún no estamos seguros de lo que ha pasado.

El cuerpo de Carol se sacudió entre sollozos.

—Oh, pobre Lizzie. Nunca le hizo daño a nadie en su vida. —Más llantos—. ¿Dónde la han encontrado?

—No puedo decir gran cosa de momento, pero se ha encontrado un cadáver en el cementerio de Ragmullin. ¿Tendría Elizabeth algún motivo para estar allí el lunes por la noche?

Carol la miró con los ojos enrojecidos.

—¿El cementerio? Lizzie no había puesto un pie en ese sitio desde el funeral de su padre. Odiaba ese lugar. —Pareció darse cuenta de lo que había dicho y se corrigió—. Odiaba ese lugar.

—De acuerdo. Ahora tenemos que marcharnos, pero si se te ocurre algo que pudiera ayudarnos, por favor, llámame.

Carol aceptó la tarjeta de Lottie. Parecía tan pequeña y débil, sus mejillas pálidas estaban ahora enrojecidas por el esfuerzo del llanto. Lottie tuvo ganas de darle un abrazo.

—¿Estás enferma? ¿Qué tienes? Nada contagioso, espero. —Intentaba aligerar la situación, pero sus palabras fracasaron.

Brotaron más lágrimas y Carol apretó tanto la bata que los nudillos se le pusieron blancos.

—Eh, lo siento. —Lottie se sentó en el brazo del sillón.

—Estoy embarazada —resopló Carol—. Mis padres no lo saben. Me hice un test. No lo sabe nadie.

—Tienes que volver a la cama —dijo Lottie—, y como he dicho, llámame si se te ocurre algo. —Le apretó el hombro con gesto maternal.

Terry asomó la cabeza por la puerta.

—¿Pueden devolverme la hierba?

—Ni lo sueñes —dijo Boyd, tocándose el bolsillo—. Deberías dar las gracias de que no te lleve a la comisaría. ¿Por qué no te vas a seguir con lo que estabas estudiando antes de que te interrumpiéramos?

—¿Estudiando? —preguntó Carol.

—Para el examen de acceso a la universidad —dijo Terry, fulminándola con la mirada.

—Oh..., cierto —dijo Carol, y se volvió hacia Lottie—. Los acompañaré a la puerta.

En la entrada, Carol dijo:

—No hagan caso a Terry. Es un mentiroso de primera. Yo no soy... solo en caso de que piensen... oh, ya saben. Les he dicho la verdad sobre Lizzie. Sinceramente, no sé qué le ha pasado. Ahora me siento fatal.

—No es culpa tuya —dijo Lottie.

Tenía que descubrir de quién era.

\* \* \*

En el baño del piso de arriba, Carol vomitó lo poco que le quedaba en el estómago. En medio de sus arcadas y jadeos, Terry golpeó la puerta.

—¿Has estado fumando mi hierba? Llevas todo el día ahí dentro vomitando.

—Vete a la mierda, Terry.

—Sí, ya, pero tengo que mear.

—Dame un momento.

Lo oyó bajar las escaleras dando pisotones, golpeando la pared a su paso, y se sentó en cuclillas. Su mejor amiga Lizzie. Su única amiga. Muerta. ¿Asesinada? Sacó la tarjeta de la inspectora del bolsillo. ¿Debería haberle contado lo que Lizzie le había dicho sobre tener la sensación de que alguien la observaba en el tren la semana pasada? Pero seguro que eso solo era Lizzie siendo Lizzie. Siempre tenía sensaciones sobre esto y aquello. Pero tal vez debería haber dicho algo.

Volvió a meterse la tarjeta en el bolsillo, se levantó, tiró de la cadena y se lavó las manos. Tendría que reflexionar sobre si llamar o no. Primero necesitaba poner la cabeza sobre la almohada, y con suerte eso le calmaría las náuseas.

## 15

El hombre caminó por la calle O'Connell y giró en la esquina hacia la calle Talbot. La estación de Connolly se alzaba imponente frente a él, y mientras se acercaba levantó la vista para observar el puente negro sobre su cabeza. Sintió la vibración del tren metropolitano mientras cogía velocidad dirección a Howth, y respiró profundamente para experimentar la sensación de movimiento. La sensación del tren y sus sonidos. Cerró los ojos, allí de pie en medio del suelo, perdido en un mundo de su juventud.

—¿Está borracho o qué?

El hombre que yacía en un portal cercano sostenía un vaso de papel raído, estaba pidiendo. ¿Dinero para drogas? ¿O para una cama en un albergue y pasar la noche? Lo ignoró y siguió avanzando hacia la estación. Su mente estaba expectante por la noche que le esperaba. Iba a hacerlo. Otra vez.

Mientras aguardaba a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar la calle, sintió un momentáneo pinchazo de ansiedad. ¿Había hecho lo correcto dejando a la mujer en la tumba? ¿Descubrirían el cuerpo? No, seguro que no. La tumba estaba abierta, a la espera de un funeral. Y la había cubierto del todo con tierra. Sonrió ante su propia ingenuidad. Enterrada en la tumba de otra persona. Tendría que recordar esa opción como una manera de deshacerse de un cadáver. Pero eso no iba a suceder en un futuro próximo. La chica había sido una pérdida, una gran pérdida, y ahora tenía que coger a la otra. Era su última esperanza. Y esta vez no iba a cometer el mismo error.

## 16

El bar Cafferty estaba tranquilo cuando Lottie y Boyd entraron poco después de las cuatro y media. Se sentaron en una esquina y pidieron té y sándwiches especiales de la casa. En la tele emitían un culebrón. Unos hombres estaban sentados en la barra, sorbiendo sopa y hojeando los periódicos locales, con pintas de Guinness en la mano.

—Después de lo que he visto esta mañana, odio esta maldita ciudad. Pero ¿sabes qué? —dijo Lottie.

—¿Qué? —Boyd bebió unos sorbos de su té.

—La odio, pero al mismo tiempo la amo.

—Entonces es un poco como lo que sientes por mí, ¿no?

—¿Sabes qué?

—Ya empiezas a repetirme.

—Es imposible mantener una conversación normal contigo. —Cuando llegaron los sándwiches, Lottie movió el suyo por el plato hasta que se salió el relleno.

—Vale, esta es mi cara seria —dijo Boyd—. Sé lo que estás diciendo, más o menos. Yo no llevo mucho tiempo viviendo aquí, así que para mí no es lo mismo. Pero lo pillo. Ragmullin te exaspera. Algunos días la amas, y otros es una cabrona.

—Elocuente, como de costumbre. —Cogió un poco del atún que se había caído por el plato, se lo metió en la boca y se chupó los dedos.

—Te traeré un tenedor, ¿te parece? ¿O tal vez prefieres comer como un bebé?

—Hablando de bebés, debería charlar con Katie esta noche.

—¿Y sobre qué va a ser esa conversación?

—Sobre visitar a Tom Rickard en Nueva York. —Rickard culpaba a Lottie de la muerte de su hijo, pero nunca habían hablado del tema.

—Deja que vaya —dijo Boyd—. Rickard es el abuelo del niño y será bueno tenerlo en la vida de Louis cuando crezca.

—¿Por qué lo dices?

—Primero, está forrado, y segundo... está forrado.

—Es solo que... Oh, no lo sé.

—Creo que yo sí.

—Ilumíname.

—Te da miedo perder a Katie y a tu nieto por Rickard. Katie no viajó en noviembre porque te estabas recuperando de aquella puñalada horrible. Pero ahora no hay nada que la retenga y te aterroriza que Rickard la introduzca en un mundo que tú no puedes permitirte. También tienes miedo de que no quiera volver a casa.

—Tiene que volver. Solo tiene una visa de turista.

—El dinero manda en lugares inesperados y, como he dicho, Tom Rickard está....

—Forrado. Lo sé. ¿Por qué cargo con un miedo así? Y antes de que lo digas —Lottie levantó un dedo en señal de advertencia—, no menciones a Adam. Ya me has dado esa lección demasiadas veces.

Boyd masticó un trozo de pollo antes de dejar el sándwich en el plato. A Lottie no le gustaba cuando pensaba las cosas demasiado seriamente. En general, se le ocurría un rollo larguísimo que finalmente resultaba ser verdad.

—Tienes razón, pensaba que tu miedo a la pérdida surgía de la muerte de Adam. Pero ahora, con las revelaciones sobre la historia de tu familia, creo que esa cosa dentro de ti se origina en tu niñez.

—Sí, Sherlock. Perdí a mi padre por un suicidio que posiblemente fuera un asesinato, y mi hermano fue asesinado en un orfanato infernal. Luego mi marido murió de cáncer y recientemente he descubierto que mi madre no es de hecho mi madre biológica. También es muy probable que tenga un medio hermano o hermana del que no sé nada, y mi madre biológica fue encarcelada... ¿Cómo iba a estar bien de la cabeza?

—Sobre tu madre biológica...

—Cállate. Sabes que esa conversación está totalmente prohibida. Tú solo cómete el sándwich como un niño bueno. —Realmente no quería volver allí.

Demasiadas mentiras.

—Oh Lottie, no te gustaría cuando soy un niño bueno.

—Ya es suficiente. —A pesar de todo, sonrió.

Boyd cogió el sándwich y Lottie miró el desastre que había hecho con el suyo. Aún tenía hambre, pero ahora la comida se parecía tan poco a lo que había pedido que no se atrevía a comérsela.

—Le prometí a Sean que lo llevaría al entrenamiento de *hurling* mañana por la tarde —dijo Boyd con la boca llena—. Espero que solucionemos este asesinato pronto.

—Me alegro de que haya vuelto al *hurling*.

—Y cuando los días sean más largos, quiere apuntarse conmigo al club de ciclismo.

Entonces Lottie lo miró. Miró de verdad su rostro fino, de rasgos delicados, y sus ojos marrones con sus brillantes manchitas color avellana.

—Sabes más sobre mi hijo que yo.

—Sean habla conmigo.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Cuando lo llevo a los entrenamientos. Desde que te hirieron. Desde Navidad. Ya lo sabes.

—Pensaba que solo lo llevabas en coche, no sabía que lo interrogabas. — Sintió que el pecho se le tensaba por los celos. Sabía que nunca podría sustituir al padre de su hijo. Pero tampoco quería que Boyd se metiera—. ¿De qué te habla?

—De poca cosa. Si quiere charlar, ir a entrenar o ir en bici conmigo, déjalo.

Lottie se mordió el labio, el silencio colgaba entre ellos como una espada invisible. Finalmente, dijo:

—Es duro. Jodidamente duro.

—Nada en esta vida es fácil.

—No hace falta que lo jures. ¿Qué tal se lleva Grace contigo? —preguntó, desviando la conversación de su propia familia.

—Más bien deberías preguntarme qué tal me llevo yo con ella. Mi hermana es un hueso duro de roer. Me va desgastando a su manera modesta y agradable.

—¿Cuándo llegó?

—El domingo por la noche. Me la ha enchufado mi madre. Está haciendo un curso sobre medios de comunicación en Dublín de un mes y se queda conmigo

entre semana hasta que acabe. Tiene que ir a casa de mamá los fines de semana, pero piensa que puede quedarse conmigo para siempre. Lo ha dicho ella, no yo.

—¿Cuántos años tenía?

Boyd titubeó antes de contestar.

—Veintinueve, pero actúa como si fuera más joven. Tiene muchos problemas de ansiedad.

—Me muero de ganas de conocerla.

—Mira, Lottie, Grace es diferente. Puede que no te caiga bien.

—Déjame que lo decida yo misma. Sé tan poco sobre ti, pero, sin embargo, de una manera perversa, sé mucho. Eres un auténtico acertijo, Boyd.

Después de dar un par de bocados a su sándwich, el detective levantó la vista y la miró.

—Me gustaría invitarte a cenar.

—¿Qué? —farfulló Lottie, haciendo que unas gotas de té salieran disparadas de su boca.

—A cenar. Ya sabes, eso que hace la gente normal. Salir de noche, sentarse en un restaurante y comer comida deliciosa que otra persona ha preparado. ¿Te gustaría?

Lottie se tragó la sorpresa y pensó. Sería bonito para variar. Aliviar un poco de tensión, especialmente con la investigación sobre el asesinato. No. Era una mala idea.

—¿Como... una cita? —preguntó.

—Sí, como una cita.

—Creo que no. No, Boyd. Lo siento.

—Piénsatelo. ¿Puede que esta noche? Puedo recogerte sobre las siete y media.

—No..., puede que en otro momento. Esta noche no. Es demasiado pronto.

Boyd había sido muy bueno con ella desde el pasado octubre cuando había sufrido tanto. Un amigo. Y ahora el padre Joe había vuelto. ¿Qué le había hecho pensar en él? Sonrió.

—Ah, esa sonrisa. Entonces estamos de acuerdo. Esta noche, a las siete y media. Y ahora, ¿vas a comerte ese desastre que has hecho antes de que me lo coma yo?

Realmente debería dejarle las cosas claras, pero no tenía la energía, así que en vez de eso lo miró acabarse la comida. Cuando fue momento de marcharse,

sintió como si pudiera quedarse toda la tarde sentada en el silencio. Pero tenían un asesino que encontrar. Debía volver al cementerio.



El hombre compró un café para llevar y una pasta y se quedó de pie, comiendo y bebiendo, mirando la gigantesca pantalla con el horario sobre su cabeza. Sabía que había guardaí de paisano que se mezclaban con los pasajeros en el vestíbulo y detectives armados patrullaban la puerta principal. A plena vista.

Mordió la pasta quebradiza, se dio la vuelta y examinó la multitud. Observando. Esperando. Estaba impaciente por que ella llegara, para poderla seguir y sentarse en el mismo vagón.

El reloj digital hizo clic. Un minuto más cerca de la hora de salida, en cuatro minutos. Volvió hasta la cafetería y tiró el café y la bolsa de papel en la papelera de tapa oscilante que había junto a la puerta. Se lamió los labios y se frotó las manos. La chica llegaba tarde. Perdería el tren. Fue hacia la puerta, con cuidado de no quedar bajo el ojo de la cámara.

Tendría que esperar en el andén. Miró su billete y fue al andén número 4. El tren estaba esperando, listo para partir. No había asientos libres. Tendría que quedarse de pie. Odiaba quedarse de pie. «Vamos, pequeña, date prisa».

Una ráfaga de viento frío entró del exterior y recorrió el andén a medida que un tren entraba en la vía 3 y el expreso a Belfast cambiaba a la vía más alejada. Y entonces la vio. Intentando escanear el billete desesperadamente. La mujer detrás de ella trataba de escanear el suyo al mismo tiempo. Finalmente, ambas pasaron a toda prisa y corrieron por las baldosas resbaladizas. El hombre sabía que tendrían que subir al último vagón, así que entró justo antes que ellas.

Como pensaba, el vagón estaba lleno. Avanzó hacia el medio, hasta que llegó al tapón de gente de pie en el pasillo, con sus aparatos tecnológicos pegados a la mano. Miró por encima del hombro. Tres filas más atrás. Las dos estaban de pie en medio del pasillo.

El tren salió de Dublín serpenteando en la oscuridad del atardecer, camino a Ragmullin. Sobre el lento ritmo del motor su mente daba vueltas, llena de planes. Tenía que asegurarse de que la otra mujer no iba a ser un problema. Eso era el plan A. El plan B era asegurarse de que su presa no iba a escapar.

Sonrió para sí mismo y mantuvo los ojos fijos en las dos mujeres.

\* \* \*

Grace rio, una risa nerviosa para enmascarar su miedo. Había corrido demasiado rápido. Aún intentaba recuperar el aliento.

Hurgó en su bolsillo, encontró el inhalador y se lo llevó a los labios, mientras trataba de evitar que los cuerpos palpitantes la tocaran. Al inhalar sintió una ligera reducción de las palpitaciones, pero el pánico merodeaba todavía bajo su piel.

—¿Estás bien?

Levantó la vista para mirar a Mollie, su nueva amiga.

—Estaré bien cuando consiga ir al vagón C.

—Pues no me parece que vayas a poder.

Grace sintió que se le secaba la saliva y volvió a usar el inhalador.

—Pero tengo que sentarme en el vagón C. Es la única manera de que llegue a casa a salvo.

Mollie rio.

—No me creo que seas tan supersticiosa.

De repente, Grace se encontró en un estado que ya conocía: petrificada. Paralizada, solo sus ojos se movían, enfocándose hacia la derecha, luego hacia la izquierda, luego otra vez al rostro sonriente de Mollie. Sus labios estaban pegados, sentía la lengua hinchada y la garganta cerrada. Mientras respiraba rápidamente por la nariz, en su frente se formaban gotas de sudor. Sintió que se le metían en los ojos y notó el sabor salado en sus labios. Mollie alargó el brazo y le cogió la mano. ¡No! No me toques. Pero sus palabras se perdieron en sus mucosidades secas.

Dentro, fuera, dentro, fuera. Uno, dos, tres, contó en su cabeza. No servía de nada. Diez, nueve, ocho. Seguía sin funcionar. «No puedo desmayarme», se advirtió a sí misma. No había donde caer, donde ir.

La gente se apretó contra ella mientras el tren salía de la estación. Su peor pesadilla: contacto físico. Y el olor sofocante a sudor y cigarrillos apresurados.

Su mano apretó con más fuerza la tira de cuero de su bolso. El entumecimiento comenzó a menguar. Sus labios se abrieron y dejó escapar el aliento.

—Te ha vuelto un poco de color a las mejillas —dijo Mollie—. Por un momento me he preocupado. ¿Qué te ha dado?

Grace se encogió de hombros y apretó con más fuerza el bolso contra su cuerpo. ¿Cómo podía explicarle a esa chica, que todavía era una desconocida, lo que era vivir en su piel? No podía, así que permaneció muda, rogando en silencio tener una oportunidad de ir al vagón C. Solo entonces estaría bien.

El cielo de la tarde era gris azulado. Ya no era de día y aún no era de noche. El crepúsculo. Pronto estaría del todo oscuro. Febrero estaba siendo un mes tozudamente frío, con muy pocos indicios de la primavera. Lottie se subió la cremallera de la sudadera y luego la de la chaqueta. Las verjas de hierro forjado estaban abiertas de par en par para permitir que los vehículos forenses entraran. La cinta de la escena del crimen atravesaba flácida el espacio, vigilado por dos policías uniformados.

Firmaron y entraron en el cementerio. Lottie se detuvo para mirar la oficina del encargado, oscura y muerta en la sombra de los árboles.

—Joder, hace frío —dijo Boyd.

—Está empezando a helar. Mira ese montón. Fahy mencionó que alguien arrojaba basura de manera ilegal. —Lottie examinó la abarrotada masa de bolsas sobre un contenedor amarillo—. Parece que se mueven. —Entonces se fijó en las trampas para ratas alrededor de la casa. ¡Puaj!

—Mira allí —dijo Boyd—. Hay bolsas tiradas por el suelo. La gente debe de venir hasta aquí en coche y tira la basura por encima del muro.

—El ayuntamiento tiene que poner más cámaras —dijo Lottie—. ¿Tenemos ya las cintas de vigilancia?

—Kirby se está ocupando de ello.

—Bien. —Lottie comenzó a bajar por la pendiente, que con la helada del atardecer tenía un brillo plateado. Una serie de luces halógenas sobre trípodes iluminaban la carpa que habían levantado los forenses y arrojaban sombras espectrales a las tumbas que la rodeaban. Una colonia de forenses trabajaba sistemáticamente, como hormigas, cribando tierra y barro.

Lottie avanzó hasta el muro que colindaba con el campamento nómada.

—¿Cuánto crees que mide?

—Unos tres metros.

—Y la casa de Bridie está justo detrás. Dice que oyó el grito después de las tres de la madrugada del martes. ¿Puedes ir allí atrás y gritar? —Le señaló la dirección de la que habían venido—. Yo veré si lo oigo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Lo digo en serio.

—Entonces yo me quedo aquí mientras tú vas y gritas.

—Tal vez debería avisar antes a Bridie.

—Tal vez deberías avisar a la *banshee* de que pretendes ocupar su puesto.

—Boyd, necesito confirmar de un modo u otro si pueden oírse los gritos de alguien desde el otro lado del muro.

—Tu plan tiene fallos. Por ejemplo, si te pones de pie justo bajo el muro, puedes estar segura de que te van a oír.

Lottie iluminó las tumbas con su linterna, admitiendo en silencio que no era un plan muy bien pensado. Pero no podía ignorar la sensación de que Bridie realmente había oído gritar a la mujer. Los nómadas eran famosos por su percepción y visión. Y si Bridie había oído gritar a Elizabeth Byrne, eso podía fijar la hora de la muerte.

Se acercó a los forenses. McGlynn estaba de rodillas en el fondo de la tumba, pasando el cepillo y rascando el lugar donde había yacido el cuerpo. Levantó la vista.

—Antes de que preguntes —dijo—, no he encontrado mucho con lo que puedas trabajar. Solo escamas de piel, barro, tierra y piedras.

—¿Sangre? —se arriesgó Lottie, espiando por encima del borde.

—Un poco. Me encargaré de que la analicen.

Lottie recordó la mancha de sangre que había encontrado en la lápida de la tumba vecina. Lo investigaría más por la mañana.

—Si el asesino la cubrió de tierra, ¿crees que usó las manos? —preguntó.

—¿Cómo puedo saber eso? —dijo McGlynn.

Lottie se volvió hacia Boyd.

—Tenemos que examinar todas las herramientas que se usan por aquí.

La voz de McGlynn se alzó desde la tumba.

—Ya me he ocupado de eso. Tendréis los resultados tan pronto como los

reciba. Supongo que tomasteis las huellas y muestras de ADN de los dos trabajadores.

—Por supuesto —dijo Lottie, esperando que Kirby hubiera hecho su trabajo correctamente.

—Bien.

—Hemos buscado huellas por toda la zona —dijo Boyd—. ¿Cuándo terminaréis aquí?

McGlynn levantó la vista. Sus ojos danzaban con un fuego verde por encima de la mascarilla que le cubría la boca.

—Terminaremos cuando terminemos.

Lottie miró la fila de lápidas, bultos deformes en el paisaje. La vastedad del lugar de descanso para los muertos le produjo escalofríos.

—No creo que esto fuera lo que el asesino pretendía —dijo—. Parece más probable que la chica se escapara y él la siguiera. Pero ¿qué hacían aquí en primer lugar? ¿Estaban acostándose y se volvió demasiado violento, o el tío la estaba violando y ella escapó? ¿De dónde vinieron? El asesino tenía que tener un coche, así que ¿dónde lo aparcó?

—Hemos asumido que esto es obra de un hombre, pero también podría ser obra de una mujer.

—Es verdad —concedió Lottie—. La víctima estaba desnuda, así que eso implica algo sexual. Con suerte, el examen *post mortem* nos dirá más al respecto. Y puede que aparezca algo en la grabación de las cámaras de vigilancia. Si fue un accidente, ¿por qué no intentó sacarla o llamar a una ambulancia? ¿Tenía intención de matarla desde el principio? No consigo entenderlo. Y de momento, no tenemos ni una pista. Es insoportable.

—Esperemos al *post mortem*. Y los resultados de McGlynn.

El terraplén a su derecha se iluminó con las luces del tren de Sligo a Dublín. Una bocina resonó en el aire del atardecer y las luces hicieron brillar una V en el cielo oscuro.

—Tengo que ir a recoger a Grace —dijo Boyd y comenzó a subir la colina.

Lottie miró la hora y dijo:

—Tienes menos de quince minutos, si quieres pillar el tren que viene de Dublín.

Casi era de noche, y en el cono de luz que arrojaba su linterna, Lottie vio los cristales de hielo sobre las cabezas de las flores de plástico. El granito blanco brillaba y un mirlo graznó en una rama sobre su cabeza. Trató de seguir las

largas zancadas de Boyd.

Cuando llegaron a la verja, la inspectora volvió a mirar el viejo despacho.

—Tenemos que registrarlo.

—Cuando los forenses acaben en la escena del crimen, pueden venir aquí.

—¿Has visto eso? —Lottie tiró de la manga de Boyd.

—Lo único que he visto es una rata enorme saliendo de una de esas bolsas de allí.

—Oh, Dios, larguémonos de aquí.

Fueron rápidamente hasta el coche. Mientras Boyd daba marcha atrás y giraba, Lottie dijo:

—Espero por Dios que la cámara haya grabado algo.

—Aparte del muro delantero, el cementerio está totalmente abierto en tres lados —dijo Boyd—. Las vías del tren al final más el campamento nómada; el asilo para viejos a un lado y una urbanización al otro. Es fácil entrar.

—Residencia de ancianos.

—¿Qué?

—Asilo para viejos no es un término políticamente correcto.

Lottie se quedó mirando la residencia. Un edificio de construcción nueva con ventanas del techo al suelo que daban al cementerio. Detrás podía adivinar el tejado del edificio antiguo, con su tejado de cobre verde por el paso del tiempo. ¿Por qué nadie había visto ni oído nada? ¿Por qué estaba Elizabeth en el cementerio? ¿Adónde había ido cuando salió del tren? Si podían descubrir eso, tal vez encontrarán una dirección que seguir. Pero, de momento, no iban a ninguna parte.

Boyd metió el coche en la carretera con un gruñido. Lottie se sintió aliviada cuando aceleraron para alejarse del lugar de muerte.

## 19

—¿Tienes algo para mí, Lynch? —gritó Lottie en dirección a la oficina principal mientras revisaba sus emails.

Lynch se acercó y se quedó junto a la puerta.

—Elizabeth Byrne tenía muy poca presencia *online*. Cerró su cuenta de Twitter hace un año, y tampoco ha posteado en Instagram desde entonces. En Snapchat ni siquiera aparece, y sus publicaciones en Facebook son escasas. Usaba WhatsApp.

—Revísalo. ¿Has contactado con sus amigos de Facebook?

—Estoy en ello.

—¿Ha habido suerte con Matt Mullin?

—El banco se pondrá en contacto conmigo mañana por la mañana. El jefe de recursos humanos no estaba y nadie más podía darme detalles.

—Ponte con ello a primera hora.

—Jefa, el trabajo de vigilancia que estamos haciendo Kirby y yo no creo que nos lleve a ninguna parte. ¿Consideras que es hora de que lo abandonemos?

Últimamente habían tenido problemas con peleas ilegales entre la comunidad nómada. Se apostaban unas cantidades inmensas de dinero, lo que tenía como resultado muchas heridas. Lottie intuía que solo era cuestión de tiempo que alguien muriera.

—¿Qué habéis descubierto en las últimas tres semanas?

—Nada —dijo Lynch.

—Solo me preguntaba si los McWard están involucrados en algo deshonesto.

—No recuerdo haber visto ese nombre en ninguna parte, pero puedo



comprobarlo.

—¿Qué clase de detective eres?

—Soy buena —dijo Lynch, cruzando los brazos.

—Entonces demuéstramelo. Quiero saber dónde está Matt Mullin. No puede ser tan difícil encontrar a un banquero en Alemania, ¿no?

Lynch suspiró.

—¿Podría tomarme unos días, jefa? Sé que estamos al principio de una investigación, pero de verdad que necesito tiempo para...

—No. Los permisos están suspendidos hasta que resolvamos este caso.

—Pero...

—Sin peros, Lynch. Necesito a todo el mundo. ¿Eso es todo?

Lynch cogió su abrigo y salió por la puerta antes de que Lottie pudiera decirle que volviera. Realmente, hoy era uno de esos días.

Lottie llamó a la patóloga forense.

—Hola, Jane. ¿Has podido echarle un ojo a mi víctima del cementerio?

—Lo siento. Se nos ha acumulado el trabajo de repente. Las muertes por hipotermia en febrero son algo nuevo para mí. He programado a tu chica por la mañana. Te llamaré para decirte la hora, por si puedes venir.

Lottie colgó, fue a la oficina principal y acercó una silla al escritorio de Kirby.

—Has sido un poco dura con Lynch —dijo el detective.

—No sé por qué, pero, últimamente, cada vez que hablo saltan chispas.

—No solo últimamente, jefa, hace mucho tiempo que pasa. Y no solo con Lynch, ya sabes lo que quiero decir.

No le apetecía hablar de Lynch o de Boyd. Nunca se había llevado del todo bien con Lynch, pero no quería que nadie lo supiera.

—¿Has interrogado a Bridie McWard? —preguntó.

—Me ha dicho lo mismo que a ti. Oyó gritos sobre las tres y cuarto de la madrugada del martes. Se niega a venir a hacer una declaración formal. Hablé con ella en el campamento.

—¿Y la grabación de la cámara de vigilancia del cementerio? ¿Hay algo útil ahí?

—Los del equipo tecnológico me mandaron un corte. —Apretó un icono y apareció una imagen gris y borrosa en el centro de la pantalla. Maximizó el tamaño, se retiró de la mesa y dejó que Lottie lo mirara—. Esto es a las 3.07 —

dijo.

—No veo nada.

—No hay nada que ver excepto un cambio en la luz. Espera, lo voy a rebobinar. —Apretó un par de teclas con sus gruesos dedos y la imagen volvió a reproducirse—. Mira atentamente la carretera. ¿Ves eso? Son las luces de un coche acercándose, pero luego desaparecen. Yo diría que el tipo giró para aparcar al otro lado de la carretera, donde la cámara no graba.

—Vale. ¿Pero no se ve a nadie?

—No.

—Podría ser alguien tirando basura por encima del muro.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque la grabación confirma que un vehículo estuvo allí aparcado durante veinticuatro minutos. —Kirby adelantó el vídeo hasta las 3.31—. Mira. Hay un cambio de dirección de la luz sobre la carretera, como si un coche estuviera girando.

—¿Y?

—Y eso es todo.

—¿Nada en medio? ¿No hay otros coches?

—Nada en absoluto. Los lunes por la noche la ciudad está muerta.

—Así que parece que fue hasta allí en coche desde la ciudad, paró durante casi media hora, luego dio la vuelta y regresó a la ciudad. Revisa nuestras propias cámaras de tráfico sobre esas horas y a ver si puedes pescar el coche.

—Lo intentaré.

Lottie empujó la silla hacia atrás y fue otra vez hacia su despacho.

—Quiero que interroguemos a todos los habitantes de la residencia para ancianos. Especialmente aquellos que tienen ventanas que dan al cementerio.

—¿Esta noche?

—No. Mañana. ¿Los uniformados han sacado algo útil de la urbanización?

—Se está recopilando la base de datos, pero de momento no hay nada de lo que valga la pena informar.

—¿Y los residentes del campamento nómada?

—Nadie vio ni oyó nada.

—El mismo Ragmullin de siempre. Ventanas entrecerradas y casas silenciosas.

—¿Qué? —Kirby se rascó la cabeza con la punta de un boli.

—Quiero una actualización en la reunión de equipo de mañana por la mañana.

## 20

Se hizo con un asiento cuando unos cuantos pasajeros bajaron en Maynooth. Las dos mujeres también se sentaron. Ahora estaban frente a él, aunque varias filas más allá.

Cómo deseaba estar con ella, con su piel suave temblando junto a la suya. Piel con piel. «No hay nada más hermoso», pensó. A menos que contaras el balanceo del tren. Oh, piel desnuda contra piel desnuda en armonía con el movimiento del tren. Era una imagen que no podía apartar de su mente. Cuán hermoso sería eso. El temblor de los labios de ella cuando la mirara, la rojez arrugada en un puchero, esperándolo.

A él.

A nadie más.

Con la respuesta que él ansiaba.

\* \* \*

La estación de tren de Ragnmullin se caía de vieja. Un buen número de reformas a lo largo de los años habían hecho poco por mejorar su apariencia. El hecho de que fuera un edificio protegido impedía que la compañía ferroviaria hiciera trabajos mayores. Protegerla era una paradoja, porque se estaba desintegrando ante los veinte mil ojos de Ragnmullin.

—¿Cómo va, Jimmy? ¿Alguna novedad? —Boyd se acercó paseando hasta el mozo de estación y se inclinó sobre la entrada a los andenes.

—Sí, claro, la única novedad aquí es el clima y los trenes retrasados. — Jimmy Maguire se rascó un punto de la cabeza bajo la gorra.

—Espero que este no llegue tarde.

—Debería llegar puntual. Está previsto a las 18.20.

Boyd sonrió mientras Jimmy miraba el reloj con las manos enfundadas en guantes con mucho dramatismo. Eran de color amarillo chillón, sintéticos. Su coronilla, cubierta por la gorra, tan solo le llegaba a Boyd al hombro, y el tipo parecía tan ajado por el clima como la propia estación.

—En cincuenta y siete segundos, para ser exacto.

—Muy preciso.

—Saber estas cosas es mi trabajo.

Boyd miró el andén al oír aproximarse el tren.

—Llega un poco pronto. —Jimmy se irguió—. Quince segundos.

Boyd agachó la cabeza cuando una paloma se arrojó de la grúa de caballete que colgaba sobre el andén de cemento.

Los frenos hidráulicos del tren silbaron mientras se detenía despreocupadamente y las puertas se deslizaron para abrirse. Boyd se hizo a un lado para dejar que los pasajeros se derramaran de los vagones, acudiendo con prisa a la salida y hacia sus coches en el abarrotado *parking*. Tan pronto como hubo llegado, el tren partió con un ruidoso traqueteo sobre las vías.

Su hermana apareció.

—Hola Mark. Pareces cansado. ¿Va todo bien?

—Sí, solo te estaba esperando. Por un momento te había perdido de vista.

—Tengo una nueva amiga. —Grace miró a su alrededor—. Estaba aquí hace un momento. Iba a preguntarte si podías llevarla en coche.

—Probablemente se haya adelantado —dijo Boyd, pensando que la nueva amiga de Grace habría querido escapar de la charla constante de su hermana—. El coche está fuera. Aparcado en zona restringida.

—¿Otra vez rompiendo la ley? —dijo Grace.

—Yo soy la ley —respondió Boyd.

Apretó el botón de la llave y entró en el coche. Grace se quitó la pesada bufanda de punto, la dobló pulcramente en su regazo y colocó el bolso entre los pies, luego pareció pensárselo mejor y se lo puso en las rodillas sobre la bufanda.

—Cierra la puerta —dijo Boyd—. Hace un frío que pela.

—Tú siempre comentando obviedades.

«Es peor que Lottie», pensó el detective. Se preguntó si habría sido una

persona terrible en una vida pasada para haber sido condenado a habitar el mismo planeta que mujeres tan tercas.

Hizo una maniobra para girar el coche ciento ochenta grados y se metió en el tráfico.

—Háblame de tu amiga.

—La he conocido en el tren esta mañana. Me dijo que siempre coge el de las 17.10 para volver, así que decidí venir con ella.

—¿En tu vagón habitual?

—Se complicó un poco porque llegó más tarde que yo. Me tocó esperarla y entonces tuvimos que quedarnos de pie en el vagón equivocado. Tuve un pequeño ataque de pánico, pero ahora estoy bien.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Deja de tratarme como si fuera imbécil. Puede que tenga dieciséis años menos que tú, pero no soy estúpida.

El semáforo del puente se puso en verde y Boyd aceleró para pasarlo antes de que volviera a cambiar. Ya estaba rojo cuando llegó a la cima de la colina, pero siguió adelante.

—¿Entonces habéis hecho buenas migas?

—No te sorprendas tanto. Puedo mantener conversaciones con la gente.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Estás tratando de ser gracioso?

Boyd se reprendió a sí mismo. Grace no pillaba las bromas. Veía las cosas blancas o negras. Todo literal. Lo llamaras como lo llamaras, Grace lo era. «En el espectro» era una frase que había oído a menudo en la misma frase que su nombre. Quería a su hermana, pero ponía a prueba su paciencia sobremanera. Se recordó a sí mismo que debía tener más cuidado con las palabras que escogía en su presencia. Y no podía olvidar que tenía veintinueve años.

—¿Por qué vas por la calle principal? —preguntó Grace.

—Voy a comprar algo para la cena.

—Pero yo no como comida que haya hecho otra gente. Ya lo sabes.

—Solo esta vez, Grace. ¿Por mí? ¿Por favor?

—¡Mark! Tienes una cita.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres muy fácil de leer para mí.

«Igual que Lottie», pensó, y aparcó en doble fila frente al restaurante chino

de comida para llevar.

—Me imagino que no entrarás tú a buscarlo —dijo el sargento.

—Estás absolutamente en lo cierto.

Boyd sacudió la cabeza. Se alegraba de salir esa noche. Por otro lado, se preguntaba si sería ir de Guatemala a Guatepeor. Esperaba que Lottie estuviera en mejor forma que Grace. Aunque con todo lo que había pasado hoy, lo dudaba.

## 21

La temperatura había bajado tanto que había helado. Los parabrisas resplandecían con una fina capa de escarcha. Una constelación de estrellas brillaba en el cielo claro mientras los trabajadores pendulares salían de la estación, precedidos por su blanco aliento que se condensaba en el crudo aire del atardecer.

Mollie sintió un golpecito en el hombro mientras la multitud se apresuraba hacia la salida.

—Hola —dijo el hombre.

El mismo hombre que había aceptado que la llevara a casa en coche ayer por la tarde. Había sido un perfecto caballero, y la había dejado frente a su apartamento. Parecía muy amable y sensato. Lo conocía de haberlo visto por la ciudad, pero no sabía quién era. No habían intercambiado nombres, mucho menos números de teléfono. Y Mollie estaba perfectamente contenta de que fuera así.

—Puedo acercarte otra vez —dijo el hombre—. He pensado que tal vez quieras descansar de tu amiga charlatana.

La joven se alejó sin que Grace se diera cuenta. Estaba hablando con un hombre alto y delgado. Mollie supuso que era el hermano del que había oído hablar en el interminable trayecto de tren. «A la mierda», pensó. Necesitaba escapar del constante parloteo.

—Sería genial. Gracias —dijo. Sintió la mano del hombre en su codo y cómo la empujaba para que bajase las escaleras.

Fueron resbalando por el suelo helado en la oscuridad hacia el lado izquierdo del *parking*.



—Tu amiga habla hasta por los codos. No callaba ni para respirar. Estoy seguro de que debes de tener la cabeza como un bombo.

—No es para tanto —dijo Mollie. ¿Por qué estaba defendiendo a una chica que apenas conocía? Y, ya puestos, ¿por qué aceptaba que la llevara en coche a casa un hombre que no conocía? El *parking* estaba ahora casi vacío. Solo había un coche aparcado contra la pared del fondo que daba a la parte trasera de la estación. Mollie se detuvo. El hombre se volvió para mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó él. Sonaba normal. En ese momento, no era un bicho raro.

—Gracias por rescatarme. Y gracias por acercarme ayer por la tarde, pero creo que ahora prefiero caminar. Necesito un poco de aire fresco.

Mollie dio un paso atrás. El hombre avanzó, ocupó el espacio que ella había dejado libre.

—No es molestia. Mi coche está justo ahí. —Señaló su sedán oscuro, fuera del alcance de las cámaras y las luces. Esto empezaba a dar miedo. Ayer no había aparcado ahí.

—Sinceramente, gracias por rescatarme. ¿Puede que te vea mañana? —Al darse la vuelta, la mano en el codo apretó con más fuerza y se clavó a través de la ropa; le hizo daño—. ¡Eh! ¿A qué juegas?

—No estoy jugando, Mollie. Ese es tu nombre, ¿verdad? Si caminas rápido, no tendré que hacerte daño. Ven conmigo como una niña buena.

—Estás mal de la puta cabeza.

Mollie abrió la boca para gritar, pero en ese segundo de duda, la mano enguantada del hombre llenó el vacío y le metió un trapo en la boca. La joven miró alrededor desesperada, pero todo el mundo estaba dentro de sus coches haciendo cola para salir o subiendo rápidamente por la colina, con la cabeza agachada para mitigar el viento hiriente.

«Ayuda». Pensó que había dicho la palabra, pero nada salió de su boca porque el trapo estaba allí. Los brazos del hombre rodearon su cuerpo y la acercaron a él. El trapo la estaba ahogando. Y ese olor...

—Haz lo que te digo o morirás, ¿lo has entendido?

El coche emitió un pitido cuando el hombre quitó el seguro. Abrió la puerta y la metió dentro de un empujón. Mollie se golpeó la cabeza contra el volante y cayó sobre los dos asientos delanteros. El hombre le levantó los tobillos y le metió las piernas en el vehículo a empujones. Mollie levantó la mano para tocar la bocina antes de que el hombre entrara detrás de ella, pero fue demasiado

lenta. El hombre le agarró los dedos, los apartó y se sentó en el asiento del conductor. Mollie lo atacó. Sus uñas se le engancharon en el cuello de la camisa.

—Putá —gritó el hombre, y le puso la mano sobre la boca para meter más el trapo. Sacó una bolsa de plástico del bolsillo. Mollie vio otro trapo igual que el primero.

—Te arrepentirás de haber intentado hacerme daño —dijo el hombre—. Te arrepentirás tanto que no sabrás qué coño te ha pasado. Me vas a suplicar. Suplicar, ¿me oyes? Suplicarás por tu vida, ¿y sabes lo que haré yo? No, no creo que lo sepas, pero te aseguro que lo vas a averiguar.

Le puso otra vez la mano sobre la cara y le acercó el segundo trapo a la nariz. Un olor dulzón y empalagoso la invadió mientras la oscuridad caía sobre ella como una suave llovizna.

—¿Me he equivocado de casa? —preguntó Lottie mientras colgaba la chaqueta en el poste de la escalera, que estaba despejado.

El aroma a chili y queso llegaba en oleadas desde la cocina. No olía a comida de microondas. Abrió la puerta del salón y se sorprendió al encontrarlo limpio, ordenado y vacío. Fue hasta la cocina. La mesa estaba puesta con cubiertos a juego. Incluso había un mantel que solo veía la luz en Navidad.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo.

De pie junto a los armarios a su derecha, estaban Sean, Chloe y Katie con el pequeño Louis en brazos.

—¡Sorpresa! —gritaron.

—Pero ¿por qué...? ¿Qué...? Estoy pasmada.

—Podrías probar con un gracias —dijo Katie.

—Gracias. Quiero decir, esto es un *shock* muy grande. Necesito sentarme.

—Sí, tú siéntate y yo sacaré la lasaña —dijo Chloe—. ¿Crees que está hecha, Katie?

—Seguro. Toma, mamá, coge a Louis y yo serviré la cena. Lleva chili. Sean ha insistido, espero que no te importe. Encontramos un bote en la despensa.

Lottie cogió a Louis en brazos mientras sus hijos acababan de preparar la comida. Su mente empezó a funcionar a toda máquina. Querían algo. Nada era gratis en su vida. Pero ¿qué? ¿Por qué se habían tomado tantas molestias? Echó un vistazo alrededor para ver si su madre comandaba la operación. No se la veía por ninguna parte. No le extrañaba. Rose estaba muy letárgica últimamente, se encontraba mal todo el tiempo, y Lottie se esforzaba cuanto podía por visitarla por las noches y llevarle comida.

Definitivamente, era una conspiración. Pero no tenía ni idea de por qué, así que decidió seguirles el juego.

\* \* \*

—Estaba delicioso —dijo cuando acabaron de comer—. Y es genial sentarse a la mesa como una familia. Deberíamos hacerlo más a menudo. —Fue entonces cuando vio la mirada que Chloe y Katie intercambiaron.

—Me llevaré a Louis y le pondré los dibujos. —Sean soltó el freno el cochecito, lo sacó al pasillo y cerró la puerta al salir.

—Vale, decidme de qué va todo esto —comentó Lottie.

El timbre sonó.

—Ya voy yo —gritó Sean desde el pasillo.

—Oh, mierda —dijo Lottie, que se puso en pie de un salto.

Boyd estaba en la puerta con un ramo de seis rosas en la mano.

—Veo que has cenado sin mí —dijo.

—Oh, Dios, Boyd. No habíamos quedado en nada, ¿no? Tendría que haber sido más clara. Lo siento. Yo no... —Mierda, estaba farfullando.

—Deja que te cuelgue la chaqueta —dijo Sean.

—No, estoy interrumpiendo una reunión familiar. Será mejor que me vaya.

—No pasa nada —dijo Chloe.

—Acompaña a Boyd al salón un momento —le dijo Lottie—. Quiero hablar con Katie.

Cuando estuvieron solas, miró a su hija, que estaba de pie con un montón de platos en la mano.

—Siéntate y cuéntamelo —dijo.

—Mamá. —Katie dejó los platos en la encimera—. Sé que no estás de acuerdo con que vaya a Nueva York a visitar al abuelo de Louis, pero yo quiero ir. Lo postergué cuando te atacaron, y luego vino Navidad y... Espera un momento. No te subas por las paredes todavía.

Lottie volvió a sentarse y estudió el rostro hermoso y triste de su hija. Katie había pasado por tanto en sus veinte años que tal vez había llegado el momento de dejarla vivir su vida. Tener una vida. ¿No era eso lo que Boyd había dicho?

—De acuerdo, Katie. No voy a discutir contigo. ¿Cuánto dinero crees que necesitas?

—Esa es la cuestión. No necesito nada. Hemos hecho la cena para celebrar... para decirte...

—¿Decirme qué?

—Tom Rickard ha comprado los billetes y me ha puesto dinero en la cuenta del banco. Louis y yo nos vamos a Nueva York el viernes. Me daba miedo decírtelo antes. Por favor, no me lo impidas.

Un cúmulo de emociones contradictorias se disparó dentro de Lottie. Sintió un hormigueo en el vello de los brazos, la lengua se le pegó al paladar, un nudo se formó en su pecho y las lágrimas llenaron sus ojos.

—Di algo —rogó Katie con los ojos muy abiertos. Estaban totalmente claros ahora que sus días de fumar hierba con Jason Rickard habían acabado. Lo único que se veía en ellos eran las señales de tantas noches sin dormir.

—¿Qué viernes? —susurró Lottie, temerosa de la respuesta.

—Este viernes.

—¿Qué? Pero hoy es miércoles... No puedes, es demasiado pronto. Tengo que organizar cosas...

—No tienes que organizar nada. Está todo arreglado. No podía decírtelo antes porque habrías tenido tiempo de pensar cómo detenerme. De verdad que quiero ir, mamá. Por favor, dime que te parece bien.

Dijera lo que dijera iba a sonar mal, así que Lottie mantuvo la boca cerrada y asintió. De repente, se vio envuelta en un abrazo. Katie no solía dar abrazos, pero esta vez lo hizo.

—Eres la mejor madre del mundo. Esto es una oportunidad increíble para mí. Y sé que Tom querrá a Louis tanto como tú.

—¿Cuánto tiempo estaréis fuera? —graznó Lottie.

—Solo unas semanas.

—¿Cuánto es «unas»?

—Tres.

—¿Tres?

—De verdad que quiero hacerlo así, mamá. Por el bien de Louis.

—¿Cuánto dinero te ha mandado Tom? —Mierda, ¿por qué había preguntado eso?

Katie se balanceó de un pie a otro.

—Cinco mil euros. ¿A que es increíble?

—¿Qué? —Lottie miró fijamente a su hija—. ¿Además de los billetes?

Katie asintió.

—¿No es genial? Mañana iré al centro a comprarme ropa nueva. Tengo que tener buen aspecto cuando vuelva a verlo. Es muy emocionante. Y tengo que hacer las maletas. ¿Me llevarás al aeropuerto el viernes por la mañana? Te quiero, mamá. —Salió rápidamente de la cocina y dejó los platos y los cubiertos desparramados sobre la encimera.

Lottie había estado a punto de decirle que no olvidara lo mal que Tom había tratado a su hijo. Pero no tenía sentido apagar la sonrisa de felicidad en el rostro de Katie. Se puso en pie con apatía y comenzó a llenar el lavavajillas.

—Deja que te eche una mano. —Boyd fue junto a ella y limpiaron los restos de la cena.

—Gracias —dijo Lottie cuando hubieron acabado—. Debes de estar muerto de hambre. ¿Has cancelado la reserva? ¿Por qué no vas tú? Lo siento si te he dado la impresión equivocada. Tal vez deberías...

Sus dedos suaves y largos le tocaron los brazos y la miró a los ojos.

—Estoy bien. Saldremos mañana por la noche. ¿Hecho?

—No estoy segura de que sea buena idea.

—¿Hecho?

—No —dijo ella—. Al menos no hasta que resolvamos este asesinato.

—No puedo ganar, ¿verdad? —Boyd la soltó y se apoyó contra la mesa—. ¿Quieres contarme qué ha pasado con Katie?

—La verdad es que no. Me basta con saber que es feliz. Por ahora.

—Y tú, ¿eres feliz?

—En la medida de lo posible. Siéntate, haré café. ¿Dónde has puesto las flores? Gracias, por cierto.

—Las he dejado en el salón.

—¿Recogiste a Grace en la estación? —preguntó Lottie.

—Sí. Está apoltronada en mi sofá con comida china y viendo Netflix.

—Eso suena como la definición del paraíso.

—Esto, en este preciso momento, es la definición del paraíso.

Mientras Boyd le sonreía, Lottie pensó en la inminente partida de Katie. Entonces, se acordó de su madre.

—Mierda, Boyd. Lo siento.

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo que ir a casa de Rose a llevarle la cena. Me había olvidado por

completo.

Su compañero se levantó.

—Está siendo una época difícil intentando mantenerlo todo a flote.

—Solo necesito estar centrada. Haré todo lo posible para organizar las cosas y que podamos salir a cenar alguna noche, pero...

—¿Pero no puedes garantizarlo?

—No puedo, así que por ahora es un tal vez.

—Acepto un tal vez. —Boyd sonrió—. Aunque como ya te he dicho, no me quedaré esperando siempre. ¿Lo sabes? —Le rozó la mejilla con los labios.

La puerta se abrió de golpe. Chloe entró y abrió la nevera. Luego la cerró de un golpe y salió.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Boyd.

—Adolescentes —dijo Lottie.

## 23

—**H**ola, cariño, llegas tarde otra vez. ¿Has perdido el tren?

Cillian O'Donnell ignoró a su mujer. Colgó su chaqueta de cuero negra en el respaldo de una silla y se inclinó para coger en brazos a su hija de cinco años, Saoirse.

—¿Qué has hecho mientras papi estaba en el trabajo, picaruela?

Saoirse acurrucó su cabeza rizada en el espacio bajo su barbilla y enroscó los brazos y las piernas alrededor de su cuerpo. El hombre recibió agradecido el olor a champú de melocotón y la piel suave de su hija. La besó delicadamente en la cabeza, dejó a la pequeña en el suelo y ella lo arrastró hasta la mesa de la cocina, donde había hojas desparramadas pintadas de colores brillantes y unos pinceles sobresalían de un frasco con agua.

—¿Estabas pintando? —dijo Cillian—. ¿Te ha ayudado mami?

Saoirse negó con la cabeza e hizo un puchero.

—Hoy ha sido una niña mala en la escuela, ¿verdad, cariño? —dijo Keelan—. Solo la he dejado pintar durante media hora.

Cillian bajó la cabeza hacia los dibujos, temía que Keelan viera el tormento que trataba desesperadamente de ocultar. Sintió que su mujer se daba la vuelta frente al fogón, sintió su mirada. Era mediocre. Simplemente mediocre. Pelo negro, corto, ojos grises, y el maquillaje que llevaba era tan mínimo que resultaba invisible. Su cuerpo no había conseguido recuperar su silueta esbelta después del nacimiento de Saoirse, y él no podía perdonarla por no haberse esforzado más. Pero solo lo hacía en su cabeza. No se atrevía a decirlo en voz alta.

—¿Te has olvidado? —preguntó su mujer.



—¿Olvidado de qué?

—De la reunión. Esta noche. Es a las nueve, y acabas de llegar. —Se secó las manos con un trapo de cocina y se sentó frente a la abarrotada mesa—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Ha sido un día de locos en el trabajo. Me he olvidado de la reunión. Me daré una ducha, iré a la reunión y puede que coma algo antes de acostarme.

—No puedes irte a dormir con el estómago lleno. Es malo para la salud. — La mujer se levantó y golpeó el borde de la mesa con el trapo.

Saoirse se encogió y se subió a las rodillas de su padre.

Sabía que Keelan tenía lágrimas de rabia en los ojos. Le gustaba que todo sucediera en su horario, lo mismo día tras día, sin salirse de la rutina. En algunos aspectos, aunque no en todos, era un calco de la esposa de su hermano. Y ambas mujeres eran copias de Maura, su madre. ¿Cómo lo habían conseguido? Volvió a centrar su atención en su hija.

—Toma, cariño, coge el rojo. Y aquí tienes una hoja limpia. Cuando papi salga de la ducha, quiero ver una preciosa locomotora roja.

—Pero no sé cómo hacerla. ¿Me va a ayudar mami?

Cillian se estremeció literalmente al oír el fuerte gruñido que lanzó Keelan, de pie junto al fregadero, de espaldas a él.

Sacó de la librería una de sus muchas revistas de trenes y la abrió en la página adecuada.

—Ahí tienes, Saoirse. Copia esta.

—Es demasiado complejo para una niña de cinco años —dijo Keelan, mirando por la ventana—. Y tu padre quiere que lo llames.

Veía su mueca de disgusto reflejada en el cristal. Apretó los puños, reprimiendo el impulso de estampárselos en la cara, luego se dio la vuelta y fue hacia las escaleras mientras se sacaba la camisa.

¿Qué diablos quería su padre de él?

\* \* \*

Finn O'Donnell se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero que había en la puerta. Un paso lo llevó del recibidor al pequeño salón. Sara estaba en la recocina. «Demasiado pequeña para llamarla cocina», había dicho su mujer cuando se habían mudado, con la idea de que sería algo temporal. Pero cinco años era demasiado tiempo para un alojamiento temporal, se quejaba su esposa

cada maldita noche.

—No me quedaré —dijo Finn—. Tengo que ir a una reunión.

—Siempre tienes que ir a alguna parte. ¿No puedes quedarte en casa ni una noche?

El hombre se dejó caer en su sillón sin molestarse en preguntar si había algo para cenar. Conocía la respuesta por el tufillo a alcohol que salía del aliento de su esposa mientras se apretujaba en la silla frente a él. Buscaría algo de comida para llevar más tarde.

El golpe del cristal sobre la mesa de café le hizo levantar la vista. Sara era redonda y gorda. Como una foca. Tenía el pelo sucio, le colgaba sobre los hombros, y llevaba la misma ropa desde hacía tres días. Dios, ¿por qué se había casado con ella? Pero conocía el motivo. Su madre. Maura lo había obligado después de que Cillian cazara a Keelan. No había sido lo bastante hombre para aguantar las burlas, las insinuaciones que le lanzaba día tras día. Finn sabía que hiciera lo que hiciera, nunca sería tan bueno como su hermano. No lo había sido desde que Lynn había desaparecido. Incluso antes de que sucediera. Nunca había sido lo bastante bueno a ojos de Maura. Y, definitivamente, tampoco a ojos de su padre. Lo cierto es que debería pasarse y ver cómo le iba a Donal. Esa podría ser la escapatoria de mañana por la noche.

—¿Qué pasa dentro de ese lerdito cerebro tuyo? —La voz de Sara era aguda y chillona, como una rata.

—No —dijo mientras se puso en pie—. Por favor, no empieces. He tenido un día de perros y no voy a escucharte rajar y soltar mierda.

—Entonces vete a tu estúpida reunión. Ya ves lo que me importa.

Mientras cogía el abrigo y abría la puerta principal, supo que a él tampoco le importaba.

\* \* \*

El hombre se hurgó el cuello del abrigo mientras conducía lentamente a través del polígono industrial y luego por la calle Gaol. No sabía cuántas vueltas había dado a la ciudad desde que había salido de la estación de tren. No quería ir a casa todavía. Tal vez si conducía un rato más, ella ya estaría en la cama cuando llegara.

Sus ojos estaban cegados por las lágrimas que caían de ellos. Se las limpió apresuradamente con la manga, como un niño. Ya no era un niño, pero se sentía

como si lo fuera. Y algunos días deseaba poder volver atrás y empezar de nuevo.

## 24

Lottie dejó el plato, envuelto en un trapo de cocina, sobre la mesa. No había rastro de su madre.

—¿Hay alguien en casa? —gritó.

—Estoy aquí. —La voz de Rose Fitzpatrick sonaba débil.

Lottie volvió al recibidor y se quedó frente a la puerta abierta del dormitorio de su madre.

—¿Has estado ahí tumbada todo el día?

—No tengo motivos para levantarme —dijo Rose, curvando la boca hacia abajo.

Con un suspiro contrariado, Lottie ahuecó los cojines y acomodó el edredón. Rose no se movió. La miró fijamente. Ignorando un sentimiento desagradable, Lottie dio un paso atrás y dijo:

—Te he traído la cena. ¿Tienes hambre?

—Si es lo mismo de siempre, no.

—Es lasaña. Han cocinado los chicos, puede que te arda un poco la boca.

—Mejor eso a que esté frío, como de costumbre.

—Quiero decir que es picante. Puedo tirarlo a la basura si no lo quieres.

—No hace falta ser mordaz, señorita. —Rose hundió los codos en la cama y se sentó—. Me lo comeré aquí. Con una taza de té.

—Muy bien. —Lottie salió pisando con fuerza.

Los últimos meses habían sido difíciles, mientras intentaba asimilar las revelaciones catastróficas de su madre. Su relación nunca había sido perfecta, pero ahora Lottie tenía problemas para definir qué significaba exactamente Rose para ella. Si no era su madre biológica, entonces ¿quién era? ¿Una mentirosa?

Sirvió agua en una taza con una bolsita de té, lo removió con una cucharita, añadió la leche y se lo llevó a Rose junto con el plato de comida.

—¿No has encontrado la bandeja?

—¡Dios! —exclamó Lottie—. Ayer te comiste la cena en un plato sobre las rodillas. ¿Qué ha cambiado?

Rose estaba poniendo las cosas difíciles porque sí. Para molestarla. «Bien, pues lo estás consiguiendo», pensó. Colocó la taza sobre la mesita de noche y el plato con un cuchillo y tenedor.

Rose se acercó y bebió un poco de té.

—Te has olvidado de ponerle azúcar.

—Tú nunca tomas azúcar.

—Ahora sí. Puede que me dé energía. ¿Me la traes?

Lottie se mordió el labio para contener una réplica impulsiva. Observó a Rose jugar con la cena. Ahora su madre no era más que una sombra de la alta y vibrante mujer de setenta y seis años que había sido. Su pelo corto y plateado, que solía llamar la atención, se le pegaba a la cabeza, y en algunas zonas se veían pieles blancas. El cráneo parecía habersele encogido junto con el resto del cuerpo. Aunque Lottie lo intentaba, y mucho, no conseguía sentir ningún amor por la mujer que la había criado y a quien había llamado madre durante cuarenta y cuatro años. No encontraba perdón en su corazón. Pero sabía que esa mujer que yacía allí no era a quien no podía perdonar. Era la mujer que Rose solía ser. Y la mentira. Nunca podría perdonar la mentira. Por supuesto, también sabía que todo era culpa de su padre.

Regresó con el bol de azúcar y dijo:

—Tienes que ver a un médico.

—No voy a cambiar de médico en esta etapa de mi vida. Esperaré hasta que la doctora O'Shea vuelva a la ciudad.

Lottie suspiró. No tenía ni idea de cuándo volvería a Ragmullin su amiga Annabelle O'Shea. Esperaba que fuera pronto; se estaba quedando sin pastillas.

—No sé cuánto tiempo estará fuera, y esto de quedarte en la cama todo el día no es normal en ti.

—Ni un solo día de mi vida ha sido normal desde que me casé con tu padre. Así que márchate. Vete a casa y cuida de tus hijos. Y toma. —Rose le tendió el plato—. No puedo comerme esto. Es como el pellejo de un burro.

Lottie suspiró. Con Rose Fitzpatrick, nunca ganaba.

—¿Acaso sabes qué sabor tiene el pellejo de un burro?

Se marchó sin esperar la respuesta.

\* \* \*

—Has vuelto pronto —dijo Grace con una sonrisa.

—Cambio de planes. —Boyd se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata—. ¿Qué estás mirando?

—No cambies de tema. —Grace apretó un botón del mando a distancia y cruzó los brazos mientras la pantalla de la televisión se fundía a negro.

Boyd se plegó en su sillón, se quitó los zapatos y los metió bajo la mesita de café que tenía delante.

—¿Te apetece...? —comenzó su hermana.

—No digas té.

—Iba a decir que si querías una copa.

—Sí, genial. Gracias.

Mientras Grace iba a la diminuta cocina, dijo:

—Supongo que las cosas no han salido bien con la encantadora Lottie Parker. Y en caso de que te hayas olvidado, todavía tengo que conocerla.

—No tienes que conocerla. Como sea, su familia tenía otros planes para esta noche. He tenido que cambiarlo para otro día.

Grace le tendió una botella de Heineken y ella se sentó con un vaso de Coca-Cola *light*.

—¿Cambiarlo para otro día? Pensaba que era una cita, no una reunión de trabajo.

—Ya sabes qué quiero decir.

—Deberías decir lo que quieres decir.

—No empieces.

Grace dio unos tragos a su bebida y sonrió. Boyd no pudo evitarlo y también sonrió. Su hermana sonaba tanto como Lottie que era asombroso. Y luego, en otras cosas, no se parecía a su jefa ni en el blanco del ojo.

—Eres un hombre muy solitario —dijo Grace mientras se tiraba del pelo corto color castaño.

Boyd levantó la vista. Su hermana lo miraba fijamente por encima de la montura de las gafas.

—¿A qué viene eso? —dijo él.

—Soy astuta, aunque todo el mundo cree que soy imbécil.

—Eres una de las personas más inteligentes que conozco.

—Gracias, querido hermano.

—No hace falta ser cínica.

—Yo nunca soy cínica.

Boyd suspiró y bebió un trago de cerveza. Pensó en la manera en que Lottie lo había echado apresuradamente de su casa. No importaba lo que dijera sobre su madre, no importaba cuán confusa estuviera sobre su ascendencia, la inspectora poseía un innato sentido del deber de cuidar a Rose. La familia lo era todo para Lottie Parker, y él comenzaba a perder la esperanza de poder llegar a ser parte de esa familia.

—Te sientes solo —dijo Grace.

Boyd alzó una ceja.

—No es verdad —negó, un poco demasiado forzado—. Me gusta mi propia compañía y mi espacio.

—No me quedará mucho tiempo. —Grace dejó el vaso sobre la mesita del café y volvió a coger el mando a distancia.

—No quería que sonara así. Lo siento. Créeme, de verdad que no quiero decir que estés en medio. Me encanta tenerte aquí.

—Mentir se te da fatal.

—Y tú no puedes mentir aunque te vaya la vida en ello.

Ambos rieron.

—Es verdad. —Grace encendió la televisión—. Quiero conocer a Lottie. Será mejor que lo organices, pronto.

—Vale.

Boyd bebió su cerveza. Grace solo llevaba tres días con él; aún quedaban tres semanas y media. Se preguntó cómo lo haría para aguantar tener que compartir la casa con su hermana.

## 25

Después de la reunión de mantenimiento del ferrocarril, unos cuantos miembros del comité fueron al *pub* Cafferty y se sentaron en una mesa redonda con unas pintas de Guinness.

—La estación cerrará hagamos lo que hagamos —comentó el presidente—. Me quedaré sin trabajo.

—Tenemos que luchar hasta las últimas consecuencias —dijo Cillian O'Donnell.

—Necesitamos que venga la tele —sugirió Bernard Fahy.

—Veré si puedo enterarme de algo. —Cillian bebió unos sorbos de su pinta. Se alisó el pelo oscuro mientras el presidente se despedía con una mano cansada e iba hacia la puerta.

—Gracias por todo. Buenas noches, muchachos.

—Tal vez podamos organizar una manifestación frente a Leinster House —propuso Cillian cuando solo quedaban ellos tres.

—Hace un poco de frío en esta época del año para manifestarse. Vendría muy poca gente —dijo Bernard.

—Entonces este clima debe de ser bueno para tu negocio. —Cillian sonrió burlonamente.

—El cementerio se está llenando que da gusto. Trato de mantener alejadas a las *banshees* y tal. Y a los polis.

—¿De qué hablas? —Cillian se irguió en su asiento y lo miró fijamente.

—Oh, vamos, cuéntanoslo —rogó Finn—. Nada como unas cuantas brujas para distraernos de esos cabrones de la compañía ferroviaria.

—Idos a la mierda, los dos —resopló Bernard—. Yo soy el que tiene que



caminar por ahí en la oscuridad.

—Ah, estás de turno de noche, ¿no? —Finn estiró la espalda e hizo burlescamente un saludo marcial con su pinta chorreante—. El guardián de los muertos.

—Eres muy gracioso. Ja ja. Pero yo no me río. Están pasando cosas raras allí. Como que iba a enterrar a una vieja esta mañana, y esa detective estaba husmeando por ahí porque una nómada había oído unos gritos...

—¿De qué hablas? —dijo Cillian—. ¿Qué gritos? ¿Qué ha pasado?

—Ah, ahora sí te pones serio, ¿eh? Han encontrado muerta a una mujer joven en el fondo de la tumba. —Bernard se llevó el vaso a los labios y vació el líquido negro de un trago.

—¿Una mujer muerta? ¿En una tumba? —preguntó Finn.

—Jo-der. Ahora sí que ya lo he oído todo. —Cillian bebió su pinta a tragos pequeños.

—Toda la zona está acordonada. No puedo entrar. Nadie puede. —Bernard cogió su abrigo—. Me voy a casa. ¿Os veo el próximo miércoles? ¿A la misma hora?

—Claro —dijeron los hermanos.

Se aplastó la gorra sobre la cabeza, se puso la gastada chaqueta del ayuntamiento y salió a la noche helada.

—Realmente es un bicho raro —dijo Cillian—. ¿Un cuerpo en una tumba? Eso sí que es una novedad, ¿eh?

Finn se quedó mirando la espuma de su pinta, temeroso ante la perspectiva de volver a casa con Sara. La idea de ver su rostro glacial era poco atractiva. Si pudiera quedarse fuera hasta las once, entonces seguro que ya estaría en la cama. Como un reloj. Así era ella. Finn estaba convencido de que tenía un relojero dentro de las costillas que daba cuerda a las esferas conectadas a su cerebro. Es hora de esto. Es hora de aquello. Llegas tarde a esto. Llegas tarde a aquello. ¡Me cago en la puta!

—¿Todo bien por aquí, muchachos? —preguntó Darren, el camarero, desde detrás de la barra.

—Estaré bien. En cuanto me termine esto —dijo Finn.

—¿Ha habido suerte con los planes para mantener la estación abierta? —preguntó Darren mientras sacaba brillo a un vaso con un trapo.

—Estamos en ello —respondió Cillian.

—Si hay alguien capaz de hacer que cambien de opinión, ese eres tú. —

Darren alargó el brazo y dejó el vaso en el estante—. Qué terrible lo de esa chica que han encontrado asesinada en el cementerio.

—¿Asesinada? No había oído esa parte. —Finn se puso su anorak azul marino y se subió la cremallera. Hora de enfrentarse otra vez a la naranja mecánica. Ese pensamiento hizo que se le llenara el estómago de bilis.

—¿A dónde vas? —preguntó Cillian cuando los hermanos salieron juntos del *pub*.

—A casa —dijo Finn.

—Tenemos que ir a ver a papá esta semana.

—¿Por qué?

—Es el décimo aniversario de la desaparición de Lynn. El domingo.

—No me he olvidado. —Finn levantó la mirada al cielo nocturno—. Es el primero sin madre. ¿Crees que deberíamos hacer un nuevo llamamiento?

—Eso no hará que vuelva, ¿no?

—Nunca se sabe —dijo Finn.

—Puede que ponga a papá al límite. Según Keelan, está encendiendo velas. Dice que no está bien.

—¿Acaso lo ha estado alguna vez? Puto cabrón.

—Eh, baja la voz. No hace falta que se entere todo el mundo.

—Siempre te ha gustado esconder la verdad, ¿no es cierto? —Finn se ajustó más el cuello del abrigo contra la garganta y se alejó de su hermano.

—¿Sabes qué, Finn? Eres un mierda —gritó Cillian.

—Y ambos venimos de la misma familia. —Finn siguió caminando, hablando por encima del hombro—. No eres ningún santo, Cillian O'Donnell. Te conozco. Nunca lo olvides. Lo sé todo sobre ti.

## 26

El espejo no era su amigo esa noche. Gilly O'Donoghue no era muy diestra en el arte del maquillaje. Un poco de pintalabios era su método habitual. Al menos le gustaba su pelo corto. Era práctico, sobre todo cuando llevaba la gorra de guarda.

—Esto es lo que hay —le dijo a su reflejo.

Había quedado con su amiga Mollie en el bar Danny, porque Kirby había tenido que cancelar su cita del miércoles después de que le asignaran un trabajo de vigilancia. Había llamado a Mollie, que había accedido a quedar esa noche, aunque tenía que levantarse temprano para coger el tren por las mañanas.

Gilly estaba saliendo con Kirby desde hacía cuatro meses y lo mantenían en secreto en el trabajo. Pero era difícil ocultar algo así a un equipo de gardaí. Kirby tenía al menos diez años más que ella. No le preocupaba. Lo cierto es que parecía mucho mayor, para ser sincera consigo misma. Probablemente se debía a todo el peso extra que llevaba en el estómago. ¿Podría convencerlo de que saliera a correr con ella? Se lo preguntaría.

—Llego un poco tarde —dijo a la habitación vacía. Sería mejor avisar a Mollie. Cogió el móvil y llamó a su amiga. No hubo respuesta. Volvió a intentarlo, con el mismo resultado. Comprobó la hora: las 21.45. Tal vez ya estaba en el *pub* y no oía el teléfono.

Gilly cogió su abrigo de detrás de la puerta y salió del apartamento. Esperaba que Mollie no se enfadara con ella.

\* \* \*

La noche era oscura. Las estrellas habían huido y la escarcha había desaparecido con ellas. Aún hacía frío, pero el hombre sentía la lluvia en el aire.

Pensó en Elizabeth. Maldición, había dado por sentado que no la encontrarían nunca. ¿Había tenido suficiente cuidado? Se había deshecho del móvil de la chica. Lo había desmontado y había dejado caer las piezas por la ventana del tren y por las calles de Dublín. Había tirado el bolso en una papelería frente al Four Courts. ¿Había algo más que tener en cuenta?

La ropa de la chica estaba en el contenedor dentro del cementerio, junto al muro. En primer lugar, esa había sido la razón por la que estaba allí. Creyó que esa puta seguía inconsciente. Se había pasado una eternidad en el lago con ella, desnudándola. Había hundido la ropa en el agua y la había metido en bolsas de plástico negras, listas para el contenedor. Probablemente ahora los gardaí la encontrarían, pero había tenido cuidado. No debería de haber ningún rastro de su ADN.

Había escondido a la chica en una de las caravanas junto al lago hasta que fuera momento de moverla. No podía arriesgarse a dejarla allí. Tal vez debería haberlo hecho, porque su huida del coche lo había cambiado todo. Y lo había llevado hacia su próxima conquista.

Sonrió cuando pensó en la nueva, que lo aguardaba. Aún tenía las pertenencias de la chica. Por la mañana, su teléfono conocería el mismo destino que el de Elizabeth, y se desharía adecuadamente del portátil en la otra punta de la ciudad. Había metido la ropa y las botas en bolsas y las había echado a un contenedor de ropa usada junto al supermercado Tesco.

Se había ocupado de todo.

Podía empezar a jugar.

\* \* \*

El apartamento de Mollie en Canal Drive estaba a oscuras. No había ido al *pub*, y era impropio de ella no haber avisado a Gilly de que había cambiado de opinión sobre salir.

Cuando no obtuvo respuesta después de llamar al timbre, Gilly golpeó la puerta con fuerza. De pie, en el último escalón, observó los lúgubres alrededores. En la distancia veía las luces de la ciudad brillando con más fuerza que la solitaria farola en la esquina del edificio.

Bajó los escalones, con cuidado para no resbalar. Entonces recordó que tenía

una llave. Mollie se la había dado hacía un tiempo, por si acaso. Nunca se sabía cuándo podía necesitar una cama para pasar la noche. Volvió a subir hasta la puerta.

Seguro que exageraba. Pero ya que estaba allí, podía comprobarlo. No haría ningún mal, más allá de despertar a Mollie de un sueño temprano. Rebuscó en la multitud de llaves en su llavero, y probó dos antes de que la puerta finalmente se abriera.

Entró, tanteando la pared en busca del interruptor.

—¿Mollie? ¿Estás bien?

La cocina estaba vacía. Había restos de cereales pegados a un bol en el fregadero. No había señales de que se hubiera preparado una cena. Ni siquiera cajas o envoltorios de comida para llevar. Gilly fue a los dormitorios. Ambos estaban vacíos.

Volvió a llamar a Mollie. No hubo respuesta.

Salió del apartamento y cerró la puerta con frustración. Estaba un poquito enfadada. Primero Kirby y después Mollie, que ni siquiera había tenido la decencia de decirle que no estaría por allí. Menuda amiga.

Mientras se alejaba por el sendero, se preguntó si tal vez Mollie había perdido el tren para volver a casa y estaba pasando la noche en Dublín con uno de sus compañeros de trabajo. Pero ¿no la habría avisado? ¿No habría contestado el teléfono? Aunque, por otra parte, podría ser que tuviera un nuevo lío. «Vete a la mierda, Mollie».

Ahora tenía que irse a casa y quitarse el maldito maquillaje. Y ni siquiera había tomado una copa.

\* \* \*

Los dientes de Mollie chocaban literalmente los unos contra los otros mientras trataba de recordar la secuencia de acontecimientos que la había llevado allí. Tenía la cabeza grogui y el estómago revuelto. La había drogado, estaba segura. Sentía la lengua como si estuviera cubierta de pelo duro y tenía la garganta muy irritada.

Había parecido tan amable, ofreciéndose a llevarla a casa. Y ella no se lo había pensado dos veces antes de aceptar. Después de todo, el día anterior la había llevado a casa sin ningún problema.

Su compañera de tren había sido un grano en el culo, haciéndole un millón

de preguntas. ¿Es que la gente ya no respetaba la regla implícita del tren suburbano? ¿La norma no escrita de guardar silencio? El continuo parloteo la había hecho saltar a la primera oportunidad de escape en la estación y aceptar la oferta del hombre. Chica estúpida. Ni siquiera lo conocía.

El olor, parecido al de leche agria o de vómito, flotaba a su alrededor. Sentía como si lo tuviera pegado a la cara. El hombre le había aplastado el trapo contra la boca y la nariz, y los productos químicos le habían golpeado el cerebro. Todo lo que siempre había oído sobre aceptar subirse al coche de un desconocido resonó en su mente. Pero esas advertencias eran para niños. No para una mujer de veinticinco años como ella. Se dio cuenta de que había hecho la cosa más estúpida de toda su vida.

Él estaba allí ahora, sentado en una silla junto a la cama improvisada en la que Mollie yacía. Trató de cubrir su desnudez, pero sus manos no querían moverse. No podían moverse. Las tenía atadas a los costados con la cuerda basta que le atravesaba la cintura y la mantenía horizontal sobre las sábanas oscuras. La habitación era demasiado pequeña. Las paredes estaban demasiado cerca. Él estaba demasiado cerca.

—¿Dónde estoy? —preguntó. Su vista se nubló otra vez antes de enfocarse a la fina luz que se filtraba por el techo a través de una trampilla.

—Estás a salvo. Conmigo. —El hombre rio, y el haz de la linterna que sujetaba en la mano se movió arriba y abajo.

—Vamos, esto no tiene gracia. Llévame a casa.

—Cierra la boca. Ya habrá tiempo para hablar.

Cuando lo vio por primera vez, parecía normal. Lo había visto por la ciudad. Era un pasajero de aspecto vulgar tomando el tren para volver a casa desde el trabajo. ¿Era él la razón por la que había sentido como si unos ojos siguieran todos sus movimientos durante los últimos días?

—Te he estado observando —dijo él—. Día y noche. Pero tú nunca te has fijado en mí. O he sido excelente en ocultar mi mirada, o no te intereso en absoluto. Sea como sea, ahora puedo mirarte sin interrupciones. Y tú no tienes más opción que mirarme. Aquí solo estamos tú y yo. Tranquilo y silencioso. Como me gusta.

—Eres un puto pervertido. ¡Suéltame! —Mollie tiró de la cuerda y sintió que le cortaba la piel. Pero fue el contacto de la mano del hombre contra su mejilla lo que detuvo su forcejeo.

—¡Retíralo! ¡Di que lo sientes! —gritó el hombre.

¿Quién diablos era ese capullo? Jamás iba a disculparse. Cerró los labios con fuerza y luego los ojos. «Sé fuerte», le pidió a su cuerpo magullado.

Unos dedos bastos e inquisitivos le levantaron los párpados. Un grito agudo se le escapó de la garganta antes de que el hombre le aplastara de nuevo la boca con la otra mano.

—Qué boca tan bonita —susurró, acercando su rostro al de ella—. Tengo que dejarte sola un rato. No intentes escapar como la última guarra. Ahora está muerta y enterrada, y tú no quieres eso, ¿verdad?

Mollie gimió y asintió, a su pesar.

—Cuando aprendas a vivir según mis normas, te recompensaré. Poco a poco.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitas agua y comida, ¿verdad?

—No me quedaré aquí lo suficiente para eso —le espetó la joven.

—Ya veremos cuánto tarda esa fuerza en abandonarte. Y cuando lo haga, te garantizo que suplicarás por las cosas que has dado por sentadas durante toda tu vida.

—Tú no sabes nada de mi vida.

—Es verdad. Pero ahora que te tengo aquí, dispondré de mucho tiempo para descubrirlo, y tú me dirás lo que quiero saber.

—¿A dónde vas? —Mollie trató de elevarse sobre el codo, pero volvió a caer. Lo miró mientras movía la escalerilla de hierro que conducía a la abertura en el techo; se llevó la linterna con él—. ¡No! No me dejes aquí en la oscuridad. Por favor.

—Ya estás suplicando. ¿Ves?, te lo he dicho. No tenías a nadie en tu vida, pero ahora me tienes a mí.

—En eso te equivocas. Había quedado con una amiga. Es policía. Y la chica que conocí en el tren, tiene un hermano. Vendrán a buscarme.

En cuanto hubo pronunciado las palabras, Mollie supo que había cometido un error, pero no estaba segura de cuál era. Los ojos del hombre se oscurecieron y su cara tomó un brillo fantasmagórico en la penumbra.

—Ahora estás sola —dijo sin emoción.

Mollie miró cómo subía por la escalerilla y salía por la trampilla. Cuando la pequeña puerta cuadrada se cerró de golpe, se vio sumergida en la oscuridad.

La noche se enroscó sobre sus hombros fríos, y ella lloró y lloró hasta que la garganta le ardió tanto que apenas podía respirar.

\* \* \*

Cuando lo hubo asegurado todo, el hombre fue hacia su coche y se quedó allí sentado, pensando. Debería haber tenido más cuidado. No sabía que su amiga era policía. Maldición. Dio un puñetazo contra el volante. Tenía que descubrir quién era y asegurarse de que no había nada que condujera a él. Pero no había nada. Nunca se había puesto en contacto con la chica antes, aparte de haberla llevado a casa en coche y verla en el tren.

¡El tren!

¿Quién era la chica de los dientes separados? ¿Qué cambiaba que tuviera un hermano? ¿Qué importancia tenía eso? Se le escapaba algo. Definitivamente, había algo que Mollie no decía. Tenía que descubrirlo. Todo esto estaba distrayéndolo de conseguir la respuesta que necesitaba. Si tan solo esa puta no se hubiera escapado la otra noche, nada de esto pasaría ahora. Todo era culpa de ella.

Ni siquiera había tenido tiempo de divertirse con Elizabeth. Pero con esta sí, saborearía el placer de hacer que se derrumbara. Sintió la dureza latir entre sus piernas. Mollie sería exactamente la medicina que necesitaba. Y le daría las respuestas.

Encendió el motor y condujo a casa.

Lentamente. Muy lentamente.



Cillian se movió con sigilo en la penumbra de la habitación. Las luces de la calle arrojaban suficiente claridad para permitirle desvestirse, doblar la ropa y meterse desnudo en la cama. Keelan se removió en su sueño. Cillian se tumbó boca arriba, mirando el techo oscuro. Y pensó en la otra mujer de su vida.

La echaba muchísimo de menos. Era como si alguien le hubiera quitado un hueso de la pierna y estuviera condenado a caminar siempre con dolor, cojeando de un lado. «Pero es solo un hueso», diría la gente, «aún puedes funcionar». «Ya, ¿y tú qué sabes?».

Keelan se dio la vuelta y el hombre supo que lo estaba mirando.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Nada. Vuelve a dormirte.

—¿Estás pensando en Lynn?

—Duérmete.

—¿Has ido al *pub* después de la reunión?

—Sí. Con Finn.

Entonces sintió los dedos que acariciaban el vello suave de su barriga en forma. Buscando más abajo. Y no pudo evitar su respuesta. Físicamente, estaba listo. Pero su mente se había quedado atrás, en la época en que la oscuridad había descendido y su mundo había cambiado para siempre.

Sintió a su mujer moverse bajo su cuerpo.

—Más despacio —dijo—. Me haces daño.

Pero no podía ir más despacio. Su piel se deslizaba sobre la de ella, arriba y abajo, hasta que una suave capa de sudor se formó y lubricó sus cuerpos. Tal vez esa noche podría alejar a sus demonios. Encerrarlos en el armario y tirar la llave.

Separar su mundo en dos partes. Al menos durante un rato.

Mientras gruñía con los dientes apretados y los ojos abiertos, se fijó en la pila de ropa doblada pulcramente en la silla bajo la ventana. Todo tenía que estar en su sitio, como un juego de vajilla de porcelana presentado como regalo de boda. Demasiado bueno para usarlo, demasiado delicado. Olvidado en el fondo del armario, destinado a que lo sacaran solo para gente importante. Como la visita de un cura o de la policía...

El pensamiento frustró su frenesí.

—Has parado justo en el peor momento —dijo Keelan—. ¿Qué pasa?

—No mucho, por lo que parece. —Volvió a tumbarse en la cama, sudando, incapaz de cumplir con sus deberes sexuales.

Estaba enfadado.

Ella estaba enfadada.

No era culpa de Keelan. Pero aun así le pegó.

\* \* \*

—¿Qué horas son estas de llegar?

Finn esquivó a su mujer, el reloj parlante, y avanzó por el corto y estrecho pasillo hasta la diminuta habitación de invitados. Ella lo siguió.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No me vengas con cariño —dijo él. Se tumbó totalmente vestido en la cama individual y cerró los ojos. Aún llevaba el abrigo. La habitación estaba helada, todo el maldito apartamento era como un iglú. Se abrazó el cuerpo.

—Apaga la luz. —Si alargaba el brazo podía apagarla él mismo. Tan pequeña era la habitación.

—Ah, vamos. No seas así —se quejó ella y se sentó al otro lado de la cama. Él se apartó rodando y se puso de cara a la pared, estudiando el hongo de humedad bajo el alféizar de la ventana. No necesitaba esa mierda. Pero ella siguió hablando—. Te echo de menos cuando no estás aquí. Hace tanto frío que no me iría mal un poco de calor corporal. ¿Sabes a qué me refiero?

—Vete a la mierda —gruñó.

—No hace falta hablar así.

—Joder, sueñas igual que mi madre.

—Tu madre está muerta.

—Y ojalá lo estuvieras tú también. Ahora apaga la maldita luz y déjame solo.

No podía hablar con él cuando estaba de ese humor. Cuando él estaba de este humor. Cuando la vida lo machacaba por todas partes, ¿por qué tenía que hacerlo ella también?

Cuando ya no sintió la presencia de su mujer, se incorporó y se quitó las botas y la ropa. Luego se puso una camiseta y unos pantalones de chándal y se metió bajo el edredón. Se preguntó cómo iba a salir del desastre en que había convertido su vida. No tenían dinero, y aún estaban alquilando esa mierda de apartamento pobre de dos habitaciones.

Al menos tienes tu trabajo, le diría Sara. Su trabajo. Sí, claro. Trabajando de administrativo en el servicio público, cobrando apenas un poco por encima del sueldo mínimo. Sin ahorros, y gastando ochenta euros a la semana en billetes de tren.

¿Por qué no podía ella buscarse un trabajo? No tenía sentido seguir por ahí, porque conocía el porqué. No quería pensar ahora en la adicción al alcohol de Sara. Las cosas ya iban lo bastante mal. Tenía treinta y cuatro años, por el amor de Dios. ¿No se suponía que la vida tenía que ser mejor a esa edad? No debería haberse casado con ella, y ahora vivía con ese error cada hora de su vida.

## 28

**B**ridie McWard se incorporó en la cama y miró fijamente a su hijo en la cuna. Había dejado la luz encendida, y Spotify ponía música relajada en el iPhone. Todavía no había ni rastro de Paddy. Cada noche lo mismo. Se quedaba fuera hasta las tantas. Ya casi no lo veía.

Tiró de la sábana para llevársela hasta la barbilla y cruzó las piernas bajo su cuerpo. Estaba demasiado asustada como para tumbarse. Demasiado aterrorizada como para cerrar los ojos.

La llave tintineó en la cerradura y la puerta principal se abrió. Contuvo el aliento, inmóvil; la sangre pareció detenerse en sus venas. La puerta del dormitorio se abrió y miró a los ojos afligidos de su marido.

—Lo siento —dijo este, y se sentó en la cama para quitarse las botas.

—Eso es lo que dices siempre.

Bridie no se relajó hasta que su marido apagó la luz, se tumbó en el lado opuesto de la cama y su respiración bajó hasta convertirse en un suave ronquido. Solo entonces se tumbó, estiró las piernas y cerró los ojos.

\* \* \*

Lottie se sentía como si le hubiera pasado por encima un camión de diez toneladas. El agua le caía sobre la piel mientras trataba de aliviar el estrés de su mente y de su cuerpo. La herida se le había curado bien, pero el dolor la fastidiaba constantemente. Y una ducha de agua fría por la noche no ayudaba.

Se envolvió con la toalla y se aplicó crema antes de ponerse el pijama cálido. Se tragó dos paracetamoles, y entonces recordó la lavadora que había

puesto por la mañana. Debía de estar todo arrugado y apestoso. A menos que Katie se hubiera encargado. Las probabilidades eran mínimas.

Bajó al lavadero, sacó la ropa de la secadora y la dobló, luego pasó la ropa húmeda de la lavadora a la secadora. La puso en marcha, apagó la luz y volvió a la cama.

Mientras escuchaba los sonidos de la casa acomodándose y el golpeteo de la lluvia contra la ventana, pensó en Katie, yendo a Nueva York con su bebé. No había nada que pudiera hacer para detenerla. Lottie Parker no podía competir con Tom Rickard. Solo esperaba que tratara bien a su hija y que la devolviera a casa de una pieza.

Al pensar en Nueva York, recordó la investigación no oficial que había llevado a cabo sobre los asesinatos del pasado octubre. No había llegado a ninguna parte, pero estaba segura de que había una conexión con Nueva York. Solo tenía que encontrarla.

Dio la vuelta a la almohada, ahuecó las plumas, y se puso a dar vueltas, buscando una posición cómoda. Pensó en la pobre Anna Byrne, cuya hija nunca volvería a casa. Mañana empezaría a buscar al asesino de Elizabeth. Y entonces lo recordó.

—Oh, no —gruñó—. McMahan.

En algún lugar de las profundidades de su estómago, supo que su vida estaba a punto de complicarse muchísimo.

\* \* \*

Matt Mullin pausó la pantalla de televisión en la fotografía de Elizabeth, luego se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la miró. ¿Por qué la había dejado marchar? ¿Por qué había antepuesto su trabajo al amor? La había amado, ¿no era cierto? Y ella lo había amado a él.

Sorbió las lágrimas y permitió que un nudo de odio llenara el vacío en su corazón. Ella le había roto el corazón en pedacitos, tantos que sabía que nunca podría recomponerlo. Nunca más.

Iba a ser una noche larga. Y se quedó mirando la cara en la televisión, congelada en el tiempo. Recordaba esa fotografía. La recordaba bien. Porque él la había sacado. Y ahora se la habían arrebatado.

—Oh, Elizabeth —lloró—. ¿Qué he hecho?

\* \* \*

Donal O'Donnell apagó la luz y fue a sentarse a la mesa. No era capaz de reunir el valor suficiente para subir las escaleras hasta su cama solitaria.

La luz parpadeante de la televisión hizo resaltar la fotografía en el aparador. El marco de plata brilló y la joven de la imagen pareció cobrar vida.

Miró fijamente su hermoso rostro. Para él había sido hermosa. Aún lo era. Su princesa. Pero le había quitado a Maura. No solo los diez años de anhelar respuestas, de esperar oír la llamada a la puerta, de llorarla sin un cuerpo. No. Lynn le había quitado a su mujer el día que había nacido. No importó que ya tuvieran dos niños; ahora Maura tenía una hijita a la que consagrarse. Y había dejado fuera a todos los demás. Había asfixiado a su hija con afecto y atenciones sofocantes.

Los chicos habían sufrido. Donal lo supo entonces. Lo sabía ahora. Pero no había hecho nada para impedirlo. Le había seguido el juego a Maura por miedo a perderla del todo. Y había sido cómplice en la forma de tratar a sus hijos. Lo que él y Maura habían hecho estaba mal, pero no había podido impedirlo. Una vez estuvo dentro, no había manera de salir.

Reposó la cabeza sobre los brazos cruzados, bloqueando la imagen de su hija en la fotografía, pero en su mente aún la veía, de pie en la cocina.

—Dios misericordioso —masculló—, perdóname. Perdónanos a todos por lo que hemos hecho.

Pero Donal O'Donnell sabía que hacía mucho que su alma no podía ser perdonada.

\* \* \*

Bridie sintió que Paddy salía de la cama. Oyó el zumbido de su afeitadora eléctrica y el suave golpe de la puerta al cerrarse cuando salió. No le había dicho ni una palabra. El reloj marcaba las 3.46. Volvió a caer en un sueño irregular.

Un sonoro crujido la despertó. Se incorporó en la cama. ¿Era un árbol cayendo sobre el tejado? Pero no hacía viento, ni había árboles. El reloj marcaba las 4.25.

Salió de la cama de un salto y fue a ver a su bebé. Tommy estaba profundamente dormido, por primera vez en semanas, y ahora ella estaba despierta. Descorrió la cortina y sus ojos se encontraron con el feo muro del

cementerio, pero el cielo encima de este estaba cuajado de estrellas.

La puerta se abrió de golpe. Se dio la vuelta con la boca abierta en un grito mudo.

Una figura se encontraba de pie en la puerta, resaltada por la luz nocturna.

—¿Quién... quién eres? Lárgate de aquí.

Mientras Bridie corría hacia la cuna, una mano enfundada en un guante de cuero chocó contra el perfil de su cara. Levantó los brazos para protegerse la cabeza, pero un segundo golpe la arrojó al suelo. Se hizo una bola, como Paddy le había dicho que hiciera si alguna vez la atacaban, y gritó:

—¡No toques a mi bebé!

Una bota le golpeó la espalda cuando rodó. Después, la segunda bota aterrizó sobre su estómago, el dolor le subió por el pecho hasta la cabeza y algo duro se estrelló contra su cráneo.

Pensó que había oído una voz, en algún lugar en la distancia. ¿Qué decía? Si se concentraba, tal vez no le haría daño a Tommy. Pero incluso cuando comenzó a registrar sus palabras, los golpes continuaron lloviendo en una sucesión rápida, y la oscuridad cayó sobre ella.

**Día dos**

**Jueves 11 de febrero de 2016**



No le gustó la imagen que le devolvió el espejo sobre el lavabo. Incluso ignorando el hecho de que estaba rajado, con una línea marrón que cortaba el vidrio en diagonal, partiendo su cara en dos, sabía que tenía mal aspecto. Se acercó más y pasó un dedo por las bolsas negras que colgaban bajo sus ojos cansados. Tenía las pupilas tan dilatadas que parecían botones oscuros, enmascarando el verdadero color de sus iris. En un sentido no era malo, supuso. Tal vez podría aplicar un poco del maquillaje de ella para atenuar la palidez, para resaltar ligeramente sus mejillas blancas como la tiza. Tal vez no.

Con los dientes lavados y la roña del alcohol de la noche anterior escurriéndose por el desagüe, se echó agua en la cara y se secó con la única toalla limpia que encontró. Se vistió rápidamente, cogió un montón de panfletos de la mesa y la grapadora del armario bajo el fregadero.

Eran las 5.25, y la mañana era oscura y amargamente fría. No parecía primavera en absoluto. Un chaparrón nocturno, seguido de la escarcha, habían dejado como resultado senderos traicioneros. Aparcó el coche y comenzó a caminar por la ciudad; colgó los carteles A4 en todas las farolas y postes que encontró. Era un trabajo que había hecho en esta época del año durante la última década. Y continuaría haciéndolo, aunque sabía que no había ninguna posibilidad de que ella volviera jamás. Pero había que guardar las apariencias. Y, de momento, lo había hecho bien.

Un coche pasó a su lado por el puente hacia la estación de tren e iluminó la capa de hielo de la carretera. Con la mente distraída, su mano resbaló y la grapa se clavó en el puente de la nariz de ella, directamente entre los ojos.

El hombre sonrió. Eso era agradable. Demasiado agradable.

Se quitó de encima la sensación de fuego en la barriga y fue hasta el

siguiente poste.

## 30

Grace Boyd se sentó en su asiento habitual en el tren. Miró por la ventanilla mientras esperaba a Mollie, frotando la escarcha pegada al cristal como espigas de animales muertos. Mollie tenía que darse prisa o llegaría tarde. El silbato sonó. El guardia dio la señal de salida y las puertas se cerraron con un zumbido.

Puede que hubiera subido a otro vagón. Pero no. Grace había llegado a la estación a las 5.50. Había mirado el reloj en el coche de Boyd antes de salir. Comprobó la pantalla de su móvil: las 6.01.

Suspiró y trató de relajarse. Tal vez Mollie la estaba evitando. Pensó que era bastante posible. Nunca había tenido problemas para hacer amigos; mantenerlos era lo que le resultaba imposible.

Miró los asientos contiguos. El hombre estaba allí otra vez, con su barbita de diseño, pero sus ojos parecían más oscuros y enrojecidos. Un poco más allá, en el pasillo, se fijó en otro hombre. Suponía que la razón por la que se había fijado en esos tipos era porque ambos estaban completamente despiertos. El resto de la gente ya estaba dormida.

Se balanceó al ritmo del movimiento del tren, deseando que su cerebro descansara durante al menos cinco minutos. Pero sabía que nunca descansaba. Ni siquiera cuando dormía.

¿Debería llamar a su hermano? «¿Y por qué diantres ibas a hacer eso, Grace?». Su hermano le diría que estaba loca. Tal vez era cierto. Pero ella no lo creía. Le gustaba mantener conversaciones silenciosas consigo misma. La consolaban cuando nadie más quería escuchar.

Grace miró al hombre que se había sentado frente a Mollie ayer; el mismo que había hecho que se cambiara de sitio. Puede que estuviera enferma, o tal vez se había dormido. ¿Por qué no le había pedido el teléfono?

El tren paró en Enfield y subió más gente, apretujándose. ¿No le había dicho Mollie que vivía sola? ¿Qué pasaba si se había caído por las escaleras y nadie lo sabía? ¡Basta! Grace ni siquiera sabía si había escaleras en casa de Mollie, así que ¿por qué pensaba esas cosas?

Sacó el móvil del bolso y apretó botones hasta que aparecieron sus dos contactos. Mark y su madre. Si se lo contaba a Mark, al menos se sentiría mejor.

\* \* \*

El inspector David McMahon ya estaba en la comisaría cuando Lottie llegó. Apoyado contra la puerta de su despacho, con los brazos cruzados y una expresión petulante en su mandíbula cuadrada.

Lottie se quitó la chaqueta tan lentamente como pudo y la colgó en el perchero. ¿Quién coño se creía que era? Con un suspiro, decidió que hoy sería amable. Si él mantenía la boca cerrada.

El error inicial de McMahon fue comenzar a hablar.

—Bueno, bueno. Pero si es el inspector Clouseau —dijo con una sonrisita burlona mientras se apartaba el flequillo negro de los ojos.

Lottie ignoró el comentario y pasó por su lado rozándolo. Su superior directo en el futuro próximo era un capullo de primera.

No era un buen comienzo para su nueva relación laboral. Una relación que se había agriado el pasado octubre cuando habían enviado a McMahon desde Dublín para ayudarla con la investigación sobre una supuesta banda de narcotraficantes asesinos. McMahon había tratado de tomar el mando, pero Lottie no había cedido y al final había salido victoriosa. Eso había sido entonces. ¿Pero ahora? Tendría que esforzarse mucho en ser civilizada. Dios, ¿por qué había abierto esa botella anoche cuando no podía dormir?

—Debe de ser demasiado temprano para ti —dijo el inspector—. Creía que tenías sentido del humor. —Se irguió—. Te quiero en mi despacho para que me pongas al día de tus casos. ¿Digamos en cinco minutos? Eso debería darte algo de tiempo para despertarte.

Lottie lo observó mientras agachaba la cabeza para salir de su despacho. No tenía nada en contra de los hombres altos, pero las jirafas le daban repelús.

El inspector se dio la vuelta.

—Y recuerda. Puede que Corrigan aguante tus chorradas, pero yo no pienso hacerlo.

Lottie se desplomó en la silla y miró el techo. ¿Qué había hecho para merecer a McMahon? Borra eso. Había hecho suficiente a lo largo de su vida, y ahora había llegado el momento de preparar el ejército para la batalla.

—¡Boyd! —llamó. ¿Dónde estaba todo el mundo esa mañana? No había nadie en la oficina. Mierda. Tendría que enfrentarse sola al okupa. Y mantener la boca cerrada. Pero primero se metió dos paracetamoles con la esperanza de que aliviaran su dolor de cabeza.

\* \* \*

—No has tardado mucho —dijo al entrar en el que hasta ayer había sido el despacho del comisario Corrigan.

—¿Qué quieres decir? —McMahon levantó la vista con una ceja alzada en actitud de sorpresa.

—En ponerte cómodo.

Señaló con una mano a su alrededor. McMahon había movido el escritorio bajo la ventana, y el perchero estaba ahora en la esquina más alejada de la habitación. ¿Eran sus acciones parte de una estrategia? Lottie no lo sabía, pero eso la puso en alerta máxima. No importaba cuán larga o corta resultara ser su temporada en Ragmullin, era evidente que pretendía dejar huella. Lottie esperaba esquivar la meada con la que pretendía marcar el territorio.

—Siéntate, inspectora Parker. —Le señaló la silla frente al escritorio.

Por mucho que le molestara, Lottie decidió que la docilidad era su mejor opción. Se sentó.

—Ahora cuéntame en qué estás trabajando.

McMahon se desabrochó la chaqueta del traje y plegó los brazos sobre un chaleco cruzado. Un pañuelo rojo sobresalía del bolsillo del pecho. ¡Joder! De repente, echó de menos a Corrigan y su barriga tallada en las vetas del escritorio.

—Elizabeth Byrne, de veinticinco años, desapareció el lunes por la tarde después de tomar el tren de vuelta desde Dublín, donde trabajaba. Encontramos su cuerpo ayer por la mañana en el cementerio. Tenemos motivos para creer que fue asesinada.

—He leído el brevísimo informe. ¿Cómo murió?

—Tenía una pierna rota y estaba cubierta de tierra en el fondo de una tumba. Parece que se asfixió con el barro. Creemos que la dejaron allí para que muriera.

Estoy esperando a que la patóloga forense me llame para confirmarme la hora del examen *post mortem*.

—Entonces, ¿no sabes al cien por cien si fue asesinada?

—Estoy segura de que fue así, señor. Solo estoy esperando la confirmación.

—Puede que se cayera en una tumba, se rompiera la pierna y se echara la tierra encima al intentar salir. ¿Lo has pensado?

—Sí, señor. Según Jim McGlynn, el jefe del equipo forense, la cantidad de tierra sugiere que alguien la cubrió deliberadamente.

—Mmm. ¿Qué otras investigaciones tienes entre manos?

—David...

—¡Señor! Y trátame de usted, soy tu superior.

—Como si no lo supiera —murmuró Lottie.

—¿Qué?

—Gracias por recordármelo. ¿Puedo hablar un momento sobre Elizabeth?

—¿Quién?

Dios, qué duro era esto. Preferiría estar fuera, consiguiendo pistas.

—La joven que ha sido asesinada. Señor.

—No me extraña que el comisario Corrigan esté enfermo en el hospital. Debes de haberlo dejado hecho una piltrafa.

Lottie pensó que Corrigan no era precisamente una piltrafa, pero lo dejó pasar. Puso a McMahan al corriente de la información que había recopilado hasta el momento.

—Elizabeth trabajaba en Dublín. Su madre la vio por última vez el domingo al mediodía. La chica cogía cada día el tren de las seis de la mañana. El lunes fue a trabajar y fue vista por última vez en la estación de Connolly tomando el tren de las 17.10 a Ragmullin. Tenemos una captura de pantalla de la cámara de vigilancia de Connolly, y dos pasajeros que afirman haberla visto en el tren, pero no tenemos pruebas visuales de que bajara en Ragmullin. Luego tenemos a una mujer joven, Bridie McWard, que oyó gritos procedentes del cementerio a las 3.15 de la madrugada del martes. La cámara de vigilancia sobre la entrada del cementerio muestra la sombra de un coche a las 3.07 de la mañana, con imágenes similares veinticuatro minutos después. Lo estoy tratando como la confirmación de que el asesino fue hasta allí en coche con la chica. Es posible que ella escapara y él la siguiera. La joven tropezó con algo y cayó en la tumba abierta, y se rompió la pierna. Entonces el secuestrador aprovechó la oportunidad para cubrirla de tierra y asfixiarla.

—Lo tienes todo muy bien pensado y montado. Solo hay dos problemas con tu hipótesis.

—¿Cuáles serían?

—Uno, no tienes confirmación de que fuera asesinada, y dos, ese podría haber sido el coche de una persona inocente.

—Tengo intención de averiguarlo. Señor.

—Hazlo. Y preséntame un informe.

—Tengo una reunión con el equipo esta mañana, por si quiere venir.

—¿No has oído lo que acabo de decir? Preséntame un informe.

Lottie se mordió la lengua y se tragó la respuesta.

—¿Algo más? Señor.

—¿En qué otros casos estás trabajando en este momento?

—Kirby y Lynch están llevando a cabo una operación de vigilancia en la comunidad nómada. Creemos que hay un movimiento clandestino de peleas ilegales.

—¿Peleas? ¿Eso es lo único de lo que tienes que preocuparte estos días?

—Puede ser muy peligroso. Se apuestan grandes sumas de dinero. Y a veces se convierte en una lucha a muerte.

—¿Ha muerto alguien?

—Todavía no.

—Entonces déjalos que sigan. He visto ese tipo de cosas en Dublín. No es más que una exhibición de poder.

Lottie suspiró y se tiró de las mangas cubriéndose las manos, intentando desesperadamente quedarse quieta. Dios, necesitaba un Xanax.

—¿Quiere que les diga a Kirby y a Lynch que lo dejen, entonces?

Lo repentino del movimiento del inspector la pilló por sorpresa. Se hundió hacia atrás en la silla mientras McMahon se levantaba y caminaba por la pequeña oficina hasta que se detuvo frente a ella y se apoyó en el borde del escritorio.

—Quiero que hagas tu trabajo —dijo—. Y que no me tomes el pelo.

«De todos modos, tienes demasiado», pensó Lottie. Como si le hubiera leído la mente, el inspector se apartó el flequillo de los ojos. Mierda, esperaba no haberlo dicho en voz alta.

—Ve al *post mortem* y determina si estás tratando con un caso de asesinato. Aparta a tus detectives de la comunidad nómada y tráeme un asesino. Hoy,

preferiblemente.

—Muy bien. —¿Qué se creía, que era Superwoman?— Una última cosa —dijo—. El comisario Corrigan me pidió que revisara un caso sin cerrar.

—¿Qué caso?

—La desaparición de una joven llamada Lynn O'Donnell, se cumplen diez años esta semana.

—¿Y qué tiene que ver?

—No he tenido tiempo de leer el expediente todavía, pero parece que fue en el tren de Dublín donde se la vio por última vez. El día de San Valentín.

—¿Tal vez se fugó?

—No lo sé. Nunca la encontraron. Leeré el expediente y tal vez tenga una charla con su familia.

—Creo que ya tienes suficiente que hacer sin meter las narices en un caso abierto de hace diez años.

—Lo comprobaré de todos modos.

—Encuentra al asesino de Elizabeth Byrne. Si es que la han asesinado. Y esto es una orden.

—Sí, señor. —«So capullo», añadió en su cabeza.

—Puedes irte —dijo McMahon.

Lottie se levantó, esquivó las piernas estiradas del inspector y salió del despacho sin decir una palabra. A veces era mejor quedarse callada. A veces, pero no siempre.



## 31

—¿Dónde diantres estabas? —Lottie observó cómo Boyd se dejaba caer en la silla sin quitarse la chaqueta—. Necesitaba tu apoyo hace diez minutos.

—Lo siento. Grace me tiene la cabeza loca. Hace tanto que me fui de casa, que me había olvidado de lo mucho que habla. Sin parar. Eternamente, joder. Creo que me ha hecho pillar una migraña.

—A ti no te cogen migrañas —se burló Lottie.

—Tengo una ahora. La he dejado en la estación de tren temprano y estaba en casa, en la ducha, cuando me ha llamado para decirme que su amiga no estaba en el tren.

—Pensé que habías dicho que no tenía amigos.

—Y no los tiene. Esta es una chica que conoció ayer. Yo diría que la pobre la está evitando. Que Dios me perdone, sé que es mi hermana, pero incluso yo quiero evitarla.

—No seas tan malo. Me muero de ganas de conocerla.

—Cuando suceda, retirarás eso que has dicho.

—Menudo hermano eres.

Lottie acercó la silla de Kirby y se sentó junto a Boyd. Pensó en cómo le encantaría tener un hermano. Lo tuvo una vez, pero había sido asesinado cuando tenía solo doce años. Entonces pensó en ese misterioso medio-hermano, cuya existencia había descubierto durante la última investigación de asesinato. Las mentiras. Su vida se había construido sobre mentiras.

—McMahon ya está aquí —dijo.

—Lo que nos faltaba.

—Eso mismo pienso yo. Está siendo un grano en el culo respecto a la

investigación. No permitirá que la clasifiquemos como asesinato hasta que la patóloga forense lo confirme. Tengo que informarlo primero a él de todo. Y quiere que aparte a Kirby y a Lynch de la investigación sobre las peleas ilegales.

Boyd se tiró de la barbilla y dijo:

—No han tenido mucho éxito. Puede que McMahon tenga razón y sea el momento de que hagan algo nuevo.

—¿De qué lado estás? —Lottie se puso en pie, llevó rodando la silla de nuevo a su sitio y fue hacia su despacho a coger la chaqueta—. Voy hasta Tullamore por el *post mortem*, y luego podemos hacer la reunión de equipo. Después me pondré en contacto con la oficina de prensa.

—¿Qué? ¿Después de que nuestro nuevo comisario temporal te haya ordenado que lo informes primero a él?

—Así pienso empezar, y así pienso seguir —dijo Lottie, y cerró la puerta con el pie.

\* \* \*

Jane Dore era menuda y precisa. En todos los aspectos. Saludó a Lottie con la cabeza cuando esta entró en el estéril lugar de trabajo de la patóloga, acertadamente llamado la Casa de los Muertos.

—Han pasado unos cuantos meses desde la última vez que estuviste aquí —dijo la patóloga tras bajarse la mascarilla.

—Gracias a Dios ha estado tranquilo —dijo Lottie—. Empezaba a pensar que todos los cabrones asesinos habían salido pitando a la Costa del Sol.

—No todos.

—¿Qué has encontrado?

—He completado el examen preliminar. Elizabeth Byrne era una mujer sana de veinticinco años. Diría que se cuidaba. Probablemente corría a menudo, basándome en su tejido muscular.

—Puede que fuera así como huyó del asesino.

—¿Das por hecho que fue asesinada?

—¿Acaso no lo fue?

—Necesitarás pruebas forenses para demostrarlo. Yo solo puedo hablarte sobre el estado del cuerpo y las pruebas que he recogido, si me lo permites.

—Adelante. —Lottie se acomodó en un taburete alto, rodeada por las

baldosas blancas y las mesas y bancos de acero inoxidable. No veía ningún cadáver. Bien.

—La chica sufría de psoriasis crónica. Su cuero cabelludo, rodillas y codos estaban severamente afectados. Tanto, de hecho, que si fue transportada en coche, habrá escamas de piel por todas partes. Pruebas indiciarias.

Lottie anotó esta información en su libreta. Si es que alguna vez encontraban un coche que comprobar. Jane continuó:

—Tenía cortes en el codo derecho y en las suelas de ambos pies, que concuerdan con que corriera descalza. El hallux del pie derecho estaba fracturado; es el dedo gordo. Y también la pierna izquierda.

—Fractura expuesta de tibia —dijo Lottie.

Jane alzó una ceja.

—McGlynn me lo dijo. Casi todo esto encaja con lo que ya sabía.

—Tenía los nudillos mordidos, por sus propios dientes, probablemente del dolor de cuando sufrió la fractura.

—¿Cómo murió? —Lottie estaba impaciente por poder clasificar el caso como asesinato.

—Para decirlo sin rodeos, fue enterrada viva.

—Eso es lo que pensaba.

—Su atacante le rodeó el cuello por detrás con el brazo. No hay huellas, pero he conseguido algunas fibras. La víctima cayó o fue empujada a la tumba, y mientras estaba allí, o bien le cayó tierra encima o se la echaron, asfixiándola. Puedo darte los detalles técnicos, si quieres.

—No, está bien así. Entonces, ¿fue un asesinato?

—Si te soy sincera, no creo que esa cantidad de tierra pueda haber caído sola. La víctima murió asfixiada por la tierra.

—McGlynn dijo que había señales de larvas.

—La chica tenía una herida abierta y sangrante, así que eso sería normal, ya que estaba a dos metros bajo tierra.

—¿Hora de la muerte?

—Guiándome por el clima frío y por la palidez del cuerpo, estimaría que llevaba muerta entre treinta y dos y treinta y seis horas como máximo cuando la encontrasteis.

—Entonces, es posible que fuera asesinada entre las tres y las cuatro de la madrugada del martes.

—Sí, estaría de acuerdo con eso.

—¿Hay alguna prueba indiciaria del asesino en el cuerpo?

—Llevaba guantes. Como he dicho, solo he encontrado algunas fibras del abrigo del asesino en el cuello de la víctima. Es posible que estuviera drogada. He enviado muestras a toxicología. Lo sabrás en cuanto me informen.

—¿Violación?

—No hay pruebas de actividad sexual reciente.

—Gracias, Jane.

—Una cosa más —dijo la patóloga.

Lottie aguardó.

—Esa chica sufrió inmensamente. Sus mejillas estaban cubiertas de sal, a pesar de la tierra. Lloró mucho. Encuéntralo, Lottie, antes de que se lleve a alguien más.

Las mañanas eran las más largas. Cuando Saoirse estaba en la escuela. No era la primera vez que Keelan O'Donnell deseaba tener un trabajo. Pero Cillian decía que la quería en casa. Él ganaba lo suficiente; ¿para qué tenía que trabajar si él le daba todo lo que necesitaba? Keelan suponía que tenía razón respecto a lo del dinero, pero también necesitaba ver a otros seres humanos durante el día. Cillian había hecho que dejara sus clases de pintura, le había dicho que no sabía pintar incluso cuando la otra mujer en el grupo pensaba que su trabajo era bueno. Entonces se había apuntado a un coro en el centro de artes. Dos horas por las mañanas. También había hecho que lo dejara. «Los cuervos no pueden cantar», le había dicho.

Jugeteó con el teléfono en la mano, tentada de llamar a la mujer de Finn, Sara. «Dios bendito», pensó. Eso confirmaba hasta qué punto se sentía sola. Dejó el teléfono. Las cosas no estaban tan mal. Todavía no.

Cogió su abrigo. Iría a ver si Donal estaba algo mejor. Se miró en el espejo del recibidor y comprobó que el maquillaje ocultara el cardenal amarillo que empezaba a tomar forma en su mejilla. Realmente, Cillian no era él mismo desde la muerte de su madre.

¿Por qué siempre lo estaba disculpando? No tenía respuesta a su propia pregunta.

Mientras se aplicaba otra capa de base, por si acaso, se fijó en el pequeño paraguas rosa que colgaba del perchero del pasillo. Mientras Cillian dirigiera su rabia hacia ella, Saoirse debería estar a salvo. Pero en el momento que cruzara esa línea, Keelan cogería a su hija y él nunca las encontraría. Jamás.

Lottie no se ausentó de la oficina más de una hora y media, pero cuando volvió a la base, se fijó en que las pizarras del caso se habían llenado. Repasó la lista de herramientas que habían sacado del cementerio para examinarlas. Estaba especialmente interesada en conseguir los resultados del análisis de la pala que habían descubierto apoyada junto a la excavadora que se usaba para hacer las tumbas. Parecía una herramienta oportuna con la que arrojar tierra y barro sobre Elizabeth.

—Acabo de regresar de la Casa de los Muertos. —Se quedó frente a las pizarras, mirando a su equipo, y señaló la fotografía de Elizabeth Byrne—. Esta chica murió asfixiada por la tierra. Enterrada viva. —Hizo un resumen de las heridas de Elizabeth—. Quiero que se me informe en cuanto lleguen los resultados de ADN y las huellas de esa pala, y también de la lápida en la que encontramos sangre. —Miró a Kirby—. Tú le tomaste una muestra de ADN a Bernard Fahy, ¿verdad?

—Sí, y también a John Gilbey, el otro hombre que trabajaba allí.

—¿Alguna coincidencia?

—No hay nada en nuestra base de datos, pero aún no las hemos cotejado con la sangre y las herramientas encontradas en la escena del crimen. —Kirby reacomodó las nalgas en la estrecha y chirriante silla.

—¿Habéis comprobado sus coartadas?

—La esposa de Fahy confirma que estuvo en casa la tarde y la noche del lunes. Pero las esposas suelen encubrir a sus maridos. John Gilbey vive en un albergue. Comprobaré dónde estuvo en las horas relevantes.

—De acuerdo, hazlo. De momento, el registro del despacho del encargado no ha dado resultados. No es que tuviera muchas esperanzas, pero he dado órdenes al equipo forense de que lo comprueben, y luego me pasaré yo también a husmear un poco.

—Lo más probable es que la víctima estuviera en el coche aparcado fuera, no en el edificio —dijo Kirby.

—Pon la grabación de la cámara de vigilancia.

Kirby tecleó en el portátil que tenía sobre las rodillas. Lottie giró una de las pizarras blancas y las imágenes borrosas se proyectaron encima.

—Como veis, había un coche, probablemente el del asesino, que estuvo aparcado allí durante veinticuatro minutos —dijo Kirby.

—Estamos revisando nuestras cámaras de tráfico en las horas del crimen

para ver si podemos localizar el vehículo —añadió Lottie.

—Le he asignado la tarea a un uniformado. Lo revisaré y te informaré si aparece algo —dijo Lynch.

Lottie pensó que Lynch estaba considerablemente más pálida que ayer. Esperaba que no estuviera incubando nada. Necesitaban todo el personal para cubrir esta investigación.

La inspectora continuó:

—Quiero que hoy se interrogue a los ancianos de la residencia, especialmente los que tienen habitaciones que dan al cementerio. Y al personal. Kirby, ¿tienes los datos de los puerta a puerta?

—He comprobado todos los informes. Nadie vio ni oyó nada. Al fin y al cabo, era plena noche. Los del campamento nómada cuentan la misma historia, excepto Bridie McWard, que afirmó oír los gritos.

—Su testimonio encaja con la grabación de la cámara de vigilancia y la estimación de la patóloga de la hora de la muerte. Nos da un marco de tiempo con el que trabajar. Podemos deducir que Elizabeth cogió el tren de las 17.10 en la estación de Connolly, porque dos pasajeros que bajaron en Enfield la vieron. Hasta la fecha no sabemos de nadie más que la haya visto. Lo único que tenemos son los gritos que oyó Bridie McWard a las 3.15 de la madrugada.

—Puede que Bridie tuviera una pesadilla —opinó Lynch.

—Es posible, pero parecía bastante afectada cuando hablé con ella —dijo Lottie—. Bien, quiero que tú y Kirby os encarguéis de los interrogatorios en la residencia de ancianos. Llevaros a un par de uniformados para que sea rápido.

—Jefa, estuvimos de guardia anoche. En la urbanización Munbally. Necesitamos echar una cabezadita —se quejó Kirby.

—Oh, cierto. Sobre eso, nuestro comisario sustituto quiere que dejéis esa operación.

—Pero...

—Me limito a transmitir las órdenes que me han dado.

—Menuda pérdida de tiempo —gruñó Kirby, palpándose los bolsillos. Sacó un cigarrillo electrónico y se lo metió en la boca.

—No habéis obtenido grandes resultados, ¿no es cierto? —dijo Lottie—. Ahora pasemos a Carol O'Grady. Era la amiga de Elizabeth, así que creo que deberíamos volver a hablar con ella. Ver si podemos descubrir algo más sobre Elizabeth y alguien que pudiera estar interesado en ella.

—El hermano de Carol es un tanto dudoso —dijo Boyd.

—Terry O’Grady —comentó Lottie al comprobar sus notas—. Saca su información de la base de datos, y tú y yo tendremos una charla con Carol. Llámala para ver si está en casa o en el trabajo. —Hizo una pausa y estudió las dos imágenes de Elizabeth Byrne, muerta y viva—. Y Matt Mullin, el exnovio. ¿Ha habido suerte, Lynch?

—He intentado encontrarlo —dijo Lynch, tirándose de los párpados. Menos mal que McMahon había detenido el caso de los nómadas. Lottie necesitaba a su equipo despierto.

—¿Has vuelto a contactar con el banco esta mañana?

—Han sido muy reservados, pero al menos me han dado un número de móvil. No contesta. Volveré a contactar con el banco y veré cuál es la historia.

—Comprueba si su familia sabe dónde está, y si ha usado el pasaporte.

—Lo haré.

—¿Alguna novedad sobre el móvil de Elizabeth?

—Está inactivo. Muerto. Estoy intentando que la compañía telefónica determine dónde y cuándo fue usado por última vez —dijo Boyd.

—Haré que McMahon organice una rueda de prensa. Puede hacer un llamamiento pidiendo información. Necesitamos hablar con testigos del Last Hurdle, donde estuvo Elizabeth el sábado por la noche, y con testigos del tren.

Una vez hubo distribuido esas tareas, dijo:

—Volveré a llamar a la estación. Necesitamos determinar si realmente bajó del tren en Ragmullin.

Echó un vistazo al equipo, todos listos y con ganas de empezar, excepto Kirby y Lynch.

—Vosotros dos tenéis pinta de cadáveres. Idos a casa. Dormid un par de horas, y luego os quiero de vuelta aquí.

Repartió más tareas y dijo:

—De acuerdo, todos tenéis algo que hacer. Vamos a pillar al cabrón que enterró viva a esa chica.

\* \* \*

—Donal, sé que estás ahí dentro. Abre.

Keelan volvió a llamar al timbre. Espió a través del cristal de la puerta. No se veían sombras ni movimiento. Ningún ruido. Pero su bicicleta estaba



aparcada bajo la ventana y sabía que no iba caminando a ninguna parte. Tal vez había pedido un taxi por teléfono.

Se dio la vuelta y se alejó de la puerta por el caminito agrietado, esquivando las malas hierbas dispersas que lo invadían ganando terreno desde el césped, demasiado crecido después del invierno. Miró por encima del hombro y levantó la vista hacia la casa de dos plantas, idéntica a las demás en la hilera, que había sido el hogar de infancia de Cillian. Era la única casa en la línea de diez que permanecía habitada. El resto estaban en ruina, desmoronándose sobre sí mismas. Algunas con el techo caído y en otras, las ramas desnudas de los arbustos crecían alrededor de las chimeneas. La mayoría de las ventanas estaban tapiadas.

Tal vez ahora que Maura estaba muerta, Donal se mudaría. Diez años esperando a que apareciera un fantasma mientras las paredes se derrumbaban a tu alrededor era tiempo suficiente. Hablaría de ello con Cillian esa noche. Tal vez él podría hacer que su padre entrara en razón.

La verja oxidada crujió al cerrarse tras ella y Keelan siguió caminando bajo el puente del ferrocarril hacia la ciudad.

No vio moverse la cortina.

Kirby sonrió cuando la garda Gilly O'Donoghue se acercó caminando a él. Estaba en el área de fumadores cubierta al fondo de la comisaría, que hacía las veces de *parking* de bicis. No tuvo tiempo de esconder el cigarro que estaba fumando.

—Puaj. Qué peste —dijo Gilly, señalando el cubo de basura lleno de colillas.

—¿Quieres uno? —ofreció Kirby.

—No, gracias. Sabía que te encontraría aquí.

—¿Y eso?

—Porque estaba segura de que no habías dejado de fumar del todo. ¿Descubriste algo revelador anoche?

—¿Anoche?

—Estuviste trabajando, o eso dijiste. Cancelaste nuestra cita.

—Lo siento, nena.

—No te pega.

—¿El qué?

—Esa jerga de *cowboy*. Aunque supieras usarla correctamente.

—No estoy causando muy buena impresión esta mañana, ¿verdad?

—Esfuézate un poquito más.

—¿Qué te parece esto? —El detective se llevó la mano al bolsillo del pecho de la chaqueta y le tendió un sobre. Sonrió cuando el rostro de Gilly se iluminó.

—Eh, es la obra que quería ver. Eres un sol —dijo ella.

—Son para esta noche —dijo Kirby.

—Me muero de ganas. Y podemos ir a tomar una copa después.

Kirby se pasó la mano por el mentón, cubierto por una barba de tres días, y sacudió la cabeza.

—Ya veremos. Estoy exhausto.

—¿Y entonces qué haces aquí, si has trabajado de noche?

—Estoy yéndome a casa.

—Empiezo a pensar que tienes otra mujer.

—Tú eres suficiente mujer para mí. —Apagó el cigarro y se guardó la colilla en el bolsillo—. ¿Qué tal te fue anoche con esa amiga tuya?

—¿Mollie? No se dignó a aparecer.

—Eso es muy irlandés, ¿no crees? Que te dejen plantada dos veces en una noche. —Sonrió.

—No tiene gracia. —Gilly alzó las cejas, se guardó las entradas en el bolsillo e hizo amago de moverse.

—¿No me das un beso de buenos días? —dijo Kirby.

—No te voy a dar ni uno de buenas noches como sigas así.

—¡Mujeres! —dijo Kirby al espacio vacío que dejó Gilly en el aire helado. Estaba debatiendo si volver a encender el cigarro cuando Lynch apareció por el lateral del edificio.

—Tenemos una llamada —dijo.

—No, no puede ser. Necesito cerrar los ojos.

—Tenemos que ir al campamento nómada. Es urgente. Vamos.

—Puede que nuestras aventuras nocturnas estén dando frutos —dijo Kirby, y la siguió al coche.

\* \* \*

Sentada frente al ordenador, Lottie abrió un email.

—¿Qué diablos...?

El mensaje en su bandeja de entrada era de un nombre que reconocía. Parpadeó y abrió un cajón. ¿Se había tomado una pastilla esa mañana? No lo recordaba, pero de todos modos cogió una y se la tragó. Si no iba con cuidado, pensó, acabaría tan mal como había estado hacía un año.

Estaba a punto de llamar a Boyd, pero pensó que tal vez aquello era demasiado personal. Mierda, era personal. Su dedo planeó sobre el ratón del ordenador. ¿Qué había provocado esa comunicación? «Léelo y lo sabrás», se

dijo a sí misma. Con la lengua pegada al paladar y las piernas temblorosas, su mano permaneció inmóvil en el aire.

La puerta se abrió y Boyd asomó la cabeza.

—Kirby nos necesita en el campamento nómada.

Lottie lo miró fijamente sin verlo. Bajó la cabeza hacia el ordenador.

—¿Lottie? ¿Qué ocurre? —El detective se acercó rodeando el escritorio—. Tienes esa mirada salvaje en los ojos.

—¿Qué mirada?

—Ya sabes. La de después de pasarte la noche bebiendo.

—No he estado bebiendo —mintió.

—¿Qué te ha asustado, entonces?

Lottie se sacudió para volver a la vida, hizo clic en la esquina de la ventana y minimizó el email.

—Nada.

Boyd puso las manos en el escritorio.

—Pensé que no soportabas las mentiras, y aquí estás, mintiéndome.

Lottie se levantó, apartó la silla con la parte de atrás de las piernas y lo esquivó.

—He dicho que no es nada. No es asunto tuyo. Métete en tus cosas. ¿Entendido?

—Alto y claro. —Boyd se apartó y chocó contra la pared.

Lottie siguió caminando.

—¿En qué se ha metido Kirby esta vez?

\* \* \*

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Mollie escuchó. ¿El viento? ¿O era un aire acondicionado? No estaba segura. Pero no había coches ni otros sonidos. ¿Dónde se encontraba?

Estaba oscuro en la habitación, pero una débil luz se filtraba por el borde de la trampilla sobre su cabeza y arrojaba una sombra inquietante en forma de V al centro del suelo. Veía que este era de tablones de madera muy gastados. Había nudos a lo largo de la madera. Volvió a mirar la línea de luz y decidió que no era la luz del día. Debía de venir de una bombilla en alguna parte encima del techo. Aún tenía los brazos sujetos a los costados, y tenía muchas ganas de hacer pis.

Sentía como si los músculos internos de la boca se le hubieran hinchado y tenía la garganta cubierta de una mucosidad pegajosa. Los pelos de la nariz estaban saturados con el olor rancio y mohoso de la habitación. Y para más incomodidad, su estómago rugía de hambre.

Un pensamiento psicótico le pasó por la mente. ¿Y si el hombre no regresaba? ¿Y si quería que se muriera de hambre? No. No se habría tomado tantas molestias solo para dejarla morir. ¿Verdad? No sabía absolutamente nada sobre él, y cuanto más lo pensaba, menos quería saber. Quería irse a casa. Ahora. Antes de que ese monstruo demente volviera.

A casa. Pero no había nadie allí que fuera a echarla de menos. Vivía sola. Su madre estaba muerta y su padre vivía en Londres. Solo lo llamaba por teléfono los domingos. Y hoy era... ¿jueves? ¿O no? No estaba del todo segura. Pero no sentía que hubiera pasado mucho tiempo, a menos que fueran los efectos de la droga que le había suministrado.

Seguro que sus compañeros de trabajo se preguntarían por qué no había llamado para avisar de su ausencia. Pero tal vez no. Solo se necesitaba un certificado médico si la baja era de más de dos días. Venía el fin de semana, así que no empezarían a hacer preguntas hasta el lunes.

¡Gilly! Sí, Gilly notaría su ausencia. ¿Pero cuánto tardaría? Se suponía que iban a salir a tomar una copa, pero ¿se preguntaría Gilly por qué no había aparecido? No tenía ni idea. Lo único que podía hacer era rogar que alguien denunciara su desaparición.

Intentó levantar la cabeza de la cama dura, como de piedra. Realmente necesitaba hacer pis, pero antes de que pudiera siquiera intentar soltarse, el líquido caliente se escurrió entre sus piernas y mojó el colchón.

Fue entonces cuando creyó oír un tren.

## 34

El sol de media mañana, que arrojaba una luz cegadora, se había esforzado por derretir la escarcha, pero a la sombra, el suelo todavía estaba resbaladizo. Boyd aparcó el coche en el interior del campamento, junto a la verja, y fueron hasta el lugar donde Kirby estaba apoyado contra el muro de una de las doce casas de cemento. Lynch estaba frente a él, con su pelo claro suelto bajo un gorro gris. Era evidente que ambos intentaban mantenerse despiertos. Una pequeña casa móvil estaba aparcada en el patio compacto.

Kirby se hizo a un lado y se situó entre el pequeño edificio y la casa rodante. Llevaba la bufanda azul enroscada al cuello como una horca y tenía la nariz de un rojo navideño. Su pelo tupido presentaba un aspecto como si le hubiera caído encima un rayo. Una multitud de mirones se apiñaba al otro lado de la escena del crimen. Mujeres y niños en el centro de un círculo de hombres con aspecto furioso. Tenían las manos cautelosamente metidas en los bolsillos, pero Lottie sabía que podían golpear en cualquier momento.

La inspectora olisqueó el aire helado.

—Cuéntame qué ha pasado antes de que me meta en un campo de minas.

—Parece un incidente doméstico —dijo Lynch—. Pero tenemos que ir con cuidado. Ya sabes lo diferentes que pueden ser estas situaciones de lo que parecen al principio. —Alzó una ceja formando un arco.

¿Había una pregunta camuflada en alguna parte? Lottie tomó una bocanada de aire frío y comprendió que las palabras de Lynch eran una referencia directa a una investigación anterior. Decidió dejarlo estar.

—¿Quién vive en esta propiedad? —preguntó.

—Paddy y Bridie McWard —dijo Kirby—. Tienen un niño pequeño, se llama... —Pasó las páginas de su libreta.

—Tommy —dijo Lottie.

—A Bridie le han dado una paliza terrible —indicó Kirby—. Entra y lo verás por ti misma.

Dentro de la casa, Bridie estaba sentada en un sofá de cuero blanco. Tenía al pequeño en brazos, lo sujetaba una pizca demasiado fuerte, con los ojos inundados en lágrimas no derramadas.

—Dios mío, Bridie, ¿estás bien? —preguntó Lottie, impactada—. Tiene que verte un médico. En el hospital, o algo.

—Esto es culpa suya —gritó Bridie.

¿Acaso no lo era siempre? Lottie se sentó y buscó respuestas en los ojos de la joven.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Ya se lo he dicho a esos dos idiotas suyos ahí fuera.

—Necesito oírlo yo misma. ¿Ha sido Paddy quien te ha hecho esto?

En la barbilla de Bridie se había hinchado un moratón púrpura, y había sangre seca en su largo cabello.

—No, pero esos dos no me creen. —Gimió mientras hablaba y se frotó el estómago con una mano.

El bebé comenzó a llorar. Lottie pensó en Louis, y su corazón se encogió. Bridie le puso un chupete en la boca al pequeño y lo meció más cerca de su pecho, encogiéndose de dolor con el movimiento.

—Cuéntame qué ha pasado. Sabes que te creeré. —Lottie sacó la libreta y el bolígrafo de su bolso—. ¿Quieres que Boyd coja al pequeño Tommy mientras hablamos?

—Debe de estar de broma. Nadie va a quitarme a mi bebé.

—Solo intentaba ayudar —dijo Lottie—. Tienes que limpiarte las heridas antes de que se infecten. —Le dio su libreta a Boyd y le indicó con un gesto de la cabeza que tomara notas.

—¿Siempre habla así? —preguntó Bridie—. Primero quiere mi historia, luego quiere a mi hijo y ahora quiere que me lave.

Lottie asintió, sonriendo un poco.

—Tienes razón. Hoy no estoy muy fina. Haz lo que te haga sentir cómoda. Cuando estés lista, cuéntame qué te ha causado esos cortes y golpes.

—Pues bien, no ha sido Paddy, así que quítese ya esa idea de la cabeza, señora detective.

—De acuerdo. Si no ha sido Paddy, ¿quién ha sido? ¿Y dónde está Paddy?

—Ya estamos otra vez. Dos preguntas.

—Voy a callarme y a escuchar. —Lottie cerró la boca formando una línea y se obligó a mantenerla así.

—Por fin, un poco de silencio. —Bridie meció suavemente a Tommy mientras los ojos del niño se cerraban—. Paddy estuvo aquí anoche, durante un rato. Se metió en la cama, pero solo se quedó como una hora antes de volver a levantarse y salir. No sé dónde está, así que no me lo pregunte, ¿vale?

Lottie asintió.

Bridie continuó relatando lo que había sucedido. Lottie se preguntó qué había provocado el ataque a una mujer joven indefensa con un bebé en la habitación.

—¿Puedes describir a tu atacante?

—Estaba oscuro, pero era un puto monstruo enorme.

Lottie esperó en silencio mientras los sollozos salían de la garganta de Bridie. Tenía miedo de decir nada en caso de que la joven se negara a seguir hablando.

—Guantes de cuero. Llevaba guantes de cuero oscuros. Iba todo vestido de negro, ahora que lo pienso. Y antes de que lo pregunte, no le vi la cara. Dios, Paddy va a ponerse como loco cuando vea cómo estoy.

—No te preocupes. El detective Kirby hablará con él.

—Nadie va a hablar con Paddy. Al menos, antes de que yo lo haga.

—¿Has contactado con él?

—He intentado llamarlo al móvil. Debe de estar sin cobertura o algo. —Bridie se mordió el labio mientras las lágrimas caían por su rostro magullado.

Lottie alargó la mano y le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Lo estás haciendo bien, Bridie —dijo con voz suave—. ¿Recuerdas algo más?

—Ese monstruo me reventó. Me dio patadas en la barriga. Me golpeó la cabeza con algo duro. Sentía cómo salía la sangre. Y el dolor. Dios santo, ha sido peor que cuando parí a Tommy. Bueno, tal vez peor no. Igual.

—¿Recuerdas si dijo algo?

Bridie sorbió y contestó:

—Eso ha sido lo peor. Me agarró del pelo y lo retorció, y dijo: «Mantente alejada de la policía y del cementerio si no quieres acabar a dos metros bajo



tierra como la otra». Oh, Dios.

Lottie miró a Boyd.

—¿Recuerdas si pasó algo más después de que dijera eso?

—Me desmayé. Me desperté porque Tommy estaba gritando en su cuna. Y cada centímetro de mi cuerpo gritaba de dolor con él.

—Pero no le hizo daño a Tommy, ¿verdad?

Bridie negó con la cabeza.

—Está bien. —Miró fijamente a Lottie a los ojos, rogando—. ¿Qué quería decir? ¿Es porque le dije lo de la *banshee*? ¿Tiene algo que ver con esa mujer asesinada aquí al lado?

Lottie pensó un momento. ¿Era ese el motivo por el que Bridie había sido atacada? Parecía un poco rebuscado. Decidió ser honesta.

—No lo sé, pero pediré que venga el equipo forense para ver si tu atacante dejó algo de ADN.

—¿Qué es el equipo forense?

—Son los agentes que investigan escenarios donde se ha cometido un crimen en busca de pruebas.

—¿Como los de *CSI* en la tele?

—Algo así —dijo Lottie. Hizo un gesto con la cabeza a Boyd para que hiciera la llamada.

—Será mejor que no me desordenen la casa. Me ha llevado dos horas limpiar el suelo del dormitorio.

—¿Que ha hecho qué? —exclamó Boyd antes de que Lottie se lo impidiera.

Tommy abrió la boca y se le cayó el chupete. Empezó a rugir.

—Mire lo que ha hecho. —Bridie le lanzó una mirada furiosa—. Por supuesto que limpié el suelo. No iba a caminar por ahí esparciendo toda la sangre. Y en unos minutos va a venir alguien a arreglar la puerta.

—Déjalo por ahora —dijo Lottie—. Nuestra gente le echará un vistazo. Y no te preocupes, vendrá un agente a cuidarte hasta que vuelva Paddy. ¿Puedes darme su teléfono?

—No, no puedo. No habría dicho nada, pero esos dos de ahí fuera han estado dando vueltas por aquí durante las últimas semanas y sabía que eran de la pasma. La mujer incluso me dio una tarjeta con su número. No iba a decirle nada a nadie, pero estaba tan estresada que la llamé y se lo conté todo antes de darme cuenta de lo que hacía.

—De verdad que necesitas puntos —dijo Lottie, fijándose en la sangre fresca que salía del pelo de Bridie.

—Estaré bien. Tengo tiritas por alguna parte.

—¿Puedo llamar a alguien para que venga a hacerte compañía?

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de mí misma, muchas gracias.

Bridie no captó la ironía, y Lottie sintió que una oleada de compasión hacia la joven le llenaba el pecho. Sacó una de sus tarjetas.

—Este es mi número. Llámame si recuerdas algo más. Incluso el más mínimo detalle puede ser importante.

Bridie aceptó la tarjeta.

—La aviso a usted y a los suyos, aquí y ahora, mi Paddy no va a dejar estar lo que ha pasado sin derramar sangre. Recuerde mis palabras.

\* \* \*

Después de conducir a los forenses a casa de Bridie, Lottie dio instrucciones a Kirby de que enviara de vuelta a la comisaría a las dos furgonetas de policía que habían llegado mientras habían estado dentro de la casa.

—¿Has llamado también a los antidisturbios? —preguntó Lottie secamente.

—No, pero algo así puede explotar en cualquier momento.

—Esperemos que no. No hay necesidad de atraer atención extra hacia Bridie. Localiza a Paddy McWard y descubre dónde ha estado y qué ha hecho. ¿De acuerdo?

—Así lo haré.

La inspectora se fijó en que todas las casas y caravanas tenían cámaras en el exterior.

—Y mira a ver si los residentes te permiten acceder a las grabaciones de sus cámaras de vigilancia. Hay más cámaras aquí en todo Ragmullin.

—Probablemente sean falsas —apuntó Kirby.

—Compruébalo. Esto está muy tranquilo. ¿Has asustado a todo el mundo o qué?

—No es culpa mía. —Kirby se metió un cigarro gordo en la boca sin encenderlo.

Lottie bajó la voz y preguntó:

—¿Qué le pasa a Lynch?

Kirby miró por encima del hombro de Lottie. Esta se volvió, siguiendo su mirada. Lynch caminaba lentamente en pequeños círculos, con el teléfono pegado a la oreja con fuerza.

—Problemas en casa, creo. No me ha dicho nada, pero cada vez que me doy la vuelta, llama a su marido.

Lottie esperó a que Boyd abriera el coche. Escuchó mientras el tren cambiaba de vía en el terraplén más allá del cementerio.

—Estoy pensando que probablemente esto haya sido obra del asesino de Elizabeth. Intenta evitar que Bridie hable con nosotros —dijo mientras entraba al vehículo.

—Pero ya ha hablado contigo —dijo Boyd.

—Puede que viera u oyera algo más. Algo que no nos haya dicho.

—Creo que es más probable que tenga que ver con su propia comunidad.

—Ya veremos. ¿Qué sabes sobre el marido de Lynch?

—No mucho, ¿por qué? —dijo Boyd, que giró hacia la carretera principal.

—Solo curiosidad. —Lottie se tiró de las mangas de la camiseta para que le cubrieran las manos frías.

—¿Es tu nuevo *hobby*?

—Conduce el maldito coche.

—¿A dónde?

—Adonde sea que podamos encontrar a Carol O'Grady.

Nada le salía bien a Donal O'Donnell. Ni ahora, ni nunca. Había esperado quince minutos antes de moverse, después de que Keelan hubiera estado a punto de romperle el timbre con su dedo insistente.

Cruzó la cocina arrastrando los pies, deseando dejar de sentir algún día ese vacío en su interior. Miró la radio y se planteó encenderla. En vez de eso, abrió la nevera. Tendría que salir pronto. La leche había caducado hacía dos días, y no tenía nada para comer aparte de cereales. Tal vez debería haberle pedido a Keelan que le hiciera algunas compras. Pero entonces estaría admitiendo la derrota. Y Donal O'Donnell nunca se rendiría.

Encontró la caja de cerillas y encendió la vela frente a la fotografía. El rostro sonriente de Lynn lo hizo detenerse. Estiró un dedo, siguió el movimiento de su cabello oscuro y el pendiente en su oreja. Quedó maravillado por la luz en sus ojos. ¿Cómo podía alguien tan joven, tan llena de vida, tan hermosa, evaporarse en la nada?

—Mi pequeña —dijo.

Un terror helado se deslizó por su columna y golpeó cada vértebra en su camino. Donal se volvió bruscamente. Nadie. No había nadie, excepto él mismo. Solo su sombra habitaba ahora esa casa.

Se volvió otra vez hacia la foto.

—Le rompiste el corazón a tu madre. Rompiste esta familia. —No tenía ni idea de si le hablaba a Lynn o a sí mismo. Nunca se había sentido más preso del peso de su propia piel. Nunca había temido tanto por la familia que le quedaba. Porque ahora sabía que el mal había regresado. Se tiró del pelo y gritó a las paredes—: Déjame en paz. Déjame en paz.

Una calma silenciosa se aposentó en la cocina. Para disiparla, encendió la

radio y escuchó las noticias. Ya no hablaban de su Lynn. No como cuando había desaparecido. Cuando el mal, con sus garras, se había apoderado de su corazón.

Era cierto, pensó, mientras se servía la leche agria sobre los copos de maíz: los espíritus perversos habían regresado. Y esta vez se sentía incapaz de luchar contra ellos.

## 36

El Jealous Wall se alzaba amenazador en la pendiente del valle. Estaba bastante deteriorado y se caía a pedazos. Los espacios abiertos marcaban los lugares donde las ventanas nunca habían reposado, y los arcos sobresalían caprichosamente. Se había construido para asemejarse al muro de una abadía medieval en ruinas, con los celos como cimientos.

Lottie bajó con Boyd por la empinada pendiente hasta la oficina de turismo y entraron por las puertas de cristal correderas. Al llegar al mostrador de recepción, Lottie tocó el timbre.

Una mujer joven abrió la puerta tras el mostrador y se quedó mirándola boquiabierta.

—Oh, es usted.

—Soy yo —dijo Lottie, y sonrió dulcemente a Carol O’Grady.

Carol frunció el ceño, con el rostro pálido y ojeroso, mientras se sentaba tras el mostrador.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría hablar un poco más sobre tu amiga Elizabeth. ¿Tienes unos minutos para tomarte un té o un café con nosotros?

—Deme un momento. La cafetería está allí, a su derecha.

El aroma del café recién hecho llenó el aire cuando los dos agentes entraron.

—Huele bien —dijo Lottie—. Yo quiero un *croissant* tostado de jamón y queso. Y un café grande.

Se sentó en uno de los sofás a esperar a Carol.

—¿Eso quiere decir que pago yo? —preguntó Boyd, y se volvió hacia la barra.

—Eso parece.

Lottie se quitó el gorro y la bufanda y se desabrochó los botones de la chaqueta. Tenía las manos blancas como las de un cadáver y le recordaron al pie de Elizabeth, con sus uñas pintadas de color rosa.

Boyd se unió a ella y se sentó.

—Ahora lo traen.

Lottie alzó la vista cuando una sombra cayó sobre la pequeña mesa.

—La verdad es que no tengo nada que decirles —dijo Carol.

—Solo queremos saber más cosas sobre Elizabeth. Tiene que haber algo en su vida que nos dé una pista sobre por qué la mataron.

—No quiero meterme en ningún problema. Necesito este trabajo. —La mano de Carol se posó sobre su estómago—. Ahora más que nunca.

—Siéntate —dijo Lottie—. Tómate un café.

—De verdad que no puedo alejarme de la recepción.

—Acabas de hacerlo. Y hay un timbre por si alguien llega.

Lanzó una mirada nerviosa hacia el vestíbulo. Carol pareció resolver el conflicto en su mente y se sentó frente a Lottie mientras Boyd iba a pedir otro café.

—Sin leche y sin azúcar —indicó Carol—. No soporto nada dulce en este momento.

—¿Qué tal es trabajar aquí? —preguntó Lottie.

—Está bien, supongo. Está un poco lejos de la ciudad.

—¿Qué hacía Elizabeth en su tiempo libre?

—No le quedaba mucho tiempo libre con tanto coger el tren.

—Pero tenía tiempo para ir a tomar copas y a la discoteca. Y mencionaste que salía a correr.

—Sí. Por aquí, los sábados y los domingos. Mucha gente de aquí sale a correr por esta zona. Íbamos juntas. Ahora ya no haré gran cosa.

—El ejercicio es bueno para ti, especialmente cuando estás embarazada —dijo Lottie, mientras pensaba que a ella tampoco le iría nada mal—. ¿Había alguien más con quien Elizabeth saliera a correr, aparte de ti?

—No.

—¿Había alguien que mostrara interés en ella?

—No que yo sepa.

—¿Cuánta gente hay por aquí un sábado por la mañana?

—Más de cincuenta personas. Puedo comprobar el registro. Todos los que vienen a correr tienen que firmar. No tienen que pagar, pero por cuestiones del seguro tienen que firmar. Traeré el libro.

—¿Ya la has asustado? —Boyd dejó una bandeja sobre la mesa, luego se sentó y repartió los cafés.

Carol regresó con un libro de registros. Lottie siguió con el dedo las múltiples firmas ilegibles.

—¿Puedes hacerme una copia de esto?

—Claro. ¿Este es el mío? —Carol tomó el café solo y sopló el líquido humeante. Después de dar un sorbo, dijo—: Tendrán que disculparme. Necesito ir al baño. —Y escapó con la mano pegada a la boca.

—Cuando tengamos la copia —dijo Lottie—, quiero que revises las listas. Tú eres bueno con esas cosas. —Le tendió el libro a Boyd.

—Aquí hay un montón de semanas de firmas —dijo él, pasando las páginas.

—Aún mejor para poder comparar los nombres de cada semana. Puede que encontremos algo.

—O no. —Boyd dejó el libro y se metió un buen trozo de *croissant* en la boca.

—Pensé que eso era para mí. —Lottie puso los ojos en blanco y se bebió el café. Otro dolor de cabeza se enraizaba en la base de su cráneo. No podía quitarse de encima la sensación de que había algo que debería preguntarle a Carol.



La estación de tren de Ragmullin llevaba en pie desde hacía más de ciento cincuenta años, con el canal a un lado y la ciudad al otro. Estaba situada al final de una pendiente. Antaño, había tenido dos líneas de tren. Una llevaba los que iban y venían de Galway, y la otra iba a Sligo. Pero ahora la única línea que quedaba era la que unía Dublín y Sligo. Parte de la vieja vía a Galway, a lo largo del camino del canal, se había reconvertido en un camino para ciclistas.

—Es genial —le explicó Boyd a Lottie mientras se dirigían a la entrada de la estación—. Es muy seguro, genial para los críos. Siempre está lleno, pero lo bueno es que no hay tráfico.

—¿Tú lo usas?

—Al menos una vez por semana, si no estoy trabajando en una investigación de asesinato. Este tipo de trabajo me chupa la energía.

—Pensaría que este tipo de trabajo te abriría el apetito de salir y sentir el aire fresco en los pulmones.

—Eso también —dijo él mientras subían los escalones y entraban al vestíbulo de piedra.

—¿Cómo te va? —saludó Jimmy a Boyd—. El tren no llega hasta las tres.

—Ah, no, esta vez no vengo por el tren. Solo busco información.

—Entonces has venido a ver al hombre indicado.

—Sé que algunos de los nuestros estuvieron el otro día haciendo preguntas sobre una chica, Elizabeth Byrne. Pero queríamos comprobar si habías recordado algo más desde entonces.

—Oh, la pobrecita que desapareció y encontraron muerta en una tumba. Qué historia tan horrible. Estremecedora. En esta ciudad ya nadie está seguro. Nadie.

—Intentamos mantener a la gente a salvo encontrando a quienquiera que lo hizo —dijo Lottie.

Jimmy la miró expectante. La inspectora se percató de que el hombre no tenía ni idea de quién era ella. Le tendió la mano a modo de saludo.

—Inspectora Lottie Parker.

—Jimmy Maguire, jefe de guardias. No un guardia de los suyos, pero he trabajado aquí durante los últimos cuarenta y pico años. Ya tendría que haberme jubilado, pero creo que se han olvidado de mí. Ahora formo parte de las paredes. —Trató de reír, pero la risa se disolvió en un gruñido.

—¿Conoce bien a todos los que vienen y van por aquí?

El hombre se levantó un poco la gorra y la miró.

—Antaño se podría haber dicho que sí. Pero ahora no, con todos los jóvenes yendo y viniendo de Dublín.

Lottie le mostró fotografías de Elizabeth.

—Esta es la chica en la que estamos interesados. Y hemos sacado esta de la cámara de seguridad que hay sobre la ventanilla, el lunes por la mañana, mientras compraba el billete. ¿La reconoce? Tomaba cada día el tren de las seis de la mañana. Creemos que llegó aquí de vuelta en el de las 17.10 desde Dublín, el lunes por la tarde. ¿Hay alguna manera de comprobarlo?

El hombre sacudió la cabeza, entrecerrando un ojo, y dijo:

—No puedo decir que la reconozca en absoluto, pobrecita. A esa edad, todas me parecen iguales.

—¿Hay más cámaras? —quiso saber Lottie.

—Solo en la taquilla y un par en el *parking*.

—Tenemos esas grabaciones, pero no hay rastro de ella. —Lottie observó el frío pórtico en el que se encontraban—. ¿No hay ninguna en el andén?

—Se habló una vez de instalar más cámaras, pero luego se pasó a hablar de cerrar por completo la estación. Sería una absoluta vergüenza si lo hicieran. Se ha formado un comité para intentar que la mantengan abierta. —Maguire sacó pecho y ensanchó los hombros—. Yo soy el presidente.

Lottie miró a Boyd; por su expresión, parecía que ambos pensaban lo mismo. Con Jimmy como presidente, la estación ya tenía un pie en la tumba.

—No hace falta que me miren así. Me apasiona este lugar. Aquí desde 1848. —Jimmy rio—. La estación, no yo, aunque algunos días parecería que yo también. Monté un grupo de voluntarios. Las cifras han disminuido. Ahora solo quedamos activos diez de nosotros. Muy a mi pesar. Los grupos dan seguridad.

Es mejor tener a una multitud detrás cuando luchas en una batalla.

—En eso tiene toda la razón —dijo Lottie, pensando en las batallas que probablemente tendría con McMahon mientras Corrigan no estuviera.

—Hay cámaras en algunos de los trenes, si están interesados.

Lottie dio un paso adelante.

—Totalmente. ¿Podemos acceder a la grabación del lunes pasado?

—¿De qué tren?

—El de las seis de la mañana de Ragmullin a Connolly, y todos los trenes de la tarde que vinieran hacia aquí, especialmente el de las 17.10.

—Puedo decirles aquí y ahora que no hay cámaras en el tren de la mañana. Para ese trayecto usamos el más viejo. No hay mucho problema a esa hora. Tendrán que llamar a la oficina central para los otros.

—Si me da los detalles, así lo haré —dijo Lottie—. ¿Podemos echar un vistazo, ya que estamos aquí?

—Adelante. —Jimmy se llevó la mano a la gorra, abrió la verja y los condujo hasta el andén—. Estaré por aquí si necesitan preguntarme algo más. Que Dios tenga piedad de su alma, pobre chiquilla.

Una brisa cortante se coló por el andén mientras Lottie y Boyd caminaban de un extremo a otro. Había una vieja torre de señales al fondo, y a su derecha se encontraba la difunta línea a Galway.

—¿Qué es eso de allí? —Lottie señaló una serie de edificios destartados.

—Tendremos que preguntárselo a Jimmy —dijo Boyd.

—Eran salas de espera.

Lottie saltó cuando el guarda de la estación apareció detrás de ella.

—Me ha dado un susto de muerte —dijo. Se recuperó rápidamente y añadió—: ¿Para qué se usan ahora?

—Para nada. Se están cayendo a trozos, están llenos de ratas. Ya nadie se acerca por ahí. —Maguire se volvió—. Si cierran la estación, todo acabará en ese estado. Nuestra herencia condenada al olvido por el garabato de un bolígrafo en alguna oficina pija de Dublín.

—No creo que la cierren —dijo Boyd.

Jimmy le lanzó una mirada que parecía decir «¿Qué sabrás tú sobre esto?».

—Bueno, si a chica la secuestraron en el tren, ¿qué crees que pasará entonces con mis pasajeros?

—No tenemos ninguna prueba de que la secuestraran en el tren —indicó

Lottie—. ¿O hay algo que no nos ha contado?

—Ese comentario me ofende, así que, si no les importa, me gustaría que se marcharan, porque esta área está restringida. Temas de seguridad. Ya saben cómo funciona.

Lottie captó la indirecta, pero no antes de lanzarle a Jimmy una mirada penetrante, que él le devolvió puntualmente.

—¿Trabajaba usted aquí cuando desapareció Lynn O'Donnell? —preguntó la inspectora.

—¿Y qué pasa si así era?

—No hace falta ponerse a la defensiva. Estoy revisando su caso. —Lottie notó que Boyd la interrogaba con los ojos. A la mierda con él—. ¿Lo recuerda?

—Fue hace mucho tiempo.

—Diez años.

—Eso es mucho tiempo.

—¿Para alguien que lleva aquí más de cuarenta? —dijo Lottie—. No es tanto tiempo.

—Tendrá que revisar sus expedientes, porque no lo recuerdo. —Se volvió hacia las vías en desuso.

—Lo haré. Y volveré.

Mientras caminaba por el andén, Lottie dijo:

—Maguire sabe algo.

—Yo también lo sospecho —dijo Boyd.

—Será mejor que lo mantengamos en nuestro radar.

—Yo diría que él nos tiene en el suyo —comentó Boyd mientras señalaba con la cabeza hacia el lado.

Maguire los observaba desde la puerta de la vieja sala de espera. Mientras se marchaban, Lottie sintió sus ojos fijos en ella, y se arrepintió de que hubieran decidido caminar en vez de ir en coche. Incluso cuando llegaban al puente en la cima de la colina, Lottie todavía se sentía observada.

\* \* \*

La mujer se metió en el tráfico en su coche mientras mantenía un ojo en los dos detectives que subían por la colina. Le dio vueltas a la idea de regresar a la estación de tren para ver qué habían descubierto, pero creyó que su tiempo

estaría mejor empleado en controlar a Lottie Parker.

Porque sabía que donde la inspectora pisara, siempre dejaba una huella turbia. Cometería un error, eso era seguro.

Y Cynthia Rhodes estaría allí para darle el tiro de gracia.

Lottie cuadró los hombros para protegerse del frío y caminó con Boyd por la calle Main. Paró frente a un poste y arrancó el trozo de papel.

—Alguien ha colgado carteles pidiendo información sobre Lynn O'Donnell.

—Aparecen cada año —indicó Boyd—. Tu carga de trabajo actual ya incluye un asesinato, así que no te vayas por las ramas.

—Aquí hay otro —dijo ella—. Definitivamente, voy a leer el expediente del caso abierto.

—¡Lottie!

—No en horas de trabajo; lo haré en mi tiempo libre.

—Tú no tienes tiempo libre, sé cómo eres. Déjalo estar.

—Boyd, ¿te irás alguna vez al carajo?

No podía dejarlo estar. No sin primero echar un vistazo al expediente. El comisario Corrigan querría que lo hiciera. Solo por si había una conexión con el asesinato de Elizabeth Byrne.

Adelantó a Boyd y se preguntó por qué estaba tan susceptible. Tal vez, después de todo, no se había tomado dos pastillas. Estaba perdiendo el hilo.

\* \* \*

La sala del caso era un hervidero de actividad. Los teléfonos echaban humo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lottie.

Kirby sostenía un teléfono entre la barbilla y el hombro.

—McMahon ha hecho una declaración en los medios de comunicación pidiendo la colaboración ciudadana para trazar los últimos movimientos de

Elizabeth Byrne.

—Creía que esta era mi investigación —dijo Lottie con las manos en las caderas.

—Puede que saquemos algo de esto —dijo Boyd.

—Probablemente la ha cagado y todos los raritos de la ciudad se pondrán a llamar. —Se sentó en una silla frente a la pizarra del caso—. ¿Habéis conseguido algo en las cámaras de los trenes?

—La oficina central dice que solo guardan las grabaciones durante dos días y luego graban encima —indicó Boyd—. Pero verán qué pueden encontrar.

—Probablemente sea un callejón sin salida. ¿Alguna buena noticia, Kirby?

Este colgó el teléfono y consultó un expediente.

—La compañía telefónica dice que el móvil de Elizabeth estuvo activo por última vez en la zona de Ragmullin. Aún no pueden darle una localización definida. Y no ha retransmitido señal desde las seis y media de la tarde del lunes.

—Probablemente el asesino lo haya desmontado y destruido. —Lottie continuó observando la magra información en la pizarra—. ¿Alguna novedad sobre Bridie McWard?

—No.

—¿Ha ido al hospital a que la atiendan?

—Se ha negado.

Lottie se volvió hacia Lynch, que mantenía la cabeza baja.

—¿Algo sobre Matt Mullin?

Lynch intercambió una mirada con Kirby y se encogió de hombros.

—Estoy trabajando en ello.

—¿Qué diablos pasa con todos vosotros? Quiero respuestas, no que perdáis el tiempo con llamadas sin sentido. Concentraos en el trabajo de verdad. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Mierda, necesito un café.

Fue hacia la cocina, con Boyd detrás. Sirvió agua del hervidor en dos tazas, cogió una y bebió. Boyd cogió la otra.

—Me parece que le has puesto dos cucharadas de café —apuntó.

—Esa es la mía. Coge esta. Necesito estar alerta.

McMahon pasó por delante, volvió a mirar y regresó.

—Esta zona está prohibida. Usad la cafetería.

Lottie se llevó la taza a los labios y bebió lentamente.

—¿Y quién lo dice?

—Yo. Este lugar incumple todas las normas sanitarias y de seguridad.

—Lo hemos usado durante los últimos tres años.

—Tenéis una cafetería totalmente nueva y allí es donde os tomáis los descansos. De todos modos, no me parece bien este constante ir y venir para hacer té.

—Es café.

—¿Te estás haciendo la listilla conmigo?

Lottie negó con la cabeza y olisqueó la taza.

—Está un poco fuerte, pero definitivamente es café.

McMahon hinchó el pecho.

—Esta cocina se dismantelará antes de que termine el día.

Se marchó por el pasillo. Lottie sacudió la cabeza y abrió la boca para hablar.

—No digas ni una palabra —le advirtió Boyd.

—Entonces digo dos. Capullo integral.

Volvió hecha una furia a su despacho, derramando café por todas partes.

El teléfono sonó. McGlynn.

—Tengo algo que querrás ver —dijo—. En el cementerio.

—Voy para allá. —La inspectora se puso la chaqueta y salió.

\* \* \*

Habían retirado todos los vehículos del aparcamiento y habían erigido una tienda sobre el contenedor del cementerio. También se había cubierto una segunda área para examinar la basura. Tres forenses trabajaban revisando las bolsas, una por una, mientras las sacaban del contenedor.

—Lo mismo da que da lo mismo —explicó McGlynn—. Al hacerlo aquí, al menos estamos alejados del circo mediático y de los mirones.

—¿Qué habéis encontrado? Aparte de basura.

—Como ves, son sobre todo residuos domésticos. Gente demasiado tacaña, o demasiado pobre, para pagar los impuestos de la basura deben de haber usado el contenedor como su basurero personal. Pero tengo una bolsa por allí que te va a interesar.

Lottie lo siguió hasta la esquina de la tienda. El olor era peor que cualquier



cosa que hubiera olido en la Casa de los Muertos. Residuos en descomposición. Restos de comida, envoltorios y todo lo que pudieras encontrar en un cubo de basura de una cocina.

—Dios —dijo la inspectora—. Este trabajo es horrible.

—Sin duda prefiero un cadáver en descomposición —dijo McGlynn—. Aquí estamos.

Sobre una mesa plegable cubierta de teflón, Lottie vio lo que había animado tanto a McGlynn.

Una chaqueta de cuero negra. Una sudadera con capucha gris. Una camisa azul a cuadros. Vaqueros azules. Un par de botines de cuero negros. Calcetines blancos peludos, un sujetador rosa y bragas blancas.

Lottie fue a tocar la chaqueta.

—Espera. —McGlynn le tendió un par de guantes de nitrilo.

Lottie se quedó mirando la ropa.

—Es de ella. Tiene que serlo. Nadie querría tirar una buena chaqueta de cuero.

—A menos que perteneciera a alguien a quien has matado o estuvieras a punto de matar.

—Comprueba si hay restos de ADN, pruebas indiciarias...

—Conozco mi trabajo, inspectora.

—¿No había bolso?

—De momento, no.

—¿Puedo fotografiarlo? Necesito mostrársela a su madre para la identificación.

—Todas las prendas estaban mojadas.

—¿Mojadas?

—Como si las hubieran hundido en agua. Les haré pruebas.

—Gracias. Por las imágenes de la cámara de vigilancia, estoy segura de que Elizabeth llevaba una chaqueta y unos vaqueros similares a estos. Bien hecho.

—Solo hago mi trabajo. Meteré todo esto en bolsas y haré que las analicen.

—Avísame en cuanto...

—Sí, sí. Te informaré en cuanto sepa algo.

\* \* \*

—Seguro que ha dejado su ADN en alguna parte en la ropa. —Lottie puso los pies sobre la papelera mientras gritaba desde su despacho al área general.

—Esto tiene pinta de un secuestro muy bien planeado —dijo Boyd.

—¿Crees que la dejó correr por el cementerio a propósito?

—Todo es posible.

—Ojalá supiéramos a qué nos enfrentamos. Joder, ni siquiera sabemos realmente de dónde se la llevaron. Hay todas esas horas sin explicación entre las seis de la tarde y las tres de la mañana. —Lottie dejó caer los pies—. ¡Lynch! Necesito saber dónde está Matt Mullin.

—He pedido que vigilen su pasaporte —contestó Lynch, también gritando.

—¿Qué ha dicho el banco?

—Lo echaron antes de Navidad.

—¿Qué? —Lottie se levantó de un salto y salió corriendo del despacho—. Tiene que estar en casa.

—Ayer no contestó nadie.

—Vuelve a comprobarlo.

—Pero tengo que...

—Ahora. Kirby irá contigo. —Lottie se volvió hacia Boyd y observó su escritorio meticulosamente ordenado—. ¿Has encontrado algo interesante en la lista de corredores de la zona de Rochfort Gardens?

—Nada destacable. He fotocopiado las páginas y examinado todos los nombres en el ordenador, pero no he encontrado nada que me llame la atención.

—¿Elizabeth salía a correr cada fin de semana?

—Estos registros se remontan a la semana después de Navidad. El único día que faltó fue el domingo pasado.

—Que estaba muriéndose de resaca, según su madre. —Lottie se inclinó sobre el hombro de Boyd y observó la lista en la pantalla con los ojos entrecerrados—. ¿Es el mismo grupo cada fin de semana?

—Más o menos. Los ordenaré de alguna manera.

—Cuando hayas terminado, tendremos que interrogar a todas las personas de la lista.

—¿Qué pasa con los interrogatorios de la residencia de ancianos?

—He pedido que los hagan Kirby o Lynch. —La inspectora miró los escritorios vacíos—. Mierda, acabo de enviarlos a buscar a Mullin.

—He revisado el informe de los uniformados de la residencia. Nadie vio ni

oyó nada.

—Iré yo misma. De todos modos, quiero echar un vistazo por allí.

—¿Voy contigo?

—Tú sigue con lo de la lista de corredores. Cogeré un sándwich e iré para allá. Luego hablaré con la madre de Elizabeth por lo de la ropa.

—¿Volverás aquí después?

—¿Ahora eres mi madre o qué?

—Lo siento, solo preguntaba.

Lottie suspiró. No tenía ni idea de por qué Boyd la sacaba de quicio hoy, pero así era.

—Pensaba irme a casa. Katie se marcha mañana y tengo que ayudarla a hacer la maleta. No quiero ni pensar en ello.

—Estará bien.

—Eso dices tú. —Lottie miró la hora—. Y no te olvides de recoger a Grace en la estación.

—Como si pudiera olvidarme —dijo él.

## 39

El sándwich se le había quedado atravesado en el esófago. «No debería comer cebollas», se dijo Lottie. Dios, le encantaría tomarse una copa. Algo de alcohol. Solo para darle un momento de relajación. Una. Solo una.

Por la noche. Luego. Tal vez.

—No estoy segura de cómo puedo ayudarla.

Peadar Kane, el director de la residencia de ancianos, la condujo a su despacho. Era alto y delgado, y una línea de pelo le cubría la cabeza, prácticamente calva.

—Este edificio es encantador. Debe de gustarle trabajar aquí. —A Lottie no le iba la cháchara, pero como los residentes y el personal ya habían sido interrogados, honestamente no sabía lo que estaba buscando.

—Bueno, es mucho más bonito que la vieja residencia.

—¿Todavía se usa ese edificio?

—Hubo un problema de sanidad y seguridad. Se decretó que no era seguro como residencia en su mayor parte.

—Sanidad y seguridad, la cruz de mi vida —dijo Lottie, pensando en McMahan y su cafetería improvisada.

—No se puede ser demasiado cuidadoso en lo relativo a la gente mayor. Físicamente, no son tan capaces como nosotros.

—Estoy de acuerdo. —Se preguntó cómo estaría su madre hoy. Mejor, esperaba—. ¿Tienen a una señora McWard aquí?

—¿Queenie? Sí, en el segundo piso. ¿Quiere verla?

—Sí, y me gustaría echar un vistazo por el edificio.

—Adelante. Tengo una reunión en unos minutos, así que le daré un pase de

visitante y entonces podrá acceder a todas las áreas.

—Eso sería maravilloso.

Una vez tuvo el pase y el número de habitación de Queenie, el director la acompañó fuera del despacho. Un hombre se les acercó. Su piel era grisácea y sus ojos eran tan oscuros que solo podían estar llenos de tristeza.

—Ah, Donal. Me alegro de que hayas podido venir —dijo Kane—. Estaba preocupado por ti. Siéntate en mi despacho y estaré contigo en un segundo.

El hombre agachó la cabeza y entró arrastrando los pies en la cálida oficina.

—Pobre Donal. Ha sido celador en la residencia desde Dios sabe cuándo. Su mujer murió hace unas semanas y tengo que hablar con él para ver cuándo se reincorporará al trabajo.

—No quiero entretenerlo.

—Si hay algo más que pueda hacer por usted, no dude en decírmelo.

Kane siguió a su empleado al despacho y Lottie comenzó su *tour* por las instalaciones. Se preguntó distraídamente si a Rose le gustaría el lugar. Pero tan pronto como el pensamiento entró en su cabeza, lo descartó. Rose Fitzpatrick preferiría morir antes que mudarse a una residencia de ancianos.

\* \* \*

Gilly O'Donoghue le pasó las riendas a Dan, que llegaba tarde a su turno en la recepción. La garda cogió su bolso y fue hacia la puerta, contenta de que su turno hubiera acabado. Tendría que ir corriendo a casa para comer, ducharse y maquillarse un poco antes de ir a ver la obra. Justo cuando acababa de ponerse el abrigo, Boyd apareció a toda prisa por el pasillo.

—Eh, Gilly, antes de que te vayas, ¿podemos hablar un momento?

—Hoy tengo un poco de prisa. ¿De qué se trata?

—No estoy del todo seguro. Solo una corazonada de que tal vez puedas haber visto algo. —Le mostró las páginas fotocopiadas del registro de Rochfort Gardens—. Me he fijado en que sales a correr por aquí.

—Así es, cuando no estoy de servicio. ¿Por qué?

—He encontrado tu nombre en una lista. ¿Conocías a Elizabeth Byrne?

—¿La chica asesinada? No, ¿por qué?

—Salía a correr por Rochfort Gardens cada fin de semana. Pensé que tal vez la habrías visto, o a alguien actuando de manera sospechosa cerca de ella.

—Vi su fotografía en la pizarra del caso, pero no la reconocí. ¿Quieres que me infiltre de incógnito e investigue un poco?

—Estamos intentando contactar con todas las personas de la lista, y creo que luego Lottie quiere que interroguemos al resto de la gente el sábado por la mañana cuando vayan a correr, así que sería genial si pudieras ayudarnos con eso.

—¿Entonces no sería de incógnito? —Le habría gustado hacer un pequeño trabajo de detective. Podría ayudarla en su objetivo de ser sargento.

Boyd negó con la cabeza.

—Aunque si recuerdas algo que te pareciera fuera de lo común, dímelo.

—Es una posibilidad un poco remota, ¿no?

—En este punto, cualquier posibilidad me vale.

Mientras Boyd se alejaba, Gilly pensó en Mollie, que también salía a correr los fines de semana. Apretó el botón de llamada rápida en su teléfono. Nada. Ni siquiera una grabación de voz. ¿Dónde estaba? Pensó en pasarse por su piso de camino a casa. Echó un vistazo al reloj y comprobó que ya iba justa de tiempo. Se pasaría después de que Kirby la recogiera.

\* \* \*

La chica lo miraba otra vez. Vagón C, último asiento. La observó mientras seguía mirando a su alrededor con su cabezota entrometida. ¿A quién buscaba? No sería al premio que había ganado él ayer, ¿verdad?

Debatió si sentarse junto a ella. Entablar una conversación. Solo para ver qué podía descubrir sobre ella. Pero entonces decidió que la vida era demasiado corta como para pasar por semejante trago. En vez de eso, centró su mente en la visita que más tarde haría a su premio. Repasó mentalmente la lista de tareas. Se había deshecho del portátil y el móvil. Igual que de su ropa y su bolso. Repartido por todo Dublín. No había manera de relacionar nada con ella. O, todavía más importante, con él.

Permitió que una sonrisa de satisfacción le ensanchara el rostro, pero la borró inmediatamente. Esa maldita zorra con ojos penetrantes lo estaba atravesando con la mirada. «Será mejor que no te conviertas en un incordio — pensó—, o conozco exactamente el lugar para ti, donde nadie volverá a encontrarte jamás».

Lo molestaba tanto que ni siquiera el ritmo del tren cogiendo velocidad

podía disipar el inquietante sentimiento de angustia que le tensaba los hombros y que hacía que se juntaran el uno con el otro, hueso contra hueso. Tendría que desperdiciar el viaje pensando en maneras de librarse de ella, en vez de en cómo jugar con su nuevo juguete. «Te arrepentirás, puta», juró en silencio.

\* \* \*

Aunque el edificio era nuevo, persistía el distintivo olor de la edad. Lottie lo sentía, pero no podía identificarlo. Las habitaciones eran luminosas y amplias, y la mayoría de los residentes parecían satisfechos con su suerte.

Lottie tomó el ascensor hasta el último piso y se quedó de pie frente al gigantesco ventanal. La tarde comenzaba a oscurecer, pero aún veía directamente el cementerio desde su punto de observación.

Se quedó mirando el lugar donde habían descubierto el cuerpo de Elizabeth. El agujero estaba abierto, destapado, esperando todavía el entierro de la señora Green. La imagen del padre Joe apareció en su cabeza y su dedo se deslizó a la pantalla de su móvil. Le encantaría charlar con él. Pero sería un error. Ambos habían sufrido demasiado por sus respectivas familias en el pasado, y ahora Lottie estaba lo bastante mal y no necesitaba resucitar aquello otra vez.

—No son vistas muy bonitas —dijo una voz detrás de ella.

La inspectora se giró. El hombre que había visto un rato antes frente al despacho de Kane se acercó a ella.

—Es una tarde oscura —aventuró Lottie.

—Todas esas pobres almas enterradas allí abajo...

—Lamento lo de su esposa. ¿Llevaban mucho tiempo casados?

—Demasiado. —El hombre puso una mano pesada sobre el omóplato de Lottie antes de volver por donde había venido.

El dolor le atravesó la columna y le subió hasta el cuello. El hombre le había apoyado la mano en el lugar exacto donde había sufrido la puñalada. Pero era el tono gélido de su voz lo que le había causado más malestar. Un escalofrío se deslizó por su espalda mientras lo observaba alejarse.

Lottie se sacudió. «Llevo demasiado tiempo en este trabajo», pensó. Incluso un anciano que no conocía le daba escalofríos.

## 40

La casa familiar de Matt Mullin estaba ubicada en la vieja calle Dublín, en las afueras de Ragmullin. Era un edificio grande de dos plantas, con ladrillos rojos que mostraban señales de humedad a lo largo de las esquinas de la casa y bajo los alféizares. Un camino estrecho llevaba hasta la puerta delantera. Habían quitado los árboles del terreno de detrás de la casa y estaban excavando en él. Los camiones y las excavadoras parecían estar terminando el trabajo de la jornada.

Lynch apretó el timbre. En cierto modo, esperaba que la señora Mullin no estuviera. Estaba muerta de frío y quería irse a casa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Kirby.

—Están construyendo una nueva escuela. —Volvió a inclinarse sobre el timbre.

—Un lugar genial para enterrar un cuerpo.

—¿Quieres callarte?

—La chica que desapareció hace diez años —dijo Kirby, dando una calada a su cigarro antes de apagarlo entre sus gruesos dedos—. Podría estar enterrada en algún lugar como este. En otra época fue un bosque.

—¿Y crees que los obreros encontrarán su cuerpo de repente?

—Es posible.

Se fijó en que Kirby escondía el cigarro en el bolsillo interior de su chaqueta cuando la puerta se abrió. Una mujer de unos cincuenta años, con el rostro alargado de huesos finos, frente alta y ojos penetrantes comprobó sus placas.

—Por teléfono dijo que se trataba de mi hijo. —Se retorció el pelo rubio y lo dejó caer sobre un hombro. Lynch pensó que lo hacía más para crear efecto que



por ansiedad.

—Sí, así es. ¿Podemos entrar?

La señora Mullin se dio la vuelta y avanzó por el amplio recibidor. Lynch contempló la decoración cara.

—Bonito lugar.

—Lo compramos hace cinco años. Salió al mercado después de la crisis bancaria.

Los condujo hasta un salón con dos ventanas que iban del suelo al techo. La luz en la habitación quedaba atenuada por la sombra de un enorme árbol en el exterior. La mujer encendió una lámpara.

—Siéntense, por favor.

Lynch y Kirby tomaron posición en unos sillones frente a la mujer.

—Hemos tratado de encontrar a Matt, pero de momento no hemos tenido suerte —comenzó Lynch—. ¿Sabe dónde puede estar o cómo podemos ponernos en contacto con él?

—Por supuesto.

—¿Está aquí? —Lynch cerró la libreta y se metió el boli en el nudo de la coleta—. Creíamos que estaba trabajando en Alemania, pero su banco nos ha informado de que lo echaron antes de Navidad. No nos ha devuelto las llamadas. Me gustaría hablar con él.

—Eso es imposible.

—Pero es fundamental para nuestra investigación que confirmemos algunos detalles con él.

—¿Qué investigación es esa?

Lynch vio la mirada de advertencia en los ojos de Kirby. Había que tratar este asunto con tacto.

—Hay algo de lo que necesito hablar con Matt —dijo la detective—. ¿Puede confirmarnos si está en casa en este momento?

—Está enfermo. Si no puede hablarlo conmigo, me temo que no tengo nada más que decirles. —La señora Mullin se levantó y se abrochó la chaqueta de punto. Sus vaqueros parecían de marca.

Lynch permaneció sentada, mirando a la mujer.

—Si está aquí, estoy segura de que a Matt no le importará dedicarnos un par de minutos. Solo para descartarlo de nuestra investigación.

—Ya que ni siquiera quiere decirme sobre qué es esa investigación, no

puedo ayudarla. —El rostro estrecho se cerró.

—Tiene que ver con un asesinato —le espetó Lynch.

La señora Mullin volvió a sentarse.

—¿El asesinato de quién, y por qué cree que tiene que descartar a mi hijo?

Lynch suspiró. Esto estaba resultando realmente difícil.

—El asesinato de Elizabeth Byrne.

—Lo he oído. Pobre chica. Pero no tiene absolutamente nada que ver con Matt. Cortaron hace un año. Ella le rompió el corazón.

Lynch alzó una ceja mirando a Kirby y dijo:

—Nos informaron de que fue Matt quien rompió con Elizabeth.

—Les han informado mal.

—Entonces, ¿fue Elizabeth la que terminó la relación?

—Correcto. El día de San Valentín. ¿Cómo pudo ser tan cruel?

—¿Y Matt se fue a Múnich por eso? —Lynch había vuelto a sacar la libreta.

—Esa chica alejó a mi pequeño de mí. Nunca la perdonaré.

—Señora Mullin, ¿dónde está Matt? —Lynch ya había tenido suficiente.

—Si quiere hablar con él, consiga una orden judicial, una citación, o como sea que lo llamen.

—¿No puede Matt tomar la decisión él mismo?

—Los acompañaré a la salida. —La señora Mullin se levantó y fue hacia la puerta.

Kirby inclinó la cabeza levemente hacia Lynch.

—¿Qué vamos a hacer? —articuló en silencio.

—¿Puedo ir al baño antes de que nos vayamos? —Lynch caminó hacia la puerta—. De verdad que no puedo aguantarme.

—Ese truco viejo no va a funcionar conmigo. Preferiría que simplemente se fueran a la mierda.

La ordinariez emanando de una boca tan relamida tomó a Lynch por sorpresa.

—¿Qué?

—Quiero que ambos salgan de mi casa.

—Dígale a Matt que se pase por la comisaría —indicó Lynch—. Tenemos que hablar con él.

La puerta se cerró antes de que acabara de pronunciar la frase.

Sentada en el coche, Lynch mantuvo los ojos fijos en las ventanas del piso

superior. Kirby arrancó el motor y condujo por el camino hasta la salida.

—Has estado un poco cascarrabias ahí dentro —dijo el detective.

—Estoy embarazada.

—¡Venga ya! No puedes estar embarazada.

—Lo estoy.

—Joder, Lynch. ¿Embarazada? —Kirby buscó el cigarro en su bolsillo—. Bueno, no es excusa, y lo sabes. La jefa te va a matar si la señora Mullin pone una queja.

—¿Una queja sobre qué? Es ella la que ha montado un escándalo y no ha contestado ni una maldita pregunta. No va a poner una queja. No quiere llamar la atención.

—¿Por qué dices eso?

—Porque necesitamos hablar con su hijo.

—Podría estar en cualquier parte.

—Estaba allí, estoy segura. ¿Y por qué te crees que no ha querido bajar y contarnos dónde estaba el lunes por la noche?

—Te estás imaginando cosas, Lynch. —Kirby se metió el cigarro a medio fumar entre los labios—. No creo que hubiera nadie más en esa casa.

Atravesaron la ciudad en silencio. Al doblar por la calle principal, Kirby murmuró:

—¿Embarazada? Joder, Lynch, ¿cómo ha pasado?

—¿Y tú qué crees? —La detective salió del coche. Kirby se quedó en el interior, sacudiendo la cabeza.

\* \* \*

El ojo de Bridie se había hinchado y estaba casi cerrado, pero el pequeño Tommy por fin estaba en su cuna profundamente dormido. La joven se quedó de pie frente a la ventana de su casa diminuta y miró el muro de cemento en el exterior.

Esa pobre chica asesinada; tenían que haber sido sus gritos los que había oído la otra noche. Tal vez debería haber llamado a la policía en ese momento. ¿Pero qué podrían haber hecho? La pobrecita ya estaba muerta. Así que ¿por qué había alguien ahí fuera que no quería que Bridie dijera nada? A esas alturas, ya habían encontrado el cuerpo. ¿Su atacante sería el hombre que había

asesinado a esa chica, o había venido para cerrarle la boca sobre algo totalmente distinto?

Paddy.

Tenía que estar relacionado con Paddy. ¿Y por qué no contestaba el teléfono?

Cogió su iPhone con la carcasa de purpurina y volvió a llamar. Seguía sin responder. Dejó otro mensaje y le dijo que se pusiera en contacto con ella inmediatamente.

Eso era todo lo que podía hacer por el momento.

## 41

Después de preguntarle a una enfermera si podía hablar con Queenie McWard, Lottie se encontró sentada junto al lecho de la anciana.

Tenía un aspecto frágil, con un par de gafas de montura fina acomodadas sobre la nariz, y una cadena de oro larga sujetándolas en su sitio. El pelo gris, con una bonita permanente, le enmarcaba el rostro como una pintura. Sus manos espectrales, aferradas al pecho, sostenían un rosario entre los dedos. Y sus labios se movían rápida y silenciosamente.

—¿Señora McWard? —dijo Lottie. No hubo respuesta, aunque los labios aceleraron su movimiento—. ¿Podemos hablar un momento?

Los ojos de la anciana se abrieron de golpe, y las gafas se le cayeron del rostro sobre el pecho. El rosario se le escurrió de los dedos.

—Ahora he perdido la cuenta. No recuerdo si era mi quinto Ave María o el sexto. —Un par de ojos oscuros atravesaron a Lottie—. ¿Qué quiere?

La boca de Queenie estaba desprovista de dientes y Lottie se fijó en la dentadura postiza que descansaba en un vaso en la mesita de noche.

—Lamento molestarla, pero pasaba por aquí y pensé en saludar. —Cruzó los dedos.

—Eso es mentira. Dígame por qué está aquí, jovencita, y déjeme regresar a mis oraciones.

—He hablado con su hija.

—¿Con cuál?

—Bridie.

—¿Qué ha hecho ahora ese marido suyo? Espero que no le haya pegado. Aunque no me sorprendería, viendo que su padre es un primo tercero de mi

marido, que Dios tenga en su gloria su alma de ladrón.

—Ah, me había preguntado por qué Bridie y usted tenían el mismo apellido.

—Pues no se lo pregunte más, jovencita.

—Bridie creyó haber oído una *banshee* la otra noche. Resulta que eran los gritos de una chica que más tarde encontramos asesinada.

—Entonces seguro que era la *banshee*. Anunciando la muerte de aquella de la que habla. Los suyos no creen en la *banshee*, pero mi gente sí. ¿Por qué me está fastidiando?

—Usted oyó a la *banshee* una vez.

—¿Quién lo dice?

—Bridie lo mencionó.

—Oí muchas *banshee* en mi época. Cada vez que la oigo, alguien de mi familia muere. Es un aviso. Para estar alerta. Puede chillar y plañir noche tras noche, sin parar. Nunca he visto ninguna, pero mi bisabuela sí. No es que haya sido hace poco, ¿no cree?

—Supongo que no —dijo Lottie. Estaba perdiendo el tiempo en la residencia, como le habían dicho demasiadas veces. Tenía que volver a casa y ayudar a Katie a hacer las maletas. Tenía muchas cosas que hacer.

Queenie seguía hablando.

—Luego hubo esa vez en que aquella chica desapareció. La vieron por última vez bajando del tren. Hace mucho tiempo. Por lo menos diez años. Oí a la *banshee* durante siete noches seguidas por aquel entonces. Y nunca la encontraron. —Hizo una pausa, volvió a ponerse las gafas sobre la nariz y observó fijamente a Lottie—. No me mire como si no me creyera. Como le he dicho, nunca la encontraron. Simplemente... desapareció. Se desvaneció. Oiga bien lo que le digo, está tan muerta como todos los que están enterrados en ese cementerio.

—El aniversario de su desaparición es este fin de semana.

—¿De verdad?

Lottie recordó el cartel que había encontrado en la ciudad. Lo tenía enrollado en el bolsillo. Lo sacó, lo aplanó y se lo mostró a la anciana.

—Sí señora, ella es la que desapareció hace todos esos años. Nunca la encontraron. Pero la *banshee* sí la encontró.

«Será mejor que lea el expediente del caso de Lynn», pensó Lottie.

Boyd estaba sentado con el motor en marcha viendo a los trabajadores pendulares salir de la estación. ¿Por qué nadie se había fijado en Elizabeth Byrne el lunes por la tarde? ¿Dónde estuvo desde que bajó del tren hasta que se oyeron sus gritos a las 3.15 de la mañana siguiente? No fue a casa. No fue a casa de su amiga Carol. Así que ¿a dónde fue? La única conclusión obvia a la que podía llegar es que fue secuestrada después de salir del tren, de camino a casa, y que su captor la retuvo hasta que la mató.

Saludó a Grace con la mano. Esta corrió hacia el coche. Cuando se hubo abrochado el cinturón de seguridad y colocado el bolso sobre la falda, se volvió hacia él.

—Mark, quiero que encuentres a mi amiga. Ha desaparecido.

—No es tu amiga y no ha desaparecido.

—Menudo policía eres.

—¿Qué quieres decir?

—No me tomas en serio.

—Grace, ni siquiera sabes cómo se llama esa chica. No sabes nada sobre ella. Y no hemos recibido ninguna denuncia por desaparición. Vamos. Tenemos que comer. Debes de estar muriéndote de hambre.

—Antes sí. Ahora ya no.

—Voy a cocinar algo rico, puede que cambies de opinión.

—Mollie —dijo Grace.

—¿Cómo?

—Se llama Mollie.

\* \* \*

Mollie aún no tenía ni idea de dónde estaba o qué día era, y ahora casi sentía como si no supiera quién era.

La oscuridad la arrojaba velozmente a la locura. No había sombras. Ningún sonido aparte de su propia respiración. Incluso la línea de luz parecía haberse desvanecido. Su cerebro conjuró sus peores miedos. El miedo a lo desconocido. Miedo a lo que podría haber a su alrededor. Miedo a lo que iba a pasarle. Trató de desenterrar las cosas que había aprendido en un curso de atención plena al que iba en el trabajo. Vivir en el momento, eso era lo que profesaba. Un montón de chorradas. Definitivamente, no quería vivir en este momento. De ninguna manera. Ni un segundo más.

Con una sequía en sus ojos, no tenía lágrimas que derramar. Un torrente de rabia la llenó. ¿Por qué la había secuestrado? ¿Qué había en ella que la había convertido en su objetivo? ¿Era todo culpa suya?

Su padre tenía ese truco. Hacerla sentir culpable por todo y por cualquier cosa. La leche derramada, unas botas sucias, el mal humor de su madre. Sí, todo era culpa de Mollie. Uno de los motivos por los que se había negado a mudarse a Londres fue para escapar de la condena por cada una de las cosas que hacía. Y cuando su madre murió, sí, eso también fue culpa suya. «Si hubieras estado aquí, Mollie, seguiría viva. ¿Cómo esperabas que me hiciera cargo de ella yo solo? Es todo culpa tuya».

Culpable del delito que se le acusa.

Pero no. No iba a caer en esas manipulaciones. Tenía que salir de ahí. Y la única manera de hacerlo era ser fuerte y mantener la mente alerta. Tendría que ganar a ese cabrón a su propio juego. Se removió incómoda en la cama mientras se preguntaba qué juego sería ese.

Tenía que averiguarlo antes de que fuera demasiado tarde. Porque sabía que no había nadie ahí fuera que la echara de menos. Nadie en absoluto.



## 43

—Esta casa es como un congelador —dijo Lottie mientras cerraba la puerta principal después de entrar—. ¿Sean? ¿Chloe? ¿Katie?

Dejó el expediente de Lynn O'Donnell sobre la mesa y fue a comprobar la caldera en el lavadero. Estaba encendida, pero no había calefacción. ¿Se habría acabado el aceite? Abrió la puerta trasera y miró a la oscuridad. Encendió la luz exterior.

Sean entró a la cocina encorvado.

—¿Qué son todos esos gritos?

—¿Puedes ponerte unos zapatos y comprobar el tanque de aceite?

Lottie lo miró mientras el chico subía por la pared de cemento que rodeaba el tanque y metía la barra de medir. La sacó y Lottie la examinó.

—Todavía queda un cuarto —dijo—. Entonces, ¿por qué no funciona la caldera?

—Apágala y vuévela a encender —propuso Sean—. Eso es lo que hago con mi ordenador.

Lottie lo probó. La caldera volvió a la vida.

Sean sonrió.

—Siempre funciona.

Lottie vació la lavadora y metió la ropa en la secadora. De regreso a la cocina, buscó en la nevera algo para preparar la cena.

—¿Mamá? —La voz de Katie resonó por las escaleras desde el piso de arriba—. ¿Puedes echarme una mano con esta maleta?

—Enseguida. Estoy viendo qué hago para cenar. —Sacó una bandeja de carne picada de la nevera, cogió un paquete de pasta y comenzó a cocinar.

—Yo tendré que comer luego —dijo Sean—. Boyd me lleva a entrenar.

—Mierda, me había olvidado. ¡Subo en un momento, Katie!

Lottie miró el expediente sobre la mesa y supo que traerlo a casa había sido un error. Intentaría encontrar una hora en algún momento para revisarlo.

El timbre sonó y Sean bajó pitando las escaleras para ser el primero en llegar. Boyd entró al recibidor.

—Bueno, colega, ¿estás listo?

—Dame dos minutos. Mamá está en la cocina.

Lottie se volvió, dándole la espalda al fogón.

—Me alegro de que lo lleves.

—No hay problema. Veo que te has traído trabajo a casa. —Lottie se detuvo con la cuchara de madera en la mano mientras su compañero abría el expediente—. Pensé que tenías suficiente trabajo sin esto.

—Solo quiero leerlo. —¿Por qué le daba explicaciones?—. He ido a la residencia y he conocido a Queenie McWard. No te rías, pero asegura que oyó una *banshee* la noche en que Lynn O'Donnell desapareció. No hará ningún daño echar un vistazo al expediente. —Sabía que estaba balbuceando. «Cierra el pico, Parker».

—Te conozco, Lottie, y no creo que debas engancharte con algo que te va a chupar la vida.

—No lo haré.

Boyd gruñó.

—Tengo que llevar a Katie al aeropuerto mañana por la mañana. Estaré en la oficina a las nueve. —Lottie se volvió hacia el fogón y removió la carne picada vigorosamente, con las defensas elevadas—. Excúsame ante McMahon, si pregunta.

Su móvil vibró sobre la mesa. Boyd lo cogió. Lottie se lo arrancó de la mano, vio quién llamaba y colgó.

—Lo he visto —dijo él—. ¿Para qué te llama?

—¿Cómo voy a saberlo? No he contestado.

—¿Por qué no?

—Boyd, puedes...

—Cuando tú quieras. —Sean llegó cargando a la espalda la bolsa con el equipo y el palo de hurley en la mano.

—Hasta luego —dijo Lottie, mientras la puerta se cerraba.

—¡Mamá! —gritó Katie—. Chloe va a hacer que me estalle la cabeza.

—Voy. —Lottie removi6 una vez m6s la cena, baj6 el fuego y subi6 las escaleras.

¿Por qu6 la hab6 llamado el padre Joe? ¿Deber6 devolverle la llamada? No; si era algo urgente, volver6 a llamar. Probablemente solo quer6 saber cu6ndo podr6 enterrar a la se6ora Green. Ya ten6 suficientes problemas sin el padre Joe.

\* \* \*

La calle Canal estaba oscura y t6trica cuando Kirby se uni6 a Gilly al final de los escalones del apartamento de Mollie. La guarda llam6 al timbre con fuerza. No hubo respuesta. Sac6 las llaves.

—Vamos a perdernos el principio de la obra —dijo Kirby.

—Ser6 solo un minuto. —Gir6 la llave y entr6 al piso—. ¿Mollie? Soy yo.

—Vamos, esto es invasi6n de la privacidad. —Kirby volvi6 a bajar los escalones.

—¡Ella me dio la llave!

—Tenemos cinco minutos para llegar al Centro de Arte o no nos dejar6n entrar cuando haya empezado la obra.

—¿Quieres callarte con tu est6pida obra?

—Eres t6 quien quer6 verla.

—Ven aqu6. Mira esto —dijo Gilly.

Kirby la sigui6 hasta la diminuta cocina.

—Parece que no le gusta limpiar.

—Todo est6 exactamente igual que anoche. No ha estado aqu6 desde ayer por la ma6ana.

—¿Y dices que trabaja en Dubl6n?

—S6. Ma6ana por la ma6ana llamar6 a su oficina para averiguar qu6 diablos est6 pasando.

—Hazlo. Y ahora, ¿podemos irnos?

Antes de salir detr6s de 6l, Gilly volvi6 a llamar al m6vil de Mollie. Estaba desconectado.

—Esto no es nada propio de Mollie.

Estaba hablando sola.

\* \* \*

Lottie dejó a Katie peleando con Chloe sobre la propiedad de un par de vaqueros. Giró la llave en la puerta de la casa de Rose y dijo:

—Madre, te he traído la cena.

—Estás forzando un poco esa descripción —dijo Rose. Estaba sentada en una silla junto al fogón—. ¿Sabes qué hora es?

—Sí, y he estado ocupada.

—Siempre estás ocupada. —Rose olisqueó—. Espero que no sea otra vez esa cosa picante.

—Es pasta con carne picada, lo siento. He estado ayudando a Katie a hacer las maletas.

—¿Por qué no me has pedido ayuda?

—No te encuentras bien. —Lottie dejó el plato sobre la mesa y quitó el paño de cocina. La comida tenía un aspecto bastante miserable. Sabía que la iba a criticar. Comenzó a preparar un té.

—No estoy muerta. Todavía. —Rose fue hasta la mesa arrastrando los pies—. Podría haberle echado una mano a mi nieta si alguno de vosotros se hubiera molestado en preguntar. ¿Y cuándo va a bautizar a ese chiquillo? Todavía está en pecado hasta que lo haga, y es peligroso volar con el pecado en el alma.

En los últimos tres meses y medio, Rose había pasado de ser una matriarca furiosa a una tirana amargada. A veces parecía que hubieran pasado cuatro años desde que había confesado una vida de mentiras.

Lottie sirvió una taza de té mientras luchaba por mantener su mal genio bajo control y su lengua callada. Daba igual lo que dijera, no sería lo correcto.

—Ponle tres azucarillos. Creo que tengo la glucosa baja.

—Si tomas demasiado azúcar, no podrás dormir por la noche.

—Eso es mi problema, ¿no?

—Sí, así es. —Lottie dejó la taza sobre la mesa.

—Tendrías que haber usado una tetera. Se hace mejor así. En mis tiempos no teníamos bolsitas de té.

—¿Vas a comerte eso o a ofrecerlo en sacrificio? —Lottie se quedó en pie de espaldas al fogón.

—Es difícil hacerlo con público, incluso si fuera comestible. —Rose dejó el

cuchillo y el tenedor y bebió un poco de té—. Solo le has puesto un azucarillo.

—Es suficiente para ti.

Rose se volvió en la silla y miró a Lottie a los ojos.

—No me digas lo que es suficiente para mí en mi propia casa. Yo vivo aquí, no tú. —Empujó el plato hasta el centro de la mesa y se cruzó de brazos.

Lottie puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia su madre. Podría haber jurado que oía algo quebrarse físicamente en su cerebro.

—Y yo me alegro de no vivir aquí, porque ¿sabes qué? Mi vida era un infierno por aquel entonces, y espero no tener que vivir aquí nunca más.

Cogió la chaqueta y salió corriendo de la casa. Definitivamente, no tendría que haber dicho eso. Pero ahora que lo había dicho, no podía retirarlo.

Finn O'Donnell olía el *whisky* en el aliento de su mujer desde donde ella estaba sentada, observándolo por encima del borde del vaso. Estaba demasiado cerca, pero la habitación era tan pequeña que no tenía adonde ir.

—Has tenido un buen día en el trabajo, ¿eh? —dijo ella.

—Ha estado bien. —Sacudió el periódico y lo alzó hasta su cara para mantenerla fuera de su línea de visión. Estaba parlotando sobre no sabía quién. Comiéndole la cabeza. Finn dobló el periódico y se levantó.

—Voy a salir.

—¿A dónde?

—Creo que me pasaré por casa de papá. Para ver qué tal está.

—No lo has ido a visitar en una eternidad. De hecho, desde el día del funeral de tu madre.

—Más motivo para ir ahora, ¿no te parece?

—¿Sabes qué hora es? No veo por qué no puedes...

Por supuesto que sabía qué hora era. Cada quince minutos, ella se encargaba de recordárselo. No esperó al final de su estúpido discurso. Salió por la puerta, bajó los escalones y empezó a caminar.

\* \* \*

Cillian levantó la vista cuando su mujer anunció que la cena estaba lista.

—Saoirse, guarda tus juguetes —dijo el hombre, y cerró la tapa de su iPad.

—En un momento, papi. —La pequeña hundió su cera roja en la página.

—Te he dicho que lo guardes —saltó Cillian. No le gustaba cuando se ponía

así con su hija. Pero esa noche no podía contenerse.

—Eh, ya basta. No pasa nada por un minuto o dos. —Keelan estaba en la puerta—. ¿Por qué no me ayudas a poner la mesa?

—Oh, esto es divertidísimo, sí señor. —Arrojó el iPad a la mesita de café, se balanceó sobre el borde, se deslizó y cayó al suelo—. ¡Mira lo que me has hecho hacer!

Se levantó de un salto y cogió bruscamente la *tablet* del suelo. Pasó el dedo sobre la grieta en la pantalla y volvió a dejarla en el suelo de un golpe. En dos zancadas, llegó a la cocina.

Keelan retrocedió hasta la encimera.

—Eso... eso ha sido culpa tuya. No me lo quieras cargar a mí.

—Oh, así que ahora todo es culpa mía. —Cogió un plato del montón que había sobre la encimera y lo arrojó al suelo—. Ves, eso sí que ha sido culpa mía. Y esto. —Arrojó otro. Hizo una pausa de efecto y tiró otro más.

—Cillian. Para. Estás asustando a Saoirse.

La niebla roja que había descendido se alzó cuando vio a su hija asomar la cabeza por la puerta.

—¿Por qué has hecho eso, papi?

Sonaba exactamente igual que Keelan. Acusadora. Sin pensar en lo que hacía, tiró al suelo el resto de la vajilla, luego pasó entre los pedazos y cogió su chaqueta. Se marchó antes de que hiciera daño de verdad. Daño mortal. No, no quería volver a ser la causa de eso nunca más.

\* \* \*

Paddy no podía consolarla. No importaba lo que hiciera, ella temblaba y lloraba.

—Bridie, tienen que ponerte puntos. La herida todavía sangra. —Estaba sentado junto a ella en su sofá blanco—. Trae, déjame que coja a Tommy. Tú vete a la cama. Yo le daré de cenar y lo acostaré.

Bridie apretó al pequeño con más fuerza contra su pecho mientras sus lágrimas le mojaban el pelo.

—No. Puedes irte a la mierda. Te marchas en mitad de la noche y nos dejas aquí solos. Un capullo se cuele en casa y me da una paliza que te cagas, ¿y qué haces tú? Nada. Eso es para lo que sirves, Paddy McWard. Para nada. Así que vete a la mierda.

Paddy se levantó. ¿Qué podía hacer un hombre? No podía soportar verla

llorar.

—Mantén la puerta cerrada. Yo tengo mi llave —dijo, y dejó a Bridie sola otra vez en su diminuta casa immaculada.



El bar Cafferty estaba bastante lleno para un jueves por la noche. Los tiradores de cerveza con las luces empañadas del frío incitaban a los clientes. Varios televisores mostraban los últimos minutos de un partido de fútbol.

Kirby pidió una pinta y una copa de vino. Gilly estaba sentada en el rincón más apartado de la actividad futbolística.

—Está un poco alto, ¿no? —comentó.

—Es para crear ambiente —dijo él.

—Depende del ambiente que se busque.

El camarero llegó con las bebidas y Kirby le dio un billete de diez libras.

—Quédate el cambio.

—La obra era buena. Gracias por llevarme —dijo Gilly—. Pensé que tal vez trabajarías esta noche.

—El nuevo comisario lo ha suspendido. En general, estoy de acuerdo con él. No estábamos llegando a nada. Prefiero trabajar en la investigación del asesinato.

—Boyd me ha hecho preguntas al respecto esta tarde. ¿Sabes que los fines de semana voy a correr por Rochfort Gardens? Elizabeth Byrne también lo hacía. Me ha preguntado si la conocía o si había visto a alguien actuar de manera sospechosa.

—¿Y?

—No. Los únicos actuando de manera sospechosa eran los viejos pedorros metiendo barriga para intentar aparentar treinta años menos. —Se sonrojó y esperó que Kirby no pensara que se refería a él—. Allí es donde conocí a Mollie.

Kirby se detuvo con la pinta a medio camino hacia su boca.  
—¿La misma Mollie que crees que ha desaparecido de la faz de la Tierra?  
—Exactamente la misma.  
—Qué interesante.  
—Por fin.  
—Solo digo que es interesante. No lo estoy convirtiendo en un drama.  
—Pero siempre me avisa si al final no viene a correr o lo que sea. Es poco propio de ella, eso es todo.  
—Llámalala otra vez.  
—Ya lo he probado un montón de veces. Ahora su teléfono está apagado.  
—¿Has comprobado si su pasaporte está en el apartamento?  
—No, pero creo que es poco probable que se haya ido de vacaciones. Por otro lado, su padre vive en Londres.  
—Ahí lo tienes. Misterio resuelto.  
—Lo comprobaré mañana.  
—Genial. Ahora, relajémonos y hablemos de la obra.  
—Tal vez debería decírselo a Boyd.  
—Mañana.  
—¿Qué tal ahora?  
—No vas a relajarte, ¿verdad?  
—No.  
Kirby alzó la pinta.  
—Entonces apura la copa.

\* \* \*

Boyd volvió a su apartamento, cansado por el entrenamiento de *hurling* y preguntándose todavía por qué el padre Joe había llamado a Lottie. Iba de camino a la ducha cuando se acordó de Grace. Estaba sentada en el sofá, viendo la tele.

—¿Cómo estás, hermanita? —le gritó desde el dormitorio. ¿Dónde había puesto las toallas limpias?

El sonido de la televisión desapareció. Boyd levantó la vista. Grace estaba en la puerta, mirándolo fijamente. ¿De manera acusadora?

—De verdad que quiero que me escuches, Mark. Estoy preocupada por la

chica que conocí en el tren ayer por la mañana. Ya me conoces. Me viene una sensación que me dice cuándo hay algo que no va bien. Como contigo. Siento tu soledad.

—¿Y bien? —Boyd sacó una toalla.

—Tú y yo sabemos que eres un hombre de mediana edad solitario.

—Eh, no te pases con lo de mediana edad.

—Sabes exactamente lo que quiero decir.

—Voy a darme una ducha.

—¿Quieres escucharme? De verdad que siento que le ha pasado algo a Mollie.

—Grace, puede que haya tenido el día libre en el trabajo. Puede que haya decidido tomar otro tren.

—¡Ya te lo he dicho, lo sé! —Grace dio una patada en el suelo. Luego, como si se diera cuenta de lo que había hecho, se retiró al salón y se sentó en el sofá —. Nadie me escucha nunca. Te lo estoy diciendo, si le ha pasado algo, al menos te he advertido.

—Vale, lo recordaré, pero estás siendo irracional. Ahora voy a darme una ducha. ¿Te parece bien? Y no pongas la tele demasiado alta. No quiero que los vecinos se quejen.

Le resultaba difícil tratar a su hermana como a una adulta de veintinueve años.

—¿Qué vecinos? ¿Acaso sabes quién vive al lado? Mark Boyd, tienes que buscarte una vida.

Con las palabras de Grace resonando en sus oídos, Boyd cerró la puerta del baño de un golpe, se quitó la ropa sudada y abrió el grifo para que saliera agua fría. Necesitaba enfriarse en más de un sentido. ¿Cómo iba a vivir otras tres semanas con ella? Al menos volvería a casa de su madre durante el fin de semana. Al menos, eso esperaba.

Mientras el agua le enfriaba la piel, cambió el grifo a caliente y pensó sobre su vida. Los años se le escapaban y ¿qué le quedaba de ellos? Solo una exmujer de la que aún tenía que divorciarse. Una hermana que lo sacaba de sus casillas. Una madre que apenas le hablaba. Una mujer a la que amaba que ni siquiera quería salir con él a cenar.

Nada.

Nada que valiera la pena mencionar, al menos. Nada que dejarle a un hijo. Ni siquiera tenía un hijo. Su hermana, que no llevaba ni una semana en la

ciudad, percibía el vacío que había en su corazón.

Golpeó la mano contra los azulejos y levantó el rostro hacia el agua palpitante. Si fuera un hombre propenso a las lágrimas, habría llorado. Pero aún no había llegado a ese punto. No del todo.

Cuando cerró el grifo, oyó a Grace hablando en el dormitorio.

—Mark, hay una llamada para ti.

Tal vez era Lottie, pensó mientras se enrollaba una toalla a la cintura. Esperaba tener una camisa limpia.

\* \* \*

Para cuando llegó al teléfono, Kirby había colgado. Fuera lo que fuera lo que quería, podía esperar hasta la mañana. Boyd se puso una sudadera y unos pantalones de chándal.

—¿Tienes hambre?

—No trates de hacerme la pelota —dijo Grace.

—Creo que voy a hacerme un sándwich. ¿Quieres uno?

Grace se volvió.

—Hay dos cosas que quiero de ti, y un sándwich a estas horas de la noche no es una de ellas.

—Dispara. —Boyd reclinó la cabeza húmeda contra el tapizado frío.

—¿Disparar?

—¿Qué son esas dos cosas que quieres?

—Conocer a Lottie Parker y que descubras dónde está mi amiga Mollie.

Boyd se irguió en la silla y apretó las manos entre sus largas piernas.

—De acuerdo. Lo organizaré para que conozcas a Lottie. ¿Contenta?

—¿Y Mollie?

—Buscaré su dirección mañana. ¿Cuál es su apellido?

Grace se mordió el labio.

—Por favor, dime que sabes su nombre completo.

—Solo Mollie. Vive en Ragmullin y trabaja en Dublín.

—Eso no es suficiente. —El policía sacudió la cabeza y le tendió una mano.

—Inténtalo, por favor. Hazlo por mí. —Grace le cogió la mano con tanta fuerza que Boyd pensó que le iba a aplastar los dedos.

—Estás pidiendo mucho. ¿Un nombre de pila y el tren que toma

normalmente? Pero como tu sonrisa es tan dulce, lo intentaré.

Observó a Grace dejarse caer otra vez en el sofá, con una sonrisa de satisfacción extendiéndose por su cara. Boyd se levantó del sofá para hacerse el sándwich y pensó en Elizabeth Byrne. Se sacudió. Ese asunto con Mollie probablemente no era más que Grace absorta en el mundo imaginario que tenía en su infancia.

Buscó algo en la nevera para meter en el sándwich y se dio cuenta de que no había absolutamente nada para comer.

—Grace, ¿has arrasado con la nevera?

—Tienes que comprar para dos, ya sabes.

No había respondido a su pregunta. Pan con mantequilla tendría que bastar hasta el día siguiente.

El timbre sonó.

## 46

La trampilla se abrió y la luz llenó la habitación. Mollie cerró los ojos con fuerza ante el brillo.

—Cómo apestas. —La voz del hombre resonó en el espacio cerrado.

Los ojos de Mollie se abrieron de golpe. Movi6 la cabeza lentamente pero aún veía muy poco. Necesitaba orientarse. Parecía un sótano, como los que había visto en las películas. O algún tipo de búnker subterráneo. Las paredes estaban forradas con grueso papel de aluminio, y una tubería envuelta subía por una esquina; había una pequeña mesa cuadrada arrinconada en la esquina de enfrente, y una escalera corta llevaba a la trampilla del techo.

La chica dirigió su mirada hacia él y dijo:

—El olor no es culpa mía. —Tenía la voz débil de haber gritado antes, aunque sabía que había sido un ejercicio improductivo.

—Voy a soltarte los brazos con una condición.

—¿Cuál?

—No hagas ni un movimiento equivocado, o dejaré que te pudras aquí.

—Haré lo que me digas.

—Ah, has perdido tu espíritu de lucha.

Mollie sabía que tendría que acceder a sus demandas. El cuchillo que estaba usando para cortar sus ataduras era corto y afilado. ¿Podría cogerlo? No ahora que las muñecas, por fin liberadas, le chillaban de dolor.

—Gracias —dijo la chica mientras se las frotaba.

—Allí hay un cubo. Úsalo.

—No lo necesito. Ahora no.

Mollie estudió al hombre. No podía determinar su altura porque estaba

encorvado por el techo bajo, así que intentó ver su cara. Su estructura ósea. Sus ojos. Sus facciones se arrugaron de repente como un limón exprimido y la miró con desdén.

—Te has meado encima. Hueles a gato sucio.

—¿Qué día es hoy? —preguntó la chica, vacilante. Supo que no le convenía hacerlo enfadar aún más.

La bofetada fue rápida y feroz. Mollie volvió a caer en la cama y se golpeó la cabeza contra la estructura de hierro.

—No hables a menos que yo te lo diga. ¿Me has oído?

La chica asintió y se mordió el labio inferior mientras intentaba no llorar desesperadamente. Con el hombre inclinado sobre ella no podía ver bien la habitación. Necesitaba tener una idea clara de la disposición para cuando la dejara sola. Pero tal vez volvería a atarla. Tal vez la quería matar. Comenzó a llorar, las lágrimas que se habían secado durante el día fluían otra vez.

—Y no llores, coño. No soporto a los lloricas.

—Lo siento. —Se frotó las muñecas otra vez para hacer que la sangre circulara.

La agarró por los brazos y tiró de ella hasta que quedó sentada. Un dedo recorrió una línea bajando por su mandíbula, por su garganta y le acarició la hendidura entre la nuca y el omóplato. Usó toda su fuerza de voluntad para no recular ante su tacto. Tenía que entender qué quería. Seguramente no se habría tomado la molestia de drogarla y arrastrarla a esa caverna si fuera a matarla. ¿O sí?

Y entonces vio los huesos.

Boyd observó a Kirby entrando a trompicones por el estrecho recibidor con Gilly O'Donoghue tras él.

—Más vale que sea importante —dijo Boyd cuando estuvieron todos sentados, con Grace observándolos desde una silla en la pequeña cocina. ¿Por qué no podía irse a la cama? Boyd hizo las presentaciones y aguardó a ver lo que Kirby tenía que decir.

—Díselo tú —indicó Kirby.

Gilly toqueteó su móvil y se lo pasó a Boyd.

—Bien, esta eres tú en el Jealous Wall. ¿Y quién está contigo? —Boyd señaló la fotografía.

—Ella es la razón por la que Gilly me ha arrastrado por media ciudad para verte —gruñó Kirby y cruzó los brazos.

—La conocí saliendo a correr los fines de semana —dijo Gilly—. ¿Recuerdas que me has preguntado esta tarde sobre Elizabeth Byrne?

—Sí.

—Esta es Mollie Hunter. Nos conocimos el año pasado. Nos inscribimos para correr al mismo tiempo. Empezamos a juntarnos de vez en cuando para tomar una copa por la noche. Creo que soy lo más cercano que tiene a una mejor amiga. Su familia se mudó a Londres hace unos años. —Miró a Kirby—. El caso es que no consigo ponerme en contacto con ella.

—¿Se llama Mollie? —saltó Grace.

Boyd apartó la mirada de los ojos y la boca abiertos de su hermana. Su expresión parecía decir «Te lo dije». El detective sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Coge el tren para ir a trabajar?



Gilly se inclinó hacia adelante en el sillón.

—Así es. Y también lo hacía Elizabeth Byrne.

Boyd suspiró y captó la insinuación.

—Eso es echarle bastante imaginación. ¿Has comprobado la casa de Mollie?

—Me dio una llave de repuesto hace un tiempo. He estado en su apartamento y parece que la última vez que estuvo allí fue el miércoles por la mañana. Los platos del desayuno estaban en el fregadero. No había ningún abrigo ni bolso.

—¿Cómo sabes que fue el miércoles?

—La llamé el martes. Quedamos para tomar una copa el miércoles por la noche. Pero no apareció y me pasé por su casa.

—Tal vez simplemente había salido —sugirió Boyd.

—También lo hemos comprobado esta tarde —dijo Kirby.

Boyd se levantó.

—Haré algo al respecto por la mañana.

—Elizabeth Byrne desapareció después de volver a casa en el tren —señaló Gilly.

—No sabes si Molly cogió el tren. Podría estar en Dublín —dijo Kirby.

—¿Qué pasa si está en manos del asesino de Elizabeth?

—¿Asesino?

Boyd se dio la vuelta y vio a Grace con la mano pegada a la boca.

—Grace, ¿por qué no te vas a la cama?

—Diles lo que te he contado —insistió ella.

Boyd suspiró y volvió a sentarse.

—Según Grace...

Esta lo interrumpió.

—Mollie se sentó a mi lado ayer por la mañana en el tren y empezamos a hablar. Luego cogimos juntas el tren de regreso, el que sale a las 17.10 de Connolly... y ahora ha desaparecido.

—Puedo hablar con Lottie mañana —dijo Boyd—. Veremos si podemos localizar a Mollie y establecer si hay alguna conexión con Elizabeth.

Vio a Gilly coger a Kirby del brazo mientras se marchaban.

Cuando Grace se hubo ido a la cama y estuvo solo, el velo de la soledad se posó sobre los hombros de Boyd una vez más.

Dos adolescentes salieron sigilosamente de una casa móvil y se alejaron del *parking* de caravanas por la oscura carretera del lago cogidos de la mano. El chico llevaba una botella de vodka y la chica, una de ron Captain Morgan. Bebieron mientras caminaban, y cuanto más bebían, más se enroscaban.

Frente a un espacio entre los árboles, el chico la alejó de la carretera tirando de ella.

—Eh, las ramas se me están engancharo al pelo.

—Yo sí que te voy a enganchar el pelo en un momento, preciosa.

La chica rio y dejó que la llevara. Estaban doblados por la mitad, riendo y soltando grititos.

—Ah, Shane, esto es demasiado. Creo que voy a vomitar. —La chica tiró la botella de ron entre los matorrales.

—No se está tan mal aquí. Se ve la luna.

—Yo solo veo árboles. Este sitio da miedo. Está demasiado oscuro.

El muchacho la llevó al suelo.

—Shane, está mojado. Mis tejanos...

La boca de él cubrió la suya en un beso y un olor le atacó las fosas nasales. Se lo quitó de encima y se sentó erguida.

—¡Shane! Hueles a muerto. ¿Te has tirado un pedo?

—¿Quieres cerrar...? Tienes razón. ¿Qué coño es ese olor?

La chica sacó el teléfono del bolsillo de los vaqueros y lo desbloqueó. La luz de la pantalla brilló en su cara y arrojó sombras inquietantes. Giró el teléfono.

—Hay algo allí.

—Joder, Jen. —El muchacho también sacó su móvil y conectó la linterna—.

Oh, Dios mío. Es... es un...

Jen gritó.

Se levantaron de un salto y corrieron, enganchándose con el bosque de matojos y zarzas.

\* \* \*

Su maldito perro no paraba de ladrar. ¿Dónde estaba? Bob Mulligan encendió la linterna y siguió entre los matorrales la dirección en la que el perro había salido corriendo. Vivir en el lago Ladystown había sido para él como un sueño idílico hecho realidad. Paz, tranquilidad y silencio. Un brusco contraste con la vida de la ciudad y todo lo que esta implicaba. Pero el aislamiento lo agobiaba. Día tras día, hora tras hora. El tiempo pasaba solo consigo mismo y con Mutt. Hasta que los jóvenes empezaron con sus bromas, emborrachándose y gritando. Y esa noche estaban con ello otra vez.

Salió del otro lado del claro aún sin rastro de Mutt. Se quedó quieto y escuchó. Los ladridos habían parado. Los gritos también. El lago estaba tranquilo, salpicado de plata por la luz de la luna. Las estrellas brillaban en una constelación contra el cielo negro.

Un aullido a su derecha.

Susurros en los matorrales.

Dos adolescentes corrieron directos hacia él.

La chica gritó y señaló a sus espaldas.

—Allí. Es horrible.

—Cálmate —dijo Mulligan—. ¿Qué pasa? ¿Te ha hecho daño el chico? ¿Te ha hecho algo?

—¡No! No —dijo sin aliento—. No vaya allí. Llame a la policía. Oh, Dios, voy a vomitar.

Salió disparada. El chaval se encogió de hombros y la siguió.

Usando su palo, Bob apartó los matorrales congelados. El claro estaba sombrío, iluminado solo con la luz tenue del orbe celestial en el cielo nocturno.

—Eh, chico, ¿qué hay allí que te gusta tanto?

Al acercarse, el olor le produjo arcadas. El perro giró en redondo, moviendo la cola, con algo inidentificable colgando de sus fauces.

—¡Dios bendito y misericordioso!

Bob sacó torpemente el móvil del bolsillo y agarró el collar de Mutt.

La maleta grande estaba lista y la mochila de Katie seguía abierta para meter las cosas esenciales de último momento.

Lottie se sentó en el borde de la cama de su hija y miró cómo dormía. Se volvió hacia la cuna. Escuchó la respiración del pequeño Louis, como solía hacer cuando sus propios hijos eran bebés. Ella y Adam. Haciéndose callar el uno al otro, tratando de oír la respiración, de ver sus pequeños pechos elevarse y bajar antes de volver a dejarse caer, aliviados sobre las almohadas. Lottie supuso que todas las madres del planeta hacían eso en algún momento de su vida, y aunque su fe se había puesto a prueba demasiadas veces, rezó para que su hija y su nieto estuvieran a salvo en su viaje.

Al fin salió de la habitación de puntillas y bajó a la cocina. El cansancio se le clavaba con fuerza en los huesos mientras se sentaba a la mesa. El expediente del caso abierto parecía tentarla a que lo abriera, con su grueso fajo de papeles sobresaliendo de entre las tapas de cualquier manera. Pero su hombro pedía a gritos un analgésico y recordó el peso de la mano del hombre en su herida. Los pensamientos sobre el asilo le hicieron pensar en la pelea con su madre.

Rose siempre había sido beligerante, a veces con buenos motivos, pero ahora estaba simple y llanamente poniendo las cosas difíciles porque sí. «Solo intento ayudar», pensó Lottie, aunque era consciente de que lo hacía de mala gana. Tendría que haber mantenido la boca cerrada. Las cosas que había dicho eran hirientes. En ese momento lo pensaba. Pero ¿y ahora? Ahora lo lamentaba. Sus sentimientos hacia Rose eran tan confusos que ni siquiera podía comenzar a pensar una solución. En cualquier caso, no esa noche. Sabía que era una antigua maestra en enterrar sentimientos confusos muy hondo, bajo lo mundano del día a día.

Encontró una caja de paracetamol y se tragó dos con un vaso de agua, luego se tomó un tercero para asegurarse de que el dolor disminuiría lo suficiente como para permitirle dormir unas horas. Necesitaba una copa. Solo una.

Encontró el vodka en el fondo de la despensa, donde lo había escondido, y se sirvió una medida doble. El primer trago le dio náuseas, el segundo bajó más suavemente y, al llegar al tercero, sentía la cabeza liviana.

Miró el expediente. Puede que unos minutos enterrada en el viejo caso la ayudaran a dormir.

Mientras abría la tapa, el teléfono sonó. Dio un respingo mientras la vibración llenaba la cocina. Cuando colgó, llamó a Boyd. Iba a ser una noche larga.

Era más de medianoche cuando Lottie condujo con Boyd por la estrecha carretera hasta Barren Point en las orillas del lago Ladystown.

Ladystown era el lago más grande colindante a Ragmullin. Mientras que el lago Cullion era la fuente de agua de la ciudad, en las profundidades de Ladystown se arrojaban a diario aguas residuales tratadas. Aún se podía pescar, le había dicho Adam hacía años.

—¿A dónde vamos? —preguntó la inspectora.

—Todo a la izquierda —dijo Boyd—. Cuidado con ese árbol. Dios. Deberías haberme dejado conducir.

—Tengo que estar camino al aeropuerto a la seis, así que será mejor que tenga mi propio coche. —Lottie esperaba que no oliera el alcohol en su aliento.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Está el coche patrulla.

Lottie aparcó descuidadamente y salió de un salto. Sacó el traje protector del maletero y se lo puso sobre la ropa, luego cogió una linterna y se dirigió hacia el agente uniformado situado junto a la cinta de la escena del crimen. También había un hombre con un perro.

—¿Quién es usted? —preguntó la inspectora.

—Bob Mulligan.

—¿Es usted quien descubrió el cuerpo?

—Para serle sincero, creo que dos adolescentes tropezaron con él antes que Mutt, mi perro. No sé cuánto lo habrá dañado.

—¿Lo ha desmembrado? —Lottie estaba ansiosa por ver la escena del crimen, evaluar la situación y tal vez dormir un par de horas antes de tener que

volver a la carretera.

—Tenía parte de una mano en la boca. Se la saqué. Tendrán que coger una muestra de mi ADN porque lo he tocado. Ese es el procedimiento, ¿no?

—Sí, señor.

—No puede llevar mucho tiempo aquí.

—¿Qué quiere decir?

—El cuerpo. Deben de haberlo dejado aquí la semana pasada. Mutt y yo hemos estado fuera, por Galway, y él lo habría olido si hubiera estado aquí antes de entonces.

—¿Dónde vive?

Mulligan señaló una luz centelleando entre los árboles.

—Por allí.

—¿Sabe a dónde han ido los adolescentes?

—Deben de estar alojados en el *parking* de caravanas.

—No es época de turistas. —Dio instrucciones a dos guardias para que lo comprobaran—. Señor Mulligan, por favor, quédese aquí. Voy a echar un vistazo. —Se volvió hacia los uniformados—. ¿Alguien tiene una linterna más potente que esta? Y pedid refuerzos. Tenemos que encontrar a los adolescentes.

Con una linterna de tamaño industrial en la mano y Boyd detrás de ella, se abrió paso agachada a través de los matojos. Las hojas congeladas crujieron bajo sus pies hasta que el claro se abrió ante ella.

Aunque había visto un buen número de cuerpos, se le revolvió el estómago y se le erizó la piel. Bajo el brillo de la luz artificial, el cuerpo azul negruzco también parecía retorcerse.

—Dios, Boyd. Dime qué tenemos delante.

Este se le unió.

—Espero que no sea Mollie Hunter.

Lottie dio un paso atrás y lo miró.

—¿Quién?

—No creo que pueda ser ella. Este cuerpo está demasiado descompuesto. Desapareció ayer por la tarde, si es que realmente ha desaparecido. —Boyd sacudía la cabeza.

—¿De qué diablos hablas? ¿Quién es Mollie Hunter? —Lottie se le acercó más.

—Una mujer joven que puede que haya desaparecido. Gilly O'Donoghue es



amiga suya y no consigue localizarla. Podría no ser nada.

Lottie sintió que se le abría la boca y dijo rápidamente:

—¿Y cuándo pensabas informarme de esto? Joder, Boyd, a veces, sabes... a veces solo quiero... ¡Oh, no lo sé!

—¿Por qué no comprobamos qué tenemos aquí antes de que me crucifiques?

—No toques nada antes de que el lugar esté totalmente acordonado. ¿Has contactado con Kirby y Lynch?

—Ninguno de los dos contesta. McGlynn ha dicho que aseguremos el lugar y que estará aquí por la mañana.

—Haz que monten una tienda sobre el cuerpo. Y quiero que encontremos a esos adolescentes.

Mientras Boyd se alejaba para hacer más llamadas, Lottie se quedó en pie junto a un árbol con la luz de la linterna apuntando al cuerpo.

—¿Quién eres? —susurró, y gritó cuando una rata salió corriendo de debajo de los restos.

**Día tres**

**Viernes 12 de febrero de 2016**

Después de que el tren saliera de la estación de Enfield, Grace se fijó en que el hombre que la había mirado el día anterior de manera sospechosa no parecía estar en el tren. Tal vez no tenía que ir a Dublín los viernes, o tal vez estaba en otro vagón. ¿O quizá ella iba en el vagón equivocado? Se giró para comprobar el cartel sobre la puerta. Vagón C. Alivio.

El vagón se calentó por el calor corporal extra cuando la gente se apretujó. El olor a perfume y a desodorante aplicado apresuradamente llenó sus sentidos. Tenía que evitar respirar profundamente o le daría la alergia.

¿Dónde estaba Mollie? ¿Y quién era el hombre que había visto hablando con ella en la estación de Ragmullin el miércoles por la tarde?

Fue entonces cuando recordó que no le había hablado a nadie sobre él. Tenía que contárselo a Mark. Buscó en el bolso su Nokia voluminoso, pero no lo encontró. Lo había cargado la noche anterior y con toda la preocupación, había olvidado meterlo en el bolso por la mañana. «Maldición», pensó, no tenía manera de contactar con él. Mark esperaba que ella fuera directa a Galway desde Dublín por la tarde, y Grace había olvidado decirle que había cambiado de planes. Había llamado a su madre ayer por la noche para decirle que se quedaría en Ragmullin durante el fin de semana. Tendría que tomar un taxi para ir a casa de Mark cuando regresara.

Un nudo de ansiedad se le formó en el estómago. Nunca se olvidaba de las cosas. Su vida tenía que ser ordenada, o no podría sobrellevarlo. Respiró profundamente. Encontró su inhalador. Al menos tenía eso. Un par de dosis y el temblor de sus manos cesó. Aún tenía la garganta obstruida. Volvió a aspirar y metió el inhalador en el bolso. Buscó sus pastillas para la ansiedad. También se las había olvidado. Con tanto hablar sobre Mollie, su mente no estaba centrada.

Levantó la mirada, molesta consigo misma, y entonces lo vio. Sentado en el otro extremo del vagón. Mirándola fijamente. Mientras deslizaba el bolso sobre las rodillas, se le erizó la piel de los brazos. Su primer pensamiento fue que ojalá pudiera llamar a Mark. El segundo fue que tenía que encontrar a Mollie.

Frente al control de seguridad del aeropuerto, Katie sacó un sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó Lottie.

—Solo he gastado unos cien euros. Quiero que el resto te lo quedes tú. — Katie le puso el sobre en la mano—. Lo he sacado del banco. Es para ti.

—Pero necesitas llevar dinero para los gastos. Irás de compras. Oh, Katie, tienes que ir a Woodbury Common. Estuvimos allí cuando eras pequeña. ¿Te acuerdas?

—No te preocupes por mí. Me he quedado un poco, y no voy a comprar gran cosa. Tom dice que quiere pasar tiempo con su nieto, y, por supuesto, conmigo.

—No puedo aceptarlo.

—Sí que puedes. Date algún capricho, y Chloe se muere de ganas de teñirse el pelo, y estoy segura de que a Sean le iría bien equipamiento nuevo para el hurley o algo así. Gástatelo. No te sientas culpable pensando que es dinero de Tom Rickard. Es mi regalo para ti por ser la mejor madre del mundo. Has aguantado toda la mierda que te he echado desde que murió papá; por una vez, déjame hacer algo por ti.

Lottie asintió.

—Tienes que ver el Empire State Building, y no te olvides de Central Park. —Se le quebró la voz y apartó los recuerdos de sus viajes a Nueva York con Adam. La vez que fueron solos, antes de que nacieran los niños. Lottie había tenido tanto vértigo en el Empire State que no pudo acercarse al mirador. Adam prácticamente había tenido que llevarla en brazos en el ascensor.

Abrazó al pequeño Louis, le besó el pelo y los dedos y la nariz, aspirando su olor a bebé, antes de que Chloe lo cogiera para uno de sus abrazos. Katie rodeó

a Lottie con los brazos.

—No te preocupes por mí, mamá. Solo me voy durante tres semanas. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Después de abrazar a Chloe, Katie pasó a su hermano. El alto y desmañado Sean dudó por un momento, luego ahogó a su hermana en un abrazo de oso y de repente todos estaban llorando, lágrimas de felicidad por Katie y de soledad por ellos mismos.

—Ah, chicos, venga —dijo Katie, que cogió otra vez a Louis y lo sujetó en su cochecito—. Tendré que ponerme el rímel otra vez. —Fijó la bolsa del bebé sobre el cochecito y se colocó la mochila al hombro.

—Dramática —dijo Chloe.

—Mira quién habla. —Sean le dio un codazo.

«Hemos vuelto a la normalidad», pensó Lottie.

Mientras se volvía para dirigirse al *parking* con Chloe y Sean a su lado, sintió un vacío perfilado con un matiz de miedo grabarse en un rincón de su corazón. No se desharía de él hasta que su familia volviera a estar junta, fuera cuando fuera.

\* \* \*

Llegaba tarde a la reunión del equipo cuando dejó a Chloe y Sean en la escuela y regresó a casa a buscar el expediente del caso abierto. Había leído la mayor parte la noche anterior, después de volver del lago, y había conseguido arañar una hora de sueño antes de tener que levantarse para ir al aeropuerto. El agotamiento le roía los huesos, lo cual no era buen augurio para el resto del día. Fuera de la sala del caso, se tragó medio Xanax y confió en que todo saliera bien.

McMahon estaba al frente de la sala, comandando la reunión, cuando la inspectora abrió la puerta con brusquedad.

—Por fin has decidido honrarnos con tu presencia —dijo él, cogiéndose la barbilla con el índice y el pulgar.

Lottie miró a Boyd con furia. ¿No se había inventado alguna excusa plausible para disculpar su ausencia?

—Ahora estoy aquí —dijo.

Con un zumbido en la cabeza por la pastilla, desenterró su confianza y marchó entre los detectives y los agentes de uniforme, lanzando un vistazo

fugaz a las pizarras del caso. Se había añadido una fotografía borrosa del cuerpo encontrado en el bosque junto al lago.

—Así es —dijo McMahon—. Y mi llegada a este distrito ha sido recibida no con uno sino con dos asesinatos. Comienzo a creer lo que dicen los medios de que Ragmullin es una ciudad de pesadilla.

—¿Y qué medios son esos? —preguntó Lottie, tratando de ordenar sus pensamientos.

McMahon la miró furioso.

—He recibido una visita de la periodista de sucesos de la televisión, Cynthia Rhodes. Creo que la conoces. Pinta una imagen bastante sombría de esta ciudad.

—Entonces debe de ser una pésima artista. —Lottie dejó caer su bolso al suelo con un golpe y arrugó la chaqueta encima de este.

Kirby rio disimuladamente y Lottie no pudo contener la sonrisa que se extendió por su cara.

—Como la oficial de rango superior de esta investigación, yo seguiré desde aquí —anunció.

Esperó hasta que McMahon se hubiera apartado a un lado con una sonrisita de suficiencia en el rostro. ¿De qué iba todo esto? Señaló la primera fotografía en la pizarra y comenzó:

—Elizabeth Byrne. Fue vista por última vez el lunes, cuando salía del trabajo a las 16.00 horas. Tenemos imágenes de la cámara de seguridad de la estación de Connolly que la sitúan allí a las 17.00 horas. El tren partió a las 17.10 y llegó a Ragmullin a las 18.20. Su cuerpo fue hallado el miércoles por la mañana en el cementerio cuando estaba a punto de llevarse a cabo un funeral. Tenéis las horas y los detalles de los interrogatorios relevantes. Tenemos una pista de Bridie McWard, que vive en el campamento nómada. Afirmo haber oído gritos a las 3.15 de la madrugada del martes. Los hallazgos *post mortem* confirman que esta fue la hora aproximada de la muerte. Posteriormente, Bridie fue víctima de un ataque en su casa. No está claro si hay alguna conexión, pero se produjo una amenaza verbal durante el ataque.

Hizo una pausa para redirigir sus pensamientos al asesinato.

—Es más que probable que Elizabeth fuera perseguida por el cementerio, luego cayera en la tumba y se rompiera la pierna, si es que no estaba rota ya. La enterraron viva. Tal vez el asesino esperaba que la enterraran con un ataúd encima ese mismo martes. Sin embargo, el funeral se retrasó hasta el miércoles, ya que el nieto de la difunta tenía que venir desde Australia. Esto supuso que la

tierra suelta se dispersó ligeramente en ese tiempo y dejó expuesta parte del cuerpo.

—¿Crees que alguno de los miembros de la familia Green estuvieron involucrados? —preguntó McMahon.

Lottie había olvidado que seguía allí.

—Kirby, tú llevaste a cabo esos interrogatorios. —Se volvió hacia el detective—. ¿Qué has sacado?

—Están limpios, todo cuadra. Además, después de que el comisario en funciones McMahon pidiera colaboración en los medios, he escudriñado las declaraciones de aquellos que se presentaron por haber asistido a la discoteca Last Hurdle la noche del sábado y de aquellos que estuvieron en el tren la tarde del lunes. Nadie vio nada fuera de lo común. Nadie recuerda a Elizabeth, o al menos nada llama la atención como sospechoso. Unos cuantos pasajeros dicen que siempre cogía el tren, pero no recuerdan nada inusual sobre el lunes.

—Muy bien. Revisa otra vez las cámaras de seguridad de la estación. Al principio solo estábamos buscando a Elizabeth. Esta vez busca a cualquier persona que pueda estar actuando de manera sospechosa, a cualquiera que pueda estar en nuestra base de datos.

—Lo haré —dijo Kirby.

—La única pista que tenemos es un montón de ropa que hemos encontrado en bolsas de basura en el contenedor del cementerio. Es posible que el asesino las tirara allí la misma noche en que Elizabeth fue asesinada. La cámara de seguridad sitúa un coche en el lugar durante veinticuatro minutos. La señora Byrne ha confirmado que la ropa pertenece a su hija. Jim McGlynn dice que las prendas estaban húmedas. ¿Hemos recibido ya los resultados de sus pruebas?

—Todavía no —dijo Kirby.

—¿Sus compañeros de trabajo tienen coartada?

—Todos pueden dar cuenta de sus movimientos y Elizabeth no se quedó con ninguno de ellos. —Kirby volvió a meter un fajo de papeles en una carpeta.

—La pregunta que tenemos que hacernos es esta: ¿dónde estuvo Elizabeth desde que fue vista por última vez a las 17.00 horas hasta que Bridie oyó los gritos a las 3.15 de la mañana siguiente? ¿La secuestraron en el tren a Ragmullin? ¿O bajó sana y salva y la secuestraron posteriormente de camino a casa? No tenía coche. ¿Hemos comprobado todas las cámaras de videovigilancia de la ciudad? ¿Tiendas a lo largo de su ruta habitual?

—Lo hemos comprobado todo y no hay rastro de ella —indicó Kirby.



—¿Taxis?

—Tampoco la recuerda ningún taxista.

—El exnovio, Matt Mullin. ¿Lo ha encontrado Lynch?

¿Dónde estaba Lynch esa mañana? No la veía en la reunión.

—Pasamos ayer por su casa —explicó Kirby—. Hablamos con su madre. Si digo que fue poco cooperativa me quedo corto.

—¿Por qué?

—Se niega a hablar sin una orden.

—Entonces, ¿qué esconde?

—A Matt —dijo Kirby—. Lo echaron del banco antes de Navidad, así que tiene que estar en casa.

—Confirma que está en la ciudad por cualquier medio. Tenemos que localizarlo lo más pronto posible para establecer dónde estuvo la noche del lunes. Haz que los medios publiquen su fotografía.

—Es un poco pronto para eso —intervino McMahon.

—Es nuestro único sospechoso —enfaticó Lottie. ¿Por qué tenía que interrumpir el hilo de sus pensamientos?—. Podemos decir que lo necesitamos para que nos ayude con la investigación. —La inspectora cruzó un brazo y apoyó el otro codo sobre este, con la mano bajo la barbilla, pensando. Añadió —: No hemos encontrado el móvil de Elizabeth. Perseguid a la compañía telefónica.

—Estoy en ello —dijo Boyd.

—Tenemos que asumir que iba en ese tren. Así que, ¿qué le pasó cuando el tren paró en Ragmullin? Vamos, chicos. Eso es lo que necesitamos descubrir.

Un murmullo apagado serpenteó por la sala.

—¿Algo más? —preguntó Lottie.

Kirby abrió el pico.

—El ataque a Bridie McWard. Los forenses han terminado de revisar su casa. Han recogido ADN y fibras. Tenemos que hablar con el marido, Paddy, para descartarlo de la investigación.

—¿Y dónde está? —intervino McMahon.

—No lo sé, señor.

—Encontradlo. Haced que circule la matrícula de su coche o furgoneta. No creo que Ragmullin sea tan grande como para que no podáis encontrarlo. Se acabó perder el tiempo.

—Es lo suficientemente grande si no quieres que te encuentren —dijo Lottie. Se fijó en que Boyd había levantado la mano con indecisión—. ¿Sí, Boyd?

—Debemos tener en cuenta la posibilidad de que haya otra mujer joven desaparecida.

—¿Quién? —preguntó Lottie.

—Mollie Hunter —dijo Boyd—. Te lo comenté anoche.

Mierda, era cierto.

—¿Está en la base de datos de personas desaparecidas?

—No, todavía no. Vive sola en un apartamento en la calle Canal. Es amiga de Gilly. La garda O'Donoghue —añadió para McMahan—. Gilly habló con Mollie por teléfono el martes, pero no ha podido contactar con ella desde entonces. Tiene una llave del apartamento y ha ido a echar un vistazo dos veces. No hay señales de la chica. Y esta es la parte interesante: cada mañana coge el tren de las seis en punto para ir a Dublín al trabajo y vuelve a casa en el de las 17.10.

—¿Te has puesto en contacto con su jefe? —preguntó Lottie.

—Todavía no. Me enteré de esto anoche.

McMahan dio un paso adelante.

—No tiene sentido irse por las ramas y...

—Creo que tenemos que investigar esto, señor —lo interrumpió Lottie—. Al menos para determinar que no ha desaparecido. —Se fijó en que Kirby mantenía la cabeza estudiadamente pegada al portátil.

McMahan elevó la voz dos octavas.

—¿Por qué no lo ha denunciado su familia?

—Están en Londres, así que creo que necesitamos actuar... —comenzó Boyd.

—Nadie ha denunciado su desaparición —interrumpió McMahan—. Ya tenéis suficiente para manteneros ocupados con el asesinato, ¿no es cierto, inspectora?

Lottie iba a discutir, pero sentía que si alguien la miraba mal se echaría a llorar; estaba agotada y seguía un poco emocionada por la marcha de Katie.

—Ahora, ¿qué es esa historia con ese cuerpo que encontraron anoche? —McMahan señaló la fotografía en la pizarra—. ¿Podría ser tu Mollie? —Ladeó la cabeza hacia Boyd.

Lottie habló antes de que Boyd pudiera responder a la provocación.

—Todavía no sabemos quién es. Bob Mulligan, que vive en el lago Ladystown, descubrió el cuerpo alrededor de la medianoche. Bueno, su perro lo descubrió, aunque eso fue después de que dos adolescentes se hubieran topado con él.

—¿Puedes explicar exactamente de qué hablas? —McMahon se apartó el flequillo de la frente.

Lottie pensó que veía una línea de granos latiendo en su ceño fruncido mientras le explicaba la situación en el lago.

—Todavía tengo que interrogar formalmente al señor Mulligan, pero afirma que el cuerpo no puede llevar allí más de una semana.

—¿Y por qué dice eso?

—Estuvo en Galway desde el viernes día 5 hasta anoche. El perro estaba con él. Afirma que el animal lo habría olido si hubiera estado allí antes de esa fecha.

—¿Habéis comprobado su coartada? Podría estar involucrado e intentar hacer que le perdáis el rastro. O al perro. —McMahon rio.

Lottie lo ignoró.

—Tengo que interrogar a los dos adolescentes hoy por la mañana. Anoche estaban en estado de *shock*. Están alojados en una casa móvil en el *parking* de caravanas.

—¿Con este tiempo? —intervino Kirby.

—Son jóvenes, y puede que sean okupas. Pero eso no me importa. El cuerpo todavía está *in situ*. La patóloga forense llegará allí pronto, y los forenses ya están en el lugar.

—Sigue con ello, entonces.

Lottie contuvo el aliento, contó hasta cinco y exhaló lentamente. McMahon iba a provocarle una crisis nerviosa.

—Sí, señor.

—Y el asesinato de Elizabeth Byrne. Nos has dicho todo lo que no tienes. ¿Qué tienes?

—Hemos hablado con su amiga Carol O’Grady. Dice que Elizabeth iba a correr cada fin de semana por Rochfort Gardens. Tenemos una lista de la gente que corre por allí y la estamos revisando. Si no surge nada que valga la pena hasta entonces, iré allí mañana y hablaré con todos con los que aún no hayamos contactado.

—¿Y eso para qué va a servir? —preguntó McMahon.

«Dios santo —pensó Lottie—. ¿Por qué no se vuelve de una puta vez a

Dublín?».

—Puede que uno de ellos tenga una pista sobre lo que ha pasado. Tal vez vio a alguien actuar de manera sospechosa.

—¿Podría ser que alguien la estuviera acosando?

—Es una posibilidad.

—Entonces yo también vendré. ¿Mañana? Bien. Quiero conocer la localidad.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—Muy bien. —Dios santo, esto empeoraba por momentos.

—Y no pierdas el tiempo con esa chica desaparecida que nadie ha denunciado que haya desaparecido.

Lottie volvió a contar hasta cinco.

—¿Alguna novedad más, equipo?

—John Gilbey vive en un albergue en la calle Kennedy —dijo Kirby—. Voy a ir para interrogarlo otra vez después de la reunión. Y como he mencionado antes, la esposa de Bernard Fahy, el encargado del cementerio, dice que estuvo con ella toda la noche del lunes.

—Mmm —gruñó McMahan—. Si yo fuera tú, le daría un buen repaso a esa coartada.

—Lo haré, señor.

—No creo que Fahy esté involucrado —dijo Lottie.

—No dejar piedra sin volcar y todo eso —dijo McMahan—. Bien. Todo el mundo a trabajar. Inspectora Parker, quiero hablar contigo. Ahora. Fuera.

Lo miró saludar al equipo con la cabeza y salir de la sala del caso. Lottie se quedó donde estaba hasta que el comisario asomó la cabeza por la puerta.

—Cuando digo ahora, quiero decir ahora.

—Será mejor que vayas —recomendó Boyd—. Antes de que te saque agarrada por la oreja.

\* \* \*

McMahan caminaba de un lado al otro del pasillo.

—Escúchame bien, Parker, siento unas vibraciones muy claras de que no quieres que me involucre en estas investigaciones.

—Yo... —Lottie cerró la boca. Era más seguro.

—Puede que el comisario Corrigan te haya dejado montártelo sola, pero yo no tengo intención de hacerlo.

—Con el debido respeto, señor, eso no es verdad. Tengo un gran equipo con Boyd, Kirby y Lynch.

—¿Y dónde está hoy la detective Lynch?

—Por lo que sé, enferma. —No lo sabía, pero pretendía averiguarlo.

—¿Es que aquí todo el mundo está de baja?

—Solo el comisario Corrigan y la detective Lynch. Señor.

—Eres una listilla, ¿eh, Parker? —McMahon enroscó su largo cuerpo y se inclinó hacia ella—. Tienes a todos esos hombres y mujeres allí y te marginas con ellos en los trabajos mundanos. ¿Qué, andas buscando la gloria?

Lottie rio.

—Eso es algo de lo que no se me puede acusar.

El inspector pareció tomar esto en cuenta antes de decir:

—Te estoy observando, Parker. Si creías que estabas atada corto, para cuando haya terminado aquí no te va a quedar ni un puto palmo de cuerda. Y la sombra que verás siguiéndote, óyeme bien, seré yo.

—¿Eso es todo? —Lottie apretó los puños, por si acaso lo atacaba.

Lo miró alejarse por el pasillo. Esto era serio. Más o menos. A la mierda con él.

Sintió una presencia junto a su hombro y tembló. ¿Qué había dicho de las sombras?

—¿Qué quería decirte? —preguntó Boyd.

—Trae el coche y te lo contaré de camino al lago. ¿Sabes dónde está Lynch?

El lago era un reflejo del cielo, gris plateado, con las sombras de las nubes rodando por él como el vapor de una vieja locomotora. En el suelo, al pie de los árboles, las blancas campanillas de invierno se habían abierto paso a través de la tierra dura. Los pájaros cantaban. Hubo un aleteo y un ave apareció entre las ramas y se elevó rápidamente por el cielo. Un viento cortante sopló desde el lago, y Lottie se subió la cremallera de la chaqueta hasta la garganta y tiró del traje protector blanco que la cubría.

El área que conducía al cuerpo estaba marcada con cinta, y la inspectora la siguió a través del sotobosque, con Boyd detrás. En algunas zonas, el follaje luchaba contra el clima para tratar de florecer. Por encima, las ramas se hundían y se le enganchaban en el pelo. Lottie se puso la capucha y se colocó la máscara sobre la boca antes de entrar en la escena del crimen.

Un fuerte graznido hizo que levantara la vista. Una urraca, con el plumaje blanco y negro ahuecado y listo para volar, la observaba mientras marchaba a través del cordón policial.

—Pájaro de mal agüero —dijo Boyd.

Al entrar en la tienda, Lottie observó el reducido espacio y se acercó a McGlynn.

—¿Has sacado moldes de las pisadas? —preguntó.

—Hasta el perro, literalmente, ha andado pisando esta escena del crimen.

—¿Y esas ramas de allí? Parecen perfectas para arrancar fibras y pelo.

—Lo haremos —dijo el forense, de mal humor.

—¿Alguna señal de Jane? —preguntó Lottie.

—Está de camino. Tenía que terminar el papeleo de Elizabeth Byrne. Creo

que también tiene unos resultados de ADN.

—Genial. Me sería de ayuda, últimamente no me sale nada bien. ¿Has sacado algo de la ropa del contenedor?

—Si dejaras de llamarme con cadáveres, tal vez entonces podría pasar algo de tiempo en el laboratorio.

—Entonces, ¿eso es un no?

—Sí, es un no.

Lottie se acercó más al cuerpo desnudo e hinchado y sintió, más que vio, los ojos de McGlynn advirtiéndola.

—Yo no me acercaría más —comentó—. Necesito que la patóloga le eche un vistazo primero.

—¿Es una mujer?

—Sí. Pero la han empapado en lejía, y las ratas se han dado un buen festín. Sabré más cuando vaya al laboratorio.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Tal vez tres o cuatro días. Sea como sea, lleva muerta más tiempo. Cuánto, no lo sé.

—Jane podrá decirnos cuándo murió —dijo Lottie.

—¿Alguien está usando mi nombre en vano? —Jane Dore apareció con su traje protector. Lo que le faltaba en estatura, con solo metro y medio, lo compensaba con su actitud profesional y práctica—. Buenos días a todos. Haced sitio.

Lottie observó con admiración cómo la patóloga se ponía inmediatamente a trabajar, evaluando visualmente el cadáver y luego pidiendo a McGlynn que lo girara un poco antes de levantar la mano para detenerlo.

—¿Has movido el cuerpo?

—Te estaba esperando para hacerlo —dijo él.

—Dale la vuelta.

Mientras McGlynn y un técnico comenzaban a mover el cuerpo, Jane dijo:

—Con cuidado.

—Por supuesto —dijo McGlynn.

Lottie sonrió con ironía. El forense no le hablaba a Jane de la misma manera que a ella. Le vino a la cabeza la expresión «el último mono».

—No hay heridas visibles —dijo la patóloga.

—Entonces, ¿cómo murió? —preguntó Lottie.

—No me gusta hacer conjeturas, como sabes. Pero diría que está relacionado con algún asunto sucio, ya que el cuerpo parece haber sido bañado en lejía.

—Eso recuerda a los restos de una bolsa de basura —dijo Lottie mientras señalaba dos tiras de plástico negro en el suelo.

—Mételo todo en una bolsa de pruebas —indicó Jane a McGlynn—. Puede que la hayan envuelto con ella. Tal vez encuentres pruebas indiciarias.

—Bien —dijo Lottie—. ¿Le darás prioridad a esto, Jane?

—Lo haré.

—¿Con qué rango de edad estamos tratando?

—Treinta o treinta y pocos, diría.

—Gracias.

Lottie salió de la tienda con Boyd.

—Has estado muy callado ahí dentro —comentó ella.

—Tú ya has metido bastante la pata por los dos —contestó el sargento, y huyó por el sendero.

«¿Qué bicho le ha picado?», se preguntó la inspectora.

En el cordón exterior, se quitaron los trajes protectores y los metieron en bolsas.

—¿Mulligan es el próximo de tu lista? —preguntó Boyd.

—Sí.

Lottie decidió dejar que se apañara solo con su mal humor. Ya tenía bastantes preocupaciones sin Boyd. Y entonces se preguntó cómo le iría a Katie en el vuelo.

—Dios bendito, protégelos —murmuró.



Los huesos. Pequeñas esquiras yacían en la mesa estrecha. Y una calavera muy pequeña. Tendría que habérselo preguntado. ¿Eran de verdad? ¿Los había dejado ahí para asustarla hasta someterla? Mollie no lo sabía, pero suponía que tampoco quería averiguarlo. Mejor fingir que eran de plástico. Un juguete. Sí. No. Eran reales. Muy reales.

Sentada en el borde de la cama, bebió un trago de agua de la botella de plástico que el hombre le había dejado. Y aún siguió mirando. ¿Por qué habría allí abajo los huesos de un niño? Sin enterrar. ¿O los habían enterrado y luego desenterrado? El miedo se arrastró por su piel, pinchándola como mordiscos de hormigas hambrientas. Y el olor. Llenaba toda la habitación. Como a amoníaco, o lejía. ¿Qué había limpiado antes de llevarla allí? Fuera lo que fuera, no había hecho muy buen trabajo. Sentía el olor subyacente. Como a carne podrida. Como el ratón muerto que una vez había encontrado detrás del rodapié. Pese a lo mucho que temía y detestaba los ratones, esperaba que eso fuera lo que estaba oliendo ahora, enmascarado tras los vapores ácidos.

Se sentía débil y cansada, pero sabía que no dormiría. No con esos huesos allí. Expuestos. Burlándose de ella.

¿Iba a sufrir un destino similar?

De ninguna manera. Era más fuerte que eso. No acabaría igual que... Su garganta se obstruyó y tragó saliva. ¿Los pequeños huesos la estaban desafiando?

Una cerca de madera rodeaba el hogar de Bob Mulligan. La casa prefabricada se encontraba a casi un kilómetro de la orilla del lago y más o menos a la misma distancia del cuerpo que habían encontrado. Para Lottie, era evidente que se había construido antes de que se introdujeran leyes urbanísticas más estrictas. Aunque, por otro lado, tal vez Bob Mulligan actuaba fuera de la ley.

Un corral de alambre servía de hogar para unas cuantas gallinas bastante desplumadas, y el perro estaba atado a un bloque de cemento con una cuerda mordisqueada.

Mulligan los invitó a entrar en la casa y se sentaron frente a una mesa abarrotada con los restos del desayuno. No les ofreció té, cosa que alegró a Lottie. No le apetecía beber de una de las tazas con el borde marrón.

—¿Cuánto hace que vive aquí, señor Mulligan? —comenzó la inspectora.

—Treinta años o así. La heredé de mi abuela.

—¿En qué trabaja?

—Estoy jubilado. Ahora solo voy al lago a pescar.

—Parece un lugar muy aislado.

—Es lo que me gusta. Estoy contento y los animales también. No siempre ha sido así. Hubo una época, hará unos quince o veinte años, en que los nómadas amenazaban con ocuparlo todo con sus caravanas. Pero el ayuntamiento los reubicó en un campamento en la ciudad.

—¿De verdad? ¿Por qué estaban aquí?

—Hay ese *parking* de caravanas al otro lado del lago. Para los turistas, ya sabe. Creo que los nómadas pensaban que podían establecer su propio campamento a este lado. No es que tuviera nada en contra de ellos, pero no disponían de agua corriente ni baños.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Lottie—. ¿Le ha molestado algo más por aquí, aparte de eso?

—Chavales haciendo carreras de vez en cuando. Amantes en sus coches con las ventanillas empañadas por la noche. Aparte de eso, es muy tranquilo.

—¿Con qué frecuencia pasea por la zona donde encontró el cuerpo? —preguntó Lottie, cruzando los brazos.

—No soy sospechoso, ¿verdad? Yo no he tenido nada que ver.

—¿Puede contestar a la pregunta? —insistió Boyd.

—Normalmente paseo por la carretera que rodea el lago, pero anoche había esos jóvenes haciendo el tonto. Ellos encontraron el cuerpo primero. Fue el grito de la chica lo que alertó a Mutt. Captó el olor y salió corriendo. Así que lo

seguí.

—¿Cuándo estuvo allí por última vez, antes de anoche? —preguntó Boyd.

—Como ya les he dicho, fue hace más de una semana. Pueden llamar a mi amigo en Galway. Fui allí el pasado viernes, el día 5.

—Y antes de eso, ¿estuvo aquí todo el tiempo?

Lottie observó cómo Mulligan se retorció en su silla.

—Sí. Eso no quiere decir que haya matado a nadie.

—Solo estamos explorándolo todo hasta que conozcamos la hora de la muerte.

—Entonces, ¿creen que fue asesinada?

—¿Por qué dice eso?

El hombre señaló el periódico sobre la mesa. En la portada había un reportaje sobre el asesinato de Elizabeth Byrne.

—Enterrada en una tumba ajena —leyó Lottie—. Nos pondremos en contacto con su amigo. Y necesito detalles de sus movimientos en las últimas semanas.

—Se los haré llegar.

—Puede hacer una declaración formal en la comisaría, y dar una muestra de ADN. ¿Le iría bien acudir hoy en algún momento?

—Sin problema.

—Aquí tiene mi tarjeta. Avíseme si se le ocurre cualquier cosa que pudiera sernos de ayuda. Dejaré a un policía frente a su entrada mientras siga en curso el examen forense de la escena del crimen.

—¿Eso quiere decir que estoy bajo arresto domiciliario?

—Es por su propia seguridad —mintió Lottie.

\* \* \*

Antes de que fueran a interrogar a los adolescentes, McGlynn mandó a alguien para que Lottie y Boyd volvieran a la escena del crimen.

—Hemos encontrado esto. —Señaló al suelo mientras un miembro del equipo se apartaba a un lado.

Lottie observó un trozo de tierra removida.

—¿Alguien estaba cavando?

—Lo intentaba.

—La intención puede haber sido enterrar el cuerpo, pero con toda la escarcha, el suelo estaba demasiado duro.

—Así que quitaron el envoltorio de plástico y la dejaron a merced de los elementos y la fauna. —McGlynn colocó un marcador al lado del agujero—. Esperando que, si alguna vez alguien la encontraba, no sería más que un montón de huesos.

—¿No hay rastro de la pala?

—No.

—¿Huellas de neumático?

—Nada de eso tampoco. Probablemente, aparcó en la carretera y cargó con el cuerpo sobre el hombro. Se adentró todo lo que pudo antes de que el bosque se cerrara.

—Tiene que ser alguien de la zona.

—¿Por qué?

—Para conocer el lugar, la configuración del terreno.

—O podría ser alguien de fuera de la ciudad que usa el *parking* de caravanas —sugirió Boyd.

—Hay que interrogar al gerente.

—Estamos tratando de contactar con él.

—Y consigue una lista de todas las personas que han usado el *parking* en los últimos meses.

—Hay que estar loco para vivir aquí con este tiempo —dijo Boyd, encogiéndose de hombros.

Mientras iban hacia el coche, Lottie preguntó:

—¿Crees que la persona que mató a Elizabeth es la responsable de esto?

—Es difícil saberlo. ¿No te parece que, si enterró a Elizabeth en una tumba, habría hecho lo mismo con esta?

—Eso es lo que estaba pensando. Así que puede que tratara de deshacerse de esta víctima antes que de Elizabeth. Y si aceptamos la hipótesis de Mulligan de que su perro la habría encontrado si hubiera estado aquí antes, tienen que haberse deshecho del cuerpo esta semana.

En la sala del caso, Lottie clavó en la pizarra otra fotografía borrosa del cuerpo encontrado junto al lago, y regresó a su despacho.

No habían sacado nada nuevo de Shane Timmons o Jen O'Reilly, los dos adolescentes aterrorizados que se habían escapado unos días de Dublín para enrollarse en la caravana de la madre de Shane.

—Vale, entonces este cuerpo no puede ser el de Mollie Hunter, que puede que haya desaparecido o no. Tiene veinticinco años y es probable que el cadáver sea el de una mujer de treinta y tantos. Lleva muerta tal vez una semana. — Lottie se sentó frente al escritorio. Boyd se acomodó junto a la puerta.

—Haré que alguien revise la base de datos nacional de personas desaparecidas, porque no creo que nadie de aquí encaje con esa descripción — dijo el detective.

—Puede que más tarde tengamos su ADN.

—En cualquier caso, me pondré en contacto con el jefe y los colegas de Mollie para ver si tienen alguna idea de dónde podría estar.

—Haz que Lynch revise la base de datos. —Lottie estiró el cuello para mirar detrás de Boyd—. ¿Dónde está?

—Ha dicho que estaba enferma.

—Mierda. Tenemos demasiado trabajo para que alguien falle.

—¿Por qué no la llamas?

—Me parece que no. Puede que lo vea como acoso.

—¿Otra vez aparece esa palabra tan fea?

—Ya sabes lo que pasó, Boyd, no quiero que vuelva a ocurrir.

Kirby apareció.

—Hemos encontrado a Paddy McWard. ¿Quieres interrogarlo?

—¿Bajo qué justificación lo has traído?

—Yo no lo he traído. —Kirby se aturulló con una carpeta llena de papeles en la mano—. Se ha presentado pidiendo hablar con quienquiera que esté al mando. Así que eres tú o McMahan. ¿Se lo pido al comisario, entonces?

Lottie se puso en pie.

—Cuanto menos se involucre, mejor. ¿En qué sala de interrogatorios está?

\* \* \*

Paddy McWard estaba de pie contra la pared, con los brazos pegados al cuerpo y la rabia contenida llenando el aire. Llevaba puesta una camiseta, aunque en la calle hacía muchísimo frío, y tenía un brazo cubierto de tatuajes de colores y una cruz celta en el otro. Su voluminoso pelo negro estaba pulcramente peinado y sus duros ojos azules parecían retarla. Lottie estaba atónita por lo atractivo que era pese a su mal humor latente.

Por el expediente que había leído, sabía que medía un metro noventa, que tenía treinta y seis años y dos arrestos por alteración del orden público. Ninguno de los dos había resultado en una comparecencia ante el tribunal, pero ambos se habían registrado en la base de datos de la policía.

—Señor McWard. ¿Qué le trae por aquí?

—Usted.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Puede encontrar al cabrón que le dio una paliza a mi mujer.

—Siéntese, por favor. —A Lottie no le gustaba el aire intimidatorio que exudaba.

—Me gusta estar de pie. Siéntese usted si quiere.

—Señor McWard, esta es mi sala de interrogatorios. Puedo traer a un par de agentes si lo desea. —Lottie le sonrió dulcemente y le señaló la silla al otro lado de la mesa.

Cuando el hombre se hubo sentado a regañadientes, Lottie lo imitó. Olía a loción para después del afeitado y su ropa estaba limpia. Lottie había tratado con muchos miembros de la comunidad nómada durante sus años en el cuerpo, y sabía que básicamente era buena gente que trataba de vivir su vida de la manera que querían y proteger su herencia y cultura. Como en cualquier comunidad, siempre había gente problemática, dando mala reputación a todos.

—Bien, señor McWard, ¿dónde ha estado toda esta semana? Lo hemos buscado. —La inspectora se cruzó de brazos y se recostó en la silla. El efecto hizo que el hombre se inclinara hacia adelante.

—¿Qué chorradas dice? He venido aquí a hablar con usted, señora inspectora. No va a seguir dándome la tabarra, haciéndome preguntas a mí.

—Su mujer fue atacada y usted estaba ilocalizable. Obviamente, queremos hablar con usted sobre ello.

—Y yo quiero hablar con usted sobre ello.

—Adelante.

—¿Qué están haciendo para encontrar al cabrón responsable? Dígamelo.

—Hemos llevado a cabo el análisis forense del lugar e interrogado a la gente de la zona, y...

—Eso no lo ha hecho mi gente. Ha sido alguien de fuera.

—¿Cómo entró el atacante?

—Por la entrada principal.

—Me he fijado en que todas las casas, incluso las caravanas, tienen cámaras. Nadie estaba dispuesto a desprenderse de las cintas. No ha sido de gran ayuda. —Lottie había obtenido esta información de la investigación de Kirby.

—No había nada que ver, las he revisado. Quiero justicia para mi Bridie. Está hecha un manojo de nervios desde el ataque.

—¿Por qué cree que la atacaron con tanta agresividad?

—¿Qué quiere decir? —McWard se apartó de ella y la miró con recelo.

—¿Está usted involucrado en algún asunto que podría haber convertido a su esposa en un blanco?

El hombre echó atrás la silla, se levantó y se cernió sobre Lottie.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

Lottie permaneció sentada, inmóvil.

—¿Dónde estuvo la noche del lunes y la mañana del martes, señor McWard?

—No es asunto suyo. —Volvió a sentarse.

—Está al corriente de que hemos encontrado el cuerpo de una mujer joven en el cementerio. Su esposa la oyó gritar. Pero usted no estaba en casa. Así que ¿dónde estaba?

—No es asunto suyo dónde estaba. No tiene derecho a hacerme estas preguntas.

—¿Accederá a darnos una muestra de ADN?

—¿Una qué? ¿Está mal de la cabeza? —El hombre golpeó la mesa.

—¿Puede dar cuenta de su paradero cada día y noche de la última semana?  
—Lottie mantuvo la voz suave y estable.

—Esto es acoso. —Hizo una mueca y luego sus labios se curvaron en una sonrisita de suficiencia—. Ah, ya entiendo. Se cree que puede acosarme porque soy un nómada.

—Le estamos haciendo las mismas preguntas a todo el mundo. Pero usted me interesa porque no está siendo muy comunicativo. ¿Va a decirme dónde ha estado y qué ha hecho?

—No, no lo haré. Y si usted no va a tomarse la molestia de levantar su huesudo culo y hacer algo con el cabrón que le dio una paliza a mi mujer, lo haré yo mismo.

Lanzó la silla contra la pared y fue hacia la puerta dando zancadas.

—¿Señor McWard? —Lottie preparó su voz más calmada. Cuando el hombre se volvió, con la mano sobre el picaporte, dijo—: Le estaré observando.

McWard abrió la puerta con brusquedad y salió hecho una furia.

Boyd asomó la cabeza.

—La periodista Cynthia Rhodes quiere hablar contigo.

—Dile que se vaya al carajo.



Lottie salió de la zona de recepción, abrió la puerta a la izquierda del mostrador y encendió la luz. Era un reflejo de la sala de interrogatorios que acababa de dejar, solo que más pequeña. Se usaba sobre todo para los ciudadanos que rellenaban impresos. Apenas cabían dos personas apretujadas.

—Estoy muy ocupada, como puede imaginar —dijo al sentarse, y se cruzó de brazos.

—No le robaré mucho tiempo. Gracias por acceder a hablar conmigo. — Cynthia Rhodes acercó una silla.

—No he accedido a nada. Solo sigo el protocolo. —En cuanto hubo dicho esas palabras, Lottie supo que había herido la susceptibilidad periodística de Cynthia. Culpa de Paddy McWard. Todavía tenía que digerir el interrogatorio e identificar el origen de su rabia.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Cynthia, que colocó el teléfono sobre el diminuto escritorio y abrió la aplicación de grabadora de voz. Se acomodó las gafas de montura negra en la nariz.

—Dos minutos. Es todo lo que puedo permitirme.

—Quiero hacer un reportaje para las noticias del fin de semana.

—¿Un reportaje sobre qué?

—El décimo aniversario de la desaparición de Lynn O'Donnell.

Lottie suspiró.

—Yo no vivía en Ragmullin en aquella época. —Estaba decidida a contar lo mínimo posible.

—¿Podría entonces hablar con el comisario Corrigan? Tengo entendido que era el oficial de rango superior por aquel entonces.

—En este momento está de baja. —«Venga», tenía ganas de decir Lottie, «si ya lo sabes». La estaba haciendo perder un tiempo muy valioso. Tenía dos cadáveres y una persona potencialmente desaparecida de las que encargarse—. De todos modos, necesitamos la ayuda de los medios para pedir la colaboración ciudadana sobre los últimos movimientos de Elizabeth Byrne. Es la joven que encontramos muerta en...

—Recibí el comunicado de prensa y estoy bien informada de su carga de trabajo actual.

Lottie alzó las cejas.

—¿Mi carga de trabajo? ¿Qué tiene que ver eso con usted?

—He tenido una charla con David.

¿David quién? Mierda. ¡McMahon! Lottie se clavó las uñas en las palmas.

—Entonces tal vez David pueda ayudarla con el caso de hace diez años.

—Él me dijo que hablara con usted.

—¿Ah sí? —Cabrón entrometido.

Cynthia aún seguía hablando.

—Quiero ver si a los gardaí de Ragmullin se les pasó algo en su momento. Especialmente ahora, que he descubierto que Elizabeth Byrne desapareció de un tren. Igual que Lynn O'Donnell.

Lottie suspiró aliviada. Al menos Cynthia no tenía ni idea de la posible desaparición de Mollie Hunter, a quien también habían visto por última vez en un tren.

—Y luego está Mollie Hunter —dijo Cynthia con una sonrisa casi ladina.

—Por el amor de Dios —exclamó Lottie—. Para su información, nadie ha denunciado la desaparición de Mollie Hunter. La han informado mal. —Se puso de pie y abrió la puerta.

—Cierre la puerta un momento.

—¿Qué?

—He dicho que cierre...

—La he oído —dijo Lottie—, y creo que es hora de que se marche. Cuando la oficina de prensa tenga información que compartir públicamente, me aseguraré de que la incluyan en la lista de correo electrónico.

—Ya estoy en la lista. Pero ¿no cree que es un poco insólito que casi diez años después de la desaparición de Lynn, de repente aparezca asesinada una mujer de edad similar, y otra desaparezca? Todas desaparecieron después de tomar el tren de la tarde de Dublín a Ragmullin. Puede que el asesino haya

vuelto a la carga. Acechando y matando a mujeres jóvenes. Eso podría desatar el pánico entre los pasajeros, en detrimento de una estación que ya está amenazada.

Lottie cerró los ojos, contó hasta tres y volvió a abrirlos. Esperaba que Cynthia se hubiera escabullido por la puerta. No tuvo suerte.

—Si empieza a lanzar rumores malintencionados, causando el pánico en Ragmullin, la haré responsable.

—No me importa desatar el pánico si en el proceso puedo salvar la vida de alguna chica inocente. ¿Tiene algo que añadir?

—¿Sobre qué?

—Sobre el caso O'Donnell.

—Escúcheme bien, señorita Rhodes, usted y yo sabemos que las probabilidades de encontrar a Lynn O'Donnell son virtualmente inexistentes. Por lo que sabemos, la chica fue asesinada en esa época y el cuerpo abandonado en las montañas de Dublín. Si este es el caso, nunca será encontrada, a no ser que la encuentren por casualidad. Así que, por favor, no dé esperanzas a esa pobre familia cuando sabe que no hay ninguna.

—¿Algo más?

—Márchese.

—Oh, me voy, pero recuerde, inspectora Parker, su pasado acabará atrapándola.

Lottie se quedó con la boca abierta.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Creo que lo sabe muy bien. La manzana nunca cae muy lejos del árbol.

Lottie entró en su despacho hecha una furia y cerró la puerta de un portazo. Se quitó las botas, puso los pies sobre la mesa y abrió el expediente de Lynn O'Donnell. ¡Cómo si no tuviera ya bastante que hacer! Cynthia Rhodes era como una urticaria rabiosa que no la dejaba en paz. Ni siquiera la conocía y ya la odiaba.

Antes de empezar con el expediente, hurgó en un cajón en busca de una pastilla. Necesitaba algo para apaciguar su corazón rabioso. Algo para mantener a raya los demonios de su pasado. ¿Qué había querido decir Cynthia? ¿Se refería a que Peter Fitzpatrick, el padre de Lottie, había sido un policía corrupto? ¿Pensaba que Lottie era igual? Seguro que no. ¿O tenía que ver con su madre biológica? Pero nadie sabía de ella. ¿O sí? Encontró una pastilla y se la tragó en seco, el regusto a tiza le provocó arcadas. ¿Se estaba convirtiendo en una réplica de su madre adicta? Dios, esperaba que no.

Sus recuerdos sobre el expediente eran difusos, como resultado de las circunstancias de la noche anterior, incluido el vodka. Mierda. Presentía otro dolor de cabeza. Que Dios se apiadara de quien entrase por la puerta.

Enfocó los ojos en la fotografía grapada en la portada interior. Pelo color caoba y rizado por encima de los hombros. Ojos azul cielo, llenos de vida. Los labios ligeramente curvados hacia arriba en una sonrisa pícara. Lynn O'Donnell parecía tener menos de sus veinticinco años, y Lottie se preguntó si era una fotografía tomada algún tiempo antes de desaparecer.

El expediente era una lectura lúgubre. La última vez que la joven había sido vista fue en el tren de las cinco de la tarde de Dublín a Ragsmullin. Jimmy Maguire, el mozo de la estación, había declarado que se había cruzado con ella después de que la chica bajara del tren. Se le había caído el bolso y la había

ayudado a recoger sus pertenencias. Después de eso... nada. Simplemente había desaparecido. Hacía diez años, no había cámaras de seguridad en la estación, y muy pocas en la ciudad, e incluso después de una investigación intensiva, los guardaí aún no habían conseguido ninguna pista. Lottie veía muchas áreas que no se exploraron en su momento. Cosas que se habrían hecho de otra manera en la actualidad.

El comisario Corrigan había escrito numerosas notas en la parte de atrás del expediente. Mientras las revisaba, Lottie recordó los casos de otras mujeres jóvenes que habían desaparecido a lo largo de los años. A algunas las habían encontrado. Asesinadas. Pero aún había muchas desaparecidas. Demasiadas familias sin respuestas. Como los O'Donnell.

Si había una remota posibilidad de que los casos actuales estuvieran relacionados con Lynn, entonces tendrían que interrogar otra vez a Jimmy Maguire. Había una lista de los miembros de la familia O'Donnell. Tal vez también tendría una pequeña charla con ellos.

Y mientras estiraba la mano para coger el teléfono, un escalofrío de inquietud la advirtió de que tenían que encontrar a Mollie Hunter pronto.

Antes de que levantara el teléfono, sonó.

Jane Dore.

\* \* \*

Lottie se puso la bata y se unió a Jane en la morgue.

—Gracias por hacer esto tan rápido, Jane —dijo.

—Es un día tranquilo. —La patóloga abrió un archivo en su ordenador—. Tengo el examen preliminar. Una mujer de unos treinta y cinco años. Extremadamente malnutrida, rayando la desnutrición, diría. Como ya viste, la cabeza había sido afeitada, pero los folículos me dicen que su pelo se había vuelto gris. Ojos azules, y aunque no lo pensarías al verla ahora, era caucásica.

»La habían envuelto en algún tipo de plástico, posiblemente bolsas de basura industriales. Entre eso y la descomposición, es difícil determinar la hora de la muerte. Tampoco ayuda que rociaran el cuerpo con lejía. Pero la presencia de moscas y larvas en este clima tan frío me hace pensar que lleva muerta al menos una semana. Puede que más tiempo. Y puede que la tuvieran guardada en un sitio cubierto, posiblemente cálido. Me temo que hay demasiadas variables desconocidas. Tengo más análisis que hacer, así que tal vez sepa más cosas a lo

largo del día.

—De acuerdo.

—He tomado muestras de ADN, que deberías pasar por la base de datos nacional de personas desaparecidas. Quizá sea la única manera de identificarla.

—¿Has hecho exámenes toxicológicos?

—Sí. En mi análisis inicial los resultados fueron negativos, pero he enviado las muestras para que realicen exámenes más detallados.

—¿Puedes decirme cómo murió?

—Como he dicho antes, no hay heridas visibles, aparte de la evidente actividad de las alimañas. El cuerpo llevaba más o menos una semana al aire libre. Ya sabes que odio hacer conjeturas hasta haber completado todas las pruebas, pero me inclino a pensar que la muerte se produjo por causas naturales.

Lottie abrió más los ojos.

—Pero la envolvieron en plástico y la tiraron en el bosque.

—Eso sugiere actividad criminal después de la muerte. En este momento, lo único que puedo decir es que la causa de la muerte no es concluyente.

—¿Algo más? —preguntó Lottie—. A estas alturas estoy dispuesta a agarrarme a cualquier clavo, por mucho que queme.

—Había dado a luz.

—¿Recientemente?

—No, diría que hace unos cinco o diez años, puede que más. —Jane se puso a trastear con un montón de papeles.

—¿Alguna posibilidad de conseguir el ADN?

—¿Del bebé? No, pero si encuentras a la criatura, tal vez pueda emparejarlo con la madre.

—Gracias, Jane.

—Te enviaré el informe completo pronto.

—¿Y me llamarás si encuentras algo más?

—Lo haré.

Lottie ya estaba en la puerta cuando Jane dijo:

—Oh, otra cosa más.

Lottie se dio la vuelta.

—Casi me olvido, estaba guardándolo para el final. He encontrado un anillo de Claddagh incrustado en la unión entre el esófago y el estómago.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Llevaba allí atascado un buen tiempo. Puede que se lo tragara o tal vez se lo metieron en la garganta a la fuerza. Pero nunca lo expulsó.

—Eso es terrible. ¿Alguna inscripción?

—Le haré unas fotos y te lo mandaré.

Lottie dejó a Jane en su Casa de los Muertos. En el trayecto de regreso a Ragmullin, se preguntó quién sería la víctima misteriosa, y cómo alguien que parecía haber muerto por causas naturales había acabado abandonada en el bosque junto al lago. ¿Y por qué se había tragado un anillo? ¿Dónde estaba la criatura? ¿Estaba viva o muerta? Entonces la asaltó otro pensamiento. ¿Por qué le habían afeitado la cabeza?

El curso de Grace terminó temprano. Mientras salía del edificio, miró a su alrededor. Sentía unos ojos clavados en su espalda. Se apoyó contra la pared mientras dejaba salir en fila a la multitud apresurada, luego respiró profundamente y exhaló su miedo.

No había pensado en nada más que en Mollie durante todo el día. El comportamiento irracional era algo ajeno a ella. Era una criatura de costumbres. Ahora quería ayudar a una chica que apenas conocía. Si tan solo pudiera ser valiente, si tan solo pudiera desprenderse de su ansiedad por unas horas, tal vez podría enfrentarse al hombre que había visto en el tren. ¿Sería capaz de hacerlo? No, por supuesto que no. Sí, Grace, tú puedes. Y lo harás.

Se colocó el bolso en el hombro y se ató la bufanda al cuello con las manos temblorosas. Necesitaba urgentemente su medicina para la ansiedad. Dio el primer paso fuera del edificio, haciéndose lo más pequeña posible para evitar el contacto con la gente, y se dirigió a la estación. Si el hombre estaba en el tren, lo abordaría. Y lo obligaría a decirle adónde se había llevado a Mollie. Comenzó a bajar por la calle Talbot, volvía la cabeza cada pocos segundos.

Para vigilar.

\* \* \*

Al volver de la Casa de los Muertos, Lottie se tropezó con la detective Maria Lynch.

—Siento lo de esta mañana, jefa —dijo Lynch.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Lottie—. Ven a mi despacho.



—Tengo náuseas. Básicamente por las mañanas —dijo Lynch cuando se hubieron sentado.

—¿Estás embarazada?

—Sí. Tengo treinta y cinco años. Ya tengo dos hijos pequeños, y no quería más, y...

—Felicidades.

—Gracias.

—Me alegro sinceramente por ti. —Lottie captó un destello en los ojos de Lynch—. ¿No estás contenta?

—No ha sido planeado. Todavía me estoy haciendo a la idea. La razón por la que te lo digo tan pronto es porque puede que falte algunas mañanas, pero trabajaré hasta más tarde para compensarlo.

—No te preocupes por eso.

—No quiero ningún trato preferente. Nada de trabajo de oficina.

—¿Yo? ¿Dar un trato preferente? Ya tendrías que conocerme.

Lynch rio y la tensión en la sala se relajó.

—Ahora que hemos dejado el trabajo de vigilancia, tendré más energía.

—Genial. Tu principal prioridad es conseguir interrogar a Matt Mullin. ¿Puedes trabajar en ello?

—Lo haré. Gracias, jefa.

Cuando Lynch se hubo marchado, Lottie se sintió aliviada. Pensó que tal vez eran los efectos de la pastilla que se había tomado antes, o quizá era que podía tachar a Lynch de la lista de gente que se la tenía jurada.

\* \* \*

Acababa de cerrar la puerta para intentar tener unos minutos de paz cuando alguien llamó y Gilly O'Donoghue entró en el despacho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lottie, que se percató de lo pálida que estaba. No estaría también embarazada, ¿verdad?

—Quiero denunciar oficialmente la desaparición de Mollie Hunter.

—Estoy de acuerdo contigo, pero dime qué ha cambiado.

—Me he puesto en contacto con su oficina. Trabaja en el departamento de ayuda social en la calle Townsend en Dublín. Su jefe dice que casi nunca falta al trabajo. Si está enferma, siempre llama para avisar. No había pedido vacaciones,

así que estaba especialmente preocupado cuando supo que nadie la había visto desde el miércoles.

—¿Te ha confirmado que se encontraba bien cuando acabó el trabajo el miércoles? ¿Has hablado con sus compañeros?

—No en persona. Pero su jefe me ha vuelto a llamar y me ha dicho que nadie sabe nada de ella. Cree que es raro.

—A la luz del asesinato de Elizabeth Byrne, sigue adelante con la denuncia. Tenemos que establecer los últimos movimientos conocidos de Mollie. Habla con cualquiera que la haya visto en la estación. —Esto era ir contra la orden directa de McMahon. Otro choque en marcha.

—Ya he publicado un llamamiento personal en Facebook, así que ahora también haré uno oficial. Y hablaré con la hermana de Boyd, Grace. Ella cogió el tren con Mollie el miércoles.

—Hazlo, y mantenme informada de los avances. Tenemos que encontrar a Mollie. —Mientras la puerta se cerraba detrás de Gilly, Lottie susurró—: Viva.

Lottie convocó al equipo en la sala del caso para una reunión improvisada y los puso al día sobre los detalles del examen *post mortem* de la víctima encontrada en el lago.

—Tenemos que descubrir quién es. Kirby, comprueba su ADN en la base de datos nacional, a ver qué sale.

—Lo haré. —Kirby lo anotó en su lista creciente de cosas que hacer.

Lottie clavó una foto en la pizarra y la señaló.

—Esto es un anillo de plata de Claddagh. La patóloga forense lo encontró en el intestino de la víctima. Sacad copias. A ver si podéis averiguar de dónde viene.

—Jo-der —dijo Kirby.

—Puede que sea una pista sobre quién era. No veo ninguna inscripción, así que quizá sea una causa perdida. De todos modos, aquí se nos da bien luchar por las causas perdidas.

Un murmullo de risa estalló antes de que Boyd dijera:

—Es un símbolo de amor.

—¿El qué?

—El Claddagh. Mi padre se lo dio a mi madre como anillo de compromiso. Puede significar que estás comprometido. Es un anillo tradicional, pero hoy en día se producen en masa.

—Eso no nos sirve de mucho, pero mantened en mente su significado. —Lottie estudió la fotografía antes de continuar—. Esta víctima tuvo un bebé hace algunos años. Estamos buscando a una madre de treinta y cinco años. Alguien tiene que echarla de menos. ¿Su hijo? ¿Su marido o pareja? ¿El hombre que le

dio el anillo, tal vez?

—¿Es alguien de la zona? —preguntó Boyd.

—Las únicas personas desaparecidas en las últimas semanas son Elizabeth Byrne y ahora Mollie Hunter —dijo Lottie—. Sabemos que Elizabeth está muerta y tenemos su cuerpo, pero la edad de Mollie no encaja con este cadáver y, por lo que sabemos, no tiene hijos. Por tanto, tiene que ser otra persona.

»Mollie Hunter ha sido clasificada oficialmente como persona desaparecida. La garda O'Donoghue está preparando un llamamiento oficial, por si alguien la ha visto, y necesitamos rastrear su teléfono y sus últimos movimientos. Comprobad si hay algo en su vida que coincida con la de Elizabeth Byrne. No puede ser casualidad que ambas mujeres fueran vistas por última vez en la estación de Ragmullin. Boyd, tú consigues cualquier grabación de vigilancia de la estación del miércoles que esté disponible.

—Haré cuanto pueda.

Lottie recorrió el perímetro de la sala del caso.

—No creo en las coincidencias, así que tenemos que encontrar a Mollie antes de que acabe como Elizabeth en la tumba de otra persona.

—¿Tenemos que advertir a los pasajeros del tren? —preguntó Boyd.

Lottie se estremeció al recordar la amenaza de Cynthia Rhodes.

—Sé que estás preocupado por la seguridad de Grace, pero no creo que de momento esté justificado.

—No es solo Grace quien me preocupa.

—Tal y como están las cosas, no sabemos realmente dónde secuestraron a Elizabeth. Podría haber sido de camino a casa. Pero pondremos algunos agentes en el andén esta tarde. Luego tenemos el fin de semana para progresar antes del lunes y que empiecen otra vez los trayectos. Se cancelan todos los permisos. ¿Quién estaba haciendo la segunda revisión de las grabaciones de seguridad de la estación del lunes?

Kirby levantó la mano.

—Yo. Está muy borroso. No he reconocido a nadie.

—Vuelve a comprobarlo. —Señaló la foto de Matt Mullin en la pizarra—. Estamos buscando a este hombre. Encontradlo. —Se detuvo delante de Kirby y dijo—: ¿Alguna novedad sobre John Gilbey?

—¿El sepulturero? Lo he vuelto a interrogar y está limpio.

Lottie se detuvo frente a la pizarra del caso.

—¿Quién tiene la lista de nombres de la gente que corre por Rochfort

Gardens?

—Yo. —Boyd la agitó en el aire.

—¿Mollie Hunter aparece en ella?

La inspectora dio golpecitos en el suelo con el pie mientras esperaba que Boyd recorriera la lista con el dedo.

—Creo que esta es su firma.

—Enséñamela. —Lottie cogió la hoja y la miró con los ojos entrecerrados—. Creía que había pedido que alguien lo pasara a ordenador. Joder, no puedo leerlo. ¿Dónde está su nombre?

Boyd se lo señaló.

—Tienes razón. —Lo miró—. ¿Hemos avanzado en lo de contactar con la gente de la lista?

—No tenemos las direcciones de todos. —Boyd bajó la mirada—. Así que es un poco difícil.

—No quiero oír que es difícil. Quiero respuestas.

—Hemos empezado, pero ahora tenemos este nuevo cuerpo y...

—Dale la lista a un uniformado. Pon a Gilly O'Donoghue a hacerlo. Lo que me recuerda, Gilly quiere hablar con Grace para ver qué recuerda de cuando conoció a Mollie en el tren.

—No voy a meter a mi hermana en esto.

—Haz algún trato con ella. —Lottie suspiró con exasperación—. ¿Ahora tengo que pensar por ti?

—Menos mal que no puedes. —Boyd dobló la lista y salió de la sala.

\* \* \*

El hombre la estaba mirando. De pie, apoyado contra la puerta del vagón C. En la frente de Grace aparecieron perlas de sudor, y sus manos estaban húmedas y resbaladizas. Respiró profundamente, pero al final tuvo que usar su inhalador. Gracias a Dios que lo tenía con ella. Al menos cuando regresara a casa de Mark podría coger sus pastillas y tal vez dormir un poco. Eso sería el paraíso. Volvió a guardar el inhalador en la bolsa y cuando levantó la vista, el hombre estaba en pie frente a ella.

—Creo que deberías sentarte —dijo—. No tienes muy buen aspecto.

No se había dado cuenta de que se había movido. No se había dado cuenta

de que el tren había parado en Maynooth. No se había dado cuenta de que ahora había un montón de asientos libres.

—E-estoy bien —tartamudeó.

—Siéntate —le ordenó el hombre.

Estaba segura de que él podía oír su corazón martilleándole en el pecho. Descendió hasta un asiento que había tras ella y se posó en el borde, apretando el bolso contra la rodilla. La mujer a su lado estaba dormida, con la cabeza contra la ventana y los auriculares puestos, ajena a todo.

El hombre se sentó frente a ella. Grace contuvo el aliento. Él se inclinó sobre la triste y estrecha mesa y dijo:

—No tengas miedo de mí. Puedo ayudarte.

Los ojos de Grace se abrieron y su boca se agarrotó.

—¿Qué quiere decir?

—Te he visto esta mañana. Y ayer. Buscando a tu amiga.

Grace no tuvo que preguntar qué quería decir. Lo sabía.

—Mollie —dijo él—. Está en problemas. Creo que se alegraría de verte, aunque me dijo que no se lo contara a nadie.

Mientras el hombre continuaba mirándola fijamente, Grace sintió cómo su pecho se encogía y volvió a buscar el inhalador en el bolso.

—¿Dónde está?

—Si prometes no armar un escándalo, me pondré en contacto con ella y averiguaré si quiere verte.

Mark no estaría en la estación para recogerla. ¿Qué iba a hacer? ¿Ir con el hombre y encontrar a Mollie, o chillar a grito pelado? Puede que por una vez en su vida pudiera ser valiente. Dio una inhalación rápida y dejó que el pensamiento se enraizara en su cerebro ansioso. Iría con él y encontraría a Mollie.

—De acuerdo —susurró.

—¿No tendrías que estar en la estación? —Lottie comprobó la hora en su teléfono—. Para recoger a Grace.

—Pasaré el fin de semana en casa de mi madre, en Galway.

—Entonces tendrás un respiro —dijo ella—. Dios, este día se me está haciendo tan largo como una semana. Necesito un café. ¿Te apuntas?

Lottie cogió una taza y fue hacia la cocina improvisada. Katie ya debería de estar en Nueva York. Aún no sabía nada de ella. Le daría una hora, luego llamaría para asegurarse de que estaban bien.

—¿Qué diantres...? —dijo—. ¿Quién ha robado mi cocina?

La esquina estaba desnuda, excepto por las cañerías parcheadas con cinta aislante alrededor de las boquillas de cobre que sobresalían de la pared.

—McMahon —dijo Boyd reprimiendo una risita.

—No tiene gracia. —Lottie se dio media vuelta y caminó hecha una furia por el pasillo.

—Trae, dame tu taza —dijo Boyd—. Te traeré uno de la cantina.

—No te molestes. Me voy a casa. —Fue a coger la chaqueta.

Kirby hizo su aportación:

—¿Sabéis lo que necesitáis vosotros dos?

—Ya sé lo que vas a decir —respondió Boyd, que se sentó frente al escritorio.

—Un par de pintas.

—No voy a salir a beber contigo en toda tu vida, Kirby.

—Tú también puedes venir, jefa, y tú, Lynch. —Kirby jugueteó con un cigarro apagado entre los dedos.

—Lo siento, yo ya no bebo —dijo Lynch mientras mantenía la mirada estudiadamente fija en la pantalla del ordenador.

—Nunca te había visto rechazar una copa de Kirby, aunque tampoco es que las ofrezca muy a menudo —dijo Boyd.

—Me voy a casa —dijo Lottie—. Ha sido un día largo y tengo que estar en Rochfort Gardens temprano por la mañana para hablar con los corredores. Y será mejor que vosotros estéis aquí bien tempranito.

—Puede que yo llegue tarde —apuntó Lynch.

—No te preocupes. —Lottie se colocó la chaqueta sobre los hombros y cogió el bolso.

Boyd la siguió por el pasillo.

—¿Vamos a comer algo?

—Me muero de hambre, pero tengo una familia que alimentar.

—¿Puede que en otro momento?

—Ya veremos. —Lottie dejó que la puerta se cerrara tras ella.

\* \* \*

Cuando el tren se detuvo en la estación de Ragmullin, Grace caminó sumisamente junto al hombre por el andén a través del gentío. Se fijó en los agentes de policía patrullando de un lado a otro y pensó en gritar, pero descartó la idea. Quería ver a Mollie, ¿verdad? Mark estaría orgulloso de ella si pudiera ver lo valiente que estaba siendo. A pesar de que aún pensaba en ella como su hermana pequeña, tenía casi treinta años. Era hora de que se valiera por sí misma.

El hombre le cogió el codo con fuerza. Cada músculo de su cuerpo gritó ante el contacto físico. Trató de escabullirse, pero el hombre la sostuvo con fuerza.

En la parte de atrás de la estación, el hombre abrió la puerta de un coche.

—Ya no falta mucho.

—¿Para qué no falta mucho? —Grace se detuvo y sintió que la incertidumbre erosionaba la valentía que había tenido hacía unos minutos.

—Para que veas a tu amiga.

—Creía que tenías que llamarla primero —dijo Grace.

—Estoy seguro de que no le importará.

Grace subió al coche.



—¿A dónde vamos?

—Solo a un par de kilómetros de aquí. Mollie está muy bien instalada y estoy convencido de que tendréis una charla estupenda.

Grace se abrochó el cinturón y miró por la ventanilla las farolas que se desvanecían mientras el hombre salía de la ciudad. Se mordió el labio y apretó con más fuerza la correa del bolso. Su voz interior le dijo que tal vez esto no fuera tan buena idea. Ya era demasiado tarde.

\* \* \*

Matt Mullin aparcó el coche frente a la parte trasera de la casa. Veía a su madre en la cocina preparando una cena que él no quería comer. No debía de haberlo oído aparcar; no miró por la ventana.

Era inútil. No soportaba entrar en la casa. Su madre le haría preguntas sobre el trabajo. No, no tengo un trabajo nuevo, madre. Volvió a encender el motor, rodeó lentamente la casa y comenzó a bajar por la avenida.

Echaba de menos a Elizabeth. ¿Por qué habían ido tan mal las cosas? Todo era culpa de ella. ¿Por qué se había alejado de él? Se había cambiado el número y cerrado sus cuentas en las redes sociales. Matt no podía descubrir en qué andaba. Pero entonces, justo antes de Navidad, Elizabeth volvió a Facebook. Se estaba poniendo en contacto con él. Quería que volviera a casa. Había estado seguro de que esa era la razón por la que Elizabeth había regresado a internet.

Y entonces todo había vuelto a desmoronarse.

Era un idiota. Agarró el volante con tanta fuerza que sus nudillos amenazaban con atravesarle la piel. Y estaba conduciendo demasiado rápido. Redujo un poco la velocidad. No tenía sentido atraer atención indeseada.

En el puente Dublín esperó a que el semáforo cambiara. Miró la ciudad acurrucada a sus pies y el canal fluyendo bajo el puente. ¿Y si abandonaba el coche y saltaba a las aguas turbias?

El semáforo se puso en verde y desechó esa idea.

\* \* \*

Keelan metió a Saoirse en la cama temprano, le leyó un cuento y luego ordenó la cocina antes de que Cillian llegara a casa. La pelea comenzó de la nada.

—Pasas más tiempo preocupándote por Saoirse que por mí. —Cillian se

quitó los zapatos y puso los pies sobre la mesita del café.

—Y tú te pasas más tiempo quejándote de tu hermano que cuidando de él.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿No te has fijado en lo decaído que está últimamente?

—¿Decaído? ¿Y cómo sabes tú eso?

—Lo he visto deambulando por la ciudad. Se lo ve... deprimido.

—Nuestra hermana desapareció de la faz de la Tierra y destrozó a nuestra familia. —Quitó los pies de la mesita y se inclinó hacia delante con las manos colgando entre las piernas.

—Ya lo sé. Lo he vivido contigo durante los últimos cinco años. —Cada año era lo mismo. La semana antes y la siguiente al 14 de febrero. Y Keelan sabía que las rosas que le llevaba en esa fecha eran en realidad en memoria de la hermana que había perdido.

—Sí, pero tú no sabes lo que me hizo a mí, a mi familia, en aquel momento.

Keelan volvió a colocar el libro de trenes de Saoirse, que Cillian le había comprado, en la estantería y se volvió hacia él.

—Eso es porque no quieres hablarlo conmigo. Te lo callas y te lo guardas todo. Entonces, cada cierto tiempo, la caja se abre de golpe y tengo que aguantar tu mal humor.

—Ya he dicho que sentía lo de los platos. ¿Has comprado otro juego?

—No hablo de los malditos platos. Hablo de ti y de mí. De cómo me tratas. No está bien, Cillian. Creo que necesitas ayuda.

El hombre se levantó de la silla y la cogió del brazo.

—No te atrevas a mencionar eso. Primero dices que mi hermano está deprimido, y luego me echas toda la culpa a mí.

—Me estás haciendo daño. —Keelan trató de soltarse. Cillian apretó todavía más fuerte y le clavó los dedos en la piel, hasta el hueso.

—¿Daño? Puedo hacerte mucho más daño. ¿Te gustaría?

—¡Basta! —Keelan se libró de sus dedos uno a uno. Sabía que la rabia era lo que le daba fuerza. Su marido se quedó allí, mirándola con la boca abierta—. He vivido con el fantasma de tu hermana persiguiéndome cada día desde que te conocí —dijo—. Pensaba que a estas alturas ya habrías exorcizado su espíritu. Pero es peor. Cada puto año es peor. Ya he tenido bastante. ¿Te enteras?

Y entonces comenzaron las lágrimas. No quería llorar. Sabía que lo enfurecería más. Apretó los puños con fuerza para evitar lanzársele encima, para evitar clavarle las uñas en su cara patética, y se dio la vuelta. Cogió el libro de

trenes y comenzó a arrancar las páginas, una a una. No tenía ni idea de por qué lo hacía, provocándolo, cuando podía explotar en cualquier momento.

El móvil de Cillian sonó y, cuando colgó, dijo:

—Salgo.

Keelan observó cómo se ponía los zapatos.

—¿A dónde? —Su marido no contestó. Sin poder contenerse, dijo—: Coge el abrigo.

En la puerta, Cillian se giró de golpe.

—Cada día sueñas más como mi madre —gruñó.

El portazo despertó a Saoirse y, mientras Keelan corría a la habitación de su hija, se preguntó si ahora poseía la fuerza necesaria para dejar a Cillian O'Donnell de una vez por todas.

## 61

La casa estaba inusualmente silenciosa cuando Lottie llegó. Entonces, recordó que Katie y Louis estaban en Nueva York. Apartó del pasillo el cochecito y lo llevó rodando hasta el salón, contenta de que Katie se hubiera llevado el más ligero.

—¿Sean? —gritó al piso de arriba—. ¿Puedes plegar este cochecito, por favor? ¿Y dónde está Chloe?

Sin esperar la respuesta, fue a la cocina y comenzó a sacar cosas de la nevera para preparar la cena.

—¿Podemos pedir comida? —dijo Chloe, que entró detrás de Lottie.

—Tengo que preparar algo para tu abuela, así que ya cocino para todos. — Lottie se dio la vuelta y se encontró con Chloe apoyada contra la puerta de la cocina, tirándose de las mangas.

—¿Qué pasa?

—Nada. Tenemos vacaciones la semana que viene, y ya que Katie y Louis no están, me preguntaba si podíamos ir a algún sitio unos días.

—Estoy en plena investigación de un asesinato. No puedo irme sin más.

—Todo gira en torno a ti, ¿no?

—Lo siento, Chloe, no quería decir...

—Olvidalo.

—Lo siento. —Estaba hablando sola.

Sean gritó desde el salón:

—No tengo ni idea de cómo se pliega esto. Voy a meterlo detrás del sofá.

El móvil de Lottie sonó.

—¿Sí, madre?

—Me he asado un pollo. Queda un poco, si lo quieres.

—No, está bien. Vamos a pedir comida.

Colgó antes de que su madre pudiera soltarle un discurso sobre la importancia de la comida sana para el desarrollo de los cerebros adolescentes. Al menos Rose parecía estar mejorando.

Chloe apareció en la puerta.

—Entonces ¿pido comida?

—Sí, hazlo.

Pero a Lottie no le apetecía pedir comida. Le apetecía salir. A alguna parte donde pudiera tomarse una copa sin que Chloe lo descubriera.

Llamó a Boyd.

Los tres hombres estaban sentados en la cocina. El timbre quebró el silencio. Donal se levantó para contestar.

Cillian miró a su hermano al otro lado de la mesa. Finn bajó la cabeza y Cillian sonrió. Siempre llevaba la delantera en lo que tenía que ver con su hermano. Cuando su padre regresó, lo seguía una mujer. Pelo corto rizado y gafas de montura negra. Tendría unos cuarenta años. «No es gran cosa», pensó el hombre.

—Esta es Cynthia Rhodes, de la tele —dijo Donal.

—Hola, encantada de conocerlos. —Les dio la mano y se sentó sin que la invitaran.

Cuando los cuatro estuvieron sentados a la mesa, Cillian dijo:

—¿Va a decirnos de qué va todo esto?

—No me gusta desenterrar malos recuerdos, pero quiero hacer un reportaje para las noticias sobre el décimo aniversario de la desaparición de Lynn. Puede que vuelva a despertar el interés por su caso.

—No estoy muy seguro —dijo Donal.

—¿Les importa si grabo esto? —La mujer colocó el móvil en la mesa, con la aplicación de la grabadora conectada.

—A mí me importa —dijo Cillian, que se cruzó de brazos. La periodista sacó una libreta del bolso—. Y puede guardar eso también.

—De acuerdo. —Dejó el bolso en el suelo—. He visto los carteles por la ciudad. Pensé que no les importaría tener algo más de publicidad.

—Depende de lo que quiera decir con publicidad —dijo Finn.

—Echamos mucho de menos a Lynn —intervino Donal—. Y mi esposa,

Maura... murió...

Cillian suspiró. Esperaba que el viejo no empezara a lloriquear. Ya había visto suficientes lágrimas para el resto de su vida.

—Lamento su pérdida —dijo Cynthia—. Tal vez, si hago un reportaje especialmente bueno, aparezca algo. Como en *Crimecall*.

Cillian gruñó.

—Parece que las autoridades piensan que sin cuerpo no hay crimen. Pero llevamos diez años sin nuestra hermana, así que en mi cabeza eso es un crimen.

—Estoy de acuerdo —respondió Cynthia.

—Entonces, ¿por qué habla con nosotros? —preguntó Cillian—. Hable con los polis. A ver qué le pueden contar.

—Lo he intentado, pero mantienen la boca bien cerrada sobre este asunto. Pensé que con el asesinato de una joven vista por última vez en un tren verían el parecido con la desaparición de Lynn.

—He oído sobre eso. Es horrible —dijo Donal.

—Entonces, ¿pueden decirme cualquier cosa que tal vez ayude a refrescar la memoria de alguien?

Donal se levantó y dobló el periódico concienzudamente.

—Usted conoce los hechos. Mi hija trabajaba de funcionaria en Dublín. Iba allí en tren cada día. Y el 14 de febrero de 2006, cogió el tren para volver a casa, como siempre, pero nunca llegó. Esa mañana fue la última vez que la vimos.

—Y vosotros, chicos, ¿cuándo visteis a vuestra hermana por última vez?

Cillian observó a la reportera tomando notas a escondidas en la libreta sobre las rodillas. «¿Se cree que no la veo?».

—Todos vivíamos aquí en aquella época. Lynn se levantó para coger el tren. En aquel entonces, solo había uno por la mañana. Finn y yo la vimos la noche anterior, cuando nos estábamos yendo a la cama, ¿verdad?

Finn gruñó, con la cabeza todavía gacha. Cillian le dio una patada bajo la mesa.

—Sí, así es —murmuró.

Cillian se levantó y dijo:

—Creo que el único lugar donde podrá conseguir información es en la policía. Pero le agradeceríamos si pudiera hacer un nuevo llamamiento pidiendo la colaboración ciudadana.

La observó mientras desplegab uno de los carteles sobre la mesa.

—Este número de teléfono, ¿es de alguno de ustedes? ¿Puedo difundirlo?

—Ese número es solo para recibir información. No es que sirva de mucho. No ha sonado en diez años. —Cillian miró a su padre, que en ese punto ya había doblado el periódico formando un cuadrado pequeño.

—Sí, así es —dijo Donal.

—Tal vez mi reportaje les dé algunos sospechosos nuevos a la policía.

—Nunca hubo sospechosos —dijo Donal—. La acompañaré a la salida, señora Rhodes.

Después de que la periodista saliera de la casa, los tres hombres de la familia O'Donnell se miraron mutuamente. Sabían que había un sospechoso principal que nunca había estado en el radar de la policía. Tendrían que haber dicho algo en aquel momento, pero nunca habrían permitido que la familia sufriera tal humillación. Nunca.

\* \* \*

Carol estaba tumbada de lado en la cama. Las náuseas se abrían paso subiendo desde su estómago y se le acomodaron en la parte de atrás de la garganta. ¿Cómo había dejado que esto sucediera? Era una estúpida. Tendría que haberle dicho a la policía que Elizabeth sabía lo de su embarazo y que estaba mucho más avanzado de lo que había dado a entender.

Suponía que tendría que hablar con él pronto. Con el padre del niño que crecía en su vientre. Había sido muy amable, ¿verdad? Después de todo lo que había pasado antes. Tan comprensivo con sus frustraciones por la vida en casa, su hermano gay y su trabajo de mierda. Sí, había sido amable con ella. Pero no en ese momento.

«Maldita sea —pensó—, es un completo desastre».

Tenía el móvil a su lado, sobre la almohada. Abrió su perfil de contacto, guardado bajo un nombre falso, solo por si acaso. Nunca se puede ser lo bastante cuidadoso, le había dicho él. Sí, sabía que estaba casado. Pero tenía derecho a saberlo, ¿o no?

Otra oleada de náuseas se liberó de su garganta y vomitó en la palangana que había colocado junto a la cama.

¿Cuánto iba a durar esto? Mientras un sudor frío le cubría la frente, cerró el contacto y bloqueó el teléfono. Ahora no. Se encontraba demasiado mal.



\* \* \*

El campamento nómada estaba iluminado como la Nochebuena. Paddy McWard aparcó su Jeep y dio un buen vistazo por la zona antes de entrar en su casa.

Su cena esperaba en un plato dentro del microondas y Bridie estaba sentada en el sofá, con Tommy en las rodillas.

—¿Cómo está Tommy? —preguntó él.

—Me duele muchísimo la cara, gracias por preguntar. —Bridie estaba enfurruñada.

Se sentó junto a ella y cogió a su hijo en brazos. Besó el pelo de Tommy, con su dulce aroma, y el bebé se acurrucó contra su pecho.

—Siento no haber estado aquí contigo últimamente.

—¿Y por qué es eso, Paddy? ¿Por qué no has estado aquí? ¿Dónde has estado? ¿O no se me permite preguntar?

—Por favor, no preguntes y no tendré que mentirte.

—Así están las cosas, ¿no? —Se alejó de él, pero Paddy vio que tenía los ojos fijos en Tommy.

—No voy a hacerle daño a nuestro hijo, ni a ti, de hecho —comentó. Bridie se estaba mordiendo el labio. Sabía que era una señal de que intentaba desesperadamente no llorar—. Y no empieces a berrear. Quiero que me creas cuando te digo que la paliza que te dieron no tuvo nada que ver conmigo.

—Estoy segura de que tuvo algo que ver con lo que sea en lo que estás metido. ¿Por qué, sino, han estado los polis revoloteando por aquí como moscas sobre la mierda durante las últimas semanas?

—Están buscando chivos expiatorios. Alguien a quien culpar por cada pelea o robo en la ciudad. Y puedo decirte aquí y ahora que no tiene nada que ver conmigo.

Su mujer volvió a acercarse a él.

—Pero ¿por qué iba a colarse alguien en la casa y a darme una paliza?

—No lo sé. Pero lo averiguaré. —Casi sentía el calor de la furia saliendo de los ojos de Bridie—. ¿Qué?

—Si no tiene nada que ver contigo, entonces es porque alguien piensa que vi algo en el cementerio. La noche en que asesinaron a esa pobre chica.

Paddy le dio el bebé y se levantó.

—Tú déjame a mí. Tengo a dos de mis primos vigilando esta casa, y no

vas a ir a ningún lado sin que te acompañe uno de ellos.

—Pero yo no he hecho nada malo. No es justo.

—Escúchame, en estos momentos la ciudad es un lugar muy peligroso, así que no quiero que vayas por ahí tú sola. No puedo permitirme perderte a ti también. —Apretó el botón del microondas y observó el plato girar bajo la luz.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Paddy. Tenía que cambiar de tema.

—¿Qué quieres decir con «a ti también»? —dijo ella a su espalda.

El hombre olía el perfume caro que le había comprado. Quería decirle que todo iría bien. Pero no sabía cómo hacerlo y, de todos modos, no podía decirle algo que él mismo no creía.

\* \* \*

Se sentaron en una esquina de Cafferty, con sendas pintas de Guinness entre las manos y tolerándose mutuamente.

—El viejo está perdiendo la chaveta —dijo Cillian.

—Yo creo que eres tú quien la está perdiendo —replicó Finn.

—Mira quién habla. Creo que se me acaba de joder la pinta. No sé ni por qué he aceptado venir aquí contigo.

—Sí que lo sabes. Querías escapar del descenso a la locura del viejo con el aniversario de Lynn a la vuelta de la esquina.

—Siempre estuvo loco. La desaparición de Lynn no lo empeoró.

—Puede que no, pero a madre sí.

—No la menciones. —Cillian bebió lentamente su pinta. La bilis que le subía del estómago le agrió el sabor en la boca.

—Ella adoraba a Lynn.

—Todos la adorábamos. Yo más que nadie. —Cillian hundió la barbilla en el pecho. No quería tener esta conversación. Menos aún con un hermano al que detestaba.

—Tú eres el más afortunado en todo esto. Tienes a Keelan y a Saoirse.

Cillian le lanzó a su hermano una mirada que podía cortar la leche.

—Nunca, jamás, hables de mi mujer y mi hija. Tú solito te has cavado la tumba. Ahora ve y métete en ella.

La mandíbula de Finn se movió arriba y abajo como si intentara hablar, pero las palabras se hubieran quedado atascadas en su garganta.

Después de terminarse la pinta de dos tragos, Cillian fue hacia la puerta.

—No sé cómo lo haces, pero cada vez que tengo que pasar ni que sea un minuto contigo, me entran ganas de matar a alguien.

En el exterior, se quedó quieto tres minutos enteros en el frío antes de poder poner un pie delante del otro. La catástrofe esbozada para ellos desde el día en que habían nacido destellaba ahora ante sus ojos con total claridad.

Mientras el aire helado se le colaba por el suéter, maldijo la cabezonería que lo había hecho salir de casa sin su chaqueta. No quería regresar con Keelan. Todavía no. Había alguien con quien prefería estar, sin duda.

Tomó la decisión y fue hacia el coche.

—**R**ecuerdo la última vez que estuvimos en ese restaurante. —Boyd bebía una copa de vino tinto.

Habían disfrutado de una exquisita cena india y regresado al apartamento de Boyd. Lottie no había necesitado que la convenciera de ir a su casa para tomar una copita. Tres copas de vino en el restaurante no habían conseguido mitigar su sed. Quería una botella entera.

Lottie sonrió.

—Nevaba tanto que casi hubo un colapso total.

—Y tú tuviste que meterme en el coche y llevarme a casa. Por aquel entonces, el padre Joe te andaba detrás.

—Eso es un comentario muy vulgar, Boyd. Solo estaba portándose como un amigo.

—Hay amigos y... amigos.

—¿Estás seguro de que no te has tomado una segunda botella de vino mientras yo comía?

—Solo una.

—Mentiroso —rio ella, sintiéndose más relajada de lo que debería—. ¿Echas de menos la compañía de Grace?

—No. ¿Qué tal en tu casa sin Katie y Louis?

—Silencioso.

—Eso es algo bueno, ¿no?

—Ya los echo de menos. Lo sé, lo sé. Pero Chloe está siendo muy dramática. Quiere que vayamos a algún sitio unos cuantos días la semana que viene porque ella y Sean tienen vacaciones. Y yo metí mi enorme pata al usar el

trabajo como excusa.

—Conociéndote como te conozco, habría pensado que pondrías como excusa la falta de dinero.

Lottie suspiró.

—No podía jugar esa carta. Katie me dio algo de dinero antes de irse.

—¿Katie? ¿De dónde lo ha sacado? —Boyd hizo una pausa y abrió la boca en *shock*—. ¿Tom Rickard?

—Sí, y no pienso gastar nada de su sucio dinero.

—Yo me lo gastaría.

—No pensaba que fueras así. —Lottie bebió unos sorbos de vino, tratando de hacerlo durar un poco más, mientras miraba la botella sobre la mesa.

—Por otro lado, tal vez simplemente lo quemaría —dijo.

—No lo harías, y yo tampoco. Katie lo necesitará cuando vuelva a casa.

—¿Cómo le va? —Boyd se levantó del sofá y se sirvió otra copa. Lottie alargó la suya y Boyd le tendió la botella de blanco.

—Me ha mandado un mensaje para decirme que han llegado bien. Le he respondido con un montón de mensajes, pero aún no me ha contestado.

—Dale una oportunidad.

—Tal vez debería llamarla...

—No lo hagas. Déjala pasar un par de semanas sin que te entrometas.

Se sentó a su lado. Lottie se fijó en que estaba más cerca que hacía un momento. Apuró la copa y se sirvió otra. Mierda, tenía que bajar el ritmo.

—Ya es la segunda vez que me insultas en el espacio de pocos minutos. — La inspectora se movió hacia la izquierda y se encontró con el brazo del sofá. Sabía que Boyd sonreía con satisfacción.

—Te gustaba, ¿no es verdad? —preguntó él.

—¿Quién?

—El padre Joe.

—Si sigues con esto, me voy a casa ahora mismo.

—Lo siento.

La inspectora sintió que se relajaba lentamente y lo estudió por el rabillo del ojo.

—No parece que lo sientas en absoluto. De hecho, estás un poco pálido. ¿Te encuentras bien?

Boyd alargó la mano y le acarició la mejilla.

—No me siento yo mismo.

—Eres un liante.

Pero no rechazó su avance. Un cosquilleo de anticipación se le enroscó en el estómago, y lo recibió con agrado. ¿O era solo el vino? «Si me besa ahora —pensó—, terminaré en su cama».

El tintineo de la copa de Boyd sobre la mesita de café la sobresaltó. Cogió la de ella y la dejó también, luego su mano regresó a la mejilla de Lottie. Esta se volvió para mirarlo.

—¿Pongo un poco de música suave? —preguntó Boyd.

—¿Música suave? Boyd, ni siquiera sabes lo que es eso.

—Entonces, ¿puedo besarte? —susurró.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

—Esa es la frase más cursi que he oído en mi vida.

—¿Estás rechazando...?

Sus labios sobre los de ella fueron respuesta suficiente.

\* \* \*

Los ojos de Grace se abrieron de golpe. Temblaba descontroladamente. Sentía la piel como si la hubieran despellejado con un cuchillo. Cuando su pecho se constriñó y el dolor se le clavó en la espalda, estuvo segura de que estaba sufriendo un ataque al corazón. Pero solo era la ansiedad. No podía tener un ataque de pánico. Ahora no.

El suelo bajo sus pies estaba mojado. A través de una ventana tapiada, distinguió un débil rayo de luz de luna. Su respiración se aceleró. Esto era malo. Muy malo. Con las manos atadas a los costados, no tenía manera de coger el inhalador. Unas horas más así y estaba segura de que moriría. El hombre no la había llevado con Mollie. No tenía ni idea de a dónde la había llevado después de aplastarle el trapo empapado contra la boca en el coche.

¿Cómo había sido tan crédula? Tal vez todo el mundo tenía razón. Tal vez era estúpida. Y ahora, atada como un trozo de carne listo para meter al horno, no tenía manera de demostrar que se equivocaban.

**B**ridie McWard abrazó a Tommy contra su pecho, envolviéndolos más a ambos con el edredón. No tenía ni idea de qué estaba consumiendo a Paddy las últimas semanas. Era como si fuera otro. Casi no estaba en casa, y cuando lo hacía, estaba furioso. Dando golpes y gritando, asustando a Tommy. Definitivamente, andaba metido en algo, pero Bridie estaba demasiado asustada para preguntar. Mientras acariciaba el pelo de su bebé, llegó a la conclusión de que fuera lo que fuera en lo que se había metido Paddy, no quería saberlo.

Cuando Tommy se durmió, lo llevó hasta la cuna y volvió a la cama. Todavía le dolía la cabeza por los golpes. Paddy también se había puesto furioso por eso. Tal vez estaba ahí fuera, intentando cazar a su atacante.

Mientras se acomodaba en la cama vacía, sintió que la casa se sacudió con una explosión violenta. Tommy gritó en su cuna. Bridie dio un salto, salió de la cama y cogió al bebé.

Abrió la puerta del dormitorio, pero una ráfaga de viento la echó para atrás. El ruido la ensordeció y la luz la cegó. Olió algo en el aire justo antes de sentir el calor.

—¡No! —gritó y trató de cerrar la puerta, pero las llamas se habían apoderado de la madera endeble y tuvo que retroceder hasta la habitación, perseguida por el fuego.

—¡Paddy! —gritó mientras se encogía en una esquina, protegiendo a su bebé, que gritaba—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Las llamas avanzaron rápidamente por la alfombra sintética, siguiendo sus pasos hasta lamerle los pies como olas hirvientes. Gritó hasta que el humo le quitó la voz y los gases nocivos saturaron sus pulmones.

Mientras enterraba la cara en el pelo de su hijo, plegándose en la esquina,

creyó oír el llanto de la *banshee*. Y en sus últimos momentos, comprendió que esos gritos de presagio no habían sido por la chica en el cementerio. Habían sido por ella y su hermoso hijito.



## 65

La luz de la farola que se filtraba a través de la persiana de madera era la única iluminación en la habitación a oscuras. Lottie se incorporó sobre el codo y miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era? ¡Dios, su cabeza! ¡Dios, Boyd!

Se sentó de golpe, con la cabeza dándole vueltas, y lo miró, tumbado en la cama, a su lado. Su rostro estaba envuelto por la oscuridad excepto por las líneas horizontales de luz que caían desde la persiana. Gruñó y abrió los ojos.

—Hola, preciosa —dijo—. ¿A qué le sonrías?

Lottie se dejó caer de nuevo y se hizo una bola, alejándose de él.

—¿Tan mal lo he hecho?

—Has estado sublime, pero yo tengo que disculparme. Estoy muy desentrenada.

—Ya sabes lo que dicen. La práctica hace al maestro.

—No estropees el momento con tus comentarios de listillo.

—Normalmente eres tú la de los comentarios...

—¿Ves? Te lo he dicho. Ahora se ha estropeado.

—Déjame que lo «desestropee».

—Estás diciendo chorradas.

—Entonces me callaré —dijo Boyd, y tiró de ella hasta ponerla debajo de él.

Lottie sintió el peso de su cuerpo y la frescura de su beso. Su mente le dijo que parara, que se fuera a casa, pero su cuerpo se rebeló. Sentía la cabeza mareada. ¿Del alcohol? Mierda. ¿Cuánto había bebido realmente? Demasiado.

—Me haces oír campanillas —dijo él con suavidad, bajando con los labios por el cuello de Lottie hacia a su desnudez.

—¡Es mi móvil! —La inspectora lo apartó y salió de la cama de un salto—.

¿Dónde está mi teléfono? ¿Qué hora es? ¡Boyd! Enciende la luz.

—Espera un momento.

La habitación se llenó de un brillo tenue cuando encendió la lámpara. Lottie rebuscó por el suelo. El teléfono seguía sonando. Se percató de que estaba en el salón. Cogió una sábana de la cama, se la enroscó al cuerpo y encontró el bolso al lado del sofá. El sonido paró.

—Mierda. Podría ser Katie. Espero que esté bien.

—¿Quieres dejar de entrar en pánico?

Al volverse y ver su silueta recortada junto a la puerta, Lottie casi abandonó la búsqueda del teléfono. Casi.

Mientras sus dedos encontraban el aparato, este comenzó a sonar otra vez.

—Ah, me cago en Dios —dijo observando la pantalla—. Solo es Kirby.

—Le voy a retorcer el pescuezo cuando lo vea. No contestes.

Lottie se llevó el teléfono a la oreja.

Boyd condujo en silencio. Lottie no sabía qué sentir, así que se anestesió en el vacío y dejó que los recuerdos de la noche se deslizaran inquietamente sobre ella como un velo. Nada bueno iba a salir de esto, lo sentía en la sangre.

Kirby estaba en la entrada del campamento. Había dos camiones y los bomberos apagaban las llamas moribundas.

Lottie saltó del coche casi antes de que Boyd lo hubiera detenido y dijo:

—No me lo puedo creer, Kirby. Espero que Bridie y su familia no estén ahí dentro.

—Hemos evacuado a toda la gente, pero no hay rastro de los McWard.

—¿No los ha visto nadie? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Puedo hablar con ellos?

—Los han llevado a la residencia de ancianos de la esquina. El personal está proporcionando mantas y té caliente. Todo el mundo está en *shock*. Las caras de los pobres niños... Esto es malo, jefa, muy malo.

—¿Crees que los McWard están ahí dentro?

—Todavía no tenemos ni idea. Pero no están entre los evacuados. Yo he llegado casi con los bomberos.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo un par de informantes que viven aquí. Uno de ellos me llamó. Yo y dos uniformados ayudamos a todo el mundo a escapar mientras los bomberos trabajaban.

—Así que o bien los McWard no estaban en casa o están ahí... —Dio un paso adelante y el jefe de bomberos la detuvo.

—Lo siento, pero tendrá que esperar hasta que sea seguro entrar. Hay

caravanas y bombonas de gas por todas partes. Todo es combustible con este calor.

Lottie asintió y se volvió hacia Boyd. Este la cogió del codo y la apartó. Ella menospreció su preocupación.

—Llévame para que coja el coche y luego volveré aquí con Kirby. Acordona el lugar hasta que establezcamos qué diablos ha pasado. Ponte en contacto conmigo si encuentras a los McWard y llámame en cuanto sea seguro entrar.

El jefe de bomberos la oyó.

—No será antes de la mañana.

—Aun así... —dijo Lottie—. Kirby y Boyd, coordinad a los uniformados y luego interrogad a los supervivientes. Quiero saber dónde están los McWard, si es que no están muertos.

\* \* \*

Aunque eran más de las tres de la madrugada, las luces todavía estaban encendidas en casa. Lottie fue a la cocina, pero estaba vacía. En un gesto automático, sacó la ropa de la lavadora, la mayoría era de Louis, y la metió en la secadora. Aún no había recibido más noticias de Katie. Tal vez Chloe sabía algo de ella.

Al final de las escaleras, se fijó en la luz que se filtraba por debajo de la puerta de Sean. Asomó la cabeza, su hijo no la oyó. Un par de auriculares gigantes le cubrían las orejas y estaba gesticulando salvajemente a una pantalla con control remoto. Abrió la boca para decirle que se fuera a la cama, pero se detuvo y decidió dejarlo por una noche. No tenía que ir a la escuela durante una semana. Estaría bien.

Titubeó frente a la puerta de Chloe. Su hija probablemente estaba dormida y no quería despertarla, pero le hormigueaba un nervio en la base del cráneo, así que abrió la puerta.

Chloe estaba tumbada en la cama, apoyada contra las almohadas, con la cara iluminada por la pantalla del móvil que sujetaba en la mano. El crujido de la puerta la alertó y saltó, antes de dejar caer el teléfono. La habitación se sumió en la oscuridad. Lottie encendió el interruptor.

—Pensaba que estarías fuera toda la noche —dijo Chloe—. Trabajando. O algo. Oh, o tal vez estabas follándote a Boyd.

—¡Chloe! —Lottie se tambaleó hacia atrás sobre los talones al oír el veneno

en la voz de su hija. ¿Cómo diablos iba a abordar esto? Con cuidado. Con mucho cuidado—. Solo hemos salido a cenar.

—Una cena muy larga, con alcohol incluido por lo que huelo.

—Chloe, eso sobra.

—Lo que sobra aquí es el alcohol. Has estado bebiendo. Joder, ¿tenemos que pasar por todo esto otra vez?

—Por favor. Solo he tomado una copa. —¿Por qué se estaba excusando? Pero sabía que su relación con el alcohol había hecho sufrir a sus hijos en el pasado. Dios santo, no quería volver allí.

—¿Bebiendo con Boyd? —Chloe enroscó el labio—. Y yo que pensaba que era majo. Ya veo que no sé nada.

—No tiene nada que ver con él. —Lottie dejó caer los brazos a los costados del cuerpo. No podía salir nada bueno de acostarse con Boyd. El incendio había sido un aviso. «Déjalo en paz —se dijo—, o solo conseguirás arrastrarlo hasta ponerlo a tu nivel». No tenía ni idea de cómo explicarle las cosas a su hija de diecisiete años, así que ni siquiera lo intentó.

—Tengo que volver a trabajar por la mañana —dijo—, pero llámame en cualquier momento si quieres hablar. Por favor.

Chloe se subió el edredón hasta la barbilla y la miró.

—Bueno, ¿y qué tal es Boyd en la cama?

—Buenas noches, Chloe. —Lottie apagó la luz.

\* \* \*

El hombre había dejado la luz encendida. Era su «regalo». Luego, se había sentado en la pequeña silla de madera para mirarla fijamente. No tenía ni idea de cuánto tiempo se había quedado allí antes de levantarse y trazar lentamente una línea por su cuerpo con el dedo. La chica se estremeció y encogió, pero la había atado y no podía defenderse.

Debió de desmayarse, porque cuando se levantó, el hombre se había ido y ella estaba desatada. La luz seguía encendida y lo primero en lo que sus ojos se fijaron fueron los huesos. Colocados sobre el banco formando un esqueleto. El miedo le obstruyó la garganta y le congestionó los pulmones.

Encontró la botella de agua y el sándwich que el hombre le había dejado, y se preguntó si podría racionarlos en caso de que no volviera. Pero volvería. Lo sabía con tanta seguridad como que los huesos eran humanos. Lo sabía por el

dolor que le había dejado entre las piernas. La bilis se arremolinó en su estómago.

Cerró los ojos y respiró profundamente el aire estancado. Cuando los abrió, examinó su alrededor. Entonces se fijó en algo que no había visto antes. Cuadros. Pequeñas acuarelas. Clavadas en la pared detrás de ella.

Se levantó de la cama y, con cuidado, tanteó el suelo con los pies descalzos. Estaba frío. Se sentía débil al estar encerrada. Dos pasos y estaba junto al muro del que colgaban, desvaídos y grises. Entrecerró los ojos para intentar descifrar las iniciales en la esquina de uno de ellos. Pero la pintura estaba corrida. Incluso el tema era difícil de descifrar. Una vez más, sus ojos se vieron atraídos hacia abajo, a los huesos que la habían atormentado todo el día.

Unos huesos tan pequeños que solo podían pertenecer a un bebé.

# **Día cuatro**

**Sábado 13 de febrero de 2016**

Los camiones de bomberos formaban una fila en la carretera principal y el tráfico se estaba desviando. Lottie entró al campamento. El olor a humo y a hollín llenaba el aire. Lynch y la garda Gilly O'Donoghue habían reemplazado a Boyd y Kirby. Lynch tenía peor aspecto que ayer. Lottie se alegraba de no tener que enfrentarse a Boyd. El vodka que había tragado después de la charla con Chloe se le había atascado en el estómago. La pastilla tampoco había ayudado. No, no quería ver a Boyd.

Levantó la vista y se encontró con Paddy McWard corriendo hacia ella como un toro hacia el matador. Las lágrimas le caían por la cara, manchada por sus manos ennegrecidas.

—Esto es culpa vuestra. Es vuestra puta culpa, perros.

—Señor McWard, Paddy, lo siento... —Lottie le tendió una mano, pero él se la apartó. No había habido manera de localizarlo la noche anterior. ¿Cómo diablos había accedido al campamento?

El hombre siguió vociferando.

—No te atrevas a decir que lo sientes. Ni siquiera me hables. Los perros husmeando no traen más que problemas. Mi esposa y mi hijo. Muertos. Recuerda mis palabras: pagarás por esto. —Escupió a los pies de Lottie, luego se dio la vuelta bruscamente y regresó hecho una furia a los restos humeantes de su hogar.

Lottie no logró moverse hasta que sintió una mano sobre el brazo. Boyd.

—Creía que te habías ido a casa. —Lottie hundió la barbilla en el cuello de la chaqueta y metió las manos profundamente en los bolsillos.

—No podía dormir. He decidido que sería más útil aquí. —Dejó caer la



mano.

¿La había esquivado? Mierda, su imaginación estaba desatada. Volvió la atención a los forenses. McGlynn y su equipo se movían por la periferia del campamento a la espera de que el jefe de bomberos les diera permiso para entrar.

—¿Qué diablos ha pasado aquí, Boyd? —dijo la inspectora.

—¿Venganza? ¿Por algo en lo que Paddy esté involucrado?

—¿O porque Bridie habló con nosotros?

—Pero no nos dijo nada que pudiera llevarnos al asesino de Elizabeth, y el cuerpo se descubrió por casualidad. No te culpes por esto.

—Una madre y un bebé. Quemados vivos en su propia casa. No puedo hacerme a la idea.

—No lo intentes siquiera hasta que tengamos todos los hechos.

—Ella misma no era más que una cría. —Lottie se encontró pensando en Katie y en Louis y el mensaje que había recibido hacía un rato de su hija, contenta como unas pascuas.

El jefe de bomberos dio finalmente la señal a los forenses, y estos comenzaron a trabajar.

—¿Jane Dore está de camino? —preguntó Lottie a McGlynn.

—Primero tenemos que localizar los cuerpos.

—Ni siquiera estamos seguros de que hubiera nadie en casa —dijo Boyd, encogiéndose de hombros.

—El marido dice que estaban, y nadie más los ha visto desde ayer sobre las cinco. —McGlynn consultó sus notas manchadas de hollín—. Estoy bastante seguro de que encontraremos los restos.

Lottie se apartó, incapaz de soportar la imagen de Paddy arrodillado en el suelo mojado fuera del cordón, aullando de dolor. Lottie pensó en la joven que había ido a la comisaría y que luego había sufrido un ataque en su propia casa. Bridie, tan inteligente, elocuente y hermosa. ¿Tenía razón Paddy? ¿Se había convertido su esposa en un blanco al hablar con la policía? Esperaba que no, de lo contrario tendrían que considerar una hipótesis totalmente nueva.

Se volvió hacia Boyd.

—Tiene que haber sido algo en lo que está involucrado Paddy. Y si ese es el caso, por mucho que odie decirlo, tendremos que pasarle el caso a otro equipo.

—No hagas suposiciones todavía. McMahan tendrá que dar su opinión al respecto.

—Oh no. Me había olvidado de que tenemos que recogerlo antes de ir hacia Rochfort Gardens.

Dio instrucciones a Lynch para que no perdiera a Paddy McWard de vista y que la avisara si McGlynn descubría algo nuevo.

—Y luego encuentra a Matt Mullin. Estoy harta de esperar a que salga de debajo de una piedra cuando todo el tiempo podría estar detrás de esta... esta... catástrofe.

Se metió las manos en los bolsillos exasperada. ¿O lo hizo por miedo de pegar a alguien?

Mientras salían, los bomberos enrollaban las mangueras y guardaban su equipo. Un tren retumbó y disminuyó la velocidad sobre las vías detrás del campamento para entrar a la ciudad.

—¿Aún no hay rastro de Mollie Hunter? —preguntó Lottie.

Boyd negó con la cabeza y siguió caminando.

—Y todavía tengo que conseguir las grabaciones de seguridad del miércoles por la tarde de la estación de tren. Mierda.

Iba a ser otro de esos días.

Boyd aparcó el coche y bajaron por la estrecha pendiente hacia la oficina de turismo.

McMahon los detuvo antes de que atravesaran las puertas correderas.

—Así que esto es el Jealous Wall.

—Así es. —Lottie esperaba no tener que darle una lección sobre historia local.

—Leí sobre la zona anoche —dijo el comisario.

—Gracias a Dios que hay pequeños consuelos —replicó Lottie.

—¿Cómo?

—¿Le pareció interesante? —La inspectora trató de disimular.

—Una estupidez, construida como las ruinas de una abadía por un conde en el siglo XVIII. Estaba loco de celos y quería evitar que su hermano espicara a su mujer. Luego la encerró en la mansión. —McMahon miró a su alrededor—. ¿Dónde se encuentra?

—Colina arriba. No está muy lejos, si quiere echar un vistazo. —Tal vez se piraría un rato y los dejaría en paz.

—Otro día. —McMahon siguió adelante.

Lottie suspiró y entró detrás de él. Una cacofonía ensordecedora emanaba del vestíbulo principal.

—¿Cuánta gente calculas que hay aquí? —le susurró Lottie a Boyd mientras intentaba hacer un recuento rápido.

—Unas cincuenta personas —dijo Boyd.

—¿Están locos? Debe de haber dos grados bajo cero y están a punto de salir a correr —dijo McMahon.

—Supongo que es una manera de mantenerse calientes —dijo Lottie.

—Se me ocurren maneras mejores —murmuró Boyd.

Lottie captó su sonrisita y se sonrojó nerviosamente mientras consultaba la lista de nombres que Gilly le había proporcionado.

—¿Te han dicho alguna vez que eres de ideas fijas?

McMahon estaba frente al mostrador de recepción llamando al timbre. Carol O'Grady apareció por la oficina de atrás. McMahon dejó la placa sobre el mostrador de un golpe.

—Me gustaría mantener una pequeña charla con los corredores antes de que salgan. ¿Por aquí? —Giró sobre los talones y fue hacia la puerta interior.

—Eh, vuelva aquí. No creo que eso esté permitido. —Carol levantó el auricular del teléfono sobre el mostrador—. Tengo que preguntárselo a mi jefe.

—Ya ha dado el visto bueno. —McMahon le arrancó a Lottie la lista de las manos. La inspectora hizo todo lo posible para mantener la boca cerrada, y más o menos lo consiguió.

El aroma a café recién hecho invadió el aire mientras se abrían paso a través de la masa de licra brillante.

Boyd fue hacia la puerta del lado opuesto de la enorme área sin paredes interiores, que llevaba a la vasta extensión de terrenos. Bloqueó la salida mientras McMahon intentaba hacerse oír.

—¡Señoras y señores! Un momento, por favor. ¿Pueden prestarme atención?

El sonido disminuyó gradualmente hasta convertirse en un zumbido de murmullos antes de que reinara el silencio.

—Gracias —dijo el comisario.

Lottie echaba chispas. Este era su trabajo, pero tenía la sensación de que McMahon iba a enviarlo todo a la mierda.

—Soy el comisario McMahon y tengo aquí una lista de gente con quienes mis detectives querrían mantener una pequeña charla. La inspectora Parker los irá llamando, y les pediremos que esperen para hablar con nosotros.

Hubo un murmullo de disconformidad.

—Silencio, por favor.

¿Se creía que era un profesor de escuela? Lottie se colocó a su lado.

—La mayoría de ustedes ya han hablado por teléfono con mi equipo —dijo—, pero tengo una lista de al menos catorce personas con las que no hemos podido contactar. El resto son libres de seguir con lo suyo. Agradezco sinceramente su ayuda para encontrar a cualquiera que pueda darnos

información sobre el asesinato de Elizabeth Byrne y la desaparición de Mollie Hunter.

Volvió a cogerle la lista a McMahon y dijo en voz alta los catorce nombres. Los demás corredores se apartaron mientras estos avanzaban.

—Solo cuento doce —dijo Boyd.

—Vamos a empezar —replicó McMahon, que se hizo con una mesa y sillas.

Una ráfaga de aire frío recorrió el área de techos altos cuando la puerta se abrió para dejar escapar al resto de corredores.

No les llevó mucho tiempo interrogar a los doce. Varios de ellos conocían a Elizabeth de haberse saludado, pero ninguno había visto nada fuera de lo común ni a nadie actuando de manera sospechosa a su alrededor. Lo mismo pasaba con Mollie. Lottie miró los dos nombres que quedaban en la lista, y luego miró a Boyd.

—¿Ves los dos que no han venido esta mañana?

El detective asintió.

—¿Crees que son familia de...?

—Estoy segura. —Lottie recogió las notas del interrogatorio y miró a su alrededor en busca de McMahon—. ¿Dónde está el comisario?

—Ha ido a echar un vistazo por la casa grande.

—No tenemos tiempo para esto.

—Será mejor que vayamos a buscarlo.

—O podemos abandonarlo a su suerte.

—Venga, Lottie, no puedes hacer eso.

La inspectora cogió su chaqueta y se guardó los papeles en el bolso.

—Puedo, pero no tengo ganas de enfrentarme a las consecuencias de su mal humor.

Cuando estaba llegando a la puerta, oyó que alguien decía su nombre. Carol salió de detrás del mostrador.

—Me preguntaba si han sacado algo útil. Ya sabe, de los interrogatorios.

—Hay dos personas en la lista que parece que no han venido hoy. Puede que los conozcas.

—¿Quiénes? —Carol se puso las manos sobre el estómago como si se protegiera de un viento penetrante.

—Cillian y Finn O'Donnell —dijo Lottie.

El color abandonó el rostro de la chica embarazada. Boyd alargó una mano

para sujetarla.

—¿Qué sucede? —preguntó.

La chica negó con la cabeza y se dio la vuelta. Lottie la siguió.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Los conoces? Son familiares de la chica que desapareció hace diez años, ¿verdad?

Carol se detuvo y se dio la vuelta despacio. Tenía el rostro mojado por las lágrimas y los labios apretados con fuerza. Como si no se fiara de lo que podía decir, asintió, entonces se llevó una mano a la boca y corrió hacia los baños.

—Estar embarazada debe de ser un peñazo —dijo Boyd.

—¿Y qué sabrás tú de eso?

Lottie salió y dejó que la puerta se deslizara cerrándose en la cara del detective. Hoy no quería estar cerca de Boyd. La ternura de sus caricias estaba demasiado fresca y cruda todavía, y demasiado mal.

\* \* \*

David McMahon aparcó frente al apartamento que había tenido la suerte de alquilar a corto plazo a un precio rebajado. En las afueras de Ragmullin, estaba rodeado de árboles. Apartado. Anónimo. Excelente.

Sonrió cuando vio el coche aparcar detrás de él. Salió y se apoyó contra el vehículo mientras esperaba a que la ocupante se le uniera.

—Cynthia. Qué sorpresa tan agradable.

—Eres un mentiroso, McMahon.

—¿Tienes alguna novedad para mí?

—Yo iba a preguntarte lo mismo. —La periodista trató de poner una mirada coqueta, pero él no se lo tragaba. Ya la conocía.

—¿Quieres que te hable sobre el incendio? —dijo el comisario.

—Y sobre cualquier otra cosa de la que me puedas poner al corriente. — Sacó un paquete de caramelos de menta y le ofreció uno. El hombre negó con la cabeza y esperó—. Mira, David, estoy cavando todo lo rápido que puedo. Pero de momento nadie quiere decir nada sobre ella.

—Prueba con la detective Maria Lynch. Tengo la sensación de que no son muy buenas amigas.

—De acuerdo. ¿Y el incendio? Cuéntame.

—No hay mucho que contar. Dos muertos, una madre y su bebé. La casa ha

quedado reducida a cenizas. Todo apunta a que ha sido un incendio provocado. ¿Tienes algo jugoso a lo que le pueda clavar el diente?

—De momento nada. Ya te dije que estoy preparando un artículo sobre la desaparición de Lynn O'Donnell.

—Es cierto. ¿Un llamamiento pidiendo información?

—Más bien un *biopic* sobre sus efectos en la familia de la chica. Tengo la sensación de que su desaparición los destrozó.

—¿Y tienes la intención de destrozarlos todavía más?

—No. Es una obra de interés humano. —Sonrió astutamente—. No soy tan mala, ya sabes.

—Oh, yo creo que sí.

McMahon se apartó de su BMW, se humedeció un dedo y limpió una mancha de barro de la puerta. Luego caminó hacia su apartamento. Lottie Parker lo había dejado en ridículo el pasado octubre. Aún le dolía el desprecio que había sufrido y quería venganza. La quería con la cara en el barro, y con su zapato en la nuca, aplastándola.

—Eh, David —dijo Cynthia—. Necesito algo pronto. Vuelvo a Dublín el lunes.

—*Quid pro quo*.

—¿No me invitas a un café? —dijo ella.

—Ya me lo he tomado.

Desapareció en el interior del apartamento preguntándose si Cynthia Rhodes valía tanto la pena.

Cuando Lottie regresó de Rochfort Gardens, se encontró a Jane Dore sentada en su despacho.

—¡Jane! ¿Qué haces aquí?

—Acabo de llegar del escenario de ese horrible incendio.

Lottie se dejó caer en la silla y preguntó:

—¿Has encontrado un cuerpo?

—Dos. Lo que queda de ellos.

—Oh, Dios, esto es demasiado. —Lottie se tiró del pelo—. ¿Se podrán identificar?

—Posiblemente con el ADN. Una mujer adulta y un niño.

—Bridie McWard y su bebé. —Lottie se frotó los brazos con las manos, intentando librarse del sentimiento de desesperanza.

—Los restos están de camino a la Casa de los Muertos. Sabré más luego. —Jane se echó adelante sobre el escritorio, con sus pequeñas manos unidas—. ¿Qué está pasando en Ragmullin, Lottie?

La inspectora miró a la patóloga a los ojos y sacudió la cabeza.

—Ojalá lo supiera. ¿Hay alguna evidencia de que haya sido un acto criminal?

—El incendio fue provocado.

Lottie hojeó el expediente que tenía sobre el escritorio.

—Un vecino lo denunció casi de inmediato. ¿Cómo pudo arder tan rápidamente?

—McGlynn puede darte más detalles, pero era una casa prefabricada. Ardió como un pañuelo de papel.



—No tuvieron ninguna oportunidad.

—¿Conocías a las víctimas?

—Vi a Bridie un par de veces. Creo que oyó los gritos de Elizabeth Byrne la noche en que fue asesinada. Y la atacaron en su casa la otra noche.

Jane se acomodó las gafas sobre la nariz y dijo:

—Tengo más información sobre el asesinato de Elizabeth. Te lo he mandado por email esta mañana, puede que aún no lo hayas visto. La ropa encontrada en el contenedor tenía restos de agua.

—Sí, eso lo sabía.

—Coincide con el agua del lago Ladystown.

—Donde encontramos el cuerpo sin identificar. ¿Por qué estaba Elizabeth allí? ¿Cómo llegó allí?

—Puede que solo fuera su ropa. Tal vez el asesino la mojó para librarse de pruebas de fibras o células.

—Joder, esto se vuelve más raro con cada minuto que pasa. ¿Había algún indicio en el cuerpo de Elizabeth de que hubiera estado en el agua?

—No. Y en cuanto a los análisis toxicológicos, he encontrado rastros de cloroformo. Una cantidad insignificante, pero allí estaba.

—Voy a ahorcar a ese cabrón cuando lo encuentre. —Lottie se levantó de la silla de golpe y caminó por el pequeño despacho antes de sentarse en el borde del escritorio—. ¿Y el cuerpo del lago?

—Como habrás visto, se había mordido las uñas hasta dejárselas en carne viva. Pero he encontrado rastros de pintura incrustada en algunas partes.

—¿Pintura? ¿Qué tipo de pintura?

—No lo sé. He enviado muestras para que las analicen. —Jane se levantó—. ¿Has encontrado a alguien que cuadre entre las personas desaparecidas?

—Hemos comprobado las últimas semanas. No hay nadie. Solo Mollie Hunter, y por lo que sabemos, su pista se pierde el miércoles. Además, la edad no coincide.

—¿Habéis revisado la base de datos nacional? ¿Cotejado el ADN?

Lottie le lanzó una mirada.

—Por supuesto.

¿Pero lo habían hecho? Tenía que comprobarlo.

—Una mujer de treinta y cinco años, una madre, muerta desde hace al menos una semana, ¿y nadie la ha echado en falta? No me lo trago, Lottie, y

creo que tú tampoco deberías.

—Pero has dicho que murió por causas naturales.

—Su corazón dejó de latir, eso es lo único natural al respecto. Estaba malnutrida. No había comida en su organismo. Ni drogas. Ni ropa. Ni pelo. Estaba bañada en lejía, y había restos de bolsas de plástico cerca del cuerpo. Tampoco llevaba zapatos. No hay señales de que fuera caminando hasta el sitio y se tumbara a morir. ¿Quién la llevó hasta allí? Esa es una de las preguntas que tienes que hacerte.

—¿Y quién era?

Jane se quedó en pie junto a la puerta.

—Tienes que averiguarlo, Lottie. Antes de que alguien más acabe muerto o desaparecido en Ragmullin.

\* \* \*

Cuando la inspectora aún estaba evaluando lo que Jane le había dicho, su teléfono sonó. Un número que no conocía. Contestó. Era McMahon.

—¿Señor?

—Mantenme al día de todas tus investigaciones. Puedes ponerte en contacto conmigo en este número.

—Lo haré. —«Ni de coña», añadió mentalmente.

—Puede que no haga ningún daño tener una charla con la familia O'Donnell. He oído que Cynthia Rhodes está haciendo un reportaje sobre ellos. Ya ha hablado la familia, si no me equivoco. Ponte al día.

—Pero señor, tengo demasiado que...

—Hazlo, Parker.

—Vete a la mierda tú también —dijo cuando estuvo segura de que había colgado.

Tenía suficientes motivos para hablar con los O'Donnell sin intentar averiguar en qué andaba la periodista.

Pasó las páginas del viejo expediente en busca del número de teléfono.

—¡Boyd! Ponte el abrigo.

Después de que los detectives se marcharan, Carol se encontraba todavía peor. Las náuseas no cesaban, así que llamó a su jefe y se marchó a casa.

Encendió su manta eléctrica y se acurrucó en la cama, contenta de que su madre y su padre estuvieran en la ciudad haciendo la compra de la semana. Se abrazó el estómago intentando reprimir el mareo. ¿Cuánto tiempo iba a durar esto? ¿Tres meses? ¿Más? No aguantaría así mucho tiempo.

Tenía que decírselo al padre. Pronto. Antes de que fuera demasiado tarde. Echaba de menos poder hablar con Lizzie. Si ella estuviera aquí, sabría qué hacer. Ese pensamiento no le proporcionó ningún consuelo. Su amiga estaba muerta. Un estremecimiento de miedo le tensó los músculos. No le había dicho a la policía que también conocía a Mollie Hunter. No era realmente una amiga, pero, casualmente, Mollie estaba allí aquella noche. La noche en que él... De todos modos, Mollie había ayudado y ahora había desaparecido.

¿Todo esto era culpa suya? Seguro que no.

Pero mientras yacía miserablemente en su cama, Carol no pudo evitar sentir que todo aquello era por ella.

\* \* \*

El viento azotaba las paredes de donde fuera que estaba retenida. Grace trató de controlar su respiración, pero le salían jadeos estrangulados. Tenía los ojos pegajosos y una urticaria le irritaba la piel. Sentía como si alguien le hubiera puesto un saco pesado sobre la cabeza y la hubiera abandonado.

Trató de erguirse, pero era imposible. Se quedó allí tumbada, con la

humedad colándose por sus poros, las cuerdas clavándosele en la carne y con el corazón martilleándole en los oídos.

Era inútil negarlo. Su situación era desesperada. Mark pensaba que estaba en Galway y su madre pensaba que estaba con Mark. Estaba a merced del hombre que la había llevado allí.

Una oleada de náusea le subió por la garganta y luchó por no vomitar. Sabía que si lo hacía podía morir ahogada.

La hilera de casas adosadas estaba rodeada por un muro de piedra con una puerta recortada en los ladrillos. Tras ella, un sendero llevaba a los escalones que conducían a la puerta principal.

Lottie empujó la puerta chirriante de madera y estudió la casa de dos plantas. La mayor parte del enguijarrado se había erosionado con el tiempo y dejado solo el cemento desnudo y resquebrajado para enfrentarse a los elementos. Un arbusto con las ramas peladas sobresalía de un costado de la chimenea mientras que del otro lado, una antena parabólica colgaba torcida de un montón de cables.

—Parece un poco ruinoso como para estar habitada, ¿no crees? —dijo la inspectora.

—Donal O'Donnell vive solo. Tal vez no tenga dinero para mudarse a otro sitio, digamos, de más categoría.

Boyd apagó su cigarrillo y se dobló con un ataque de tos.

—¿Estás bien? —preguntó Lottie.

—Solo un poco resfriado.

—Guárdatelo para ti. Parece más que «un poco». Mi madre jura que lo mejor son la miel y el limón.

—Tu madre no jura.

—Vete al carajo, Boyd.

Apretó el timbre y esperó, echándose el aliento en las manos. La puerta se abrió.

—¿Donal O'Donnell? —preguntó.

—Sí. Usted debe de ser la inspectora Parker. Vengan a la cocina.

Se dio la vuelta y avanzó por el pasillo oscuro y estrecho. Lottie miró a Boyd con una ceja alzada. Este sacudió la cabeza como diciendo «¿Qué?». Pero ella había reconocido al hombre. De la residencia de ancianos. Era el que estaba esperando para ver a Kane y luego, junto a la ventana, le había puesto la mano sobre el hombro herido. La inspectora se estremeció.

—Ahora parece ser tú la que se está resfriando —le susurró Boyd al oído. Lottie se apartó de él.

Los hermanos O'Donnell estaban sentados a la mesa. La cocina estaba sombría y polvorienta, y Lottie trató de localizar el origen del olor agrio. El suelo se había limpiado con una fregona sucia, o no se había limpiado desde hacía meses.

—Gracias por acceder a hablar con nosotros —dijo Lottie, y presentó a Boyd. Con los cinco en la pequeña habitación, comenzó a sentir claustrofobia. Todos se dieron la mano y se sentaron.

—¿Esto es sobre nuestra hermana? —Cillian O'Donnell era alto y delgado. Llevaba el pelo negro peinado detrás de las orejas y su chaqueta de cuero cubría lo que parecía ser un suéter azul de lana. El cuello de una camisa blanca le rodeaba el cuello. Cuando se levantó para darle la mano a Lottie, esta se fijó en que llevaba vaqueros con cortes de diseño deshilachados en las rodillas.

Su hermano, por otra parte, tenía un aspecto descuidado, más en línea con el de su padre. Su jersey tenía agujeros en las mangas y Lottie estaba segura de que no eran parte del diseño. No iba afeitado y tenía el pelo sucio y áspero.

Lottie tuvo problemas para recordar la pregunta.

El padre de los O'Donnell dijo:

—Mi hija. ¿Están aquí para decirnos algo sobre ella?

—No, lo siento, no tenemos novedades sobre la desaparición de Lynn. Estamos investigando el asesinato de una mujer joven. Su cuerpo fue encontrado el martes por la mañana en el cementerio de Ragmullin.

Cillian se levantó de la silla furioso.

—Nos ha traído aquí con falsas excusas. Pensábamos que tenían noticias sobre Lynn.

—No sabemos nada de ningún asesinato —dijo Finn.

Lottie pensó que debía de haberse roto la nariz en algún momento de su vida; el hueso estaba torcido. Sus ojos eran manchas oscuras e intensas.

—Por favor, siéntense y se lo explicaré —dijo.

—Sí, explíquese o les pediré a ambos que se marchen —dijo Donal,

asintiendo con la cabeza, coincidiendo con sus propias palabras.

Parecía haberse hundido en sí mismo. Probablemente había sido un hombre alto y llamativo, pero la sensación de pérdida pesaba sobre sus hombros como una roca, encogiéndolo. Una camisa de rayas colgaba holgada sobre su cuerpo esquelético, y los huesos de su mandíbula casi sobresalían a través de la piel, fina como el papel. Lottie se fijó en que se retorció las manos continuamente, como si el movimiento pudiera disminuir el dolor que le masticaba el corazón.

—En primer lugar, quiero darles las gracias, Cillian y Finn, por acceder a reunirse con nosotros aquí, con su padre. Acelerará mucho las cosas —dijo—. La razón por la que queremos hablar con ustedes es que sus nombres aparecieron en una lista de gente que corre por Rochfort Gardens los fines de semana.

—Creía que había dicho que habían encontrado a la chica muerta en el cementerio —dijo Cillian. ¿Estaba tomando el papel de portavoz?

—Así es —dijo Lottie—. Pero estamos hablando con todas aquellas personas que pudieran conocerla. Una de las hipótesis sugiere que fue acosada, tal vez mientras corría.

—Pues no va a echarles la culpa de nada a mis chicos —dijo Donal, desplegando las manos para golpear la mesa—. Ya hemos tenido suficiente dolor en esta familia sin que usted nos eche más en nuestra puerta como si fuera mierda de perro.

—Lo comprendo, señor O'Donnell. Simplemente estamos intentando construir una imagen de la difunta.

—Haría mejor en intentar descubrir qué le pasó a mi hija. Su madre se fue a la tumba sin respuestas y temo que a mí me sucederá lo mismo.

—Venga, papá, no te pongas melancólico —dijo Cillian. Se giró en su silla y miró a Lottie a los ojos—. Tiene razón, inspectora. Finn y yo corremos casi todos los fines de semana. No vamos juntos, solo da la casualidad de que estamos allí al mismo tiempo.

Lottie colocó la foto de Elizabeth sobre la mesa y observó sus reacciones. Finn cruzó los brazos después de echar un vistazo rápido, pero Cillian se la acercó y la miró con detenimiento.

—Lo siento, no la conozco. —Empujó la foto al otro lado de la mesa.

—¿Está seguro? Mírela más de cerca. —Boyd se inclinó hacia delante y volvió a acercarle la foto.

—Ya se lo he dicho, no tengo ni idea de quién es. Debe de haber cincuenta o

sesenta personas corriendo allí el fin de semana. Voy a correr, no a mirar a las mujeres. Soy un hombre felizmente casado.

—Yo también —añadió Finn. ¿Estaba destinado a estar siempre a la sombra de su hermano mayor?

Lottie sacó otra foto.

—Mollie Hunter. Ha desaparecido. También salía a correr los fines de semana. ¿La reconocen?

Ambos hombres negaron con la cabeza y permanecieron en silencio, sin que se percibiera ninguna otra reacción.

—¿Eso es todo? —Donal se levantó de la silla con cuidado. Se lo veía tan pálido que Lottie pensó que en cualquier momento podría vomitar.

—Me encantaría tomar una taza de café, si la tuviera —dijo la inspectora. ¿A qué diantres venía eso?

—No tengo comida en la casa —masculló Donal—. Estaba preparando una lista de la compra para Keelan. Mi nuera. —Se quedó en pie.

Lottie sabía detectar si la estaban echando. Tendría que hablar con los hermanos por separado, para no darles la oportunidad de compincharse. Pero no tenían nada que ocultar, ¿o sí? Al levantarse, le llamó la atención la fotografía en el aparador con una vela encendida delante.

—Ya ha pasado una década, ¿no? —dijo.

—Mañana se cumplen diez años. —Donal cogió el marco y pasó un dedo por el rostro de la fotografía—. Mi pequeña nunca regresó a casa.

—No daba problemas en aquella época, ¿verdad? ¿Alguna discusión en casa?

—¿De qué me acusa? —Donal tumbó la foto de un golpe. La vela parpadeó y se extinguió.

—De nada en absoluto. He leído el expediente y me preguntaba si tal vez Lynn quería desaparecer. Forjarse una nueva vida lejos de Ragmullin.

—¿Por qué iba a pensar algo así? —Ahora era Cillian quien hablaba, de pie junto a su padre—. ¿Qué la lleva a esa conclusión?

—No es una conclusión, solo una observación. —Lottie miró a Boyd pidiendo apoyo, pero, por supuesto, él no había leído el expediente—. ¿Tenía Lynn algún novio?

—¿Novio? —dijo Finn, que seguía sentado a la mesa. Sus ojos eran como bolas danzantes de intensidad—. ¿Le ha dicho alguien algo? ¿Ha descubierto algo que no nos ha dicho?



—No, no. No hay mención sobre ello en el expediente. Solo pensé que una joven hermosa como Lynn podía haber tenido una relación.

La temperatura en la habitación pareció bajar al menos diez grados, y Lottie sintió inmediatamente la necesidad de investigar el resto de la casa. No solo para escapar de la cercanía de los tres hombres, sino para ver si había alguna pista que se hubiera pasado por alto diez años atrás.

Por aquel entonces, cinco adultos vivían en esa pequeña casa. Tres hombres y dos mujeres. ¿Cómo habría sido? Apretujado y lleno de hormonas. ¿Se habían sentado alrededor de esa misma mesa para comer, como una familia unida y feliz? ¿O tal vez la tensión que sentía ahora era incluso peor en aquella época, tanto que finalmente algo se quebró?

—Mi hija podría haber tenido a cualquier hombre que quisiera en el mundo —dijo Donal—. Los chavales llamaban a mi puerta esperando salir con ella. Pero no. Lynn era una profesional. Quería trabajar hasta llegar a lo más alto. Y no iba a dejar que cualquier capullo mocososo de Ragmullin la retuviera.

—¿Alguien de Dublín, tal vez? ¿Un muchacho de su oficina?

—La vida de mi pequeña ya fue diseccionada por los suyos. Lo único que quedó sin resolver al final de la investigación fue su paradero.

Lottie miró por encima del hombro de Donal a sus dos hijos. Estaban en pie, en extremos opuestos de la mesa, echando chispas.

—¿Y ninguno de vosotros vio nunca a Elizabeth Byrne o a Mollie Hunter corriendo?

—No recordamos a todas las personas que vemos —dijo Cillian.

—¿Eso es un no?

—Es todo lo que va a conseguir. La acompañaré a la puerta, inspectora.

De regreso a la comisaría, Lottie lanzó su chaqueta sobre el respaldo de una silla.

—No puedo descifrar si esos tres hombres son solo unos perdedores que merecen compasión o si esconden algo.

Kirby levantó la cabeza.

—¿Qué tres hombres?

—Los hermanos O'Donnell y su padre.

—¿La familia de la chica que desapareció hace años?

—Diez.

—Eso. —Kirby se levantó y se lamió los dedos para intentar aplacar el matojo que era su pelo.

—¿Qué pasa? —Lottie se cruzó de brazos mientras pensaba que le iría muy bien una siesta de diez minutos. Las posibilidades de que pudiera concedérsela eran nulas.

—Tengo un mal presentimiento sobre Paddy McWard.

—Nuestro trabajo no va de presentimientos, Kirby, sino de hechos y pruebas.

—Pero tú sigues tu intuición, ¿no es cierto?

No podía negárselo.

—Adelante.

—Lynch y yo hemos llevado a cabo una vigilancia en la comunidad nómada durante las últimas semanas. —Titubeó.

—Dios, Kirby, suéltalo ya. —Se alzó con esfuerzo de la silla y fue hacia su despacho, indicándole mediante señas que la siguiera y que cerrase la puerta—.

¿Qué te preocupa?

—He repasado nuestras notas. Sé que hicimos la mayor parte del trabajo en las urbanizaciones, pero también cubrimos el campamento nómada. McWard no ha estado allí ninguna noche. No sé a dónde va. Pero mi informante me dice que nadie tiene ni idea.

—Alguien lo sabe.

—Ya lo pilló. Pero tiene una mujer y un hijo pequeño...

—Tenía una mujer y un hijo. —Lottie sintió un estremecimiento recorrerle la columna—. ¿Crees que los ha matado?

—No. Bueno, no estoy seguro, pero me pregunto si estaba involucrado en algo que salió mal, o si traicionó a alguien y esto es una venganza. Una advertencia para él.

—Pues menuda advertencia. —Lottie reflexionó—. Tráelo para interrogarlo. Puede que haya matado a su familia o no, pero es culpable de algo.

Kirby abrió la puerta antes de volver a cerrarla.

—Lynch se ha ido a casa otra vez. No se encuentra bien. Me ha dicho que te lo dijera.

—Está bien. Avísame cuando McWard esté aquí. ¡Y aún estoy esperando a que alguien localice a Matt Mullin!

—Su foto está en las redes sociales y hemos emitido una alerta. —Kirby salió rápidamente por la puerta.

Cuando estuvo sola, Lottie trató de comprender a McWard. Comprobó una vez más la base de datos, escudriñando las entradas bajo su nombre. Alteración del orden público y algunos delitos menores sin importancia. Entonces, algo le llamó la atención. Algo que había pasado por alto al comprobarlo ayer. Seguramente no quería decir nada. Aunque por otra parte...

La inspectora se tiró de las mangas del jersey y estudió la pantalla. Tal vez McWard tenía algunas preguntas que responder, aparte de la cuestión evidente de por qué habían quemado su casa y aniquilado a su familia.

\* \* \*

Boyd la detuvo junto a la puerta.

—He revisado la libreta de Elizabeth.

—¿La que cogiste de su habitación?

El sargento asintió y señaló una página. Lottie miró por encima del hombro de su compañero las palabras escritas con bolígrafos multicolores, rodeadas de corazones y estrellas.

—Un poco infantil para una chica de veinticinco años.

—La libreta es antigua. De cuando era mucho más joven. Pero... aquí, léelo. —Se la pasó—. Mira el nombre. —Volvió a sentarse en el borde del escritorio y se cruzó de brazos.

Lottie examinó la página y concluyó que era una entrada de su diario.

—Debía de tener unos quince años cuando escribió esto. Es sobre la escuela. Y exámenes y cosas. No veo ningún nombre... ¡Dios, Boyd!

—No, Dios no.

—Bridie McWard. ¿Estaba en la clase de Elizabeth? Me dijo que había hecho el examen de ingreso a la universidad.

—Entonces, ¿era amiga de Elizabeth, o enemiga?

—¿Qué pasa? —preguntó Kirby.

—Lo leeré en voz alta. —Lottie entrecerró los ojos ante la escritura rosa—. «Hoy Bridie McWard ha sacado un excelente en el trabajo de historia. Me alegro mucho por ella. Para nada».

—¿Para nada qué? —preguntó Kirby mientras se metía un cigarro apagado entre los labios.

Lottie lo miró por encima del borde de la libreta y ladeó la cabeza.

—Quiere decir que no se alegraba o iba a escribir algo más y no terminó la frase.

Pasó la página. Estaba llena de dibujitos de colores. La siguiente página contenía un poema. Lo leyó en voz alta:

—«Está tan cerca y tan lejos a la vez, nunca podré ir allí. Es tabú. Estoy perdida para siempre en su amor eterno. Y jamás podrá ser mío».

—Un poco profundo para una chica de quince años —dijo Boyd.

—¿Un amor no correspondido, o alguien que le gustaba pero que ya estaba pillado?

—Podría ser cualquier cosa, pero no es posible que tenga que ver con su asesinato. ¿O sí?

—Pero hay una conexión con Bridie McWard, que también está muerta. ¿Ha llegado ya Paddy? —preguntó Lottie a Kirby.

Este levantó el teléfono.

—Lo comprobaré. Y todavía no hay rastro de Matt Mullin o Mollie Hunter, jefa.

—Voy a echar un vistazo rápido por el apartamento de Mollie —dijo Lottie—. Cuando regrese, quiero a McWard esperándonos en la sala de interrogatorios. Boyd, tú vienes conmigo.

\* \* \*

Le había pedido la llave a Gilly, y ahora estaba en la diminuta cocina de Mollie Hunter. Los cereales se habían pegado al fondo del bol como piedras, y una cuchara presentaba un estado similar.

—No hay mucho que ver —gritó Boyd desde el dormitorio.

—¿Por qué no lo compartía con alguien? —preguntó Lottie, aunque creía que solo lo había pensado—. Estoy segura de que los alquileres por esta zona son altos.

El edificio se sacudió y la ventana comenzó a temblar.

—Pero ¿qué diablos...?

Separó los listones de la persiana de madera con los dedos. Un tren bufó sobre las vías. Veía el interior de los vagones mientras aceleraban. Quizá la gente del tren también pudiera verla a ella.

Sacó los dedos y dejó que los listones se asentaran.

—No hay ningún diario. —La voz de Boyd resonó desde la otra habitación.

—Los jóvenes de hoy en día no escriben diarios. Lo tienen todo en sus móviles, Facebook y... Eso me recuerda... —Se quedó junto a la puerta y observó a Boyd repasar sistemáticamente los cajones del tocador.

—¿Qué te recuerda?

—Los móviles de Elizabeth y Mollie. No hay ni rastro de ellos.

—Probablemente estén en el fondo del canal. —Con las manos enguantadas, Boyd sostuvo una bolsa de plástico con un tanga rojo dentro—. ¿Qué es esto?

Lottie sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

—A veces me das asco, Boyd.

—No, lo digo en serio. Sé que es un tanga. Pero no encaja con ninguna otra prenda de ropa interior del cajón. Todo es práctico y está limpio. Esto no está limpio y es el único. ¡Y está en una bolsa de plástico! Si tenía ropa interior para ocasiones especiales, ¿no crees que tendría más de una pieza, o incluso un

conjunto?

Lottie regresó a la habitación y sostuvo una bolsa de pruebas para que Boyd metiera la bolsa con el tanga en ella.

—Puede que no sea suyo —dijo.

—Si no es suyo, ¿por qué está aquí?

—Se lo preguntaremos si la encontramos.

—Cuando la encontremos.

—Vale, don positivo. Cuando la encontremos.

Una hilera de ganchos con chaquetas y abrigos colgaba de la puerta principal, en el lado de dentro. Lottie revisó todos los bolsillos y las suelas de los zapatos y botas.

—¿Encuentras algo? —preguntó Boyd, que apareció detrás de ella.

—Ni siquiera un pañuelo.

—Eso es lo que me ha llamado la atención. Su pulcritud. Todo está ordenado, en su sitio. Las únicas cosas sin lavar son el bol de cereales y la cuchara, seguramente porque salió con prisa. Y el tanga rojo.

—Aun así no nos dice nada —indicó Lottie, y entonces añadió—: Pero Elizabeth también era quisquillosamente pulcra. ¿Dos personalidades similares?

—¿Qué te pareció Bridie McWard? —preguntó Boyd.

Lottie cerró los ojos y recordó la mesa brillante y el sofá de cuero blanco.

—También era una obsesa de la limpieza.

—No como tus hijos, entonces.

—Para nada como mis hijos. ¿Significa algo?

—No creo.

—Pero intuyo que hay algo que conecta a estas tres mujeres, y será mejor que descubramos qué, porque puede que nos dé la respuesta.

—¿Crees que Mollie está muerta?

Lottie sacudió la cabeza.

—Mis niveles de ansiedad están en estado de alerta roja, pero, sinceramente, espero que no esté muerta.

Lottie dejó la bolsa de pruebas sobre el escritorio.

—¿Qué es esto? —preguntó Gilly O'Donoghue, que abrió los ojos con sorpresa.

—Ya sabes lo que es. ¿Por qué lo tenía Mollie?

Gilly puso mala cara.

—¿Cómo iba a saber yo qué tipo de ropa interior le gusta? No somos tan amigas.

—Era el único tanga, no había otras prendas similares. Y estaba en una bolsa de plástico para el congelador. ¿No te parece raro?

Gilly se encogió de hombros con impotencia.

Lottie insistió.

—¿Por qué te dio la llave?

—Vive sola. Su familia está en Londres. Creo que soy su única amiga.

—¿Tenías la sensación de que estaba en peligro? ¿Que tenía miedo de alguien?

—No, para nada.

—¿Entonces por qué iba a darte una llave? Me tiene desconcertada. —Lottie introdujo el nombre de Mollie en la base de datos de la policía. No apareció nada—. Ni siquiera le han puesto una multa.

—No tiene coche.

—¿Cuándo te dio la llave?

Gilly pensó un momento mientras se colocaba el pelo detrás de las orejas.

—Hacía unos cuantos meses que éramos amigas, pero creo que fue en algún momento antes de Navidad. Déjame pensar. —Se apretó el ceño con los nudillos

—. Era mediados de diciembre. Yo estaba cabreada con Kirby porque estaba trabajando en ese rollo de la vigilancia. Mollie y yo salimos a tomar unas copas y a la discoteca. Me preguntó si podía quedarme con su llave de repuesto en caso de que alguna vez se quedara encerrada fuera, o yo necesitara una cama. No me pareció raro. Simplemente le dije que por supuesto.

—¿Y te la dio esa noche?

—Sí. Compartimos un taxi. La dejó a ella primero, y luego a mí. Nada fuera de lo común. Unas copas, un baile y luego a casa.

—¿No tenía más amigos? ¿Algún novio?

Gilly sacudió la cabeza.

—No que yo sepa.

—¿Conocía a Elizabeth Byrne, o a Bridie McWard?

—Lo siento, jefa. No tengo ni idea.

—¿De qué hablabais cuando salíais?

Gilly sonrió.

—Básicamente yo me quejaba de Kirby.

—Esa es una... —Lottie cerró la boca antes de que sus palabras hirieran a la joven que tenía delante.

—¿Una combinación rara? —Gilly rio—. Ibas a decir eso y tienes razón. Es mucho mayor que yo, pero ¿sabes qué? Encajamos. Me gusta. Y me lo paso muy bien con él, así que no me importa lo que diga la gente a mis espaldas.

Lottie le devolvió la sonrisa y sintió que su instinto maternal se arraigaba. La joven guarda le gustaba de verdad. Kirby estaba catalogado como un canalla adorable, así que podía entender por qué Gilly se sentía atraída por él.

—Te admiro —le dijo Lottie—. Eres una trabajadora estupenda y aprecio tu ayuda en este caso. Pronto serás una gran detective.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Gilly. «Que Dios la bendiga», pensó Lottie.

—Gracias —dijo Gilly—. Significa mucho para mí.

—¿Has hablado con la familia de Mollie?

—Con su padre. No la ha visto desde Navidad. Por lo que he podido deducir, no tienen una comunicación regular.

—Habla con él otra vez. A ver si puedes descubrir algo, lo que sea, que nos indique la dirección correcta.

—Lo haré ahora mismo.



Cuando Gilly se marchó, el despacho pareció más oscuro. Lottie se preguntó qué estaría diciendo todo el mundo a sus espaldas. Sobre ella y Boyd. No pensaba darles ninguna razón para hablar. Lo de anoche había sido un error. Un error bonito, pero un error.

Kirby le hizo gestos con la mano desde la oficina general.

Tendría que reemplazar esa puerta de cristal por una de madera maciza.

Entonces se dio cuenta de que la estaba llamando.

—McWard está aquí —dijo él.

\* \* \*

Después de enviar el tanga rojo para que lo analizaran, Lottie fue hacia la sala de interrogatorios con Boyd.

—Lamento sinceramente su pérdida —dijo cuando se sentó frente a Paddy McWard. La chaqueta del hombre estaba atravesada sobre la mesa, y llevaba unos tejanos y una camiseta negra de manga corta.

—¿Qué están haciendo al respecto, eh? Acosarme no ayudará a encontrar al cabrón que ha asesinado a mi mujer y a mi hijo.

—¿Quiere que haya un abogado presente? —Lottie le hizo un gesto con la cabeza a Boyd para que encendiera el aparato de grabación—. Tengo algunas preguntas para usted y quiero que le quede claro que puede pedir que haya un abogado presente si...

—No quiero ningún abogado asqueroso. —Cruzó sus brazos desnudos cubiertos de tatuajes y se echó hacia atrás en la silla—. Empiece.

—Muy bien. —Lottie fue a la página de su libreta con las horas y fechas que le había dado Kirby—. ¿Dónde estuvo anoche?

El hombre descruzó los brazos tan rápido que Lottie parpadeó ante el sonido del golpe que dio sobre la mesa.

—Se lo digo aquí y ahora, me está haciendo perder el tiempo y está perdiendo el suyo si cree que podría hacer algo tan... tan horrible como quemar viva a mi familia.

—Limítese a contestar la pregunta —dijo Boyd.

Con un suspiro, McWard pareció rendirse.

—Había salido.

—Vamos, necesito algo más. —Lottie estaba cabreada. Hasta el momento,

esa mañana no habían conseguido nada excepto un tanga rojo que probablemente no tenía una mierda que ver con nada.

McWard se tiró del pelo y se mordió el labio, que le temblaba. «Dios, que no se ponga a llorar», pensó Lottie.

—No quiero decírselo si no tengo que hacerlo. Dónde estaba o qué hacía no tiene nada que ver con el fuego. Tienen que creerme.

—Lo siento, pero eso no es suficiente. Necesito saberlo.

Se frotó la nariz con la mano y sorbió. Dios santo, el grandullón estaba lloriqueando.

—La quería. A Bridie. A mi manera. Pero nunca me creyó. Cuando nació Tommy, me dejó fuera. No con una llave en la puerta, si no fuera de su corazón. Soy bastante mayor que ella. Y era difícil para mí ser... ya sabe... un marido cariñoso. Y el bebé, el pequeño Tommy, lloraba mucho. No podía hacerlo. Así que me escapaba. Cada noche. Conducía por ahí durante unas horas y regresaba por la mañana, a veces por la tarde, y luego desaparecía otra vez.

—Eso son un montón de chorradas —dijo Boyd.

—Es la verdad.

Lottie no sabía si creerlo o no.

—Denos una idea de por dónde estuvo conduciendo anoche.

—Ya se lo he dicho, por ahí.

Lottie suspiró.

—Puede hacer las cosas mucho más fáciles si simplemente nos lo dice. De lo contrario, tendremos que retenerlo aquí hasta que pueda comprobar que no estuvo cerca de su casa anoche cuando le prendieron fuego.

—Entonces, ¿están seguros de que el incendio fue provocado?

—Sí.

—Cabrones. Lo sabía. Lo sabía.

—¿Qué sabía? —dijo Lottie.

—No podían dejarme en paz. —Se retorció las manos con la cara contraída. Lottie no podía determinar si era la rabia o el dolor lo que lo llevaba a rendirse.

—¿De qué habla, Paddy?

—Usted no lo entendería. —Levantó la cara y la miró. Sus ojos oscuros la atravesaban. Eran impenetrables. La intrigaba; no del mismo modo que solían hacerlo los criminales que se sentaban frente a ella, sino como hombre. Tuvo que contenerse físicamente para no alargar el brazo y tocarle la mano, para

decirle que todo iría bien.

—Inténtelo —saltó Boyd.

—Si no van a arrestarme, me voy a casa. —McWard hizo una pausa antes de derrumbarse al caer en la cuenta de que no tenía casa a la que volver.

—¿Conocía a Elizabeth Byrne? —preguntó Lottie.

—¿A quién? —Una línea de confusión se tejió en su ceño antes de que el pelo le cayera encima como una ola negra.

—La mujer a la que asesinaron junto a su casa. En el cementerio.

—No, no la conocía.

—¿Sabe si Bridie la conocía?

—No lo sé. —El hombretón se dobló sobre sí mismo y hundió los dedos en los ojos.

Hubo un golpe en la puerta y Kirby le hizo señas a Lottie para que saliera.

La inspectora apagó el aparato de grabación.

—Deme un minuto. ¿Quiere un café?

McWard recuperó un poco la compostura y dejó caer las manos.

—Dos minutos. No pienso esperar ni un segundo más. —Los gruesos brazos tatuados se cruzaron una vez más y el hombre miró fijamente un punto en la pared sobre la cabeza de Lottie.

En el pasillo, cogió una hoja de papel de la mano de Kirby.

—¿El resultado de la prueba de ADN? —preguntó.

—Hemos encontrado una coincidencia en el sistema.

—Pero esta muestra es de... —Miró el nombre en la parte de arriba de la hoja—. No puede ser... No tiene sentido.

—No tiene sentido, totalmente, pero lo hemos comprobado dos veces.

—Mierda, Kirby. Esto es... no lo sé. ¿Qué es esto?

—¿Raro?

—Sí. Raro bastará por ahora.

Dejaron marchar a McWard. No tenían nada para retenerlo. Pero lo soltaron con la advertencia de que no volviera a desaparecer.

—Creo que es un error dejarlo marchar así —dijo Boyd. Se sentó, cruzó una pierna sobre la rodilla y se puso cómodo en el despacho de Lottie.

—No creo que haya matado a su familia. He enviado a algunos agentes para que lo sigan. Está demasiado desconsolado como para hacer nada. —Le mostró la página que le había dado Kirby—. Tenemos algo más urgente en nuestras manos que Paddy McWard. El cuerpo del lago.

—¿Pero qué coño...? —Boyd dejó caer la pierna—. ¿Lynn O'Donnell? Pero si desapareció hace una década.

—Y ahora ha aparecido muerta.

—Pero el cuerpo junto al lago... era una mujer de más de treinta años. No puede ser Lynn O'Donnell. Solo tenía veinticinco.

—Cuando desapareció, tenía veinticinco entonces. Pero estos resultados de ADN significan que estaba viva, Boyd. ¡Todos estos años, estaba viva!

—Mierda. ¿Y dónde ha estado todo este tiempo?

—No lo sé, pero será mejor que lo averigüemos antes que sus hermanos. —Atravesó el pequeño despacho, pero Boyd le tiró del brazo cuando iba a abrir la puerta. Estaba muy cerca, justo a su lado, y la miraba a los ojos cuando la inspectora se volvió—. ¿Qué? —dijo ella.

—Siéntate un momento. Tienes que pensar esto con detenimiento. Antes de que McMahan se meta contigo.

Lottie expulsó el aire y le puso la mano en el brazo.

—Tienes razón. Dile a Kirby que venga. Luego intentaremos

reorganizarnos.

Se apartó de él y se dejó caer en la silla. Abrió el expediente del caso sin cerrar. Sacó la fotografía y la sostuvo bajo la luz.

—¿Dónde estabas?

—¿Lottie?

Ella dejó caer la foto y dijo:

—Las implicaciones de esto son inmensas. Corrigan era el detective jefe en aquella época. Todo el mundo pensaba que Lynn estaba muerta. Solo su familia creía que aún podía estar viva. La manera en que su cuerpo fue encontrado solo puede significar una cosa.

—¿Qué?

—Estaba retenida en algún sitio contra su voluntad. Su pobre padre. ¿Cómo voy a decírselo? —Frunció los labios y tragó saliva. Esto era un auténtico desastre. Clavó el dedo con tanta fuerza en el puño de la manga que hizo un agujero.

—Lo primero es lo primero —dijo Boyd—. ¿Cómo se lo vas a decir al comisario McMahan?

—¿Decirme qué? —La voz retumbó a través de la puerta abierta.

—Oh, mierda. —Lottie se tapó la cara con las manos.

\* \* \*

—Bueno, al menos los medios no pueden culparte por esto, Parker. —McMahon los había reunido a todos en la sala del caso.

—Le hemos fallado a Lynn como cuerpo de policía —dijo Lottie.

—Ahora no es el momento para ese tipo de *post mortem*. —McMahon se paseó arriba y abajo por la sala—. Concentraos. Revisad el expediente. Buscad pruebas en el cadáver.

—Pero han pasado diez años —dijo Lottie—. ¿Estuvo en el lago todo este tiempo?

McMahon pareció considerarlo.

—Interrogad al viejo que encontró el cuerpo, y al director del *parking* de caravanas. Se os ha pasado algo.

Lottie asintió y dijo «capullo» entre dientes.

—Te he oído —susurró Boyd.

Lottie miró a McMahan.

—La patóloga forense ha confirmado que la ropa de Elizabeth Byrne se lavó en agua del lago Ladystown. ¿Es posible que su asesinato y la desaparición de Lynn O'Donnell estén relacionados? —Mientras pronunciaba las palabras, pensó en lo estúpidas que sonaban.

—Hay una década entera que separa los dos acontecimientos —dijo el comisario.

—Pero solo unos pocos días separan el descubrimiento de sus cuerpos.

—¿Quién más vive en esa zona? Quiero que interroguéis a todo el mundo.

—Ya lo hemos hecho —dijo Kirby.

—Hacedlo otra vez, porque ahora estáis buscando el lugar donde vivió esa mujer durante diez años —gritó McMahan—. Diez putos años bajo vuestras narizotas.

—Eh, no hay necesidad de maltratar a mis detectives. —Lottie caminó hasta él—. Ninguno de nosotros trabajó en el caso original. El comisario Corrigan estaba al mando.

—Como ya sabrás, ayer lo operaron. No tiene sentido molestarlo con esto.

—¿Cómo está? —preguntó Lottie.

McMahan se mordió el labio inferior.

—No lo sé. Tal vez puedas llamar a la señora Corrigan. Cuando tengas tiempo, quiero decir. No menciones este desastre.

—¿Cómo? De acuerdo, señor, pero...

—¿Hay algo que quieras añadir?

—¿Hay alguna posibilidad de tener apoyo extra de otra división?

—¿Dónde está la detective Lynch?

—Está enferma.

—Veré qué puedo hacer. Mientras tanto, pon a los uniformados al corriente. Involucra hasta al último detective que trabaja en esta comisaría. Quiero respuestas, ¿me oís?

El silencio absoluto se acompañó de asentimientos de cabeza.

—¿Estoy hablando solo? Quiero respuestas y las quiero ahora, y la única manera para conseguirlas, pasmados, es que os pongáis en marcha. Fuera de aquí.

—Tenemos que informar a los O'Donnell —dijo Lottie—. Antes de que los medios se enteren.

—Hazlo. Porque en cuanto los medios lo descubran, nos van a meter en una tormenta de nivel cinco.

—¿De vuelta tan pronto? —Donal O'Donnell condujo a los dos policías al interior de su vivienda.

—¿Están sus hijos por aquí?

—Se marcharon poco después que ustedes.

—¿Cree que podría pedirles que vuelvan?

Donal pareció estremecerse mientras se sentaba en una silla.

—Entonces ya está. Las malas noticias que he temido que llegaran cada día desde que mi mujercita desapareció. Pueden contármelo. Yo se lo diré a los chicos.

Dos ojos acuosos miraron a Lottie y la inspectora trató de no apartar los suyos. Estaba a punto de aplastar cualquier esperanza que quedara en los huesos de Donal O'Donnell. El hervidor silbó y el vapor se elevó detrás del hombre.

—Será mejor que lo apague, querida. Seguirá hirviendo durante dos minutos más si no lo hace.

—¿Quiere una taza de algo?

—No. Estoy bien. Siéntense.

Lottie odiaba dar malas noticias. Pero esto... esto iba a matar al pobre viejo.

—Tiene razón, señor O'Donnell. Tengo malas noticias.

—Bueno, no creo que haya venido a decirme que he ganado la lotería, ¿verdad?

—No. Es sobre su hija Lynn.

El hombre comenzó a doblar el periódico por los pliegues por donde lo había doblado antes.

—¿Qué pasa con mi pequeña? ¿La han encontrado? Me imagino que no está



viva, o estaría dando saltitos por la puerta detrás de usted.

—Lo siento muchísimo.

—No lo sienta. Usted no la conocía. Ella era mi bebé. Ahora finalmente puedo llorarla.

—¿Está seguro de que está bien?

—¡Dios santísimo! —El viejo se levantó de golpe y extendió los brazos, como si estuviera recibiendo sobre él al hijo de Dios. O liberándose de Lucifer, el diablo. Lottie se tuvo que contener para no encogerse—. El mal que acecha esta tierra habita aquí —gritó—. Bajo este mismo techo.

—Eh, cálmese —dijo Boyd.

—Siéntese, por favor —dijo Lottie.

—Váyanse al carajo, los dos.

—¿Quiere que le contemos lo de Lynn? —preguntó Lottie.

—Está muerta. ¿Qué más pueden decirme que alivie mi dolor? Sus huesos están desnudos y vacíos de vida. Eso es todo lo que queda de ella después de todo este tiempo. No necesito que me lo digan, lo sé.

—Ese no es exactamente el caso —dijo Lottie lentamente—. Verá, señor O'Donnell, la cuestión es que creemos que su hija estuvo viva hasta hace al menos dos semanas.

La transformación fue instantánea. Donal O'Donnell cayó al suelo. Un ruidoso gemido quebró el silencio dejado por la estela de las palabras de Lottie. Luego calló.

\* \* \*

Matt Mullin miró a su madre por debajo de sus largas pestañas. La mujer tenía los brazos cruzados y se apoyaba contra la puerta abierta del dormitorio del joven.

—No puedo encubrirte más tiempo, Matt. Saben que estás aquí. Por favor, dime qué has hecho. Tal vez pueda ayudarte.

Matt cerró los ojos y se acurrucó contra la pared, como solía hacer cuando tenía nueve años.

—No quiero hablar de ello.

—Si no quieres hablar conmigo, llama a tu terapeuta. ¿Estás tomándote la medicación?

—Vete. Quiero dormir.

—Has pasado la noche fuera. ¿Dónde has estado?

Su voz chirriaba atravesándole el cráneo como la tiza sobre la pizarra.

—¿Quieres parar ya con las preguntas? La cabeza me está a punto de estallar.

—¿Has hecho algo malo, Matt?

El joven soltó aire, abrió los ojos y se sentó en la cama. Una amargura acre pululaba a su alrededor. ¿Venía de su propio cuerpo, o de ella? Sostuvo la almohada contra su pecho y miró a la mujer que lo había dado a luz, que lo había amado y cuidado toda su vida. Y odió cada hueso de su cuerpo. Era una extraña. Lo único que él jamás había querido era a Elizabeth y ella no lo había querido a él.

Arrojó la almohada al suelo, se puso los zapatos y caminó hacia su madre. La empujó furiosamente con el hombro al pasar por su lado.

—¿Matt? ¡Matt! ¿A dónde vas?

La voz quedó atrás mientras el joven salía corriendo de la casa.

\* \* \*

Grace trató de parpadear, pero tenía los ojos pegados. No podía moverse.

¿Dónde estaba? Hizo un esfuerzo por recordar.

El tren. El hombre.

Intentó gritar, pero sentía los labios como si se los hubieran pegado con cinta. Quiso llorar, pero no salió ninguna lágrima. Quiso gritar, pero las palabras estaban profundamente atrapadas en su pecho.

Forcejeó contra las ataduras y luchó contra su realidad mientras volvía a caer en las tinieblas.

Una urraca miró a Lottie desde la rama desnuda de un árbol antes de extender sus alas y salir volando.

La inspectora estaba en el escalón esperando a que Boyd terminara de fumar el cigarrillo. No se atrevió a pedirle una calada. Ya tenía demasiados malos hábitos.

—Se están tomando su tiempo.

—No han pasado ni cinco minutos desde que los has llamado. Paciencia.

—No tengo tiempo para paciencia. Tenemos un montón de trabajo que hacer y esto...

—¿Quieres una calada? —Le ofreció el cigarrillo—. Para calmar los nervios.

Lottie declinó la oferta con una mentira.

—Mis nervios están muy calmados. Solo quiero pasar por la residencia de ancianos para hablar con Queenie McWard.

—¿Por qué quieres hacer eso? Ya le han notificado las muertes.

—No estoy del todo segura, pero quiero establecer si había una conexión entre Bridie y Elizabeth. La libreta, ¿recuerdas?

—¿Pero qué importancia tiene? Incluso si se sentaban juntas en la escuela, no va a resolver nada.

—Nunca se sabe.

—Ese es el calvario. —Boyd tiró el cigarrillo y lo apagó con el talón del zapato. El cielo se había oscurecido y el aire encerraba la inminente amenaza de la lluvia.

Esperaron mientras cuatro personas entraban por la puerta de madera en el

muro exterior.

—¿Saben que está mal del corazón? —dijo uno de los hermanos, Cillian. El presentable.

—Su padre está en *shock* —respondió Lottie—. Aparte de eso, está bien.

—¿Bien? Ja, tendría que volver a la puta academia de policía. —Eso lo había dicho el dejado.

—Cálmate, Finn. —Una mujer pequeña y refinada que vestía un jersey rosa habló. Tenía los ojos enrojecidos. «¿De llorar —se preguntó Lottie— o de algo más?».

—¿Es usted su esposa? —quiso saber Lottie, que señaló con la cabeza a Finn.

—No, soy Keelan, la mujer de Cillian. Sara, esa de ahí, es la mujer de Finn. —Señaló a la mujer con sobrepeso, con el pelo que le caía descuidadamente sobre los hombros de un abrigo de lana negro.

—Joder, esto es un completo desastre —espetó Cillian.

Lottie recordó haber pensado exactamente lo mismo aquella mañana.

—Entremos y veamos qué hay que hacer.

La familia entró por la puerta estrecha y caminaron por el pequeño pasillo. Mientras Lottie seguía a Boyd, se fijó en que Keelan se había quedado rezagada.

—¿Está bien?

—Hay algunas cosas que tiene que saber —dijo Keelan en voz baja—. Pero ahora no puedo hablar. Este es mi número, por favor llámeme.

Lottie cogió el trozo de papel y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros. Keelan la miró con ojos cansados y articuló un «gracias».

—¿De qué iba eso? —le preguntó Boyd cuando la mujer ya no podía oírlos.

—No tengo la más remota idea.

—Nada nuevo, entonces.

—Cállate, Boyd.

\* \* \*

Lottie había visto una fotografía de Lynn expuesta en la cocina, pero cuando puso los pies en el salón, entró en un santuario.

La pared que había frente a ella estaba cubierta con fotos de la mujer muerta. Todas enmarcadas, con las esquinas cubiertas de polvo. Lottie asumió que la

difunta señora O'Donnell, la esposa de Donal, las había mantenido prístinas y sin polvo mientras vivía. Pero la sala parecía no haberse usado en meses, puede que en años. Los muebles eran anticuados, floreados y estaban mugrientos. La chimenea estaba vacía y un calentador eléctrico de dos resistencias se encendió en una esquina después de que Cillian lo enchufara. El olor a polvo quemado sofocó el aire de la habitación.

Lottie trató de imaginar cómo debió de ser en otros tiempos. Llena de la felicidad de los niños jugando y riendo, o mirando la vieja y destartada televisión sobre la mesa de la esquina. Pero no, no le vino esa imagen. Un escalofrío le subió por la columna y se le acomodó en la cresta de los huesos entre los omóplatos.

Un horrible papel pintado marrón con flores desvaídas apenas se veía detrás de la multitud de fotografías, y un par de gruesas cortinas de velvetón colgaba sobre las redes de encaje, amarillas por el tiempo y el humo. La alfombra estaba harapienta, así que sabía que el espacio se había usado mucho, pero sentía que era como una habitación al estilo de Dickens. Oscura, fría, húmeda y polvorienta.

Y entonces cayó. Entre las fotografías que colgaban frente a ella, no vio ninguna de los dos muchachos, o de los muchachos con su hermana. Extraño. Se rascó la cabeza intentando descifrarlo.

Los siete adultos se apretujaron en el reducido espacio y Lottie se quedó en pie con la espalda contra el marco de la chimenea al lado de Boyd. Donal estaba sentado en un sillón mientras sus hijos se apiñaban en el sofá, flanqueados por sus respectivas esposas. Lottie se alegró de que no se ofreciera té, o tendrían que servirlo por turnos. Apenas había espacio para levantar un codo.

—Suéltelo —dijo Finn. Sus palabras estaban cargadas de amargura.

—Encontramos un cuerpo el jueves por la noche. En Barren Point, en el lago Ladystown.

—¡El jueves! ¿Y nos lo dicen ahora? —Finn trató de levantarse, pero quedó atascado entre su hermano y su mujer.

—El cuerpo pertenecía a una mujer de treinta y pocos años —continuó Lottie, tratando de mantener un tono compasivo—. No encontramos nada que nos permitiera hacer una identificación visual. No ha sido hasta esta mañana cuando su ADN se ha emparejado con el de una mujer en la base de datos de personas desaparecidas.

—¿ADN? ¿Qué ADN?

—Cállate, Finn. —Cillian empujó a su hermano en el pecho con el codo—. Déjala hablar, luego podrás preguntar.

«Gracias a Dios», pensó Lottie. Por fin alguien hablaba con sensatez.

—Sin la concordancia del ADN, no teníamos motivos para creer que fuera el cuerpo de Lynn. Como saben, una desaparición de diez años acostumbra a significar que la persona está muerta.

—Ahora está muerta —murmuró Donal.

—Pero no puede ser Lynn —dijo Cillian—. Solo tenía veinticinco años cuando desapareció. Ha dicho que esta mujer tenía más de treinta.

—Lo lamento, pero es Lynn. Creemos que ha estado retenida en alguna parte durante los últimos diez años.

—¿Dónde? ¿Dónde estaba nuestra Lynn? —exclamó Finn.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—¿La asesinaron? —El hombre continuó con sus preguntas a pesar de la mirada envenenada que le lanzaba su hermano.

—No hemos encontrado pruebas de que fuera un asesinato en los resultados del examen *post mortem* preliminar. Es posible que muriera por causas naturales.

—No hay nada natural en estar en Barren Point una noche fría de febrero. —Donal se tiraba de la barbilla.

—Todavía es pronto...

—Es una década demasiado tarde, eso es lo que es.

—Señor O'Donnell, estamos haciendo todo lo posible por conseguir respuestas.

—No hicieron todo lo que pudieron por aquel entonces; ¿cómo puedo creerles ahora?

Lottie suspiró y miró a Boyd en busca de ayuda.

Este enderezó la espalda.

—El cuerpo había sido bañado en lejía y envuelto en bolsas de basura negras, que luego rompieron, dejando el cuerpo expuesto al clima y la fauna.

«Joder, Boyd —pensó Lottie—, no hace falta ser tan brusco». Pero no lo culpaba. La familia no mostraba las emociones que habría esperado. El sentimiento predominante que notaba en la habitación, el que destacaba por encima de los demás, era el resentimiento; tal vez la rabia. Normalmente, eso llegaba un par de días más tarde. Después del *shock* y la tristeza. Había algo más. Una sensación subyacente que no podía identificar. Todavía no. Tal vez

más tarde.

—Eres un maldito cabrón —gritó Finn.

Se liberó de las restricciones de los cuerpos en el sofá y arremetió contra Boyd. Su puño golpeó antes de que Lottie pudiera sacar las manos de los bolsillos. Mientras se movía, Cillian le hizo una llave con el brazo a su hermano y lo llevó al suelo.

—Cierra la boca —gruñó—. Eres un idiota. Atacar a un poli. ¿Qué te crees que estás haciendo?

—Voy a matar a ese cabrón.

—¡Chicos! ¡Callaos! —Donal se levantó y puso un pie sobre la espalda de Finn—. Eres una deshonra para el recuerdo de tu hermana. Y de tu pobre madre.

Cuando Lottie miró a Boyd, este se estaba frotando la mejilla y el ojo, y miraba con furia a los hombres en el suelo. La inspectora le puso una mano sobre el brazo para contenerlo. Las cosas ya estaban lo bastante mal sin que contraatacara.

—¿Lynn había tenido un bebé? —preguntó Lottie.

Finn se levantó.

Lottie estudió los rostros de los hombres. Los tres mostraban diferentes niveles de la misma expresión. Horror.

Finalmente, Donal habló.

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Sospechamos que había dado a luz.

—Esto se pone cada vez peor —dijo el hombre—. ¿Hay un niño por ahí en alguna parte?

—Pretendo averiguarlo —dijo Lottie—. Una última cosa. —Abrió el bolso y sacó un trozo de papel—. Encontramos esto... en el cuerpo. ¿Lo reconocen?

—¿Qué es eso? —preguntó Donal—. ¿De dónde lo ha sacado? No lo entiendo.

—Es una fotografía de un anillo de Claddagh de plata. ¿Significa algo para ustedes?

Los O'Donnell permanecieron con la boca cerrada, negando con la cabeza. Era inútil discutirlo ahora, pero Lottie sabía que significaba algo para ellos. Sus rostros lo decían.

—Miren, están todos en *shock* —dijo, aunque esa no era la palabra que quería usar—. Volveremos luego, para que tengan tiempo de procesar esta horrible noticia. Avísenme si recuerdan algo sobre el anillo. Hagan un poco de

té y hablen entre ustedes.

—¿Té? Té, dice —habló Finn; su voz había vuelto a la vida—. Yo sé lo que querría hacer con una tetera de té hirviendo. Y beberlo no entra en mis planes.

La ira desnuda en sus palabras aturdió a Lottie. Tenía que salir de allí, y rápido. De lo contrario, sería ella, y no Boyd, quien se le echara encima.



Había comenzado a lloviznar mientras habían estado en el interior de la casa, y la temperatura había subido un poco.

—Voy a ver a Queenie McWard —dijo Lottie—. Te dejaré en la comisaría. Averigua qué ha desentrañado Kirby. —Cruzó la calle para ir al aparcamiento.

—Necesito que me vea un médico. —Boyd todavía se estaba frotando la mejilla.

—No te vas a morir. Pero si de verdad te parece que necesitas que te vea...

—Tendrían que encerrar a ese lunático.

—Te voy a encerrar a ti como no te calles. —Abrió el coche—. Contrólate. Boyd la miró por encima del techo.

—¿Qué te preocupa?

—Algo no iba bien ahí dentro. ¿Lo has notado?

—Inquietante.

—No sé qué es. Pero me vendrá.

—Claro. ¿Por qué les has dicho que Lynn había tenido un bebé? Es una especie de acertijo, ¿no crees?

—Quería ver su reacción.

Lottie puso en marcha el coche, fue hacia el puente y pasó por la estación de tren. Los semáforos estaban en rojo. Los limpiaparabrisas iban de un lado al otro del cristal, arrastrando porquería y dificultando la visión.

—Esos hermanos estaban que saltaban —dijo—. Es como si no se soportaran.

—La mayoría de hermanos son iguales.

—Yo quería a mi hermano.

—Murió cuando tenías cuatro años. ¿Cómo puedes recordarlo? Seguramente te tiraba de las coletitas y lo odiabas por ello.

—¿Cómo sabes que llevaba...?

—Solo decía.

—Pues no lo hagas.

Miró a Boyd. Tenía la cabeza apoyada contra el asiento y los ojos cerrados. La marca roja palpitaba en su mejilla. Quería alargar la mano, sentir la ternura de la noche anterior, pero ahora era otro momento. Ahora era trabajo. Y así tenía que continuar. Profesional. Agarró el volante con fuerza y se echó hacia delante, tratando de ver a través de la capa de aceite. Esperó a que el semáforo se pusiera en verde. No podía empezar una relación con Boyd. Ni hablar.

—Odio —dijo.

—¿Qué?

—Eso es lo que era.

—Estoy un poco perdido. —Boyd se pasó los dedos por la mejilla e hizo una mueca de dolor.

—La tensión en ese cuarto. Entre la familia O'Donnell. Era más que rabia. Era puro odio.

\* \* \*

Las gotas de lluvia caían por la ventana. El cementerio se veía anodino y gris a lo lejos. Lottie subió en el ascensor y recorrió el pasillo hasta la habitación de Queenie McWard.

La anciana estaba medio sentada en la cama, jugueteando con su rosario. Parecía haber envejecido treinta años.

—Vi el fuego anoche. Fue en una de las *teachíns*.

—¿*Teachín*?

—Significa casita en irlandés. ¿Es que no fue al colegio? Mi Bridie sí. Aprendió mucho. Consiguió un trabajo. ¿No se lo contó? —Las lágrimas reposaban en las duras grietas del rostro de la anciana. Era como un delta esperando a que llegara la marea—. Hasta que ese inútil le propuso matrimonio. Eso no era el problema, pero él tenía el corazón roto.

—¿Se refiere a Paddy?

—Sí, Paddy. Un inútil, eso es lo que es. ¿Lo he dicho ya?

—Lamento tener que hacerle preguntas en este momento tan triste, Queenie, pero ¿tiene alguna idea de por qué alguien querría quemar su casa?

—¿Y asesinar a mi hija y mi nieto? Somos marginados en esta ciudad...

—No creo que eso sea cierto en absoluto. Desde que tengo memoria, ha habido una comunidad nómada en Ragmullin. Por supuesto, están los delitos habituales contra el orden público, pero de eso hay en todas partes y...

—Discriminación. Eso es lo que abunda. Así ha sido siempre y así será. Esa es la razón por la que quemaron la *teachín*.

Lottie suspiró y miró al techo.

—No me ponga los ojos en blanco, jovencita. Puede que sea vieja, pero no estoy ciega. Aún no.

—Solo estaba pensando. Puede que esto no tenga nada que ver con discriminación. Creo que podría estar relacionado con algo en lo que Paddy está involucrado.

—Paddy siempre está metido en una cosa o la otra. Pero cuando se casó con mi Bridie, me prometió que se portaría bien. Pensaba que lo estaba haciendo bien por él mismo y por mi niña.

—¿Haciendo qué?

—Esto y aquello.

—Queenie, necesito saber si estaba metido en algo sospechoso, algo que pudiera provocar que la ira de alguien cayera sobre su familia.

La anciana metió un codo bajo su figura de pájaro y trató de alzarse en la cama. El aroma de lavanda se elevó de las sábanas cuando Lottie se acercó para ayudarla. Una mano esquelética con un anillo en cada dedo la apartó.

—No necesito su ayuda.

Una vez estuvo sentada, Queenie la miró con los ojos entrecerrados por encima de la montura de las gafas.

—Boxeo. En eso estaba metido.

—¿Peleas ilegales? —Lottie pensó en Kirby y Lynch, tratando de llegar a la raíz de la actividad.

—Nada ilegal, decía él. Viajaba por el país yendo a clubes de boxeo. Entrenando a muchachos.

Eso podría explicar sus ausencias, pensó Lottie.

—Mi Bridie se pasó más días llorando como un bebé ahí dentro de los que puedo contar. Siempre por él. Su Paddy. No sabía en qué estaba metido. Así que mandé que lo buscaran. Vino como un cordero al que van a degollar, sí señor.

Yo dije lo que pensaba, y él también. —Juntó los labios con fuerza.

—¿Y? ¿Le dijo que estaba enseñando a boxear a muchachos?

—Así es. Chicos y chicas, actualmente.

—Pero desaparecía toda la noche.

—Lo sé. Me dijo que a veces tenía que quedarse a dormir. Si se hacía demasiado tarde. Eso es lo que me dijo.

Lottie se preguntó dónde se quedaba a dormir. ¿Y por qué no le había contado esto a ella? Si era una actividad inocente, seguramente no habría tenido problemas en divulgarla. Sabía que era inusual que los miembros de la comunidad nómada fueran infieles, pero ahora estaba pensando en eso. Tendría que conseguir que Paddy lo confesara todo; de lo contrario, se enfrentaba a un cargo de homicidio, o incluso de asesinato.

—Él no lo hizo, si es eso lo que está pensando. No esta vez, al menos.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No se ponga insolente conmigo, jovencita. Solo le digo las cosas tal y como las veo. Como he mencionado, aún no estoy ciega.

—Estoy bajo mucha presión. Con el incendio, el asesinato en el cementerio, una joven desaparecida después de coger el tren para volver a casa, y el cuerpo del lago, es todo...

—¿Desaparecida después de coger el tren? Eso es lo mismo que le pasó a la muchacha hace años.

—Es Mollie Hunter. Lleva desaparecida desde el miércoles.

Queenie se hundió en la cama; pareció encogerse una talla mientras la sábana cubría su figura huesuda.

—¿Qué sucede? —preguntó Lottie, alarmada.

—La historia se repite. Eso es lo que sucede —graznó la anciana.

—No la sigo. —Lottie quería escapar del pabellón. Huir del olor a vejez. De los huesos chirriantes de Queenie McWard.

La anciana cogió la mano de Lottie. Esta estuvo a punto de gritar ante la velocidad del movimiento.

—Esa chica no era buena. No era buena para ningún pariente mío. Pero esa no es la verdadera historia. Ellos pensaron que él no era bueno para ella. —Queenie se dobló con un ataque de tos. La espuma se acumuló en la comisura de su boca y se tiró de los labios con una garra huesuda cubierta de anillos.

Lottie apretó el botón para llamar a una enfermera.

El equipo médico llegó a la habitación, empujaron a Lottie a un lado y esta miró mientras trabajaban vigorosamente en la pequeña anciana.

—Por favor, no te mueras, Queenie —susurró.

Tenía muchas más preguntas, pero parecía que la mujer no podría responderlas. Al menos hoy.

Caminaba hacia la puerta cuando cayó en la cuenta. Volvió a mirar a la aglomeración de personal médico. El anillo de Claddagh de plata en medio de las piezas de oro en la mano esquelética.

Salió de la habitación. Dejó el zumbido de las máquinas y los gritos de médicos y enfermeros. Dejó a Queenie McWard a su suerte.

\* \* \*

Sentada en el coche frente a la residencia de ancianos, Lottie sintió que las ruedas oxidadas de su cerebro comenzaban a moverse y cogían velocidad. Estaba ahí. Al alcance de su mano. Solo tenía que pensar. Su móvil sonó.

—Será mejor que sea algo bueno, Boyd, porque acabas de interrumpir mis pensamientos. Estaba llegando a algo y ahora se me ha escapado.

—Tienes que ir a casa de Carol O’Grady. Nos vemos allí.

No recibieron respuesta después de llamar al timbre, que parecía estar estropeado, así que Lottie golpeó con el puño la puerta de la casa de Carol O'Grady.

El ojo de Boyd comenzaba a ponerse amarillo y morado como resultado del golpe que había recibido.

La puerta se abrió.

—¿Terry? —Los ojos del joven estaban hundidos en su cabeza. ¿Estaba borracho, o tal vez colocado? ¿Tan temprano?

—¿Quién lo pregunta?

—Nos conocimos el otro día. Inspectora Parker y sargento Boyd. ¿Lo recuerdas?

—No.

—Queremos hablar con Carol.

—Está trabajando. Mamá y papá están en la ciudad.

—Yo creo que está aquí. —Lottie se agachó para pasar por debajo del brazo del adolescente.

—Eh, no puedes hacer eso —dijeron Terry y Boyd a la vez.

—Acabo de hacerlo. —Lottie puso un pie en las escaleras y gritó—: ¡Carol, quiero hablar contigo!

Sonaron pasos en el descansillo y Carol apareció.

—¿Qué es tanto jaleo? Así no hay quien duerma.

Lottie le hizo gestos a la joven para que bajara.

—¿Puedes encender el hervidor, Terry?

—Voy a salir. —Esquivó a Boyd y se alejó por el camino.

—Creo que necesitarás el abrigo —le gritó Lottie.

—A la mierda el abrigo.

Lottie y Boyd siguieron a Carol a la sala de estar.

—¿Cómo te encuentras?

—Para el arrastre. He tenido que salir antes del trabajo.

—El embarazo puede hacer que te sientas así, ya sabes.

—*Shhh*. Baje la voz. —Carol giró la cabeza en dirección a la puerta que llevaba a la cocina.

—No te preocupes. Terry ha dicho que tus padres están en la ciudad.

—¿Qué sabrá él? Se ha pasado la noche bebiendo en las vías.

—Queremos hacerte unas preguntas sobre Mollie Hunter. —Lottie ya había perdido bastante el tiempo.

Carol se cruzó de brazos y se tiró de los codos del jersey. Frunció los labios con fuerza.

—La conocías, ¿verdad?

—Supongo.

—Nada de suposiciones. ¿Nos lo quieres contar?

—La verdad es que no.

—No tengo todo el día, Carol. Sé que te encuentras mal, pero si no nos lo cuentas, te voy a llevar a la comisaría y te voy a meter en una celda con olor a vómito, y puedes echar la papa toda la noche. La verdad es que no me importa. Así que cuéntame.

—Ella... fue amable conmigo.

—Por el amor de Dios. ¿Por qué hemos encontrado una prenda de ropa interior tuya en una bolsa de plástico en el apartamento de Mollie?

—¿Qué?

—Hemos acelerado el análisis de ADN. Coincide con el tuyo.

—¿Coincide con qué? ¿Cómo tienen mi ADN?

—Fuiste arrestada con Terry hace tres años. Posesión de cannabis.

—Retiraron los cargos.

—Sí, pero tu ADN está en la base de datos.

Carol pareció encogerse. Contuvo las lágrimas y dio la sensación de que iba a vomitar.

—Cuéntamelo —dijo Lottie.

—Me violaron. Ya está. Ya lo he dicho. —Se tiró con más fuerza de las

mangas.

Lottie se volvió hacia Boyd. Este se encogió de hombros. No habían considerado este escenario en absoluto.

—Cuéntamelo, por favor, Carol. —Lottie habló con más suavidad.

—Pasó cerca de casa de Mollie. Ella apareció. Se portó muy bien, aunque no la conocía. Me encontró desplomada a un lado del callejón que pasa entre dos bloques de apartamentos. Me llevó a su casa. Quería llamar a la policía, pero yo estaba en *shock*. No sabía lo que hacía o decía. Debí de decirle que no llamara a nadie. —Sorbió y se frotó la nariz con el dorso de la mano.

Lottie miró a Boyd con los ojos muy abiertos.

—¿Quién lo hizo, Carol? ¿Cuándo?

—Oh, por el amor de Dios. Ahora ya no importa. Fue hace más de dos meses.

—¿Lo pudiste identificar? ¿Era alguien que conocieras?

—No... no estoy segura. Pensé que me parecía familiar. Tenía la voz ronca, furiosa. Creo que estaba borracho. No lo sé.

—¿Y el tanga? ¿Por qué lo tenía Mollie?

—Se quedó mi ropa esa noche. Yo estaba mojada y sucia. Estaba hecha un desastre. Mollie dijo que tenía una amiga en la policía. Yo me puse histérica y le dije que no quería policía. Me dijo que si cambiaba de opinión, podría hablar con esa amiga. Le hice prometer que no se lo diría a nadie. No creo que lo hiciera, pero debió de quedarse con mi ropa como prueba o algo. Sinceramente, no lo sé. —Carol se acurrucó en sí misma y contuvo los profundos sollozos.

Lottie se relajó en el sillón al caer en la cuenta de que había estado en tensión, lista para saltar hacia adelante.

—Ese hombre... ese miserable que te hizo esto, ¿es el padre del bebé que llevas en el vientre?

Carol se encogió de hombros.

—No estoy segura.

—¿Mantenías una relación con alguien en aquel momento?

Una inclinación de cabeza.

—¿Con quién?

La joven sacudió la cabeza.

—No voy a decirlo.

—¿Quién más sabe lo del ataque?



—Nadie.

—¿Lo sabía Elizabeth?

Carol se mordió el labio mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—Sí. Se lo conté a Lizzie.

—Entonces, dos mujeres sabían que te violaron. Una está muerta, asesinada, y la otra ha desaparecido, posiblemente asesinada también. ¿Y no pensaste que era lo bastante importante como para decírnoslo? Dios santo, ¿dónde tienes la cabeza?

Lottie sintió que Boyd le tocaba el brazo para tranquilizarla. Dejó que apoyara la mano. Tenía razón. Estaba enfadada con la chica por ocultar información, pero la pobre ya estaba sufriendo bastante. «Dios santo —pensó en lo que parecía la décima vez en ese día—, que desastre».

—Tienes que denunciarlo, Carol.

—No, no lo haré. Solo fue un accidente. Él no quería hacerlo. Es un buen hombre.

—¿Qué quieres decir? —Lottie alargó el brazo y tomó la mano de Carol mientras se percataba de la verdad—. Es alguien que conoces.

—Yo no he dicho eso. Deje de poner palabras en mi boca.

—Lo siento. Tengo que aconsejarte que hagas lo correcto.

—No voy a decírselo a nadie. Fin de la historia. Ahora pueden irse, antes de que mis padres vuelvan a casa.

Lottie reflexionó sobre las palabras de la chica y dijo:

—¿Te ha amenazado ese hombre?

Un no con la cabeza.

—¿Está casado?

Un encogimiento de hombros.

—No voy a decirlo.

—¿Sigues manteniendo una relación con él?

—Él cree que sí.

—¿Sabe que estás embarazada?

—No. —Los ojos de la chica, con las pupilas de color negro profundo, brillaron de terror—. No digan ni una palabra de esto. Por favor. Se lo suplico.

Lottie suspiró.

—Siento mucho que te haya pasado esto, Carol, pero en algún momento la gente se dará cuenta de que estás embarazada.

—No estoy preparada para decírselo a nadie. Las únicas dos personas que sabían lo de la violación están... están... —Encogió las piernas bajo su cuerpo y se tumbó en posición fetal en el sofá, llorando.

—Dame el número de tu hermano. Haré que vuelva y se quede contigo.

—¡No! —Carol soltó un grito estrangulado—. Solo váyanse. Por favor. Déjenme en paz.

—Tengo que denunciar esto, lo sabes. —Lottie sentía lástima por la chica, pero también tenía que hacer su trabajo—. Cuando estés lista, ven a la comisaría. Habrá gente preparada para estas situaciones que podrá hablar contigo. Mientras tanto, haré que venga un oficial de enlace y se quede aquí.

—Ni de puta coña.

—Es por tu propia seguridad. Ahora dame el número de Terry.

Anna Byrne abrió la puerta y los dejó entrar.

—Lamentamos importunarla, pero tenemos que hacerle algunas preguntas.  
—Lottie se quedó de pie con Boyd mientras Anna se desplomaba en una silla. Su dolor era palpable.

—Pregunten.

—¿Mencionó Elizabeth alguna vez a una tal Mollie Hunter?

—No, no recuerdo ese nombre. Solo decía que quedaba con Carol O'Grady.

—¿Está segura?

—Estos días ya no puedo estar segura de nada.

—¿Qué hay de Matt Mullin? Tenemos motivos para creer que no ha estado en Múnich desde Navidad. ¿Se puso en contacto con Elizabeth?

Anna se levantó.

—Voy a calentar agua. —Llevaba la misma ropa que el otro día y parecía que había estado llorando sin parar desde entonces.

—No tenemos tiempo para un té. Hable conmigo Anna, por favor.

—No he oído nada sobre Matt. —Anna volvió a sentarse—. No sé si ha estado en contacto con Elizabeth. ¿Han encontrado su teléfono?

—No hay rastro de él. —Lottie se sentó junto a la madre desconsolada—. Sé que Carol no le cae bien, pero ¿hay algo que tengamos que saber?

—¿Como qué?

—¿Algo en lo que tal vez hubiera involucrado a Elizabeth?

—Esa golfa... ¿Es culpa suya que mi niña esté muerta?

—No estoy diciendo eso en absoluto. —Lottie inclinó la cabeza a un lado para indicarle a Boyd que usara su encanto.

—Señora Byrne —dijo él—, Anna. Estamos encontrando muy pocas pistas que nos lleven al asesino de Elizabeth. Creemos que Carol puede ser una conexión, tenue, pero una conexión. ¿Se le ocurre algo fuera de lo corriente?

—Con esa, todo era fuera de lo corriente.

—Por favor —rogó Lottie.

Anna se cruzó de brazos y se tiró de las mangas de la chaqueta de punto. Tenía las uñas mordidas.

—Nunca venía aquí, si es eso a lo que se refieren. Pero Elizabeth siempre iba a su casa. Más que de costumbre en las últimas semanas. Desde Navidad. No tengo ni idea de qué iba el asunto. Elizabeth nunca lo dijo, pero sospecho que tenía que ver con un hombre. Ya sabe cómo son los jóvenes a esa edad.

—Lo sé —dijo Lottie.

—Tal vez Matt había vuelto a la ciudad o algo. No lo sé.

—¿Podemos volver a revisar las cosas de Elizabeth? Si no le importa.

—Sus forenses ya le han dado la vuelta a todo, pero adelante. Y no se lleven nada sin preguntármelo primero.

Lottie se alegró de escapar del dolor que impregnaba las paredes de la cocina. El dormitorio de Elizabeth estaba como lo habían dejado.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Boyd.

—Algo que indique que Matt Mullin estaba en contacto con ella.

—Pero no encontramos nada la primera vez, y tampoco los forenses.

—Entonces no sabíamos qué buscábamos.

—No sabemos lo que estamos... —comenzó Boyd. Lottie le lanzó una mirada de advertencia. Él continuó—: Supongo que lo sabré cuando lo vea.

Pasó junto a ella, rozándola, y Lottie sintió un cosquilleo en la piel cuando su mano la tocó. Una conexión casi imperceptible, pero la había sentido. Su pecho se constriñó con ansiedad. Una pastilla la ayudaría, pero no había manera de que pudiera tomarse una a escondidas. Obligó a su cerebro a concentrarse. Las pistas sobre el destino de Mollie Hunter podían estar en alguna parte de esa habitación. Tenían que ser meticulosos.

—¿Había algo en la libreta que nos pueda dar una pista? —preguntó.

—No a menos que escribiera en código.

Después de buscar cuidadosamente por la habitación, Lottie pasó la mano por las cadenas colgadas del soporte de plástico en la cómoda. Se detuvo y sus dedos agarraron una cadena de plata.

—Boyd, mira esto. —Sostuvo en alto la cadena de la que colgaba un anillo—. ¿Ha estado esto aquí todo el tiempo?

—Supongo que sí. Pregúntaselo a Anna.

—¿Preguntarme qué? —Anna estaba en el pasillo, abriendo y cerrando los puños. Lottie no sabía si era un gesto de rabia o de impotencia.

—¿Esto es de Elizabeth? —Sostuvo la cadena y el anillo mientras sentía que la expectación se le clavaba en la piel.

—Nunca lo había visto. —Anna dio un paso hacia el interior de la habitación—. ¿Han terminado?

Lottie miró a Boyd y asintió.

—Necesito llevarme esto.

—No creo que fuera de Elizabeth, así que pueden quedárselo.

Lottie metió las joyas en una bolsa de pruebas, sonrió tristemente y salió de la habitación.

El día, si es que aún era el mismo día, parecía interminable. El aburrimiento había reemplazado al miedo. Y los huesos, los huesos de bebé, se burlaban de ella, tirados sobre la mesa como si esperaran que hiciera algo.

¿Pero qué podía hacer? Estaba encerrada. No tenía manera de escapar. Aún no tenía ni idea de por qué se la había llevado. Pero estaba segura de que había sido su presa. No algo fortuito. No. La había buscado y se la había llevado. ¿Por qué?

Estudió las pinturas en la pared mientras intentaba encontrar una pista de quién las había hecho. De la persona que había habitado anteriormente esa prisión. ¿O acaso los cuadros eran un mensaje? Tal vez fuera eso. Se arrodilló a los pies de la cama y los miró, los miró de verdad. Y fue entonces cuando lo vio. Pintado en letras negras absolutamente diminutas, a lo largo del cuerpo de una locomotora torcida, allí estaba. Escondido a plena vista.

Un nombre.

Pero no significaba absolutamente nada para ella.

\* \* \*

En la oficina, Boyd dejó dos tazas de café sobre el escritorio de Lottie, después de haber colocado los posavasos.

—¿De dónde has sacado eso? —Lottie abrió los ojos maravillada.

—¿Los posavasos? De mi cajón. Al final no me has contado lo que dijo Queenie.

—Parece que fue hace dos días. —La inspectora tecleó en el ordenador—.

Espera a que entre aquí. Quiero encontrar una foto de Paddy McWard.

—¿Para qué?

—Para ver si lleva anillos.

Aporreó el teclado.

—Sé que hemos encontrado un anillo en una cadena en casa de Elizabeth, y un anillo en el cuerpo sin identificar de la mujer del lago, pero ¿qué tiene que ver McWard con todo esto?

—Boyd, bébete el café y cállate un momento. Estoy intentando volver a poner en marcha mi cabeza. —Abrió un set de fotografías y amplió una.

—¿Es una foto reciente? —preguntó Boyd.

—Es de hace algunos años. De cuando lo arrestaron por robar un vehículo... Ahí. ¿Ves sus manos? —Giró la pantalla para que el sargento viera la imagen.

—No tiene anillos.

—Exacto.

—¿Exacto qué?

—La mayoría de la gente de la comunidad nómada lleva joyas. Cadenas de oro macizo, anillos y toda esa mierda. Pero él no lleva anillos.

—¿Y eso qué demuestra?

—Espera un momento. —Amplió la imagen sobre el hombro de McWard—. Joder, Boyd. Mira ese tatuaje.

Su compañero se estiró sobre el escritorio y entrecerró los ojos.

—Es una cruz celta.

—Más arriba, justo debajo del dobladillo de la camisa. Es un Claddagh.

—Sí. ¿Y qué?

Lottie golpeó una tecla y la pantalla se apagó.

—No lo sé.

—¿A qué viene esto?

—Queenie dijo que Paddy tenía el corazón roto. Podemos suponer que Elizabeth fue al colegio con Bridie. Y acabamos de encontrar un anillo de Claddagh colgado de una cadena en su habitación. ¿Y si había un triángulo amoroso y Paddy estaba metido de alguna manera?

—¿Y mató a Elizabeth y luego a su mujer? Oh, y supongo que piensas que también secuestró a Lynn O'Donnell y la mantuvo escondida durante diez años. Y también a Mollie Hunter, por si acaso. Necesitas más café, Lottie, tu cerebro está muerto.

—Mi cerebro está a tope. Tengo que volver a hablar con McWard.

\* \* \*

Lottie se llevó dos coches patrulla y a Kirby, además de a Boyd, como medida de protección. No había manera de saber cómo iba a salir aquello. Tenía un montón de hipótesis inconexas, pero sabía que en algún lugar del laberinto la respuesta aguardaba a ser encontrada. Y en ese momento, aparte de Matt Mullin, todos los caminos llevaban a Paddy McWard.

La cinta de la policía rodeaba los restos del hogar de los McWard. Paddy estaba en la casa móvil de su primo, de pie en la puerta. No los invitó a entrar. «Sí así es como lo quieres —pensó Lottie—, lo haremos delante de tus familiares y vecinos».

—Su suegra ha fallecido hace una hora, Paddy.

—Bien.

—¿Bien?

—Al menos no tendrá que llorar a su hija y su nieto.

Un pinchazo de dolor atravesó el corazón de Lottie cuando pensó en Katie y Louis, tan lejos de ella. Sería mejor que llamara a Chloe para asegurarse de que ella y Sean estaban bien. En cuanto terminara con eso.

—¿Conocía a Elizabeth Byrne?

—No.

—¿A Mollie Hunter?

—¿De qué va esto?

—Responda a la pregunta.

—Nunca he oído hablar de ella.

Lottie jugó su mejor carta.

—¿Qué hay de Lynn O'Donnell?

—No.

Pero su rostro desveló la mentira. Un velo le cubrió los ojos, las pupilas se le dilataron como medias lunas negras bajo los párpados, y la luz que se derramaba de la bombilla del exterior de la caravana arrojó un tinte amarillo a su piel, que se tensaba por momentos.

—Venga con nosotros, Paddy. Tenemos que hablar un momento en la comisaría.



—¿Otra vez? ¿Cuántas veces he ido ya? Y cada vez es una pérdida de tiempo. Así que no. O me arrestan o se largan. No he hecho nada.

—Tenemos que hablar con usted en relación al incendio provocado en su casa. —La inspectora vio cómo apretaba los puños—. Podemos hacerlo a las malas.

Sacó unas esposas del bolsillo y señaló los dos coches patrulla con sus luces destelleantes en la entrada.

—Esta es la última vez. —El hombre cedió y pasó junto a ella empujándola, camino al coche más cercano.

Lottie habría jurado que había lágrimas en sus ojos.

Siguieron a los dos coches patrulla de regreso a la comisaría, y Lottie salió de un salto al llegar frente al edificio. Quería estar dentro cuando trajeran a McWard.

Aunque caían gotas, Lottie empezó a quitarse el abrigo mientras subía corriendo los escalones.

—¡Inspectora Parker! Unas palabras, por favor.

Lottie se volvió y vio a la reportera, Cynthia Rhodes, con un cámara detrás de ella. Tuvo un *déjà vu*. Esto no iba a salir bien.

—¿Qué quiere, Cynthia?

—Creo que se han presentado dos quejas contra usted hoy. ¿Le importa decir algo al respecto?

—¿Qué quejas?

—He recibido una llamada de una tal señora O'Grady. Dice que ha perturbado a su hija innecesariamente. Quiere destacar la insensibilidad policial. La mejor amiga de la chica ha sido asesinada y todo eso.

—Eso son un montón de chorr... —«Cállate, Lottie», se reprendió a sí misma. Pero sabía que era demasiado tarde.

Rhodes estaba en su apogeo.

—Y la familia O'Donnell. He recibido también una queja de ellos. Inspectora Parker, ¿le importaría hacer algún comentario sobre el descubrimiento del cuerpo de Lynn O'Donnell hace dos días?

—Sí, me importa.

—¿Por qué han tardado tanto en decírselo a la familia?

—No es asunto suyo.

—Creo que es asunto de todo el país, inspectora. ¿Estaba muy descompuesta? ¿Es esa la razón que explica el retraso?

—¿Por qué no vuelve a Dublín de una puta vez?

¡Mierda!

\* \* \*

Para cuando Lottie entró, Paddy McWard estaba en una celda, porque las dos salas de interrogatorio estaban ocupadas. La inspectora subió corriendo las escaleras y se encontró a Lynch en medio de la oficina, mojada y con aspecto desaliñado.

—¿Y ahora qué? —saltó Lottie, haciendo una bola con el abrigo y chutándolo bajo el escritorio. Tenía la camiseta empapada y los tejanos se le pegaban a las piernas. «A la mierda», pensó. Pero no podía quitarse a Cynthia Rhodes de la cabeza. Estaba con la mierda hasta el cuello si la lagarta de la periodista... ¿Qué había dicho exactamente? Se hundió en la silla más cercana y se sostuvo la cabeza entre las manos.

—¿Quieres un café? ¿Una Cola *light*? Tengo una lata en el bolso.

—Creía que estabas enferma.

—Ahora estoy bien, jefa. Eso puede esperar.

Lottie miró a su detective.

—Lo siento. ¿Qué querías decirme?

—Matt Mullin. Ha estado con su madre todo este tiempo.

—El cabrón.

—Está deprimido. La verdad es que está muy mal. Está en la sala de interrogatorios.

—¿Ahora?

—Sí.

—Mierda. —Se pasó la mano bajo la nariz y reprimió un estornudo.

—Tienes que ir a casa y cambiarte —dijo Lynch—. ¿Has comido hoy?

—¿Que si he comido? ¿Sabes qué? Sinceramente, no lo sé. Estaré abajo en cinco minutos. Quédate con él hasta que llegue.

Cuando Lynch se retiró, Lottie buscó en los bolsillos un pañuelo y encontró el trozo de papel con el número que Keelan O'Donnell le había dado. ¿De qué podía ir eso? Ahora no tenía tiempo, la llamaría luego. Se lo volvió a guardar en

el bolsillo y se estrujó el pelo empapado. Matt Mullin tendría que recibirla de esa guisa.

El hombre frente a ella no se parecía en nada a su fotografía. Para empezar, parecía mucho mayor. A pesar de los círculos negros bajo sus ojos enrojecidos, había una cierta petulancia en su comportamiento. «Bien, Matt Mullin, veremos cuánto te dura».

Sin preámbulo, Lottie colocó la fotografía de Elizabeth frente a él. La de su cadáver. El hombre retrocedió inmediatamente. «Ha funcionado», pensó la inspectora.

—¿La ruptura con Elizabeth fue una receta para asesinarla? —preguntó.

—¿De qué habla? Nunca le puse la mano encima.

—¿Espera que me lo crea? Señor Mullin, no estoy de humor para juegos. He tenido un día de mierda, así que empiece a hablar.

—¿Hablar? ¿Sobre qué? Yo no he matado a Elizabeth. La amaba. La echo mucho de menos. No puedo creer que esté muerta.

Lottie le mostró la fotografía de la cadena y el anillo que habían encontrado.

El hombre la miró con la ceja alzada.

—¿Eran de Elizabeth?

—¿Eran de Elizabeth? —se burló Lottie—. Usted se lo dio, ¿no es cierto?

—Lo juro por Dios, no fui yo. Es la primera vez que los veo.

—¿Cree que voy a tragarme eso?

—Es la verdad. —El hombre mostró los dientes y se mordió el labio inferior.

—¿Cuándo la vio por última vez? Y no me diga que fue hace un año porque ¿adivine qué? No me lo voy a creer.

El hombre suspiró. Reflexionó.

—La ruptura me resultó difícil. Cuando llegué a Alemania, me di cuenta de

que había cometido un error. Pero ella no quería escucharme. Bloqueó mi número. No quería hablar conmigo. Me hizo enfermar.

«¿Este tío habla en serio?». Lottie puso los ojos en blanco y sintió el golpecito de Lynch en su rodilla.

—Continúe.

—Estaba tan deprimido que no podía trabajar y volví a casa con mamá.

—Un banquero de treinta y cinco años, que deja el curro y vuelve corriendo a casa de mami. Hilarante.

—Es un poco zorra, ¿no?

—Ah, ahora empiezo a oír al auténtico Matt Mullin. Así que regresó a casa. ¿Cuándo?

—A principios de diciembre.

—¿Y se encontró con Elizabeth?

—No. Ya se lo he dicho, no quería verme ni hablar ni nada. Así que empecé a seguirla. En el tren.

Lottie dejó escapar un silbido. La palabra «acosador» apareció en su mente, seguida rápidamente por «asesino».

—¿Ella lo vio?

—Probablemente. Pero me ignoró. Algunos días se sentaba con esa otra chica.

—¿Qué otra chica?

—La que ha desaparecido. Mollie Hunter.

Lottie se irguió en su silla.

—¿Vio a Elizabeth sentada en el tren con Mollie Hunter?

—Sí. Pero no cada día. No es que fueran amigas, solo compañeras.

—Así que mató a Elizabeth y luego secuestró a Mollie.

—No. —Matt miró desesperadamente a su alrededor—. ¿Tengo derecho a pedir un abogado?

—Si quiere uno. Aunque puede que eso haga parecer que tiene algo que ocultar.

—Eso son chorradas y lo sabe.

—¿Siguió a Elizabeth por Rochfort Gardens?

—No sé de qué habla.

—A correr. A hacer *footing*. Los fines de semana.

—No. No lo hice. Solo en el tren.

—¿Y qué hacía todo el día en Dublín mientras ella trabajaba?

—Caminaba por allí. Me tomaba un café en la estación y esperaba.

—Cuénteme más.

—No hay más que contar. Elizabeth no apareció en el tren el martes o el miércoles y luego oí lo que le había ocurrido. En las noticias. Oh, Dios, no me lo puedo creer. —Comenzó a sollozar.

—¿Qué hizo esos días cuando Elizabeth no estaba en el tren?

—Yo... intenté hablar con esa chica, Mollie. Pero no me hacía caso. Se cambió de asiento junto a una chavala con pinta de nerviosa.

Las engranajes encajaron en el cerebro de Lottie. ¡Grace!

¿Podía ser que ese idiota estuviera diciendo la verdad? Miró a Lynch para captar alguna idea de lo que la detective pensaba, pero Lynch tenía los ojos fijos en la pared, con la cara de un terrible color gris. Eso es lo único que le faltaba, que su detective vomitase encima de un sospechoso.

Matt se puso en pie.

—Quiero que venga un abogado ahora. O déjenme marchar.

Lottie no tenía nada para retenerlo. Necesitaba pruebas.

—¿Accederá a darnos una muestra de ADN?

—Consiga una orden.

Joder, este tío no le iba a hacer la vida más fácil.

—De acuerdo, lo haré. Puede marcharse, pero lo quiero de vuelta aquí mañana a las diez de la mañana. Con o sin su abogado. ¿De acuerdo?

Mullin se encogió de hombros y se marchó.

—Creo que ahora me apunto a ese café, Lynch.

En el pasillo, se encontró con Boyd, que venía corriendo.

—Oh, Boyd. El mismísimo. ¿Puedes llamar a tu madre y pedirle que Grace se ponga al teléfono? Puede que haya visto a ese tipo, Mullin, en el tren con Mollie.

—Lottie. La cafetería. Ahora. —Estaba sin aliento.

—Ahora iba precisamente ahí. Necesito urgentemente un café.

El detective sacudía la cabeza.

—Puede que necesites algo más fuerte después de ver esto.

\* \* \*

La cafetería tenía una televisión colgada de una pared, que normalmente estaba en silencio con subtítulos. Ahora, el sonido estaba activado.

Lottie se sentó en una de las sillas nuevas de plástico rojo. Tenía la boca abierta.

—Cynthia Rhodes informando desde Ragmullin, en la región central. Una ciudad que ya ha tenido una buena dosis de tragedias y asesinatos durante los últimos años. Pero ahora sus habitantes están acusando a la Garda Síochána local de incompetencia.

—¿Pero qué coño? ¡Desgraciada! —Lottie se levantó de un salto mientras la rabia le subía por el pecho.

—El acontecimiento más trágico que sacudió a la ciudad de Ragmullin se refiere a la familia O'Donnell, que hace solo unas semanas enterraban a su esposa y madre. Maura O'Donnell luchó contra el cáncer, pero aquellos que la conocen saben que murió de pena. Se fue a la tumba sin saber qué había sido de su hija, Lynn O'Donnell, desaparecida hacía diez años. Los gardaí creían que Lynn estaba muerta, posiblemente enterrada en algún lugar sin identificar en las montañas de Dublín, información que recibí de una inspectora de la comisaría de Ragmullin.

—Mentirosa. Está sacando mis palabras de contexto.

—¿Tú dijiste eso? ¿En voz alta? —preguntó Boyd.

—Más o menos.

—Dios, Lottie, cuando McMahan se entere...

—Ya lo sé. —La voz de McMahan retumbó detrás de ella.

—Fantasma —murmuró Lottie. Tenía la molesta costumbre de aparecer de la nada, silenciosa y furtivamente. O tal vez era su mente recelosa.

—*Shhh*. —Boyd subió el volumen.

—Bájalo —chilló Lottie—. Podemos leer los subtítulos.

—Súbelo. Quiero oírlo para ver la magnitud de la tragedia. —McMahon acercó una silla y el plástico chirrió cuando se sentó.

Cynthia estaba frente a la casa de Donal O'Donnell.

—Ayer entrevisté a esta familia con el corazón destrozado. Me pidieron que destacara la ineptitud de los gardaí y que pidiera información sobre el paradero de Lynn. Lamentablemente, hoy hemos sabido que el cuerpo de la señorita O'Donnell ha sido encontrado. Y no en las montañas de Dublín, sino en el lago Ladystown, a pocos kilómetros de Ragmullin.

Una fotografía de Lynn apareció en el lado izquierdo de la pantalla, mientras



la mitad derecha mostraba la carretera que conducía a Barren Point.

—Y lo que es todavía más perturbador, mis fuentes me indican que Lynn O'Donnell no llevaba diez años muerta. Estuvo viva hasta hace una semana o dos. Esto genera la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que la policía local fallara en sus esfuerzos por encontrar a esta bella joven? ¿Y dónde estuvo durante la última década? ¿Estuvo en libertad todo este tiempo, o fue víctima de un secuestro, retenida contra su voluntad? Hace un rato he intentado hablar con la inspectora Parker de la comisaría de Ragmullin.

La pantalla pasó a los escalones de la comisaría, con la lluvia cayendo a chorros y Rhodes con el micrófono en la mano. Lottie apareció por la derecha corriendo escaleras arriba mientras se quitaba el abrigo.

—Apágalo —gritó—. Sé cómo acaba.

—¿Qué le has dicho? —susurró Boyd—. Oh, Dios, espero que no sea nada por lo que pueda crucificarte.

—No puedo ver esto. —Saltó de la silla, pero se detuvo junto a la puerta, esperando la humillación que estaba a punto de sufrir en la televisión nacional.

La voz de Cynthia resonó por la cafetería.

—Inspectora Parker, ¿le importa hacer algún comentario sobre el descubrimiento del cuerpo de Lynn O'Donnell hace dos días?

—Sí, me importa.

—¿Por qué han tardado tanto en decírselo a la familia?

—No es asunto suyo.

Lottie se encogió. Mierda, esto era peor de lo que temía. Vio a McMahon girar la cara para mirarla. ¿Era eso una sonrisita astuta serpenteando por su cara?

—Creo que es asunto de todo el país, inspectora. ¿Estaba muy descompuesta? ¿Es esa la razón del retraso?

—¿Por qué no se vuelve a Dublín de una puta vez?

La imagen mostró a Lottie pasando junto a Rhodes mientras le daba un empujón. Luego, la cámara regresó a una Cynthia perpleja y muy mojada.

—Y esa es la inspectora Parker, que dirige dos investigaciones de asesinato y el caso de Mollie Hunter, la joven desaparecida desde el miércoles.

Lottie gimió.

—Joder, si me vas a colgar, al menos infórmate bien de los hechos.

—¿Qué hechos? —McMahon se levantó de la silla mientras Boyd le quitaba el sonido a la televisión.

—Lynn no fue asesinada, murió por causas naturales.

—Eso, inspectora, es irrelevante. ¿Dónde estuvo estos diez años? Si estaba retenida en alguna parte, ¿no crees que eso fue un factor que contribuyó a su muerte?

—Sí, bueno, ¿y tú qué sabes? —Se apoyó contra el marco de la puerta con los ojos cerrados. El día ya no podía empeorar. ¿O sí?

—A mi despacho. —McMahon pasó junto a ella como una furia, dejando un rastro empalagoso de *aftershave*.

—¿Puedes venir conmigo, Boyd? —dijo Lottie.

—Creo que esta vez te has cavado la tumba tú solita, Lottie.

—Vale, pero te pido un favor, antes de que me lance bajo las ruedas de McMahon. Te necesito conmigo cuando interroge a Paddy McWard.

McWard dijo que no quería un abogado. Mientras Lottie se dejaba caer en una silla, Boyd preparó el equipo de grabación y leyó las formalidades.

—Vamos, empiecen —dijo McWard.

—Hábleme sobre su tatuaje del Claddagh —empezó Lottie.

—¿Qué?

—Enséñemelo.

El hombre se encogió de hombros y le mostró el brazo.

—¿Cuándo se lo hizo?

—Puede que hace unos diez años. No lo recuerdo.

—¿Por qué ese símbolo?

—Me gustaba. ¿Va a arrestarme por esto?

—¿No lleva anillos?

—No.

—¿Ni siquiera el de casado?

—No es un crimen. Si tanto le interesa, se me rompió.

—¿De verdad?

—Se me hinchó la mano después de una pelea. Me lo tuvieron que cortar.

¿Satisfecha?

—La verdad es que no. ¿Conocía a Lynn O'Donnell?

—Ya se lo he dicho. No la conocía.

—No le creo.

El hombre volvió a encogerse de hombros.

Era hora de jugar lo que Lottie consideraba que era su carta maestra. La foto

del anillo que Jane Dore había sacado del intestino de Lynn O'Donnell. Algo dentro de ella le decía que McWard estaba involucrado, pero de momento no tenía ninguna prueba concreta para relacionarlo con nada. Colocó la fotocopia boca abajo sobre la mesa y esperó. Entonces, lentamente, con los ojos fijos en el rostro del hombre, le dio la vuelta.

Su expresión no sufrió ningún cambio.

—¿Y bien? —dijo—. Es un anillo de Claddagh. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¿Quiere saber dónde lo encontramos?

—No especialmente, pero supongo que va a decírmelo. Perra.

—¿Acaba de llamarme perra?

—Guau.

—Por el amor de Dios, deje de ser tan infantil —dijo Lottie. Por debajo de la mesa, sintió que Boyd le daba una patada. Se volvió para mirarlo. Una ligera sacudida de cabeza la advirtió para que retrocediera. Jamás.

—Este anillo se recuperó hace dos días en el cuerpo de una mujer a la que encontraron muerta.

—Como he dicho, no tiene nada que ver conmigo.

—Mañana se cumplen diez años de su desaparición.

Lottie se preparó para recibir más insultos. Pero en vez de eso, sobrevino un asfixiante silencio mientras el color abandonaba el rostro de McWard y lo dejaba blanco como un fantasma.

El hombre se mordió el interior de la mejilla, se acercó la foto y la miró fijamente. Un sollozo se ahogó en su garganta.

—¿Lynn?

Lottie miró a Boyd. ¿Cómo? McWard la conocía.

La inspectora tosió ligeramente.

—Sí, encontramos el anillo dentro del cuerpo de Lynn O'Donnell.

Paddy empujó la foto y se cruzó de brazos.

—No sé nada sobre ninguna Lynn.

—No se le da muy bien mentir, Paddy. Acaba de decir su nombre. La conocía. Admítalo.

Su silencio colgó del aire como una delicada telaraña. Lottie se sentía como una mosca a punto de lanzarse sobre una araña.

—Paddy. Hable conmigo, por el amor de Dios.

Los ojos del hombre se velaron mientras bajaba la cabeza.

—Acabo de perder a mi mujer y a mi hijo. ¿Y creen que tuve algo que ver con esa chica? Son lo peor de la escoria humana.

—Pero usted conocía a Lynn O'Donnell. ¿La secuestró? ¿La mantuvo escondida durante diez años y luego la dejó morir?

—Está loca, ¿sabe?

—¿La dejó para que se pudriera junto al lago?

—No.

Lottie suspiró. No tenía nada contra Paddy McWard. Absolutamente nada, y aun así sus huesos le indicaban que estaba involucrado.

—Todos esos días y noches que pasa lejos de casa, ¿a dónde va?

—¿Otra vez lo mismo?

—Sí. Al final lo acabaré descubriendo, así que podría decírmelo.

El hombre cruzó los brazos, los puso sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre ellos.

—Debe de tocarme un descanso. —Su voz sonaba amortiguada.

Con sus propios hombros colgando en señal de derrota, Lottie le pidió a Boyd que finalizara el interrogatorio.

—Dado que en estos momentos no tiene casa, le proporcionaremos una bonita celda estéril para pasar la noche. Eso le dará tiempo para que decida contarnos la verdad.

—Peleas callejeras.

—¿Cómo? —Le hizo un gesto a Boyd con la cabeza para que siquiera grabando. Lo había visto en la base de datos de la policía. Había sido arrestado hacía ocho años, pero se habían retirado los cargos. ¿Era esto lo único de lo que era culpable? Tenía que descubrirlo.

McWard levantó la cabeza sin energía.

—Solía estar metido en peleas callejeras ilegales. Corrían montones de dinero. Casi pierdo la vida.

—Continúe.

—Tenía un hermano pequeño que... que murió de una patada en la cabeza en una de esas peleas hace siete años. Eso me cambió.

—¿Cómo?

—Ahora trato de detenerlas. Viajo por el país persiguiéndolas. Intento hacer que los chavales entren en razón. A cualquiera que me escuche, lo llevo a clubes

de boxeo legítimos. Incluso entreno a algunos yo mismo. Eso es lo que he estado haciendo. Nada sospechoso. Solo intento compensar la muerte de mi hermano.

¿Queenie se refería a esto con lo del corazón roto? Lottie lanzó una mirada de reojo a Boyd, y alzó la ceja interrogante antes de volver a fijar los ojos en McWard.

—¿Puede demostrarlo?

—Puedo llevarlos a algunos de los clubes. Tal vez los chavales hablen con usted. Pero la parte ilegal, no puedo dejar que se metan ahí. Por supuesto, ni sus maderos han podido descubrir nada sobre ellos.

Lottie respiró profundamente y soltó el aire poco a poco.

—Creo que me está diciendo la verdad, pero no toda la verdad.

—No tiene nada para retenerme. No voy a huir, tengo funerales que organizar. Volveré mañana.

—No iré a ninguna parte hasta que me diga la verdad. Sobre todo, Paddy.

Puede que fuera el hecho de usar su nombre, pero Lottie lo observó con asombro mientras los dedos del hombre aferraban la fotografía del anillo.

—La amaba tanto —susurró.

Lottie sintió que se le cortaba la respiración y su boca se abrió sin que ninguna palabra saliera.

—Mi Lynn. No puedo creer que esté muerta. Siempre pensé que la encontrarían. Busqué y busqué. Estábamos muy enamorados. Pero no podía ser. No con esa mierda de familia suya. Una vez lo descubrieron, estuvimos acabados.

—¿Descubrieron qué?

—Que nos estábamos viendo. Que éramos amantes. —El hombre llevó los ojos al techo y se aclaró la garganta—. Bridie solo tenía catorce años cuando nos prometieron. Yo no la quería, pero estas son las costumbres de mi gente. En aquel entonces, ya había conocido a Lynn, cuando fui a Dublín para arreglar unos temas de prestaciones sociales en la oficina central. Trabajaba allí. Tenía una sonrisa muy feliz. Me enamoré el primer día. Y lo raro fue que ella también lo sintió.

—¿Tuvo usted una relación con Lynn O'Donnell? —preguntó Lottie, incrédula.

—No se sorprenda tanto. El amor sucede. Yo le di ese anillo. Para demostrarle mi lealtad y mi amor.

—¿Está seguro de que es el mismo?

—Si me deja verlo, lo sabré.

Lottie no sabía si eso era buena idea. ¿Estaba mintiendo?

—Lo que no entiendo es que su nombre nunca apareciera en ninguna parte en la investigación original. ¿Por qué?

—Su familia no quería sufrir la humillación de que todo el país supiera que su querida hijita se estaba enrollando con un nómada. Qué vergüenza. —Curvó el labio con aprensión—. Los odio. A todos y cada uno de ellos. Es culpa suya que Lynn desapareciera.

—Yo creo que usted tiene la culpa.

—Puede que en eso tenga razón.

—¿Por qué la mantuvo secuestrada durante los últimos diez años, Paddy?

Los ojos el hombre, más negros que antes, la apuñalaron con una mirada de odio.

—Yo no la secuestré ni la retuve en ninguna parte. Quiero a mi abogado. No voy a decir ni una palabra más.

Lottie dio por terminado el interrogatorio; sentía que el agotamiento la devoraba por dentro. Luego dispuso todo el papeleo para que la detención de Paddy se prolongara hasta el día siguiente. Tenían que hacer más pruebas de ADN. Esperaba que tal vez mañana pudiera sacarle toda la verdad y, al hacerlo, encontrar a Mollie Hunter.

\* \* \*

El humor de McMahon se había agriado considerablemente en la media hora que lo había dejado asentarse.

—Creía que te había dicho que quería verte de inmediato. ¿Dónde diablos estabas?

—Tenía que llevar a cabo un interrogatorio. En unas horas habrá que soltar a McWard.

—Soy tu superior. Yo voy primero.

—Sí, señor. —«Demasiado tarde», pensó. Ya lo había relegado por detrás de Paddy McWard. Y ni de broma iba a contarle el posible descubrimiento en el caso de Lynn O'Donnell. Lo averiguaría cuando presentaran una petición para extender el arresto.

—Siéntate. Ese desastre de entrevista televisiva. ¿En qué estabas pensando?

—No estaba pensando, evidentemente.

—No te hagas la listilla conmigo. —Dejó caer el puño sobre el escritorio vacío.

Lottie se deslizó por la silla, deseando que la hiciera desaparecer. Estaba agotada; no recordaba la última vez que había dormido. Necesitaba irse a casa.

—Estoy exhausta, señor. ¿Podemos hablar de esto mañana?

—Para ti no hay mañana. Estás suspendida, a la espera de una investigación sobre tu actitud y tu comportamiento.

¡Mierda!

—¿No hay un aviso primero? No puede suspenderme así como así. Hay que seguir el procedimiento. —Se echó hacia delante en la silla y alargó una mano. Ella no rogaba, pero ahora lo estaba haciendo.

—¿Y tú lo has hecho?

—¿El qué?

—Seguir el procedimiento.

—Eso ha sido diferente. Rhodes me interceptó. No estaba preparada para...

—Tienes que estar preparada en todo momento. Alguien en tu posición lo sabe.

—Lo olvidé. Estaba...

—¿Exhausta? No es excusa.

Lottie levantó las manos.

—No tengo nada más que decir.

—Sal de aquí, Parker. Eres una vergüenza para el cuerpo.

Lottie no pudo evitar poner los ojos en blanco, enfureciéndolo aún más. «Error, Lottie».

McMahon se levantó de la silla, lentamente, como una pantera. Lottie no parpadeó. No le iba a dar esa satisfacción. Se quedó sentada y se cruzó de brazos.

—¿Sabes? Pese a lo mala que ha sido esa imagen en la televisión nacional, lo cierto es que me dio un momento de satisfacción. Porque, Parker, no eres más que un grano en el culo, y lograr que te echen del cuerpo se va a convertir en mi única meta.

—Muy bien, pues ya lo veremos. —Se levantó lánguidamente y salió a paso tranquilo del despacho.



Al oír el portazo detrás de ella, se detuvo y suspiró, alzando los ojos hacia el techo, y luego miró a su alrededor en busca de Boyd. No estaba por ninguna parte.

Cogió su abrigo y sus llaves y salió sin mirar atrás.

Chloe hizo la cena. Patatas al horno y hamburguesas. Lottie engulló la comida y la ayudó a llenar el lavavajillas.

—La abuela ha venido antes —dijo Chloe.

—La recuperación milagrosa.

—Dijo que estaba harta de tu comida. Creo que ya no está enferma. Hemos limpiado un poco por aquí, incluso la he ayudado. Y hasta ha sacado la aspiradora. Y nos ha insultado a Sean y a mí en el proceso.

—Definitivamente, está mejor —se rio Lottie.

Chloe sonrió, y Lottie sintió aliviarse un poco el cansancio en sus huesos. Atrapó a su hija en un abrazo. Sean entró en la cocina, pero dio media vuelta rápidamente mientras exclamaba «¡puaj!».

—¿Te importaría si viniera un rato Boyd?

—¿Cosas del trabajo? —preguntó Chloe.

—La verdad es que no. —Lottie la soltó, luego cerró la puerta del lavavajillas y pulsó el botón.

—Me da igual.

Y antes de que pudiera responder, la chica había salido de la cocina, dando un portazo al pasar.

Llamó a Boyd. Tenían cosas de que hablar, y no tenían que ver con el trabajo.

\* \* \*

—¿Para qué te estás vistiendo tan elegante? —Chloe se dejó caer de golpe sobre

la cama de Lottie—. Solo es Boyd.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Lottie, sosteniendo una blusa color crema.

—Pruébate el vestido azul. —Chloe se cruzó de brazos.

Lottie lo sostuvo contra el pecho.

—Creo que ya no me va bien.

—Eso es porque te has quedado en los huesos. Tienes que comer.

—Ya como.

—Comida basura. Te estás quedando esquelética otra vez.

—¿Otra vez? —Lottie se puso el vestido azul sobre su camiseta gris larga.

—Cada vez que te encargas de un asesinato, te olvidas de ti misma. Te va demasiado grande.

—¿Alguna otra sugerencia?

—Tus vaqueros y una camisa limpia, si es que encuentras una.

—Chloe, no seas tan mala.

—Solo es Boyd, por el amor de Dios. No es Johnny Depp.

—Quiero estar... diferente que de costumbre.

—Parece serio.

—Tienes razón, solo es Boyd. —Lottie sacó dos camisas de sus perchas—.

¿Cuál?

—La verde.

—No me va con los ojos.

—Entonces la blanca.

—¿Qué pasa, Chloe? —Lottie tiró la ropa al suelo y se sentó junto a su hija. Le cogió la mano—. ¿Problemas con los chicos?

—No son mis problemas con los chicos. Son tus problemas con los hombres.

—Yo no tengo problemas con los hombres.

—Ese es el problema. Boyd, bueno, él es tu amigo. No puedes tener una cita con él.

—Por última vez, no es una cita.

—¿Entonces por qué está en el salón con otro ramo de flores?

—Solo está siendo Boyd. —Lottie se mordió el labio. No tenía ni idea de cómo manejar esta situación incómoda con su hija.

—Sé que te acostaste con él anoche. Esto va a acabar en lágrimas.

—Eh. —Cogió la mano de Chloe con fuerza—. Solo tengo que hablar con él de algunas cosas. No es nada serio.

—Sí, pero es tu amigo. Y vas a arruinar esa amistad, como siempre haces con todo. ¡Echo de menos a papá!

—Espera un momento...

Pero Chloe había huido.

Lottie se dejó caer sobre la cama y miró la mancha de humedad en el techo mientras se preguntaba en qué se estaba equivocando.

Al final, Lottie hizo salir a Boyd y lo siguió en coche hasta su apartamento.

Como de costumbre, el lugar estaba limpio y tranquilo. Se sentó junto a él en el sofá y bebió lentamente una copa de vino blanco. Habían acordado no hablar de trabajo.

—¿No echas de menos que Grace no esté durante el fin de semana?

—No. He vivido solo durante tanto tiempo que se me hace difícil compartir mi espacio. De todos modos, mañana volverá.

—Entonces no hay esperanza para mí —se rio. El vino ilícito la estaba relajando. Un poco.

—Para ti siempre hay esperanza, Lottie Parker. —Le chocó la copa y las manchitas color avellana en sus ojos brillaron bajo la luz—. Me gustó mucho tenerte aquí anoche. En mi cama. Haciendo el amor.

—Solo estuve aquí un par de horas. —Volvió la cabeza hacia él. ¿Cómo iba a llevar esto sin arruinar su amistad?

—Eres hermosa, pero no te das cuenta.

—¿Quieres parar?

—Creía que me iba a volver loco todo el día, conteniéndome.

—¿Qué quieres decir?

—Tratando de no tocarte y manteniendo una expresión neutral.

Lottie sonrió con incomodidad.

—McMahon no se ha mantenido neutral. Está preparando mi despido. No sé qué voy a hacer.

—No puede suspenderte sin consultar primero con el comisario jefe, así que no te preocupes.

—Tengo que preocuparme. Necesito el trabajo. Es lo único que me mantiene medio cuerda.

—Tienes a tus hijos. Son brillantes. Adoro a Sean.

—Pero Chloe es una enigma. Si pudiera comprender cómo funciona su cerebro...

—¿Hay problemas?

—Cree que voy a arruinar una buena amistad.

—¿Y vas a hacerlo?

—Según ella, lo arruino todo.

—No, no es verdad. Solo es una adolescente que tiene miedo de perder a su madre.

—Es más que eso, Boyd. Temo por ella. Dice que echa de menos a su padre.

—Por supuesto que sí. Sean también. —Se inclinó para coger la botella y rellenó su copa—. ¿Otra?

—En realidad, no debería beber. Tengo que conducir para volver a casa. —Cuando Boyd se retiró, dijo—: Bueno, puede que media copa.

Se inclinaron en silencio, con las piernas tocándose, la cabeza de ella recostada sobre el hombro de él. Lottie sentía que si se quedaba sentada allí el tiempo suficiente, tal vez los problemas de su vida simplemente desaparecerían, aunque fuera durante media hora.

—¿Alguna vez tienes ganas de follar? —preguntó él.

—Joder, Boyd. ¿De dónde ha venido eso?

El sargento señaló el hoyo de sus abdominales.

—De aquí. Algún lugar ahí abajo.

Lottie se levantó y caminó hasta la ventana.

—Es una pregunta extraña.

Él no dijo nada.

Lottie dio un capirotazo a uno de los listones de madera de la persiana, cortando por la mitad la imagen de fuera. No quería darse la vuelta. Verlo allí sentado, con las manos descansando justo por encima de la hebilla del cinturón. Sus dedos largos y solitarios. Su pelo corto y húmedo. Y sus ojos. Interrogantes.

—No pienso en ello —dijo finalmente.

—Seguro que sí.

—¿Y tú?

—No tan a menudo como podrías pensar —dijo Boyd.

Lottie lo oyó levantarse, el vaso tintineando contra la mesa, el susurro de sus pantalones, el suave golpe de sus pies sobre la alfombra. Sintió su cercanía cuando se quedó detrás de ella.

—¿Tú me quieres, Lottie?

Esto la hizo dar un paso para alejarse de él. Se volvió para mirarlo. De perfil, era aún más atractivo, porque no veía sus orejas de soplillo.

¿Cómo contestarle sin hacerle daño? Sin hacerse daño a sí misma. ¿Quería a Boyd? Adam había sido el único hombre de su vida, en toda su vida, hasta que cogió ese maldito cáncer y murió. Boyd siempre había estado a su lado cuando sentía que alguien tiraba de la alfombra de la vida bajo sus pies. Sí, había dormido en su cama después de emborracharse, pero anoche había sido diferente. Y eso era lo que más la asustaba.

Mientras Boyd se giraba despacio para mirarla de frente, el aliento de Lottie se quedó trabado en su garganta al ver la tristeza acechando en las esquinas de sus ojos. Quería alargar la mano y acariciarle la mejilla, cogerle la mano, decirle lo que sabía que había en el fondo de su corazón. Pero, entonces, tal vez también lo perdería a él. ¿No era más seguro seguir moviéndose lentamente, jugando al juego? Pero ¿cuánto tiempo podría hacerlo sin sucumbir a sus verdaderos sentimientos? ¿Y acaso seguiría Boyd allí cuando se enfrentara a lo que Lottie sabía que era la verdad?

—Esto no va a funcionar —dijo—. Tengo que irme a casa.

Boyd se separó de ella.

Lo dejó allí de pie, junto a la ventana, cogió su abrigo y su bolso y salió del apartamento para adentrarse en la soledad de la noche.

Era casi medianoche y la casa crujía en el silencio cuando Lottie regresó. Automáticamente, ordenó la colada, luego puso una lavadora y colocó la ropa húmeda en la secadora. En el piso de arriba hacía frío. Sacó el viejo jersey de pesca de Adam de un cajón y se lo puso sobre el pijama.

Antes de meterse en la cama, fue a ver a Chloe, que estaba profundamente dormida. Sean estaba en la cama, con los cascos puestos, viendo una película en su portátil. Le guiñó un ojo cuando ella le lanzó un beso y, a Lottie, el corazón le dio un salto de amor mientras cerraba la puerta.

Cayó en la cama. Necesitaba dormir para extinguir todos los pensamientos de los problemas a los que se enfrentaba ahora con Boyd y el trabajo. Mañana se preocuparía por los asesinatos, las chicas desaparecidas y McMahan.

\* \* \*

Boyd ya se había terminado la botella de vino para cuando su madre lo llamó preguntándose si Grace necesitaba una nueva receta para pastillas para la ansiedad para la semana que viene.

¿Grace? El estómago le dio una sacudida.

Su madre creía que Grace estaba con él. Él creía que Grace estaba con su madre. Pero resultaba que no estaba en ninguno de los dos sitios. Y no contestaba al teléfono. ¿Dónde diablos estaba?

La había visto por última vez ayer por la mañana cuando la había dejado en la estación de tren. En su mente aparecieron imágenes del cuerpo desnudo de Elizabeth Byrne en el agujero de una tumba, y el corazón se le aceleró en el



pecho.

Mientras iba hacia la habitación, su respiración se embolsó y se llevó una mano al pecho. Volvió a caer en la cama con el brazo colgando. Sus dedos tocaron algo. El móvil de Grace, en el suelo, junto a su frasco de pastillas para la ansiedad.

Lottie. Tenía que llamar a Lottie.

El dolor le subió por el brazo hasta el pecho, y el aire murió en sus pulmones mientras la oscuridad caía sobre sus ojos.

\* \* \*

Humo. Olía humo. ¡Mierda!

Lottie apartó el edredón y se sentó como impulsada por un resorte. Encendió la luz, saltó de la cama y abrió la puerta. El descansillo estaba lleno de un espeso humo negro. Más allá, al pie de las escaleras, las llamas subían lamiendo la madera. Cogió su teléfono y corrió a la habitación de Chloe. Sacó a la chica de la cama y luego hizo lo mismo con Sean.

—¿Qué pasa, mamá? —Sean estaba adormilado, con los auriculares alrededor del cuello.

—Oh, Dios. ¡No! La casa está ardiendo —gritó Chloe desde el final de las escaleras.

Lottie empujó a sus hijos detrás suyo. Su cuerpo se agitaba violentamente y, cubriéndose la nariz y la boca con el brazo, colocó un pie en el último escalón.

—¡No, mamá! —gritó Chloe—. El humo. Te matará.

—¿Qué vamos a hacer? —chilló Sean.

Lottie bajó dos escalones antes de que el humo amenazara con arrollarla. Volvió a subir corriendo.

—Tenemos que salir por una ventana.

—Mi habitación. —Chloe se dio la vuelta y corrió, con Sean detrás—. He salido así otras veces.

—¡Espera! —gritó Lottie—. Toallas mojadas. Necesitamos toallas mojadas. —Toda su compostura y su entrenamiento se evaporaron mientras el humo le obstruía los pulmones. ¿Es así como se había sentido Bridie McWard en sus últimos momentos? No, Lottie no iba a dejar que eso le pasara a su familia. Rápidamente, siguió a Chloe hasta su habitación y cerró la puerta tras ella.

Chloe había abierto la ventana y estaba sentada fuera en la cornisa.

—Tienes que saltar sobre el tejado del cobertizo. No está lejos.

Lottie miró fuera y vio el jardín iluminado por las llamas color naranja intenso y el humo hinchándose desde la cocina. ¿Algún cabrón le había prendido fuego a la casa? No tenía tiempo de preocuparse por sus posesiones, que ardían ante sus ojos. Tenía que poner a salvo a su familia.

Sean tenía el teléfono pegado a la oreja y gritaba la dirección. Lottie ni siquiera había pensado en llamar a los servicios de emergencia. «Concéntrate, Lottie, concéntrate».

—¡Vamos! —gritó Chloe, tendiéndole la mano.

El larguirucho de Sean no necesitaba ayuda para salir a la cornisa, pero Lottie lo ayudó de todos modos. Luego miró cómo Chloe saltaba sobre el tejado del cobertizo, seguida rápidamente de su hermano.

La pintura blanca en la pared del dormitorio se estaba pelando por el calor. Unos bucles de humo negro se colaban por las rendijas de la jamba y de la parte de abajo de la puerta. Para cuando escapó por la ventana, casi se había quedado sin aliento. Sin siquiera preocuparse por caerse y romperse el cuello, saltó sobre el tejado del cobertizo. Sus hijos ya habían bajado hasta la ladera que había detrás y estaban apiñados cuando se reunió con ellos.

Se quedaron mirando fijamente cómo su casa ardía, abrazándose los unos a los otros. El aullido de las sirenas atravesó el cielo nocturno, compitiendo con los crujidos y silbidos de las llamas.

Desaparecido. Perdido.

Lo había perdido todo.

Y entonces oyó los suaves sollozos de sus hijos.

\* \* \*

El frío y la humedad le habían calado en los huesos. No podía abrir los ojos, no importaba cuánto lo intentara. Las voces en su cabeza iban y venían, fluyendo como la espuma en una ola.

Su cuerpo se agitaba sin parar, sus labios temblaban y sus dientes rechinaban los unos contra los otros. ¿Quién era?

Grace. Ese era su nombre. ¿Qué había pasado? El hombre del tren. ¿Él la había traído aquí? ¿Dónde?

Y un nombre entró revoloteando en su consciencia. Mollie. No había encontrado a Mollie. ¿La encontraría alguien a ella?

\* \* \*

Mollie se arropó los hombros con la fina manta y se tumbó en la cama, deseando poder apagar la luz. La estaba cegando. La mantenía despierta. En este lugar no había día ni noche. Solo largas horas sin fin.

No sabría decir cuándo había ido a verla por última vez. Parecía que había pasado una eternidad. ¿Se habría olvidado de ella? ¿La había dejado allí para que muriera? ¿Acabaría como los huesos sobre la mesa? Desnudos, con toda la carne podrida. Sin enterrar ni bendecir.

Seguro que alguien ya tenía que haberla echado en falta.

Tenía la garganta en carne viva de tanto gritar y los ojos tan secos como si tras ellos se hubiera arraigado la gravilla. Y tenía hambre y sed. No le quedaba nada.

Se apoyó sobre el costado.

No vendría nadie.

Estaba sola.

Nunca la encontrarían.

No había nada que pudiera hacer.

Iba a morir.

Sola.

**Día cinco**

**Domingo 14 de febrero de 2016**

Lottie se despertó con la suave luz que se filtraba a través de las delgadas cortinas de algodón. Se sentó de golpe en la cama. ¿Dónde diablos estaba?

Miró la habitación a su alrededor y los recuerdos regresaron de golpe. Tenía la garganta congestionada, con un regusto a como si hubiera fumado demasiado, y olía a humo.

No había dormido en esa habitación desde que se había casado con Adam, pero ahora los recuerdos de su infancia fluyeron hacia ella como una cascada. De niña, allí se había sentido segura, pero ahora era como una intrusa. Una gigante en un mundo de miniatura. No sentía nostalgia, solo tristeza. No encajaba allí. El único lugar al que realmente podía llamar hogar ahora no era más que un montón de cenizas humeantes.

Todos los recuerdos de su marido y de su vida juntos habían desaparecido con la casa. Convertidos en cenizas. Apretó el jersey de Adam sobre su cuerpo, y cayó en la cuenta de que era lo único que le quedaba de él.

La puerta se abrió. Lottie se secó rápidamente las lágrimas del rostro y vio cómo su madre colocaba una taza de café en la mesita de noche.

Rose Fitzpatrick se veía más sana de lo que había estado en meses. El pelo lavado y vistoso, la ropa perfectamente planchada. Sobre su piel aún resistía una máscara amarillenta y sus ojos tenían esa mirada triste y seca de la gente que ha sufrido durante tanto tiempo y que ya no tiene lágrimas que derramar. Aun así, era como si el fuego de la noche anterior hubiera actuado como un catalizador para Rose, haciendo que tomara el papel de Lázaro y se alzara de entre los muertos.

En ese instante, Lottie comprendió cuánto quería que su madre tomara el control de las cosas. No es que ella fuera a dejar que se desmadrara, pero por

ahora se alegraba de que fuera así. Quizá algún día no muy lejano fueran capaces de lidiar con las complejidades de su pasado.

—¿Y Chloe y Sean? ¿Están bien? —preguntó.

—Siguen dormidos, pobrecitos. Es una cosa terrible para cualquiera.

—Gracias —dijo Lottie.

—¿Por qué?

—Por acogernos.

—No te hagas la señorona ahora, Lottie Parker. ¿Acogeros? ¿No es eso para lo que está una madre? ¿Para cuidar de su familia?

En alguna parte de esa afirmación había un desprecio hacia la habilidad de Lottie de cuidar de su propia familia, pero lo dejó pasar. Bebió un poco de café, tratando de reactivar su cerebro.

—Necesito ir a la casa, a buscar algo de ropa. —Sintió la mirada de su madre—. ¿Qué?

—No queda nada. Lo sabes.

—Yo no... —Se bebió rápidamente un enorme trago de café para enmascarar el sollozo que ganaba terreno en su garganta.

—Tienes que pensar, Lottie, largo y tendido. Tú y mis nietos sois bienvenidos a quedaros aquí. Sé que no querrás que dure demasiado, pero mientras tanto, ¿podemos al menos ser civilizadas la una con la otra? ¿Crees que podrás?

Lottie se mordió la lengua. No era ella la que siempre lanzaba comentarios sarcásticos. ¿O sí?

—Vale. Gracias.

Rose asintió y salió del dormitorio. Cerró la puerta con un suave golpe.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Lottie llorando a las cuatro paredes.

Necesitaba aire. Mierda, necesitaba ropa.

Y, entonces, su teléfono sonó tras la llegada de un mensaje.

La noche anterior, cuando hubo superado el ataque de pánico, Boyd había rastreado la ciudad. Grace no estaba por ninguna parte. Había reunido a Kirby, Lynch y a Gilly para que comenzaran a hacer llamadas. La comisaría de la calle Store, la oficina central de la policía. La compañía ferroviaria. A todos y a cualquiera. Alguien tenía que saber dónde estaba.

No serviría de nada. Boyd lo sabía. Mira a Mollie Hunter. Nadie la había visto desde el miércoles. Y Grace había estado en aquel tren con ella. Así que ¿dónde estaba?

Cuando oyó lo del incendio en casa de Lottie, corrió hacia allí para ver cómo podía ayudar, y se había asegurado de que ella y sus hijos estaban a salvo, instalados en casa de Rose. Ahora los forenses removían las brasas en busca de pistas para descubrir qué había pasado. ¿Se habían convertido Lottie y su familia en el objetivo de quien fuera que había asesinado a Bridie McWard y su hijo? La única variable en esa teoría era que Paddy McWard había estado detenido en una celda toda la noche.

Boyd se paseó por la sala del caso. Necesitaba meterse en el coche y hacer algo. Ir a alguna parte. Pero ¿a dónde?

Ahora mismo, le iría muy bien el instinto de Lottie.

Ahora mismo, le iría muy bien tener a Lottie a su lado, punto.

De pie, en la esquina junto al despacho del encargado, Lottie observó la pequeña multitud al pie de la colina. El padre Joe echaba agua bendita desde un pequeño y estrecho cubo de latón. Quería alejarse de esa actividad íntima, de la tranquilidad de la mañana después del caos de las últimas doce horas, pero se había sentido atraída hasta allí y ahora no podía mover los pies.

Subió las manos por las mangas del abrigo de su madre buscando calor y se mordió el labio mientras los dolientes pasaban, cogidos de los brazos y con las cabezas gachas. Se sentía incómoda con las botas, los pantalones y la camisa de Rose. Todo era demasiado grande y le colgaba del cuerpo, pero a buen hambre no hay pan duro, había dicho Rose. Gilly los había ido a ver con cosas que pensaba que le podían servir a Chloe y había dicho que más tarde la llevaría a la ciudad a comprar ropa para Sean. Un coche patrulla con dos agentes estaba aparcado frente a la casa de Rose vigilando.

El padre Joe se detuvo al verla. Su rostro mostraba una expresión atormentada, como la que llevan grabada las personas que han sufrido tragedias en su vida. Esa mirada. Lottie sabía exactamente qué había sufrido el padre Joe. La pérdida de una madre a la que nunca había conocido. Una madre a quien se lo habían arrebatado contra su voluntad. Y luego su asesinato. Demasiado sufrimiento para un solo hombre.

—Hola otra vez —dijo la inspectora.

El sacerdote sonrió, y Lottie se fijó en que ese único gesto todavía podía iluminar su cara, pese a que ahora estaba llena de tristeza. El pelo rubio que le solía caer sobre los ojos azules, antes de mirada traviesa, había desaparecido y lo había reemplazado una cabeza estrictamente afeitada. ¿Era una forma de autoflagelación? ¿Se estaba despojando de quien había creído ser? Lottie



conocía bien aquel sentimiento.

El hombre se acercó a ella, le colocó suavemente una mano sobre el codo y ella se mordió el labio con más fuerza.

—Has recibido mi mensaje —afirmó él—. ¿Estás bien? ¿Y los niños?

Lottie se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Necesitas hablar con alguien, Lottie. ¿Vendrás a la casa para que charlemos?

—Tengo cosas que solucionar —dijo ella, que se sentía ridícula por haber ido.

—Entonces caminemos.

Lottie sintió que la cogía del brazo y se dejó llevar.

A medio camino colina abajo, se sintió mareada y se sentaron en un banco de acero.

—Todo es un poco absurdo —dijo, mientras miraba a Bernard Fahy llenar la tumba de la señora Green.

—¿No es así siempre?

Lottie rio con tristeza.

—Tendrás unos cuantos funerales más en los próximos días. Estuve con Queenie McWard justo antes de que muriera.

—Es muy triste.

El sol destelló sobre el tejado de cobre de la vieja residencia de ancianos, detrás del edificio nuevo.

—¿Visitas alguna vez a la gente de la residencia?

—A veces. Pero volví justo antes de Navidad.

—Pensé que te habías ido para siempre.

—Cambié de idea. Este es mi lugar.

—Yo pensaba lo mismo. Que este era mi lugar. Ahora ya no estoy tan segura.

—Estás en *shock*, Lottie. Lo que ha sucedido es horrible.

—¿El incendio?

—Sí. ¿Hay más cosas?

—Un montón. Creo que me suspenderán en el trabajo. Una de mis hijas me odia; la otra se ha ido a Nueva York a quedarse un tiempo con el abuelo de su hijo. Sean es Sean, y mi madre... Esa historia mejor te la cuento otro día.

—¿Qué hay de Boyd?

—¿Qué pasa con él? —Y mientras decía las palabras, Lottie sintió un anhelo en su corazón. Quería hablar con él. Conociendo a Boyd, le estaba dando espacio—. Me gusta Boyd.

—Creo que necesitas un brazo consolador que te rodee. Y no solo uno clerical.

—Eres muy bueno, Joe. Siento mucho todo lo que te pasó.

—No es culpa tuya. Estoy aprendiendo a sobrellevar el dolor.

—Yo también. Pero ahora puede que no tenga trabajo. —Se encontró explicándole cómo su investigación la había llevado a estar en riesgo de que la suspendieran.

—He seguido las noticias. ¿Crees que los casos actuales están relacionados con Lynn O'Donnell?

—Comienzo a pensarlo.

—He estado pensando y tal vez Mollie Hunter está retenida donde lo estuvo Lynn durante diez años —dijo Joe.

—Es posible. Pero no tengo ni idea de dónde puede ser eso.

—Regresa a cuando empezó todo. Hoy, diez años atrás.

Lottie se estremeció cuando un pájaro aleteó por encima de su cabeza al oír el tren frenando en las vías camino a la estación.

—Siempre se te dio bien el trabajo de detective.

El padre Joe sonrió.

El tren hizo sonar su silbato y desapareció de la vista.

Después de dejar al padre Joe en el cementerio, Lottie fue a la ciudad y compró un café, luego caminó lentamente por la calle principal, ignorando los escaparates llenos de corazones rojos. Se encontró en la estación de trenes sin saber realmente qué la había llevado a dirigirse hasta allí.

Dudaba que Jimmy Maguire estuviera por allí un domingo por la mañana, y había pasado media hora desde que había oído el tren de Sligo. Pero mientras estaba en el atrio, justo al lado de la taquilla, vio acercarse su cabeza cubierta por la gorra.

—La encantadora inspectora Lottie Parker.

—Quería charlar un momento con usted.

El hombre la condujo hacia las taquillas.

—Hay una máquina expendedora dentro, si quiere una bebida caliente.

—No, gracias. Acabo de tomarme un café.

Se sentó en el banco de madera junto a la puerta y sintió el viento frío silbarle alrededor de las orejas. Acurrucó la barbilla en la lana del abrigo de su madre mientras Maguire se sentaba junto a ella.

—¿Qué quería preguntarme? No recuerdo nada sobre esas dos mozas. Terrible. Una asesinada y la otra desaparecida. Un asunto espeluznante.

—Es sobre Lynn O'Donnell.

El rostro del hombre palideció y se mordió el interior de la mejilla.

—¿Qué pasa con ella?

—¿La conocía?

—No.

—¿La vio el día en que desapareció?

—Supongo que ha leído el caso, así que sabe que la vi cuando bajó del tren esa tarde.

—Se le cayó el bolso en el andén.

—La ayudé a recoger sus cosas. Esa fue la última vez que la vi.

—¿La conocía antes de ese momento?

El hombre pareció digerir la pregunta, tal vez planteándose si era una pregunta trampa. Pero Lottie estaba lanzando el anzuelo, esperando que algo picara.

—La conocía un poco. Conocía a sus hermanos. Les encantaba mirar los trenes, estaban obsesionados, esos chicos. Aún lo están. Ambos forman parte del comité de preservación del ferrocarril.

Lottie tomó nota de aquello.

—¿Cómo estaba Lynn ese día?

—Ah, fue hace mucho tiempo.

—Intente recordar.

El hombre cerró los ojos.

—Nerviosa. Se le cayó el bolso, ¿no? —Abrió un ojo y miró a Lottie, entornándolo.

—¿Había alguna razón para que estuviera nerviosa? ¿Vio a alguien o algo que lo motivara?

Maguire volvió a cerrar los ojos, tal vez recordando aquel día de hacía diez años.

—El andén estaba a rebosar —dijo—. Lleno. En aquel entonces, no había tantos trenes. Se amontonaba más gente en los pocos que funcionaban. Todos los hombres andaban revoloteando por ahí con ramos de rosas. Probablemente, las habían conseguido baratas en la calle Moore.

—Después de que la ayudara a recoger sus cosas —indagó Lottie—, ¿vio a dónde iba?

—¿Qué dije en el informe?

—Quiero saber qué recuerda.

El hombre suspiró y miró las palomas que anidaban en una viga.

—Mi memoria ya no es tan buena como antes.

—Estoy segura de que funciona bien.

Maguire sonrió ante el halago.

—Tenía la cara roja. Tal vez estaba avergonzada. No lo sé. Se marchó del

andén a toda prisa y salió de la estación. Para entonces, la multitud ya se había dispersado. Hice las señas al tren que se alejaba y cerré la verja. Recuerdo estar de pie en aquellos escalones de ahí, pensando que casi había terminado por ese día. Ese era el último tren. Y...

—¿Y qué?

—Nunca lo he dicho. —Se agarró las manos con fuerza, como si ese gesto fuera a mantener su lengua en silencio.

Lottie le colocó la mano sobre el brazo.

—Puede contármelo.

—Yo... no podía decírselo a nadie. Verá, se desató un pequeño incendio. Creo que me nubló la memoria. Las viejas salas de espera en la parte de atrás comenzaron a arder. Nunca se lo he contado a nadie. Era mi responsabilidad. Estaba aterrorizado, podía perder mi trabajo.

—¿Qué era su responsabilidad?

—Mantener el sitio limpio y sin basura.

Lottie suspiró. Se estaba yendo por las ramas.

—Jimmy, me está hablando sobre Lynn O'Donnell.

—No hay nada que decir.

—¿Era un fuego grande?

—Eso pensé al principio. Pero lo apagué bastante rápido.

—¿Cómo empezó?

—Un montón de basura se incendió al lado del edificio. —Se retorció las manos; sus labios temblaban—. No lo dije porque mi trabajo estaba en riesgo. ¿Lo entiende?

Lottie podía entenderlo, pero dijo:

—¿Qué es lo que no me está contando?

—No pude decir nada en aquel momento. Y ahora tampoco.

—Encontramos su cuerpo. El de Lynn. ¿Lo sabía? Creemos que alguien la secuestró ese día y la mantuvo escondida durante diez años hasta que murió. ¿Se imagina algo peor? ¿Valía su trabajo el dolor por el que esa familia tuvo que pasar?

—Él tampoco dijo nada. Así que no todo fue culpa mía.

—¿De quién habla? —Lottie se irguió. Esto era nuevo, sin duda.

—Él me ayudó. A apagar el fuego. No podía decir nada, o me habría arrojado a la mierda, ya sabe.

—Jimmy, tiene que decirme de qué habla.

El hombre se levantó, se echó la gorra hacia atrás y se rascó la frente. Le estaba dando la espalda, y su voz era tan débil que Lottie tuvo que levantarse para oírlo.

—Verá, él estaba con ella, recogéndola o algo. Estaban en el coche. Creo que vio las llamas a la vez que yo, porque vino a ayudarme. Cuando apagamos el fuego con los extintores, le di la mano para darle las gracias y le pedí que no le dijera nada a nadie, y él dijo...

—Siga, Jimmy.

—Él dijo: «Espero lo mismo de ti». Luego se metió con ella en el coche.

—¡Dios! —Lottie sintió el cosquilleo de la expectación encenderse en su barriga. Esto no aparecía en ninguna parte en el expediente de Lynn O'Donnell —. ¿Quién? ¿Quién era?

Maguire la miró con los ojos casi cerrados por la pena.

—Su hermano.

Lottie se tragó la sorpresa.

—¿Cuál de los dos, Jimmy? ¡Dígamelo! ¿Qué hermano?

—¿Carol? —La voz de Terry subió resonando por las escaleras.

«Si despierta a mamá y papá, lo mato», pensó la chica mientras salía de la cama de un salto. El contenido de su estómago le subió a la boca. Cogió un pañuelo de papel y vomitó en la palangana que tenía junto a la cama. ¿Es que no iba a parar nunca?

—Carol, baja.

—Ya vengo, capullo. —Puede que fuera un envío de flores por San Valentín. Eso sería genial. Tal vez iba a dejar a su mujer.

—¿Qué es todo este jaleo?

Ahora su padre estaba despierto.

—Es para mí. Vuélvete a dormir, papá. Es domingo —dijo.

Al pie de las escaleras, Terry estaba junto a la puerta, abierta.

—Hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿¡Tú!?! —dijo Carol, con la boca muy abierta—. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar —dijo el hombre y se dio la vuelta—. He aparcado en la esquina.

—Dame cinco minutos. Tengo que vestirme.

\* \* \*

La comisaría era un hervidero cuando Lottie entró. Los escritorios estaban llenos de migas y cubiertos de tazas de café y *croissants* mordisqueados, y la gente comía sin dejar de moverse.

—¿Qué pasa? —preguntó estirando los brazos, implorando una respuesta de

su animado equipo.

—¿Qué haces aquí? —Boyd saltó de detrás de su escritorio y la arrastró hasta el despacho—. Dios, Lottie, qué pinta tienes. Deberías estar en casa, en la cama.

—No tengo casa, menos aún una cama.

—¿Y McMahan no te había suspendido?

—Solo cree que lo ha hecho. Paso de él. Sea como sea, el comisario jefe no querrá deshacerse de mí. Alguien trató de asesinar a mi familia anoche. Eso es lo único que me importa. En cuanto McGlynn tenga las pruebas, voy a matar al cabrón que lo hizo. Así que dime, ¿de qué va todo esto? —Golpeó la mesa e inmediatamente se encogió de dolor. Sus novedades tendrían que esperar hasta que averiguara qué sucedía.

—Tu mano, estás herida.

Lottie levantó la mano izquierda, que estaba vendada.

—Así es, Sherlock. No era consciente de lo rápido que las llamas suben las escaleras.

—Al menos tienes algo de ropa, aunque es un poco *vintage*.

Lottie estudió el rostro demacrado de Boyd.

—Tienes un aspecto horrible. ¿Qué pasa?

—Es Grace. Ha desaparecido.

—¿Cómo? Cuéntamelo.

Boyd le contó lo de la llamada de su madre, y todo lo que habían hecho hasta el momento sin encontrar ni rastro de su hermana.

—Estará bien. No te preocupes. —Lottie no se creía sus propias palabras.

La respiración de Boyd salía entrecortada cuando dijo:

—No puede estar bien. Su móvil y su medicación están en mi casa y estoy seguro de que estará donde sea que esté Mollie Hunter. Y si Mollie ya está muerta, entonces nunca volveré a ver a Grace.

—Vayamos por partes, Boyd. Respira, antes de que te dé un ataque de pánico.

—Ya me dio uno. Me desmayé.

—Tienes que ver a un médico, que te haga una revisión.

—Mira quién habla. Estaré bien, en cuanto encuentre a Grace.

—¿Has seguido el protocolo de desapariciones?

—Sí, y más. Le he pedido a McMahan que hable con los medios. A la luz de



lo sucedido la semana pasada, ha accedido.

—Vale. Si Grace tiene alguna conexión con los otros incidentes, debemos volver sobre nuestros pasos en la desaparición de Mollie Hunter y puede que así encontremos a tu hermana. ¿Estás de acuerdo?

—Supongo. ¿Chloe y Sean están bien?

—Están con mi madre. Gilly está allí. Están bien.

—Deberías estar con ellos.

—Lo sé. Pero estaré subiéndome por las paredes si no encontramos a Grace, así que estoy mejor aquí. Mis hijos me conocen bien; lo entienden.

—McWard sigue negándose a hablar —dijo Boyd—. Solo nos quedan unas horas y luego tendremos que acusarlo o dejarlo marchar.

—Olvídate de McWard por ahora. Hace un rato he descubierto algo. Puede que arroje nueva luz a nuestra investigación. El día en que Lynn O'Donnell desapareció, hubo un fuego en las viejas salas de espera junto al andén en desuso.

—¿Qué tiene que ver eso con su desaparición?

—Le di un empujoncito a Jimmy Maguire y recordó que un hombre se había encontrado con ella en la estación esa tarde.

—¿Paddy McWard?

—No. Su hermano.

\* \* \*

Carol se ajustó más el cuello del abrigo y se acomodó en el asiento del copiloto. Metió las manos en los bolsillos con actitud desafiante.

—Menuda jeta tienes de venir a mi casa. Mi hermano te va a matar.

—Antes mato yo a ese mierdecilla. Maldito porrero.

—¿Qué quieres? No veo flores, así que la cosa no empieza bien.

—Puedo darte algo mucho mejor que flores. Te he echado de menos. Solo quería verte.

—¿Y arriesgarte a que mi padre te vea? ¿De qué va esto de verdad, Cillian?

—Se volvió en el asiento para mirarlo bien. Parecía cansado y sus manos estaban tensas sobre el volante. Unos círculos oscuros le rodeaban los ojos. Pero aun así estaba increíblemente guapo.

—Vamos a dar una vuelta —le dijo—. Conozco un lugar tranquilo en el

lago. —Encendió el motor sin esperar su respuesta—. Hay algo importante que tengo que decirte.

«A la mierda», pensó Carol. No le iría mal un abrazo. Sacó la mano del bolsillo y le acarició la pierna mientras conducía saliendo de la urbanización, por la carretera y hacia el lago.

Lottie observó a Boyd mientras este digería la información.

—Vale, así que no sabemos qué hermano fue —dijo—. Maguire no quiere decirlo y afirma que nunca ha sacado el tema con él en los últimos diez años. Eso no tiene sentido.

—Dice que el haber tenido que encubrir el incendio ha echado a perder su juicio. He tenido suerte de sacarle tanto.

—¿Y en el expediente no se menciona que uno de sus hermanos se encontrara con ella ese día?

—Ni pío.

—Será mejor detenerlos.

—Espera, Boyd. Puede que no haya conexión con el caso de Lynn, pero si hacemos eso, y él es quien se ha llevado a Mollie y a Grace, tal vez nunca nos diga dónde están. Necesitamos una estrategia.

El detective dejó escapar un suspiro. Le temblaban las manos y en su frente se formaban gotas de sudor. Lottie alargó la mano, pero él se cruzó de brazos. Dijo:

—Hemos buscado a Mollie por toda la ciudad sin resultados.

—¿Qué hay de Rochfort Gardens? Allí es donde las chicas iban a correr.

—Hay un montón de hectáreas allí.

—Exacto. Y una casa vieja y todas esas chorradas ridículas.

Boyd cogió el teléfono y organizó un equipo de búsqueda y el helicóptero de la policía.

—¿Dónde más? —dijo al colgar.

—La estación de tren y las zonas que hay alrededor ya se han rastreado.

Incluyendo los edificios viejos. Así que eso queda descartado.

—¿Qué hay de las casas adosadas derruidas donde vive Donal O'Donnell?

—Otra posibilidad —dijo Lottie.

Boyd levantó el teléfono para organizar esa búsqueda.

—Espera un momento. —Lottie lo detuvo. Se estaba moviendo demasiado rápido. Tenían que pensar—. No queremos asustar a nadie. Tal vez deberíamos sacar a Donal de allí primero.

—¿Cómo podemos hacer eso sin levantar sospechas?

—Le diré que tenemos pruebas nuevas sobre Lynn y que necesitamos que identifique algo.

—Puede que estuviera involucrado.

Lottie hizo una pausa. No había pensado en esa posibilidad.

—Tiene sentido. Un asunto de familia, ocultando la posibilidad de que Lynn se hubiera quedado embarazada de un nómada.

Cuando hubo dicho esas palabras, Lottie cayó en la cuenta de algo.

—Mierda, Boyd. ¿Qué pasó con el bebé?

Cuando Donal O'Donnell se negó a acudir a la comisaría, Lottie decidió ir a buscarlo.

En el coche, su móvil sonó.

—¿Es la inspectora Lottie Parker?

—Sí, ¿quién es?

—Keelan. Keelan O'Donnell.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—No me llamó.

—Lo siento. Las cosas están frenéticas. —Y con eso se quedaba corta, pensó Lottie—. ¿Qué ocurre?

—Es Cillian. No sé dónde está. Y...

—¿Y?

—Las cosas están mal en casa. Muy mal, desde hace meses. Por eso quería hablar con usted. Creo que está metido en algo.

—¿Algo? —Lottie miró a Boyd poniendo los ojos en blanco—. ¿Como qué?

—Creo que se está viendo con alguien. Mire, la razón... tengo miedo, inspectora. Se ha vuelto un poco violento. Tengo mucho miedo de que me haga algo a mí o a Saoirse.

—Keelan, estoy de camino a la casa de su suegro. ¿Por qué no se reúne allí conmigo?

\* \* \*

La televisión estaba puesta sin sonido. La vela en el aparador frente a la

fotografía de Lynn permanecía apagada. Donal estaba sentado a la mesa con los puños apretados. Frente a él, Lottie y Boyd estaban sentados.

—Señor O'Donnell. Donal. ¿Puede hablarnos del día en que desapareció Lynn?

—Joder. Ahora que han encontrado su cuerpo, solo tienen preguntas. Está todo en el expediente. Estoy seguro de que es un expediente bien gordo. No tiene pérdida. —Se acercó el periódico y comenzó a plegarlo.

—Tenemos información nueva.

—Tienen su cadáver.

—Creemos que Lynn bajó del tren hoy hace justo diez años y que se encontró con su hermano. ¿Vino a casa? ¿Sucedió algo? ¿Una pelea familiar porque estaba enamorada de un nómada? ¿Algo así?

El hombre detuvo el ejercicio de plegado del diario con la mano en el aire.

—¿Qué le hace decir eso?

—¿Recuerda que le hablé del anillo que la patóloga encontró dentro del cuerpo de Lynn?

—¿Qué pasa con él?

—Paddy McWard se lo había dado a Lynn.

Donal arrugó el labio hasta la nariz.

—Esa basura. No lo dejaría acercarse a mis hijos, mucho menos a mi hija.

—Pero estaba cerca de su hija. Según Paddy, estaban enamorados. Probablemente habrían huido juntos para casarse si alguien no lo hubiera impedido.

Lottie retrocedió cuando Donal escupió en el suelo de la cocina.

—Ese no estaba cerca de mi niña.

Lottie decidió que el ataque era la mejor opción y dijo:

—Tengo motivos para creer que uno de sus hermanos la fue a buscar al tren. ¿Regresaron aquí? Se desató una gran pelea. ¿Y luego qué?

—Váyase a la mierda, demonio. Diciendo maldades en mi casa. No pienso tolerarlo.

Sonó el timbre.

—Iré yo —dijo Boyd, y escapó.

Regresó unos segundos más tarde seguido de Keelan y una niña.

—Hola, papá, ¿qué pasa?

—¡No soy tu padre! ¿Qué quieres?

Lottie vio que Keelan se encogía hacia atrás y que su hija se escondía detrás de sus piernas.

—Estoy... estoy buscando a Cillian.

—No está aquí. Puedes largarte.

Lottie intercedió.

—Siéntate, Keelan. —La mujer estaba tan asustada que era como si tuviera escrita la palabra «MIEDO» en letras grandes en la cara.

—Llevaré a Saoirse al salón para que juegue.

Cuando regresó, se sentó en un extremo de la mesa.

—Donal, esto es serio —dijo Lottie—. Por favor, cuéntenos qué pasó hoy hace diez años.

Los párpados de los ojos acuosos del hombre se alzaron ligeramente antes de que bajara la mirada hacia las manos y sacudiera la cabeza.

—Era algo malo. Malvado. Mi niña trajo una maldición a esta familia. Retozando con esa gentuza, viviendo en caravanas con sus hechizos y maldiciones. ¿Se imaginan cómo se habría sentido mi pobre Maura si lo hubiese descubierto? La habría destrozado.

—¿Lynn estaba planeando contárselo a su madre? —preguntó Lottie.

—Se lo contó a Cillian. Siempre había sido su favorito. Nunca se llevó bien con Finn. Creo que el chaval estaba terriblemente celoso de su hermano. Pero ese no es el tema. Cillian sabía que Lynn quería contarle todo ese día, en San Valentín, y planeaba verse con el gitano ese. —Hizo una pausa como si la palabra le hubiera secado la boca—. Acababa de llegar del trabajo cuando los chicos me dijeron que me sentara. Ella estaba de pie allí. —Señaló el aparador—. De pie allí, como una fresca, y me dijo que estaba embarazada.

—¿Dónde estaba su mujer?

—Aún estaba en el trabajo. Trabajábamos duro por nuestros hijos. Día y noche. Y así es como nos lo pagó. Puta. Eso es lo que era. Una puta asquerosa.

—No hace falta hablar así de tu hija. —Keelan se llevó los brazos al pecho; su rostro reflejaba una profunda incredulidad.

—Por favor, continúe, Donal —dijo Lottie. No quería que se cerrara en banda, o tal vez nunca descubrirían lo que había pasado y nunca encontrarían a Grace y a Mollie. Si es que estaban conectadas con la desaparición de Lynn.

Donal la miró antes de continuar.

—No tiene ni idea de cómo fue. Casi me muero sentado aquí mismo. Fue ese tipo de *shock*. Pero cuando me dijo con quién había estado zorreando, perdí

la cabeza. Me levanté de un salto y le pegué una bofetada en la cara. Cayó de espaldas y Cillian la cogió. Comenzó a gritarme, y Finn se quedó ahí de pie con la boca abierta como el gran idiota que siempre ha sido y siempre será.

—¿Y entonces?

—Y entonces salí de la casa hecho una furia. Me fui al *pub*. Debí de beberme unas diez pintas, y cuando volví a casa, Lynn no estaba.

—¿Qué había pasado? ¿Qué dijeron sus hijos?

—Cillian me dijo que Lynn había huido. Me dijo que había ido con el coche hasta el campamento donde vivía ese inútil, pero ella no estaba allí y el gitano no tenía ni idea de dónde estaba.

—¿Y usted lo creyó, creyó que había huido?

—¿Qué otra cosa iba a creer? ¿Que la había matado y escondido su cuerpo? Eso es lo que he creído durante los últimos diez años. Por eso nunca mencioné a McWard. Ya había suficiente desgracia colgando alrededor de mi familia como una horca.

—Y su esposa, ¿qué le dijo a Maura?

—Finn le dijo que Lynn nunca volvió a casa. Y a eso nos ceñimos. Esa es la historia que hemos contado todos estos años. Le cubrió las espaldas a Cillian, como hacen los hermanos.

—Pero Lynn no estaba muerta. ¿Dónde estaba?

—No tengo ni idea. Me convencí a mí mismo de que estaba muerta desde ese día, y ahora lo está.

—¿Dónde está Cillian ahora? —Lottie se volvió hacia Keelan.

—No lo sé. Ha estado fuera la mitad de la noche. Como casi siempre. — Keelan hizo una pausa, luchando por sacar las palabras—. Hemos tenido otra pelea terrible esta mañana, y se ha marchado hecho una furia. Pero ha dicho algo que me ha asustado.

—¿Qué ha dicho?

—Que era una puta celosa. Luego ha dicho que los celos le habían robado a su hermana y la habían matado, y que si no me callaba, me mataría.

—¿Tiene alguna idea de a dónde va por la noche? —preguntó Boyd.

Lottie observó su rostro ansioso, lleno de preocupación por su hermana.

—Keelan, ¿sabe dónde puede haber mantenido escondida a Lynn todos estos años? ¿Dónde puede estar reteniendo a Mollie Hunter y posiblemente a Grace Boyd?

—Oh, Dios. ¿No creerán...? Él no podría. No... —Keelan se levantó y se



tiró del pelo.

—Por favor, piense —insistió Lottie. Se volvió hacia Donal—. ¿Hay algún lugar donde fueran sus hijos cuando eran más jóvenes? ¿Algún lugar donde a nadie se le ocurriera mirar?

—Todas las casas aparte de la nuestra están vacías desde hace diez u once años. Maura no quería que nos mudáramos en caso de que Lynn regresara y no nos encontrase.

—Vale. Quiero que venga a la comisaría. Organizaremos una búsqueda.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo Donal.

—Señor O'Donnell, ha sido cómplice de encubrimiento de un crimen. Va a venir con nosotros.

—Tendrán que esposarme.

—Lo haré. —Boyd sacó un par de esposas del bolsillo y las abrió.

—Espera un momento —dijo Lottie. Se volvió hacia Keelan—. Tenemos que poner a Finn y a su esposa bajo custodia preventiva. ¿Están en casa?

—Supongo que sí.

Lottie llamó a Kirby para que fuera allí enseguida con un coche patrulla. Dejó a Boyd con Donal y llevó a Keelan a la sala de estar para que recogiera a Saoirse. La habitación exudaba miseria y pérdida.

—¿Inspectora? —dijo Keelan.

Lottie la miró.

—No creo que mi Cillian pudiera hacerle eso a su hermana. La quería.

—El amor puede hacerle cosas extrañas a la gente —dijo Lottie.

Las ventanas del coche estaban empañadas después de que hicieran el amor. Carol se puso bien la ropa, contenta de que las náuseas se hubieran calmado. Acarició el rostro de Cillian con un dedo.

—Pareces triste.

—Te quiero, Carol —dijo—. Sé que te ocurrió algo horrible, pero necesito saber si el bebé que llevas en el vientre es mío o del cabrón que te violó.

Carol le dio la espalda. ¿Por qué le decía eso? ¿Fue él, verdad? No podía decirle que sabía que él era el violador. Que se había emborrachado y la había seguido y atacado aquella noche. Ella también estaba muy borracha, así que ¿en qué la convertía eso? ¿En cómplice? Lo único que la hacía seguir adelante era que solo podía ser el bebé de Cillian. No se había acostado con nadie más. ¿Cómo podía convencerlo?

Quería estar enfadada con él, pero su corazón estaba lleno de amor. Y de pena por su amiga muerta. Lizzie, que se había quedado con la cadena y el anillo que ella le había arrancado del cuello al violador. La misma que Cillian siempre llevaba y ahora ya no. Oh, ¿por qué no recordaba nada más? ¿Por qué había bebido tanto aquella noche?

—Contéstame —dijo, inclinándose hacia ella, con la boca tan cerca que Carol se tragaba sus palabras—. Lo destrozaré con mis propias manos. ¿Quién fue el desgraciado que te hizo esto?

—No estoy segura.

—¿Pero tienes alguna idea?

—Sí.

—Dímelo. —Su cara y sus ojos estaban más oscuros de lo que ella los había

visto nunca.

—Primero necesito saber cuándo vas a dejar a tu mujer —le espetó ella, apretando los puños.

Cillian se apartó de Carol y la joven sintió un vacío helado erigirse entre ellos. Y algo más. Algo que estaba consumiendo el reducido espacio en el coche.

Y entonces lo supo.

Era su propio miedo.

\* \* \*

Kirby llevó a Keelan, Saoirse y Donal a la comisaría. Donal estaba despotricando y gritando sobre espíritus malignos, así que Lottie le dijo a Kirby que llamara a un médico. Ya estaba metida en suficientes problemas sin ser la causa de la muerte de un sospechoso.

—Tengo que encontrar a Grace —dijo Boyd en cuanto acabaron de registrar la casa del viejo.

—El equipo de búsqueda está trabajando en la urbanización. De momento no tenemos nada.

—¿Dónde podría haber mantenido escondida a una chica durante diez años? Ya no preguntemos el porqué.

—Tiene que haber una pista en esta casa. Este es el último lugar donde sabemos que estuvo Lynn.

—Uno pensaría que estaba a salvo en su propia casa.

—Una casa con un padre demente y dos hermanos rebosantes de hormonas, y Dios sabe cómo era la madre. Entonces Lynn trae a casa una noticia que en la mente de Donal es el tabú definitivo. Embarazada de un nómada. Los prejuicios son algo horrible, Boyd.

—También lo es mantener escondida a una mujer durante diez años. ¿Crees que cuando Lynn murió perdió el control y se llevó a Elizabeth para reemplazarla?

—Eso es lo que sospecho. Entonces Elizabeth escapa, y él la asesina y tiene que encontrar otra sustituta. ¿Dónde diablos las encierra?

Lottie entró otra vez en el pequeño dormitorio de Donal. Estaba bañado de un olor rancio tan denso que sentía que podría tocarlo si alargaba la mano. No se atrevió. Junto a la cama había una pequeña librería de la que sobresalían de

cualquier manera unas carpetas.

—Ya he mirado ahí —dijo Boyd—. Parecen cosas viejas de su trabajo. Casi todo tiene que ver con la residencia de ancianos.

—Trabaja allí.

—Los chicos trabajaron ahí con él durante un tiempo. He visto facturas. Donal era un cabrón muy astuto. Le cobró a la Junta de Salud por que sus hijos pintaran un poco.

—¿Dónde has visto eso?

Boyd sacó una carpeta de anillas A4 de la estantería y otras dos cayeron al suelo.

—Dios, déjalas ahí —dijo Lottie cuando él se inclinó para recogerlas—. ¿Qué página? Enséñamelo.

Boyd se inclinó sobre su hombro y pasó las páginas.

—Aquí. Arreglar un cuarto de calderas y pintar uno o dos pasillos. Febrero de 2001.

—Esto se refiere a la vieja residencia. Cerró más o menos un año después de esto. ¿Podría ser eso?

—¿Qué?

—Creo que podría haber encerrado allí a Elizabeth. —Lottie fue hacia la puerta.

—Joder, eso es bastante improbable.

La inspectora siguió corriendo.

\* \* \*

—Carol, tienes que decirme lo que sospechas. No puedo prometerte nada hasta que lo sepa.

La chica miró por la ventana las olas perturbando la superficie del lago.

—Solías llevar un anillo colgado de una cadena al cuello. Pero ya no lo llevas. ¿Por qué?

—No sé qué tiene eso que ver con nada, pero te lo diré. —Cillian se volvió para mirarla—. Tuve una pelea con mi hermano una noche. Ni siquiera recuerdo exactamente por qué nos peleamos. Algo relacionado con el comité de preservación del ferrocarril, creo. Pero nos peleamos, una pelea ruin y sucia. Como solíamos hacer de niños. Me arrancó la cadena de un tirón. Se perdió.

Busqué por el suelo cuando se marchó, pero no la encontré. ¿Estás diciendo que el violador la tenía?

—¿No tienes idea de dónde puede estar?

—No, y ya no me importa. Era un anillo de Claddagh. Lynn tenía uno así cuando... cuando desapareció. Me compré uno parecido y lo llevaba al cuello para recordarla.

Carol le dio la espalda a la ventana y lo miró.

—La noche en que me atacaron, el hombre que me violó llevaba una exactamente como esa. Se la arranqué del cuello.

—¿Cómo? —El sentido de lo que Carol decía le cayó encima como una losa—. Pensabas que había sido yo. Todas estas semanas, has seguido viéndote conmigo, creyendo que podía haberte atacado y violado. ¿Cómo has podido?

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente lo hice. El anillo era tuyo. Estaba segura de eso. Se lo di a una amiga para que lo guardara, por si alguna vez quería denunciar la violación y necesitaba pruebas.

—¿Tú qué? Dios, Carol. Yo nunca podría... —Se detuvo—. No creo que pudiera... ya sabes, ser tan violento. Pero he estado muy estresado últimamente, no soy yo mismo. De hecho, una noche le pegué a Keelan, y otra rompí todos los platos de casa.

Las lágrimas le caían por las mejillas. Carol alargó la mano y se las secó.

—Lo siento. Te quiero, y no quería creer que habías sido tú.

—En realidad, no te culpo.

—Cillian. —La voz de la chica se convirtió en un susurro—. El hombre que me atacó, ¿podría haber sido, ya sabes, tu hermano?

—¿Finn? ¡No! —gritó él.

Carol lo miró y vio cambiar su expresión.

—Oh, Dios —dijo.

Cillian se golpeó la cabeza contra el volante y bramó a las aguas que se alzaban en el lago.

Y, en ese momento, Carol temió por su vida y por la del bebé que crecía en su vientre.

La trampilla se abrió y las piernas del hombre aparecieron mientras bajaba por la escalerilla. ¿Por qué no había pensado antes en golpearlo? Uno o dos días atrás, cuando todavía tenía algo de fuerza. Pero ahora el hambre le roía el estómago como una rata y apenas podía moverse.

Cuando saltó al suelo desde el último peldaño, la chica vio las tijeras en una mano y la maquinilla eléctrica en la otra.

—Es hora de cortarte el pelo —dijo—. ¿O tal vez quieres decirme primero dónde lo has escondido?

—¿Escondido qué?

—Oh, no te hagas la remilgada conmigo, bonita. Sé que eras amiga de esa puta. La acogiste la noche que la atacaron. ¿No te lo he dicho? Fui yo quien se lo hizo. Peleó mucho. Una mala puta.

¿Hablabas de la chica a la que habían violado? ¿Cómo se llamaba? ¿Carol O'Grady? Pero Mollie apenas la conocía.

—¿Qué se supone que he escondido?

—¿Es así como quieres jugar? Pensé que un par de días de confinamiento te aflojarían la lengua, pero parece que tendré que usar medidas drásticas. Pobre Lynn. No le gustaba que le afeitara la cabeza. Pero tenía que hacerlo. Los piojos asquerosos le habrían arrancado el cuero cabelludo en este lugar. ¿Ves?, no soy tan malo.

Antes de que Mollie se diera cuenta de lo que hacía, el hombre la levantó del pelo. Se lo enroscó en los dedos con fuerza y cortó con las tijeras. La chica observó con impotencia cómo caía al suelo frente a sus pies desnudos.

—¡No!

El zumbido de la maquinilla ahogó sus sollozos mientras cortaba cerca de su cráneo, afeitándole limpiamente el pelo. Cortó en un lugar donde le había salido una erupción el día anterior, y la sangre brotó y le cayó por la frente hasta los ojos.

—¿Qué quieres? —gritó.

—La cadena de plata con el anillo. La que tu amiga violada te dio para que guardaras.

—No sé de qué hablas. —Sinceramente, no tenía ni idea.

—Vamos. No soy estúpido. O se lo dio a esa puta de Elizabeth o te lo dio a ti. Esa imbécil se murió antes de que pudiera sacarle la información, así que vuelvo a pensar que debes de tenerlo tú. Ahora, ¿dónde demonios está?

Mollie se derrumbó sobre el suelo en medio de su cabello cortado y trató de recordar. Tenía la ropa de Carol. Nada más. Ninguna cadena ni anillo. Pero él no se lo creería. Mientras el hombre se agachaba para seguir afeitándola, Mollie supo que necesitaba un plan. Urgentemente. De lo contrario, acabaría fermentando junto a los huesos que descansaban en la mesa.

De camino, Boyd se puso en contacto con los otros equipos de búsqueda. Aún estaban trabajando en Rochfort Gardens, pero no habían encontrado nada. Todavía. Mientras conducían hacia la vieja residencia, Kirby llamó por radio.

—He dejado a los O'Donnell en la comisaría. Estoy yendo a buscar a Finn y a Sara, luego me uniré a la búsqueda en el parque de caravanas de Ladystown.

Boyd cortó.

—La encontrarán —dijo Lottie—. ¿Estás bien?

—Lo estaré cuando todo esto haya terminado.

Condujo hasta la parte delantera de la antigua residencia y aparcó. Lottie salió del coche y caminó entre los dos edificios que se alzaban junto a ella hasta llegar a la estructura más vieja.

—Es de la época de la hambruna —le dijo a Boyd cuando estuvo a su lado.

—Creía que la fanática de la historia local era Lynch.

Lottie señaló una placa sobre la puerta de madera negra.

—Lo pone ahí. —Empujó la puerta, pero estaba firmemente cerrada—. Echemos un vistazo en la parte de atrás.

Tanques de aceite oxidados y restos de maquinaria estaban alineados contra el antiguo muro detrás del que se ubicaba la actual residencia. Lottie continuó caminando hacia la derecha, con Boyd a su lado. Giraron otra esquina y se detuvieron. Había un coche aparcado de cualquier manera.

—¿De quién es eso? —preguntó Boyd mientras sacaba el móvil.

—Yo apuesto a que es de Cillian O'Donnell. Comprueba la matrícula.

Ya estaba al teléfono cuando Lottie pasó junto al coche y detrás de un montón de escombros, al lado de otro bloque.



—¿Eso es un edificio de calderas? —preguntó.

—Eso parece, pero mira la chimenea. —El detective señaló hacia arriba—. Debe de haber un incinerador ahí.

En la parte de atrás, una puerta. Lottie la empujó con los nudillos de su mano buena y se abrió hacia dentro. Miró a Boyd alzando las cejas.

—Eso es un golpe de suerte —dijo él.

—Siempre sabes lo que estoy pensando. Ponte los guantes, solo por si acaso esto lleva a alguna parte.

Entraron.

—Creo que tienes razón, Boyd. Esto era un incinerador. Tú ve por allí y yo iré por este lado.

Estuvieron cinco minutos mirando, buscando y escuchando. Nada.

—Hay un coche fuera, así que tiene que haber alguien aquí —dijo Lottie.

—Puede que lo haya usado como alternativa para no tener que pagar el *parking* de la residencia, que simplemente haya dejado el coche aquí y se haya largado.

Lottie lo ignoró y abrió la puerta de la estructura, similar a un horno, construida dentro de una chimenea. Se inclinó sobre el borde y miró dentro.

—Joder, Boyd. Hay una trampilla en el suelo.

¿Eso era una voz?

Parecía una voz. Arriba.

El hombre estaba tan ocupado afeitándole la cabeza que no debía de haberla oído. Mollie estaba segura de que había alguien allí arriba. ¿Sería alguien que estaba con él? ¿O ayuda para ella? Tenía que distraerlo.

—Los huesos —dijo—. ¿De dónde salieron?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Me asustan un poco.

—Yo puedo asustarte mucho más que unos huesos.

—No tengo miedo de ti. —La esperanza de que el rescate estuviera cerca le dio una pizca de coraje.

El hombre le soltó la cabeza y se sentó en el suelo. La chica se giró y lo miró a la cara.

—¿A quién crees que se lo voy a contar, encerrada aquí dentro? —dijo.

—Eres muy listilla para ser tan guapa.

—Oh, no te molestes en contármelo. No quiero saberlo.

El hombre la miró fijamente mientras se mordía la mejilla por dentro. Sopesando. ¿Lo estaba fastidiando? Esperaba que sí.

—Son de un bebé —dijo.

—¿El bebé de quién? ¿Y quién es esa Lynn a la que has mencionado?

—¿Ahora quieres charlar? No tengo tiempo para esto. —El hombre levantó las tijeras.

—Te diré dónde están el anillo y la cadena si me hablas de ella. —Mollie no tenía ni idea de dónde venía la fuerza, pero, en el fondo, sabía que esta podía ser

su última oportunidad. Si conseguía que siguiera hablando, quienquiera que estuviera arriba tal vez los oyera.

—¿Estás jugando conmigo?

—No.

—La loca de mi esposa lo hace.

—Lo siento mucho —mintió, tratando de ser convincente en su compasión.

—Los huesos. Ese era el bebé de mi hermana. Lynn estaba embarazada cuando me la llevé. Me la llevé lejos de su querido hermano. Siempre tenía más tiempo para él. Él siempre me metía en líos. Culpándome de cosas. Ella era la estrella de nuestro show familiar y todo el mundo la adoraba, y yo me quedaba fuera. El niño del medio, ese era yo. Olvidado. —Compuso una línea sombría con la boca y Mollie vio sus dedos volverse blancos al apretar con fuerza las tijeras.

—Eso es horrible —lo consoló y se preguntó si podría coger las tijeras.

—No era justo —dijo el hombre—. Vino a casa un día, la muy puta, y anunció frente al inútil de mi padre y mi hermano que estaba embarazada de un gitano. Sabía que estaba acabada. La chica de oro estaba mancillada y yo vi mi oportunidad. Me la llevé.

—¿Cómo lo hiciste? —«Sigue hablando», rogó Mollie. Arriba había silencio. ¿Era buena o mala señal? Mientras pudiera conseguir que siguiera hablando, había esperanza.

—El viejo se fue al *pub*, mi hermano se quebró ante mis ojos, y madre tenía que llegar a casa. Sabía que me echarían la culpa, porque, querida, siempre me echaban la culpa de todo. Lynn huyó de la casa, cagada de miedo. La seguí. La recogí. La engatusé. Le solté un montón de mentiras y la traje aquí.

—¿Este lugar siempre ha estado aquí?

—Este lugar es una idea genial mía.

—Debes de ser muy listo.

—La verdad es que creo que sí. —Sonrió con malicia—. La mantuve arriba en el viejo cuarto del incinerador, pero en unas semanas construí un falso suelo en la cámara con una entrada aquí abajo. Todo esto es parte del edificio de calderas original. Ayudé a renovarlo un verano. Bloqueé la puerta y puse la trampilla y los escalones. Sí, soy muy listo. Si alguien decidía buscar, nunca la encontrarían. Y nunca lo hicieron. Finalmente, tenía algo que mi hermano no podía tener. La tenía a ella solo para mí.

—¿Qué pasó con su... bebé? —Mollie no pudo evitar que sus ojos se

movieran hacia el blanco crudo de los diminutos huesos.

—El pequeño bastardo nació muerto. Lo dejé arriba para que se pudriera. Pensé en enterrarlo, pero dejar sus huesos fuera para que Lynn los viera cada día de su miserable vida me pareció una idea mejor.

Mollie sintió arcadas. La tortura mental que debió de sufrir esa pobre chica.

—¿Dónde está ahora?

—¿Quién?

La chica vio que los ojos del hombre se vidriaban. Una capa de demencia veló el blanco, las pupilas se convirtieron en círculos oscuros de terror. Luchó para mantener la voz tranquila.

—Tu hermana.

—Murió. Ha sido muy divertido verlos cada año regodearse en el dolor, preguntándose dónde estaba. —Se rio, un sonido extraño y chirriante—. Nunca le dijeron ni a un alma lo del nómada. Lynn tenía ese anillo, un Claddagh o algo así. Se lo tragó, sí señor. Puta estúpida. No sé si se le quedó atascado en el esófago, o la envenenó o qué, pero cuando le dije que madre había muerto sin haber descubierto que seguía viva, fue como si Lynn no pudiera aguantarlo más. O tal vez fue porque yo estaba ocupado con el funeral, los familiares y toda esa mierda. Duró una semana, el velatorio, el funeral, la reunión de después. Olvidé traerle comida y agua. Tal vez murió de hambre. La verdad es que no me importa. Me quedó el engorro de deshacerme de su cuerpo.

—Podrías haberlo dejado aquí —aventuró Mollie—. Con su bebé.

—No podía por el olor. Y quería tener el lugar libre en caso de que lo necesitara. Y así fue.

Mollie tenía miedo de preguntar, pero consiguió pronunciar las palabras:

—¿Qué hiciste con su cuerpo?

—La bañé en lejía, la envolví en bolsas de basura y la tiré junto al lago para que se la comieran las ratas y los pájaros. Pero unos adolescentes de mierda la encontraron antes de que solo quedaran los huesos. Así que, bonita, ya he acabado de hablar. Tu turno. Dime, ¿dónde está la cadena con el anillo?

\* \* \*

Lottie se llevó un dedo a los labios.

—*Shhh*. Oigo voces. Hay alguien ahí abajo.

Boyd se inclinó dentro del espacio cavernoso con ella.

—Tienes razón. Voy a bajar.

—No, tú tienes que pedir refuerzos. Y echar un buen vistazo fuera. Puede que haya otra entrada. Este edificio está junto al edificio de calderas. Mira por ahí, pero hazlo en silencio.

—No voy a dejarte sola.

—¿Por qué no?

—Porque puede que mi hermana esté ahí abajo y que hagas algo estúpido.

—No lo haré. Solo vigilaré esta puerta. Vete. Haz la llamada.

Lo observó marcharse a regañadientes, luego puso la oreja contra la trampilla de madera en la puerta del horno. El sonido se oía amortiguado, pero distinguió algunas de las palabras. Encendió la grabadora del móvil y lo colocó contra el agujero más grande que encontró en la madera.

Llevaba escuchando cinco minutos, sin señal de que Boyd regresara, cuando oyó el grito.

Sin pensarlo dos veces, apartó el móvil, tiró de la trampilla y saltó.

Lottie hizo un ruido seco al caer al suelo, y es que había saltado sin usar la escalerilla.

—Suelta el arma, Finn. Aléjate de Mollie.

Dos pares de ojos la miraron con sorpresa, los de Mollie, llenos de terror, y los de Finn, con confusión. El aire estaba cargado con el aroma del miedo claustrofóbico. Goteaba por las paredes y se apoyaba como un lustre sobre la piel de la chica desnuda.

Mollie estaba de rodillas, con la cabeza afeitada de cualquier manera. Finn estaba de pie detrás de ella, agarrándola por la cintura con un brazo, atrayéndola contra su cuerpo, y tenía el otro brazo alrededor del cuello. Sujetaba unas tijeras y le apuntaba directamente al ojo.

—Quédate ahí —gruñó el hombre—. Me la voy a cargar, lo juro.

—Eso no es una buena jugada. —Todavía en el suelo, Lottie trató de ver algo cerca de ella que pudiera usar como arma. No tenía ni bolso ni pistola, pero Mollie estaba en peligro y ella tenía que hacer algo. ¿Dónde diablos estaba Boyd?

—Oh, yo creo que sí es una buena jugada. He sido más listo que todos vosotros.

Un ruido encima de ellos hizo que Lottie levantara la vista. Pero no era Boyd. Era Cillian O'Donnell. ¿De dónde diablos había salido? Esto no era bueno.

Una risa demente salió de Finn.

—Ahora podemos jugar a las familias felices, querido hermano.

Cillian bajó por la escalerilla, entonces alargó la mano y levantó a Lottie.

«Mierda», pensó ella. Los dos hermanos estaban metidos en esto juntos. ¿Dónde diantres estaba Boyd?

—Está bien, Finn, ya tengo a la poli —dijo Cillian—. Deja las tijeras. No querrás cargar con otro asesinato en tu consciencia, ¿no?

—¿Otro asesinato? ¿De qué hablas?

—Podemos hacer esto juntos. Tú y yo. Como en los viejos tiempos.

Lottie sintió que se le erizaba el vello de los brazos. ¿Cómo iba a librarse de los dos? Mollie no parecía estar en condiciones de poderla ayudar. Más le valía a Boyd darse prisa.

—Sí, Finn —dijo—. Deja las tijeras.

—Haz que se calle —gritó Finn.

—La tengo. No hace falta gritar —dijo Cillian, y Lottie sintió el brazo del hombre enroscarse en su cuello.

—¿Y a ti qué más te da? —gruñó Finn—. Nunca has pensado en mí, no vas a cambiar ahora.

—Pero sí me importa —dijo Cillian—. Quiero ayudarte. Como tú me ayudaste con Lynn.

—¿Qué quieres decir? —La mano que sostenía las tijeras vaciló.

Mollie estaba quieta como una estatua, solo sus ojos delataban que estaba viva. Iban de Cillian a Lottie, implorando ayuda. Lottie examinó la habitación una vez más en busca de un arma. El espacio era tan reducido que estaban virtualmente los unos encima de los otros, pero al mismo tiempo Finn parecía estar a kilómetros de su alcance.

—Te la llevaste, ¿verdad? —dijo Cillian—. Antes de que pudiera deshonorar a nuestra familia. Nos libraste de un montón de dolor, hermano.

¿Le estaba dando la vuelta a la verdad, tratando de que Finn se creyera el bueno en todo esto? Si era así, se trataba de un movimiento muy inteligente. Pero tal vez era una estrategia. Con el agotamiento y los efectos de las últimas veinticuatro horas, Lottie sintió que su instinto la había abandonado. No podía analizar la situación. Necesitaba a Boyd.

—¿De verdad lo crees? —dijo Finn, bajando más la mano. Ahora estaba a la altura del cuello de Mollie. Esta seguía sin moverse.

—Claro. Y ese nómada —dijo Cillian—, se llevó su merecido.

—Así es. Convertí su chabola en cenizas. Ahora no tiene nada. Todo ese tiempo viviendo allí, riéndose de nosotros, y nunca supo lo cerca que estaba de Lynn. Pensé que era gracioso.

—¿Finn? —dijo Cillian.

—¿Sí, hermano?

—Te llevaste a Lynn, eso puedo entenderlo. Pero Carol. ¿Por qué tuviste que quitármela también?

—¿De qué hablas? —dijo Finn, tensando el ceño en dos líneas rectas.

«Sí, ¿de qué hablas?», pensó Lottie.

—La violaste. ¿Por qué?

Con su cuerpo apretado contra el de Cillian y el brazo todavía alrededor de su cuello, Lottie sintió las lágrimas cayendo por la cara del hombre. Miró hacia abajo a su otra mano, para comprobar si llevaba un arma, pero no vio nada. Tenía que oír esto.

—¿Violar? Yo no... —Los ojos de Finn ardieron mientras miraba a su hermano.

—Lo hiciste. Sé que lo hiciste. ¿Por qué?

—Así que lo sabes todo, como de costumbre. —Apuntó las tijeras hacia Cillian, alejándolas de Mollie, aunque todavía tenía el otro brazo alrededor de la cintura de la chica—. Tenías a Keelan y a Saoirse. Lo tenías todo y lo arruinaste, yendo por ahí metiéndosela a esa puta de Carol. Y yo en casa con la puta Sara, el reloj tarado. Tic, tac. El tiempo se ha agotado.

Se movió velozmente, pero Lottie fue más rápida. Hundió el codo en el estómago de Cillian y lo empujó contra los escalones. Arremetió hacia delante y pateó a Finn en la entrepierna. Forcejeó hasta quitarle el arma de la mano cuando se dobló. Mollie cayó hacia atrás y rodó bajo la cama.

Unos pasos martillearon en la escalerilla y Boyd saltó por encima de Cillian, que estaba postrado en el suelo, y cayó sobre Finn. Lottie se encogió al oír el zumbido de un motor. Finn llevó la afeitadora hasta la cara de Boyd y le tocó la mejilla. Pero el sargento lo cogió de las muñecas hasta que la afeitadora cayó al suelo.

Lottie le puso las esposas al secuestrador y suspiró de alivio. Luego persuadió a Mollie para que saliera de debajo de la cama y la abrazó. Boyd juntó las manos de Cillian y lo esposó.

Antes de leer sus derechos a los dos hombres, Lottie inspeccionó el antro y se fijó en los pequeños cuadros en las paredes. Vio el nombre en ellos.

Entonces vio los huesos.



Kirby se rascó la cabeza y se metió un cigarrillo en la boca. El lago se revolvía cubierto de olas bajo el viento.

—No te atrevas a encender eso —dijo Lynch mientras abría la puerta de una casa móvil.

—Esta debe de ser la puerta número cincuenta que abrimos hoy —dijo él, mirando anhelante el cigarrillo en su mano antes de relegarlo al bolsillo.

—Es la décima —lo corrigió Lynch—. Aquí no hay nada. ¿Tienes la llave de la siguiente?

Kirby comprobó el montón de llaves que habían encontrado en el cobertizo abandonado del encargado. Menuda seguridad.

—Esto es una pérdida de tiempo. Están todas vacías.

—Dame la llave. —Lynch marchó hacia la número once.

—¿Qué es eso de allí? —Kirby se acercó a una pequeña caravana rodeada de arbustos al final de la hilera. Las ventanas estaban tapiadas y los escalones de la entrada rotos. No había señal de ninguna bombona de gas o cubos de basura.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —Lynch le arrancó el manojito de llaves de la mano—. Puede que el propietario haya muerto y la hayan dejado ahí para que se pudra.

Se alejó con las llaves y Kirby la siguió, pero se detuvo al ver la cerradura nueva en la puerta.

—Lynch. Esto es raro.

—A ti hoy todo te parece raro —respondió ella.

El detective se acercó más, tratando de ver a través de las tablas clavadas sobre las ventanas. No había rendijas, no veía nada. Movié el picaporte de la

puerta.

—¿Hay alguien ahí?

Pegó la oreja contra la madera. No se oía ni un ruido. Aun así, su intuición le dijo que siguiera investigando. «Me irían bien unas pinzas de presión», pensó.

—¿Hay alguna llave para candados en el montón? —gritó a Lynch.

—No. —La detective fue con él.

Kirby pensó durante un momento.

—Échate atrás.

La puerta se astilló cuando su bota atravesó la madera podrida. El candado se sostuvo firme, pero lo arrancó con las manos para hacer espacio para entrar. La luz arrojó sombras sobre una figura en el suelo.

—Llama a una ambulancia —susurró.

\* \* \*

La cinta de la escena del crimen ondeaba alrededor de su hogar quemado. Paddy McWard se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y parpadeó para librarse de las lágrimas. Había luchado en contra de la discriminación y los prejuicios durante toda su vida, pero nunca tuvo la oportunidad de luchar por Lynn. Y por su amor hacia ella, nunca se había permitido amar a Bridie. Pero su hijo, el pequeño Tommy...

Contuvo el sollozo que se le formaba en la garganta.

Había luchado mucho para rescatar a los muchachos de ese peligroso inframundo después de haber perdido a su hermano. Ahora tenía que hacer algo sobre la desgracia que sufría su gente. Todavía no sabía qué, pero no conseguirían romperlo del todo.

Se volvió al oír el sonido de pasos detrás. Era un sacerdote. Sus ojos centelleaban a la luz de la luna.

—Hola, Paddy. Soy el padre Joe Burke. Sé algo del tormento que estás sufriendo. Se me da bien escuchar, si tienes ganas de hablar.

—¿Sabe, padre?, creo que sería una buena idea.

A Boyd le colocaron una enorme tirita blanca en la mandíbula.

—Queda bien con el moretón del otro lado —dijo Lottie—. Realmente, le caes mal a ese Finn.

—No es gracioso. Es doloroso. —Boyd levantó la vista cuando la sirena de una ambulancia gimió frente a Urgencias antes de irse.

Lottie volvió a comprobar el mensaje en su móvil.

—Deben de ser ellos.

Boyd se adelantó corriendo mientras los paramédicos bajaban la camilla, aseguraban las ruedas y pasaban junto a ellos. Boyd cogió la mano de Grace y siguió la camilla hasta el interior.

—Se pondrá bien —dijo Lottie.

Pero Boyd ya se había marchado.

\* \* \*

De regreso a la comisaría, Lottie trató de comprender lo que había pasado en la vieja residencia de ancianos. Finn y Cillian habían sido arrestados, aunque ahora sospechaba que Cillian no había estado involucrado en el secuestro de su hermana. Todo había sido cosa de Finn. Y había causado el caos contra los McWard por sus celos patológicos. Todavía tenía que interrogar a Carol y tomarle declaración. Pero en cuanto Finn comenzara a hablar, sería acusado de violación junto con los demás crímenes.

Mollie estaba en el hospital, al igual que Grace, y se esperaba que ambas se recuperaran físicamente. Su salud mental era otro asunto. La madre de Boyd

había venido de Galway, así que Lottie esperaba que su compañero regresara a la oficina en cualquier momento.

La puerta se abrió y el sargento entró en la habitación.

—Tienes una pinta de mierda —dijo este, que acercó una silla y se dejó caer en ella.

—Mira quién habla —dijo Lottie—. ¿Grace está bien? ¿Y tú?

—Se pondrá bien. Es difícil cuando tu familia está involucrada —dijo.

—Dímelo a mí.

—Es difícil...

—¡Boyd! —La inspectora estiró las piernas bajo el escritorio. Su pie se enganchó en la tira del bolso y lo arrastró hacia ella. Se había olvidado de llevárselo a casa anoche, así que todavía tenía el sobre con el dinero de Katie. Una cosa que había sobrevivido al fuego.

—La familia O'Donnell era totalmente disfuncional —dijo.

—No puedo dejar de pensar que Carol podría haber evitado la muerte de Elizabeth si hubiera denunciado la violación.

—No es culpa suya. Estaba aterrorizada. Como muchas víctimas de violación, creyó que era culpa suya, y para complicar más las cosas, creía que era su amante, Cillian, quien la había violado. Se calló pensando que lo estaba protegiendo.

—Pobre chica.

—Y cuando el tarado de su hermano se dio cuenta de que había perdido la cadena y el anillo, comenzó a buscar y a hacer preguntas, a la caza de cualquiera que hubiera estado en contacto con Carol. —Lottie suspiró.

—Pero todo empezó cuando Lynn se enamoró de Paddy McWard, cuyo único crimen era haber nacido en una comunidad que los hombres O'Donnell despreciaban. —Boyd golpeó el escritorio con frustración—. ¡Discriminación!

—No, comenzó antes que eso. Celos entre dos hermanos. Celos en su familia.

Kirby se coló por la puerta.

—Perdona, jefa. Hemos encontrado un cuerpo.

—¿Dónde? ¿Quién? Ya los tenemos a todos.

—En las vías del tren. Justo al lado del cementerio. El informe ha llegado hace media hora. —Kirby estaba sin aliento.

—¿Quién es?

Kirby colocó una foto sobre el escritorio de Lottie.

—Esta es su foto, de la pizarra del caso. Lo pilló el tren de la tarde.

—Matt Mullin —dijo Lottie—. Pobre hombre.

—Cuando Grace se haya recuperado lo suficiente, le pediré que le eche un vistazo a esta fotografía —dijo Boyd—. Probablemente fue Mullin quien hizo que Mollie se cambiara de sitio y se sentara junto a ella.

—Gracias, Kirby —dijo Lottie—. ¿Puedes informar a su madre? Llévate a un agente de enlace familiar.

—Lo haré. Oh, una cosa más, jefa. Los forenses han revisado el coche de Finn O'Donnell. Han encontrado restos de piel en el suelo y en los asientos delanteros y traseros.

—Relaciona directamente a Finn con Elizabeth Byrne. Tenía psoriasis.

—El ADN debería relacionarlo con la violación de Carol —dijo Boyd—. ¿Dónde está su hermano ahora?

—Lo hemos soltado bajo fianza, así que probablemente esté en casa, ya sea arreglando las cosas con Keelan o haciendo las maletas. Sea como sea, Cillian no ha hecho nada malo que podamos demostrar, de momento.

—A menos que Keelan ponga una demanda oficial por violencia de género.

—El tiempo lo dirá —comentó Lottie.

—Pero ¿cómo supo Cillian que Finn estaba en la antigua residencia? —Boyd se frotó la mandíbula, e hizo un gesto de dolor cuando sus dedos se engancharon en la tiritita.

—Su historia es que estaba en el lago con Carol y ella le contó lo de la violación. Cuando la chica mencionó la cadena con el anillo, inmediatamente sospechó de su hermano. Sabía que solo había dos lugares que le interesaran a Finn. Uno era el viejo ferrocarril, así que fue allí primero, y luego se dirigió a su segundo lugar favorito, la vieja residencia.

—¿No había estado allí antes? Seguro que se habría topado con Lynn.

—Dice que nunca fue allí, pero ambos habían trabajado en el lugar cuando eran más jóvenes. Dijo que Finn hablaba a menudo del viejo incinerador y de cómo querría restaurarlo algún día.

—Todavía creo que Cillian estuvo involucrado.

—Yo no lo creo —dijo Lottie justo cuando el teléfono de su escritorio se iluminó con una llamada. La cogió, con la cabeza tan cansada como las manos. El dramático incendio de la noche anterior parecía haberle encogido el cerebro.

Era Jim McGlynn.

—¿Alguna novedad sobre quién ha tratado de matar a mi familia? — preguntó Lottie.

—El fuego se originó en el lavadero. Probablemente fue una secadora.

—Eso no puede ser. —Lottie sintió que las mejillas le ardían de vergüenza —. No puede ser culpa mía.

—Aún estamos trabajando en ello. Puede que encontremos algo más. Solo quería comentarte esto.

—Gracias, Jim.

—Aunque creo que deberías contactar con tu aseguradora.

—Oh, ¿no cubrirá el incendio?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —McGlynn colgó.

Lottie levantó la vista.

—¿Qué?

—¿Culpa tuya?

Lottie sintió las lágrimas formarse y las sorbió.

—Dios, Boyd. ¿Qué le he hecho a mi familia? Nunca tengo tiempo de hacer mantenimiento o tareas domésticas. Siempre es todo de prisa y corriendo. Oh, Dios. Todo es culpa mía. —Apoyó la cabeza sobre el escritorio y se agarró con las manos.

—*Shhh*, Lottie —dijo Boyd—. No te culpes. Todavía puede ser obra del cabrón de Finn O'Donnell.

La inspectora levantó la cabeza.

—Tal vez tengas razón. No sé qué es peor, pensar que es culpa mía o que alguien nos atacó a mí y a mi familia.

Kirby asomó la cabeza por la puerta.

—Lynch paga la primera ronda en Cafferty. ¿Verdad, Lynch?

—Vete al carajo, Kirby. No puedo beber y lo sabes.

—¿Por qué no? —preguntó Boyd.

—Estoy embarazada —dijo Lynch, sonrojándose.

—Ah, por fin buenas noticias —respondió Boyd.

—¿Grace está bien? —quiso saber Lynch.

—Sí, se pondrá bien. Mi madre está con ella. Será mejor que vuelva al hospital.

—Supongo que debería llamar a Gilly —dijo Kirby—. No me gusta celebrar solo el final de un caso.

Cuando la oficina se hubo vaciado y estuvo sola, Lottie llamó a Chloe.

—Hola, cariño. ¿Estáis bien tú y Sean?

—Sí. Hemos tenido un día genial con Gilly. Es guay. Hemos comprado un montón de ropa en la ciudad. Ya verás cuando te la enseñe. Y le hemos comprado a Sean una sudadera y camisetas y un par de tejanos. Aunque va por ahí descalzo. Nos hemos olvidado de comprarle zapatos.

—Se los compraré yo mañana.

—Se ha pasado todo el día viendo pelis viejas en la tele con la abuela. ¿Y sabes qué? Se lo ha pasado bien.

—Eso es genial. —Lottie sintió una punzada de celos—. ¿Traigo algo para cenar?

—¿Paga Boyd?

—No, he encontrado mi monedero con el dinero de Katie.

—Solo bromeaba. Sobre Boyd, quiero decir. Tráetelo. La abuela quiere charlar con él.

—¿De verdad?

—No, de verdad no. —La voz de Chloe se convirtió en un susurro—. No podemos vivir aquí, mamá. Me va a volver loca, y mañana Sean ya se habrá aburrido de las películas. Y tenemos una semana de vacaciones. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo siento, Chloe, pero tendremos que quedarnos ahí un tiempo. Al menos hasta que encuentre un lugar para alquilar.

—La abuela quiere hablar contigo.

—No, Chloe, tengo que irme corriendo.

Demasiado tarde.

—Siempre estás corriendo. —Rose Fitzpatrick había recuperado su poder—. No te atrevas a traer comida para llevar a mi casa. He cocinado un pavo y un jamón.

—Pero no es Navidad.

—Es San Valentín. Ya toca que tengamos algo de amor por aquí. Y tráete al muchacho de las orejas grandes.

—¿Quién? ¿Boyd?

—Sí. Me gusta. ¿Estás de camino?

Lottie colgó y vio a Boyd holgazaneando en la puerta.

—Pensaba que te habías ido al hospital —dijo, moviendo expedientes por el

escritorio. Encontró los pequeños cuadros en su bolsa de pruebas.

—Quería asegurarme de que no te quedabas aquí toda la noche.

—Debió de ser un infierno para Lynn estar atrapada en ese espacio diminuto durante diez años. Y con los huesos de su bebé al lado. ¿Cómo puede alguien ser tan cruel? —se preguntó Lottie.

—Podrán enterrar al bebé con su madre después de que Jane haga las pruebas de ADN.

—Estoy intentando descifrar la firma. —Cogió otro cuadro, uno de un tren. Levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa, Lottie? —Boyd se inclinó sobre el escritorio y le sujetó la mano.

Lottie recibió agradecida el gesto; necesitaba sentir el contacto de un ser humano bueno. Había demasiado mal en el mundo. Pero, de todos modos, apartó la mano.

—Lynn nunca dejó de amar al padre de su hijo. —Giró el cuadro para que Boyd lo leyera—. Mira la palabra que aparece en el tren. Es su nombre. Paddy.

—Pobre desgraciado. Está organizando funerales. Pero probablemente no pueda asistir al de Lynn. Donal O'Donnell no dejará que se acerque.

—Si Keelan tiene algo que ver, Paddy estará allí. Diría que está harta de celos y prejuicios. Y, francamente, yo también.

Kirby entró corriendo con el cigarrillo apagado colgando de los labios.

—¿Ahora qué? —dijo Lottie.

—McMahon. Está hecho una furia. Peor de lo que nunca ha estado Corrigan. Viene hacia aquí. Si yo fuera tú, me marcharía corriendo.

—Capullo —dijo Boyd.

—Mierda —susurró Lottie.



## Epílogo

Lottie se quedó de pie en la calle, con Boyd a su lado, contemplando los restos de su casa quemada. Estaba oscuro, y el cielo estaba de un humor tormentoso.

—¿Por qué los dioses continúan conspirando contra mí para quitármelo todo?

—Tienes a tu familia y todavía tienes tu trabajo —dijo Boyd—. Tienes suerte de que McMahon no insista con lo de tu desastre televisivo.

—Solo es para poder regodearse en el éxito de que hayamos cerrado una investigación de asesinato tan rápido. Me pregunto si Cynthia Rhodes sigue por aquí.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Alguna novedad sobre Corrigan? —preguntó Lottie—. Nunca pensé que diría esto, pero lo echo de menos.

—La operación ha sido un éxito, pero no sé cuándo volverá, si es que vuelve.

—¡Eso significa que tendré que aguantar a McMahon!

—O que él tendrá que aguantarte a ti —se rio Boyd.

—Boyd, no tengo casa. Se la han tragado el humo negro y las llamas. Solo quedan cenizas.

—Tienes el dinero de Tom Rickard que te dio Katie —dijo él con una risita.

—No tiene gracia. —La inspectora metió las manos más profundamente en el abrigo de lana de su madre.

—Lo sé, pero a veces necesitamos reírnos para no llorar —dijo él.

El teléfono de Lottie vibró en su bolsillo mientras la lluvia empezaba a caer en diagonal, cortándoles el rostro como cristales rotos.

Lottie contestó al número desconocido.

—¿Estoy hablando con Lottie Parker?

—Sí. —Caminó en pequeños círculos—. ¿Quién habla?

—El capitán Leo Belfield. Estoy con el Departamento de Policía de Nueva York.

Lottie cayó de rodillas sobre el duro asfalto mientras el agua corría a su alrededor. Se pegó el móvil a la oreja.

—¿Qué ha pasado? Oh, Dios todopoderoso. Por favor, dígame que están bien. —Boyd se agachó junto a ella y la rodeó con los brazos. Lottie lo apartó.

—Lo siento, no la entiendo —dijo el hombre—. Vuelva atrás.

—Mi hija y mi nieto están en Nueva York —sollozó, perdiendo totalmente el control—. Dígame que no les ha pasado nada. Dios santo, Jesús...

—Eh, no que yo sepa, señora.

—Oh. —Se desplomó sobre el asfalto, ajena a su ropa empapada—. ¿Por qué me llama, entonces?

—He encontrado su número entre las cosas de mi madre.

—¿Su madre? ¿De qué va esto? Me ha dado un susto de muerte.

—El nombre de mi madre es Alexis Belfield. Ha sufrido un infarto, aunque no hay nada de lo que preocuparse. El médico dice que con medicación se pondrá bien. He tenido que revisar sus papeles y los archivos del ordenador para localizar los detalles del seguro médico. Le mandé un *email*, pero no ha contestado. Después de investigar un poco, encontré su número y he decidido llamar. Creo que había algunos archivos que se suponía que no tenía que ver nunca...

—Eh, espere un momento. ¿Ha dicho Alexis Belfield?

—La misma, mi madre.

—¡Oh! —Lottie miró fijamente a Boyd con los ojos muy abiertos mientras sentía el corazón martilleando contra su pecho.

—Bueno, solo quería presentarme y saludar. Creo que somos parientes, si me creo las cosas que he leído aquí.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Leo Belfield. ¿Sabe qué, Lottie Parker? Creo que soy su medio hermano.

—¿Qué? —Lottie estuvo a punto de dejar caer el teléfono.

—¿Tiene previsto venir a Estados Unidos pronto? O, eh, yo podría ir a visitarla. Estoy seguro de que a mamá le encantaría.

«Estoy segura de que no», pensó Lottie.

—¿Habla en serio?

El hombre titubeó por primera vez.

—Lo siento, ¿la he molestado? Sé que una llamada no es la mejor manera de presentarse, pero estaba emocionado y...

—Necesito digerir todo esto. —Las palabras rodaron de su boca—. Verá, mi casa se quemó hasta los cimientos anoche. Estoy viviendo con mis dos hijos adolescentes en casa de mi madre, y no es que sea precisamente fácil convivir con ella, pero esa es otra historia. Mi hija mayor está en Nueva York con su hijo, mi nieto, y por eso me ha dado un susto de muerte. Acabo de resolver un caso muy importante y estoy sentada en la acera, bajo la lluvia, y no sé qué me depara el futuro. Necesito tiempo para pensar. Por favor, Leo, no venga aquí. Al menos no todavía.

Colgó el teléfono y miró a Boyd.

—No me lo creo —dijo.

—Yo tampoco. ¿De qué iba todo eso?

Lottie miró al cielo mientras la lluvia se convertía en aguanieve.

—Creí... creí que les había pasado algo a Katie y a Louis.

—Pero están bien.

—Sí. Pero ha dicho... este tal Leo, al teléfono... ha dicho que cree que es mi medio hermano. Joder, Boyd, ¿qué voy a hacer?

—Vas a levantarte de ese charco. Toma, agárrate de mi mano. Tienes que ir a casa de tu madre y abrazar a tus hijos. Y no tienes que conocer a ese tal Leo si no quieres.

—Esto acabará con Rose. —Lottie se apartó de él—. No voy a decírselo. Y tú tampoco.

—No lo haré. Pero, Lottie... tienes que pensar seriamente sobre las implicaciones de esa llamada.

—Lo haré. —Lottie captó la mirada de dolor sobrevolando los ojos de Boyd—. Pero no esta noche.

Lo sujetó del brazo y, apoyándose contra su hombro, se alejó de lo que había sido su hogar.

Realmente, no tenía ni idea de a dónde iba.

## Carta al lector

Hola, querido lector:

Quiero agradecerte con sinceridad que hayas leído mi cuarta novela, *No hay salida*.

Estoy muy agradecida de que compartas tu valioso tiempo con Lottie Parker, su familia y su equipo. Si lo has disfrutado, tal vez quieras seguir a Lottie en la serie de novelas. A aquellos de vosotros que ya habéis leído los tres primeros libros de Lottie Parker, *Los niños desaparecidos*, *Las chicas robadas* y *El secreto perdido*, os doy las gracias por vuestro apoyo y vuestras valoraciones.

Si estás interesado en unirme a mi lista de correo para mantenerte informado de mis nuevas publicaciones en inglés, por favor, entra aquí:

[www.bookouture.com/patricia-gibney](http://www.bookouture.com/patricia-gibney)

Todos los personajes de esta novela son ficticios, como también lo es la ciudad de Ragmullin, aunque ciertos acontecimientos de la vida han influenciado profundamente mi escritura.

Si te ha gustado *No hay salida*, me encantaría si pudieras escribir una valoración *on line*. Significaría mucho para mí. Las fantásticas valoraciones que han recibido mis libros hasta la fecha me inspiran a creer en mí misma y a seguir escribiendo.

Puedes contactar conmigo en Facebook y Twitter. También tengo un blog (que me esfuerzo por mantener actualizado).

Gracias de nuevo, y espero que te unas a mí en el quinto libro de la serie.

Con cariño,  
Patricia.

## Agradecimientos

Este es mi cuarto libro de la serie de Lottie Parker, después de *Los niños desaparecidos*, *Las chicas robadas* y *El secreto perdido*. Como escritora, dependo de mucha gente, y estoy agradecida de tener a un magnífico equipo trabajando conmigo.

Pero primero déjame decir que tú eres la persona más importante en mi viaje como escritora. Tú has comprado mis libros y los has leído. Espero que te guste *No hay salida*. Los lectores me dais la confianza para seguir escribiendo. Gracias.

Para mí, Bookouture es más que una editorial. Es como una familia donde todo el mundo se apoya y se da consejos. Mi escritura y edición son mucho más manejables gracias a eso.

Helen Jenner y Lydia Vassar Smith han sido mis editoras en *No hay salida*, y quiero agradecerles a ambas por vuestra comprensión de mi escritura y por guiarme para crear un libro del que estoy orgullosa. Al resto de gente en Bookouture que ha trabajado en *No hay salida*, gracias. Quiero hacer una mención especial a Kim Nash y Noelle Holten por su increíble trabajo en los medios y por organizar *blog tours*. Kim, gracias por estar siempre a mi lado y preocuparte por mí. Lo agradezco de corazón.

Gracias también a aquellos que trabajan directamente en mis libros: Lauren Finger (producción), Jen Hunt (publicación), Alex Crow y Jules McAdam (marketing) y Jane Selley.

Todas mis novelas se han publicado también como audiolibros en inglés, así que quiero dar las gracias a Michele Moran por su magnífica narración y por darle voz a Lottie y al resto de personajes. Y gracias a Adam Helal de The Audiobook Producers.

A mis compañeros autores de Bookouture, sois la gente más alentadora que conozco. Un agradecimiento especial a Angie Marsons por todo su apoyo y consejos.

Gracias a cada bloguero y a cada crítico que ha leído y escrito sobre *Los niños desaparecidos*, *Las chicas robadas*, *El secreto perdido* y *No hay salida*. ¡Espero seguir manteniéndoos ocupados!

Gracias a mi agente, Ger Nichol de The Book Bureau, por cuidarme y fomentar mis intereses.

A mi hermana, Marien Brennan, un millón de gracias por tomarte el tiempo de leer los primeros borradores de mi obra y por tu apoyo y tus comentarios perspicaces.

John Quinn, siempre estás ahí para asesorarme en temas policiales. En su mayor parte me tomo grandes libertades, ¡así que asumo toda la responsabilidad de la ficción!

Gracias a mis amigos. A Jo y Antoinette, por estar siempre ahí. A Jackie, por las escapadas para escribir. A Niamh, por tus llamadas telefónicas informativas. A Grainne, por tu influencia tranquilizadora.

Otros en el mundo de la escritura que me inspiran y motivan son: Louise Phillips, Liz Nugent, Vanessa O'Loughlin, Arlene Hunt, Carolann Copeland, Laurence O'Bryan, Sean O'Farrell y muchos más.

A los medios de comunicación locales y nacionales, no puedo agradecerlos lo suficiente la cobertura que le habéis dado a mis libros. Olga Aughey, Claire Corrigan y Claire O'Brien, gracias.

Gracias a la doctora Clodagh Brennan, a Eric Smyth, Kevin Monaghan, Sean Lynch, Rita Gilmartin, Marty Mulligan y Shane Barkey. También a Stella Lynch de Just Books, y un agradecimiento especial a todas las librerías y a su personal.

Gracias a Lily Gibney y familia por apoyarme siempre.

A mis padres, William y Kathleen Ward, por tantos años escuchando mis sueños y por creer en mí.

Estoy tan orgullosa de mis tres hijos, Aisling, Orla y Cathal. Los tres habéis demostrado una y otra vez lo fuertes que sois. Vuestro padre, Aidan, estaría muy orgulloso de cómo estáis saliendo adelante después de su prematura muerte. Y Daisy y Shay han traído montones de alegría y amor a mi vida. Os quiero a las dos.

Por último, quiero dedicar *No hay salida* a mis hermanas, Marie y Cathy, y a

mi hermano, Gerard. Este libro habla sobre las relaciones entre hermanos y hermanas. Y los míos son los mejores.



## Sobre la autora



**P**atricia Gibney es una artista y escritora de Mullingar, condado de Westmeath, en el centro de Irlanda. Es viuda y madre de tres hijos que la mantienen cuerda, o tal vez mantienen su locura a raya.

Patricia quiso ser escritora desde que leyó a Enid Blyton y Carolyn Keene, y tras la repentina muerte de su marido, decidió refugiarse en la escritura para lidiar con la pérdida. Durante años, asistió a cursos de escritura y se unió al Irish

Writers Centre para adentrarse en el mundo literario de forma profesional.

*No hay salida* es la cuarta entrega en la serie protagonizada por la inspectora Lottie Parker después de *Los niños desaparecidos*, *Las chicas robadas* y *El secreto perdido*, unos *thrillers* apasionantes que se han convertido en best sellers en Reino Unido, Estados Unidos, Canadá y Australia y que han hecho de Patricia Gibney la nueva sensación de la novela policíaca internacional.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY



EL AIRE  
QUE  
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

# El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

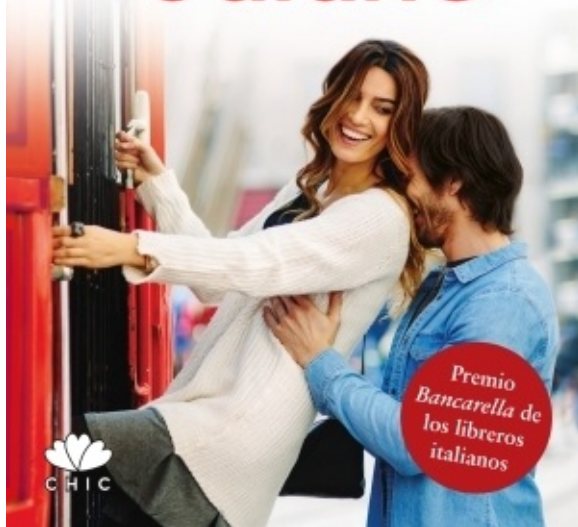
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli  
*Por favor,*  
déjame  
**odiarte**



# Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

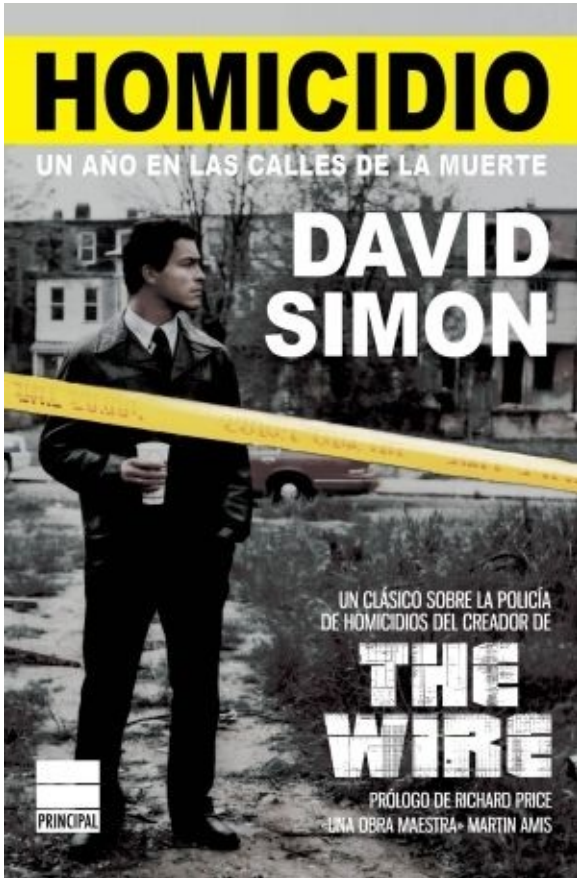
## DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA  
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

### THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE  
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL





# Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL  
de los LIBROS

# Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ROSAMUND LUPTON



# HERMANA

# Hermana

Lupton, Rosamund

9788416223459

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Beatrice recibe una llamada de su madre que le dice que su hermana pequeña ha desaparecido, regresa inmediatamente a Londres. Pero conforme averigua las circunstancias de la desaparición de Tess, descubre lo poco que en realidad sabía de la vida de su hermana. La policía, el novio de Beatrice e incluso su madre aceptan que han perdido a Tess, pero Beatrice se niega a abandonarla y se embarca en una peligrosa búsqueda de la verdad a toda costa. Nada la ha preparado para los aterradoros hechos que va a descubrir. "Increíble desde la primera hasta la última página. El suspense es tremendo, pero además la novela posee una intensidad emotiva que te llena los ojos de lágrimas. Escrita con el poder y el garbo de una joven Daphne du Maurier, esta fantástica novela anuncia la llegada de un verdadero talento." *The Daily Mail* "Igual que Kate Atkinson, Patricia Highsmith y Ruth Rendell, Lupton sabe construir suspense... Hermana proporciona una descarga de adrenalina capaz de provocar un escalofrío en una tarde soleada." *The New York Times* "La historia se vuelve más escalofriante a medida que avanza, te absorbe por completo y te mantiene al borde de la silla hasta el final." *The Sun* "La primera novela de Lupton es un triunfo magistral y superlativo al que los lectores se engancharán desde la primera página intentando adivinar qué pasará." *Booklist*

[Cómpralo y empieza a leer](#)